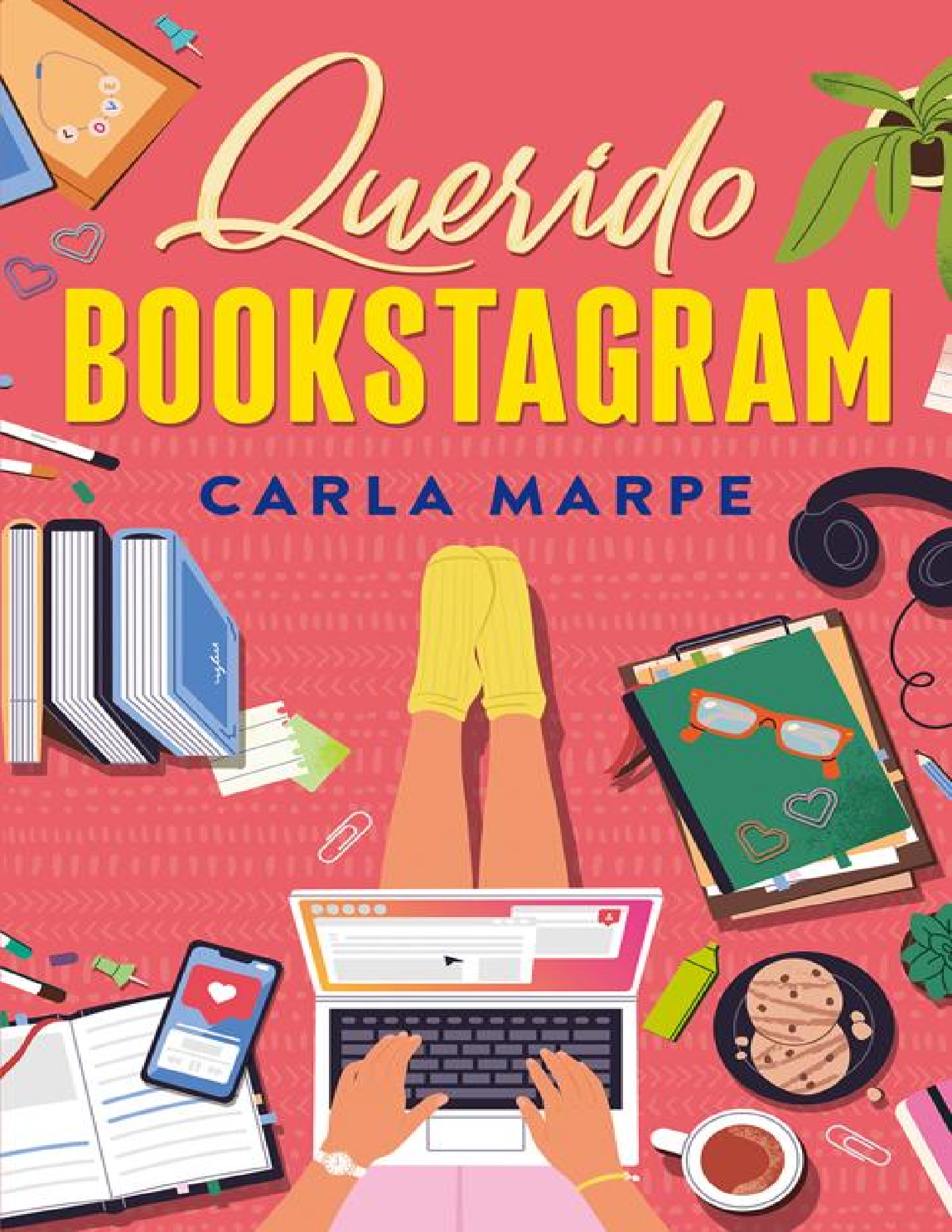
Querido BOOKSTAGRAM

CARLA MARPE

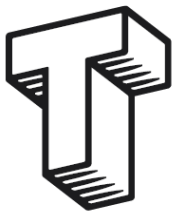


Querido BOOKSTAGRAM

Querido BOOKSTAGRAM

CARLA MARPE





TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición: marzo 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2025 *by* Carla Marpe
All Rights Reserved
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-87899-48-6

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Bookstagram: Comunidad de Instagram dedicada a la lectura. Las personas que la componen suben a su perfil imágenes de libros que han leído e incluyen su opinión, valoración y comentarios. Esta comunidad también informa de las novedades literarias e incluso pueden dar apoyo a autores que tienen poca visibilidad.

A la persona que tiene este tipo de perfil en Instagram se la denomina *bookstagrammer*.

PRÓLOGO

La pluma recorría el papel a gran velocidad. La delicadeza del trazo y la presión perfecta para empapar las hojas de tinta mantenían el equilibrio entre la emoción que quería transmitir en el mensaje y la suavidad necesaria para explicar cualquier historia. Los tonos cálidos del atardecer se colaban a través del ventanal del despacho mientras garabateaba un par de frases antes de escribir la última palabra; esa con la que una historia anunciaba su final y, sin embargo, significaba solo el primer paso para que empezara a pertenecer al mundo entero…

Transcribió el resto del documento a ordenador y lo imprimió. Firmó cada una de las páginas y las introdujo en el sobre.

Incorporándose sobre la centenaria mesa, encendió la lámpara que llevaba décadas custodiando la habitación y observó el rectángulo de papel que descansaba frente a él. Sonrió. Aquel momento ponía punto final a muchos aspectos y marcaba un antes y un después en su vida.

La puerta doble se abrió de par en par y la madera, lacada en blanco, destacó sobre la pared oscura. La mujer apareció en el umbral, con las manos apoyadas en las caderas.

—Dime que no es cierto. —A pesar de la distancia que había entre ellos, pudo percibir el fuego que estallaba en su mirada de color ébano al pronunciar aquellas palabras—. Asegúrame que no has hecho una tontería como esa —insistió.

En diez pasos, la mujer apoyó las manos sobre el escritorio e

inclinó su cuerpo hacia él.

No le hizo falta preguntar de qué hablaba. Del mismo modo que tampoco era necesario descubrir cómo ella había vuelto a enterarse de sus planes. Pensó en reprender a su amigo, pero el pobre no tenía la culpa de querer proteger a aquella mujer menuda, tan distinta a él físicamente.

Clavó los ojos en la mirada inquisitiva que lo observaba.

—No lo entenderías —alcanzó a responder.

—Me parece que eres tú quien no lo entiende.

La miró con interés. El cabello dorado, herencia de su madre, le caía a ambos lados de la cara formando unos preciosos bucles. El vestido negro no hacía más que destacar el tono caucásico de su piel, que dulcificaba la fuerza que caracterizaba a su personalidad; los labios gruesos ya no formaban la línea curva de la que había disfrutado los días anteriores, cuando recordaban juntos momentos de su infancia.

Se limitó a reclinarse sobre su silla y juntar las manos antes de responder.

—No tengo alternativa.

—¡Claro que la tienes! —exclamó ella, antes de elevar la vista y las manos hacia el techo.

—Serán solo tres años. Luego todo volverá a la normalidad, salvo que…

—¡Estás huyendo cuando más te necesito, joder! —Dio un golpe en la mesa, pero él no se inmutó—. ¿Cómo se te ocurre hacerme esto?

—Ni me necesitas, ni huyo; me protejo.

—¿De qué? Si se puede saber.

Percibió el leve movimiento de las femeninas aletas de la nariz, con el que abastecía de aire a los pulmones para tratar de tranquilizarse.

Tardó unos segundos en elegir las palabras correctas.

—Del mundo.

Ella resopló y negó con la cabeza. Le lanzó una mirada fulminante.

—Acabarás volviendo a este mundo que tanto desprecias.

Quizá tenía razón. Después de todo, él ya había descubierto en sus carnes que la vida tenía sus propios planes; que los sueños podían romperse con la misma facilidad que una hoja de papel y que su «lugar» pertenecía a ese mundo del que pretendía alejarse, pero había tomado la decisión de cambiar las reglas del juego. Más tarde, que el resultado fuese el que tuviera que ser.

Se puso en pie. Apoyó las manos a ambos lados de las de ella y la miró a los ojos.

—Eso ya lo veremos.

1

«Si hay algo destacable en la imaginación, es que no se puede controlar. Unos la tienen en edición limitada y otros, sin embargo, le dan rienda suelta hasta el punto de dejar a un lado sus propias realidades para adentrarse en nuevos mundos. Este último es mi caso. Mi nombre es Sara Galán y he perdido la cuenta de todos los libros que he leído en mi vida. Y eso que voy actualizando la lista de lecturas en mi perfil de Instagram desde hace poco más de un año…».

Releo un par de veces el texto en mi portátil y hago un gesto de aprobación. Si esta no es la carta de presentación más original de todos los tiempos, no merezco que me llamen.

Apoyo la espalda en el viejo y amarillo sillón de mi padre y sonrío a la pantalla antes de apretar el botón de enviar. No sé bien en qué lío me estoy metiendo, pero que pase lo que tenga que pasar.

El cuerpo se me llena de esas cosquillas, cargadas de adrenalina, que sientes cuando algo está a punto de empezar y tiene toda la pinta de que va a sorprenderte.

Recuerdo que debo agradecer a María el consejo que me dio el domingo en nuestra tradicional videollamada de «cierre semanal»:

—Échale imaginación —me sugirió, antes de encogerse de hombros.

María llevaba el pelo castaño recogido en un moño en la parte superior de la cabeza. Estaba sentada sobre la cama, con una pierna flexionada, y comía Pringles con la misma naturalidad fingida que

tienen las modelos cuando posan para una foto artística.

¿A quién creen que engañan los fotógrafos? Espaldas rectas, miradas perdidas en el horizonte, pelos alocados, y piernas y brazos en posturas imposibles; sus cuerpos esbeltos no me dan ninguna envidia por mucho que el mío los triplique en tamaño, es solo que… lo reconozco: a veces me dan pena las modelos. Así soy yo.

La tercera componente de las reuniones, Eva, arqueó una de las rubias cejas y dibujó una mueca con los labios, pintados de rosa.

—No es tan fácil, querida —soltó, a la vez que se miraba las uñas, decoradas, esa vez, con un estampado de leopardo—. Nosotras leemos historias, tú las escribes.

—Entonces —replicó María mientras se metía otra patata en la boca y masticaba de forma que nos permitía adivinar en qué momento el alimento se convertía en puré—, imagino que tendréis un gran almacén de imaginación ajena a vuestra disposición.

—¿Qué tiene que ver leer y comentar novelas con poder sacar, luego, lo que tienes dentro, escribiéndolo? ¡No es lo mismo!

—Chicas, por favor —intervine, para poner un poco de paz. Si las dejaba solas, siempre acababan en medio de una discusión absurda —, vamos a calmarnos un poco. Estoy demasiado nerviosa por todo lo que podría suponer que me seleccionaran. No es tan fácil, poneos en mi…

—¡Claro que no lo es! —Eva apretó la mandíbula—. Aunque seguro que a María le cuesta menos que comer con la boca cerrada. ¿Puedes hacer el favor de quitar el audio mientras masticas? De verdad que no entiendo por qué permitimos comida en las reuniones.

—Déjame pensar… —María buscó la última patata dentro del bote de Pringles y se la acercó a la boca con lentitud y con la vista fija en

la pantalla, como si pudiese mirar a Eva a los ojos—. ¿Quizá porque son las seis, suelen durar casi dos horas y yo tengo el tiempo justo para entrar a currar en el restaurante?

—Venga, chicas, haya paz —insistí.

Eva levantó las manos y puso los ojos en blanco. Fue María quien habló:

—Está bien. Está bien. Pero creo que lo estáis exagerando. —Dejó el bote vacío en el suelo y suspiró—. Sara solo tiene que decidir qué le hace sentir un libro cuando lo lee y decir que ese es el motivo para presentarse a lo que sea eso. Lo demás… —continuó y se encogió de hombros— es dejarse llevar y echarle imaginación.

Y eso he hecho: echarle imaginación. La misma que activo cuando sueño despierta entre las páginas de una nueva historia y me dispongo a conocer a otros personajes; enamorándome de ellos en sus momentos de ternura, sufriendo con ellos cuando viven situaciones que no pueden evitar, odiándolos cuando no entiendo por qué reaccionan así, e incluso llorando cuando un autor se empeña en romperme el corazón.

A veces soy una sensiblera. Los libros, además de un refugio para esos momentos en los que he querido aislarme del mundo cuando he pasado por momentos difíciles, son mi debilidad. Ya está, ya lo he dicho. Hay quien adora ir de compras —como mi prima Paula, a la que he apodado en broma «influmierder»—; yo adoro pasear por librerías y tiendas de libros de segunda mano para ver qué tesoro me llevo a casa.

De la misma manera que ellos disfrutan probándose *outfits*, yo disfruto leyendo y preparando contenido para mi cuenta de Instagram. Subo cada publicación con todo el cariño que merece; intento ser constructiva en mis opiniones y no deslucir el trabajo que

hay detrás de cada obra, con independencia de que se trate de grandes éxitos editoriales o autores autopublicados, quienes no tienen la suerte de ser tan conocidos y he descubierto gracias a Bookstagram.

Además, esta comunidad me ha servido para conectar con gente que tiene las mismas aficiones que yo, y eso siempre es un punto a favor y una necesidad en la vida. ¿Para qué mentirnos? Todos buscamos ese grupo de personas afines con las que poder sentirnos libres de hablar y opinar, sin que por ello nos llamen «frikis». Gracias a que me creé la cuenta, pude encontrar a dos de las personas más importantes en mi vida: María y Eva. Y a Diego; que no se me olvide Diego.

Claro que, si no hubiera descubierto ese mundo, tampoco estaría ahora tan nerviosa por haberme apuntado a algo que no sé bien de qué va… Maldito Diego.

Lo que no imaginaba era cuánto cambiaría mi vida en un año. Y eso que sé lo que son los giros radicales, esos que llegan de forma rápida e inesperada y que sacuden tu mundo y lo cambia para siempre.

Suelto todo el aire de los pulmones con calma y esbozo una sonrisa cargada de melancolía. Al menos, he tenido valor para enviar el correo; lo demás no está en mi mano.

Sigo sentada en el sillón cuando me doy cuenta de que la puerta se abre despacio y sin aviso previo. Interrupción de mi intimidad en tres… dos… uno… Distingo esos ojos verdosos que he heredado y que analizan el terreno desde la oscuridad del pasillo.

«Alerta de *spoiler*: posible trampa».

—¿Estás leyendo? —Ahí está mi madre. Si es que no falla. Su mirada de cazadora es inconfundible.

—No. Digo, sí. —«Sara, cálmate». Cierro el ordenador de golpe—. Bueno, voy a ponerme ahora a leer.

¿Por qué demonios no puedo contestar que sí y ya está? Tengo la teoría de que mi madre ha hecho un pacto con una bruja o algo parecido, porque nunca puedo mentirle, aun teniendo veinticuatro años. ¿Cómo lo hace? ¡Si ni siquiera ha entrado en la habitación!

Mi madre abre más la puerta y avanza con calma. Bajo las piernas de los reposabrazos para sentarme «como una persona normal», antes de que haga un comentario sobre mi postura. Tengo que prepararme para la discusión que está por venir. Veo que cruza los brazos y busco con la mirada algún objeto que pueda servirme de escudo. Localizo, en una de mis estanterías, la balda con Funkos, velas y objetos de Harry Potter. ¿Por qué mi varita mágica no funciona? Os juro que he intentado lanzar varios hechizos —bien pronunciados, como lo hace Hermione Granger— y nada. Será porque nunca me llegó la carta de Hogwarts. Aunque estoy segura de que, si me hubiese llegado, mi madre habría hecho otro pacto con las brujas, o con Lord Voldemort, para hacerla desaparecer.

Mi madre, Carmen, sigue con los brazos cruzados y dirige la mirada sobre toda la habitación —que, por suerte, tengo ordenada—, sin decir una palabra. ¡Ni una! Uf, esto pinta fatal.

—Estaba acabando una cosa y sigo —digo, sin apenas pensar. No soporto el silencio tenso, aunque, sin duda, es uno de sus trucos. Señalo los libros que empiezan a amontonarse en mi mesita de noche —. Ahí tengo todos los pendientes de leer.

—Eso será si no te compras más. —Hace una pausa calculada para añadir—: O te los regalan, claro.

—Mamá, no empieces con eso.

Mi madre dirige la vista a las estanterías blancas, que cubren tres

de las cuatro paredes de mi habitación. Se encuentran repletas de libros y otros objetos que, a pesar de que ella no lo sepa, están relacionados con la lectura. Ella no entiende que haya llevado mi pasión por la literatura hasta el punto de acumular ejemplares por todas partes. Tampoco entiende de dónde salen todos los paquetes que recibo, porque es evidente que no tengo presupuesto para comprar tanto y, aunque le he dicho en varias ocasiones que me los regalan, nunca le he dicho quién lo hace, por lo que tampoco termina de creérselo.

—Es que no sé dónde vas a meterlos todos, Sara. —Se descruza de brazos y yo me aferro al portátil. Ya ha empezado—. Entiendo que te guste leer. También que le dediques tiempo y, de verdad, prefiero que estés haciendo eso en lugar de otras cosas, pero…

—Mamá, por favor. —No sé cómo justificarme, porque mi cuenta de Bookstagram es mi secreto mejor guardado. Nadie de mi entorno, ni siquiera ella, sospecha a qué dedico parte de mi tiempo libre.

—No, Sara. Por favor, no. —Se acerca y me acaricia el brazo con suavidad. Noto que se esfuerza por bajar la voz cuando sigue hablando—. También debes tener una vida.

«No lo digas. No lo digas. No lo digas».

—Esta es mi vida.

«Hasta luego, Sara».

—¡Esto no es una vida! —Mi madre se aleja de mí un par de pasos —. Vida es que salgas más a cenar con Gonzalo o que quedes con tu amiga Clara. ¿Cuánto hace que no os veis? Pero que estés tanto tiempo aquí metida, leyendo y enganchada al móvil, eso… —continúa mientras señala los libros de la mesita—, eso no es una vida, Sara. Siempre agradeceré a tu padre que te transmitiera la pasión por la lectura, pero esto es pasarse.

—Ese comentario no me parece justo. —Y lo digo sin llorar. Sin dejar que vea cómo se me acumulan las lágrimas en los ojos, porque que mencione a mi padre duele. Duele mucho y ella lo sabe.

—No estoy hablando de justicia, Sara. —Retrocede hasta llegar de nuevo a la puerta—. Estoy hablando de que tienes veinticuatro años y toda la vida por delante. No puedes vivir a través de los libros, como si una de esas historias te fuese a abducir.

«Ojalá lo hiciera. Ojalá uno de mis libros favoritos se abriese por la mitad y un rayo de luz me condujera al interior de la historia, para ser su protagonista».

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Está utilizando su truco otra vez. Quiere que diga algo para demostrar que dedico mi tiempo a más actividades aparte de leer. Porque mi mundo no es todo lectura. Es posible que me haya volcado en ello más de la cuenta, pero, desde que me he abierto la cuenta de Instagram, noto que formo parte de algo; me siento comprendida y soy feliz dentro de mi pequeña parcela virtual.

Siempre me ha gustado leer; es algo que le debo a mi padre, quien me inculcó su misma pasión desde bien pequeña. Quizá por eso los libros se convirtieron en mi refugio cuando él falleció y han servido como muralla para protegerme del exterior; sobre todo en situaciones complicadas durante la adolescencia y el instituto.

—También trabajo.

¿Se puede saber por qué sigo hablando? Es que no aprendo.

—Claro que trabajas. Solo faltaría. —Mi madre junta sus cejas castañas y me sostiene la mirada—. Pero trabajas en una tienda de ropa de pueblo, que pertenece a tu madre y que lleva varias décadas abierta. Eso está bien por el momento, pero, cuando me jubile, me gustaría que mi hija trabajase en algo que le guste y no en algo que

ha heredado por imposición, como me pasó a mí.

El silencio se adueña de la habitación otra vez y el cúmulo de emociones que noto dentro de mí se me empieza a retorcer cuando suelta:

—Mañana tienes el día libre. Dedícalo a escoger un futuro. —Sale y cierra, sin darme opción a réplica.

Genial. Eso me lleva a recordar cuando tenía dieciséis años y me tuve que «dedicar a escoger» un grado medio para seguir estudiando, porque no podía trabajar directamente en la tienda —según ella—. Lo curioso es que ni siquiera me dejaba llevar las cuentas cuando terminé los estudios. Y ahora pretende que haga otro cambio en mi vida. Me dan ganas de preguntarle, sin rodeos, qué quiere que escoja. Aunque, con toda probabilidad, los planes que espera que haga son, como bien ha mencionado, quedar más con Gonzalo y Clara y tener una vida «normal». Aunque… ¿qué vida es normal? A veces me siento un poco como Bella en la peli de Disney: diferente a los demás; por no imitar las conductas de las personas de mi entorno.

Dejo el ordenador en el escritorio y reviso las notificaciones del móvil. Me recuerdo que soy feliz y que hoy he dado un paso hacia una pequeña locura, totalmente a ciegas. Busco el contacto que me ha empujado a ello.

Sara

Enviado. Deséame suerte.

Diego

La suerte es para quienes no creen en sí mismos.
Tú no la necesitas.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos mientras se me escapa una sonrisa. Ojalá fuera cierto. Ojalá creyera más en mí misma y pudiera cumplir todo lo que me propongo. Porque no hay nada más gratificante que perseguir tus sueños para, al final, verlos hechos realidad, ¿verdad?

2

Suena la alarma y, como cada mañana, maldigo el momento en el que alguien decidió que para trabajar había que madrugar. Soy de las que piensan que, si todos nos levantásemos tarde, podríamos empezar el día más relajados.

Toco el botón del móvil para apagarla. Si ayer la hubiera desactivado, ahora me podría escudar en que estaba haciendo caso a la gran sabiduría que se esconde tras la «orden» de mi madre y seguir durmiendo. Pero no, esa no soy yo. Prefiero levantarme y averiguar si ayer sufrió algún tipo de crisis existencial o si iba en serio. Bostezo y, antes de incorporarme, aprovecho para releer la última conversación que mantuve con María y Eva por nuestro grupo de WhatsApp. Me doy cuenta de que soy de lo más dramática cuando quiero.

Sara

Buenas noches, chicas, creo que no puedo seguir ocultando mi verdadera identidad mucho más tiempo.

María

¿Vas a quitarte la máscara de superheroína de la lectura?

Eva

¿Vas a enseñar por fin tu cara en Instagram?

Sara

Em… No. Me refiero a que siento que no soy sincera con

quienes me rodean.

María

Sabes que nos tienes para hacerte de psicólogas.

Bueno, a mí me tienes hasta dentro de un minuto, que empiezo a trabajar. ¡Os quiero!

Eva

Yo creo que deberías dejar tu doble vida ya.

No sabes cuánto éxito podrías tener. ¡Podrías hacer muchos anuncios!

Qué propio de Eva mirar por la fama. Sé que las empresas contactan con ella para hacer publicidad —igual que con Paula—; pero, claro, ella tiene cincuenta mil seguidores en Instagram y, aunque yo esté cerca de los veinte mil, mi amiga sube fotos de libros en las que enseña la cara, además de su cuerpazo, disfrazado y caracterizado en consonancia con algún personaje de la historia que vaya a comentar. Por si eso no fuera poco, utiliza Photoshop para darle «magia» a sus instantáneas —así llamo yo a cuando añade efectos raros que son de lo más originales—. Pero no la envidio, porque ese no es mi objetivo. Lo que me gustaría es tener un negocio conectado con la lectura, como, por ejemplo, una librería o una tienda literaria en la que vender productos relacionados con libros —de lo que ya he fantaseado con mi prima Paula—, trabajar en una editorial…

Para ser honesta conmigo misma, otro motivo para negarme a aparecer en mis publicaciones es que no quiero recibir comentarios fuera de lugar por no ser el modelo de personaje público que el

mundo espera. ¿No os lo había dicho? Mi talla no es la treinta y ocho —ni la cuarenta y dos, ya que nos sinceramos— y tengo el pecho grande, pero conforme al resto de mis curvas. No es que sufra de obesidad ni otros problemas de salud, simplemente estoy entrada en carnes y, aunque he aceptado que este es mi cuerpo, me da bastante apuro exponerme al mundo exterior debido a las vivencias que acarreo.

Miro la hora en el móvil; ya son las siete y cuarto. Menos mal que siempre programo la alarma para que suene con tiempo de terminar de despertarme sin salir de la cama —la próxima se activará en cinco minutos, así que la apago—. No soporto las prisas ni ir corriendo a los sitios. ¿Hay algo peor que llegar tarde y estresada a cualquier lugar? Me pone nerviosa y de muy mal humor.

Aguzo el oído en busca de indicios que me confirmen si mi madre ha cambiado de opinión o no. Me levanto con calma y busco con la mirada la ropa que llevaba puesta ayer —unos tejanos y una camiseta ancha de manga corta, con un estampado de Disney—; me cambiaré la camiseta, pero los tejanos… ¡Aunque primero necesito ir al lavabo!

Salgo de la habitación y voy hacia el baño que está al final del pasillo. Pongo atención en no arrastrar los pies, pero el grito que me detiene en seco me confirma que mi carrera profesional como espía ha terminado antes de empezar.

—¡Sara! —Mi madre está plantada delante de la puerta de la calle y me mira con incredulidad. ¿De verdad esperaba que no me levantase? Alucino—. ¿Qué parte de que tienes el día libre no has entendido? Hoy no trabajas. Te lo dije muy en serio.

Nos separa la distancia de la escalera que divide las dos plantas que tiene nuestra casa y, desde aquí, veo que atrapa unas llaves del

cuenco de cristal, las introduce en su bolso y saca el móvil. Siento la necesidad de llenar este momento con una dosis de realidad.

—A ver, mamá… Estamos a finales de mes. —Levanto las cejas y junto las manos—. La gente, seguramente, ya ha cobrado. Además, es época de BBC, ya sabes: bodas, bautizos y comuniones, y necesitarás ayuda para los encargos.

Me parece muy extraño que no recuerde que ya hemos empezado con las BBCs y todo lo que la primavera supone para nuestra facturación anual. No es que durante el resto del año nos vaya mal el negocio —no llevaré la contabilidad, pero veo la afluencia de gente que pasa por la tienda—, es solo que en esta época se disparan las ventas.

—Me las apañaré sola —afirma mi madre, sin levantar la vista de la pantalla de su teléfono—. No te preocupes.

¿Cómo que no me preocupe? ¡Que yo también como de esto! Pero no me da tiempo a decirlo en voz alta, porque ella cruza el umbral de la puerta y la cierra con la calma de quien no tiene la mente en el mismo lugar que el cuerpo. Pues nada. Al final va en serio eso de que tengo el día de fiesta. Y viendo el humor que se gasta hoy, tampoco me apetece mucho ir a la tienda —no creo que sea buena idea que los clientes nos vean discutir y convertirnos en la comidilla del pueblo.

Respiro hondo y cierro los ojos. Decido que voy a darme una ducha para aclarar las ideas. «Espera, espera, espera…». Un día libre… ¿Eso cuánto tiempo es? Calculo que mucho y decido prepararme un desayuno dulce y completo: crepes de Nutella y plátano.

A las diez y media opto por prepararme un baño con agua caliente, espuma, sales aromáticas, velas y, por supuesto, una de mis lecturas

actuales.

Me gusta tanto cómo ha quedado la preparación de mi momento de relax, que subo una foto a *stories* sosteniendo el libro con la escena de fondo —y menciono tanto al autor como a la editorial, para publicitarlos—. En cuestión de segundos, empiezo a recibir decenas de reacciones que aseguran el deseo de estar en mi lugar y envidian el superpoder que tengo para leer en la bañera sin mojar el libro.

Se nota que son las once de la mañana, porque los mensajes de WhatsApp en el grupo de mis «consejeras de vida» no tardan en llegar.

Eva

Querida, te hubiese quedado mucho mejor si la perspectiva fuese desde dentro de la bañera y sacando una pierna de entre la espuma, pero no está mal.

Leo el mensaje desde las notificaciones del móvil. Sé que, como entre en el grupo, se me quedará el agua helada porque contestaré, así que dejo el teléfono encima del lavamanos. Cuando solo tienes los domingos libres, que te regalen un día extra en mitad de la semana consigue que valores el tiempo como si fuera oro —como deberíamos hacer siempre, en realidad.

Estoy leyendo el nuevo libro de J. K. Norvi, el autor de *thriller* con más éxito del momento. Es su segunda novela y la primera me fascinó. Siempre me he considerado una fanática de las novelas románticas, pero tengo que reconocer que la editorial Read & Fun sabe hacer buenos fichajes con sus escritores. Nada de libros que se venderán seguro porque los ha escrito alguien famoso —aunque también haya alguno entre sus filas—. Ellos siempre han apostado por la calidad del contenido y, como era de esperar, se han

convertido en la mejor editorial del mercado; una con la que estoy encantada de hacer colaboraciones.

Si hace un año alguien me hubiese asegurado que las editoriales me contactarían para que leyera las obras que publican y explicase qué me han parecido, jamás le habría creído, pero no puedo ser más feliz.

El libro me absorbe hasta el punto de no importarme que el agua pierda su calidez y es ahí cuando la llamada entrante en mi teléfono móvil altera mi estado Zen. ¿Por qué no lo habré puesto en silencio? Me seco la mano y le doy al botón por inercia, incluso antes de mirar quién me llama. Mierda.

—Hola, Clara —saludo, y espero que no se note que mi tono es más frío que el agua en la que estoy metida.

—Sara, cuánto tiempo sin escuchar tu voz.

—Ya…—suspiro—. WhatsApp nos está pasando factura con los pequeños detalles.

—Bueno, la solución siempre ha estado en comunicarse con la gente sin necesidad de utilizar el móvil. —Hace una pausa y el silencio se instala en la conversación—. Podríamos vernos y solucionarlo, ¿no crees? ¿Qué estás haciendo ahora?

Mi mente ya ha encontrado la respuesta: «Estoy disfrutando de un momento perfecto que, por desgracia, jamás entenderías». No, no puedo decirle eso.

—Estoy acabando unos pedidos de la tienda —miento—. Ya sabes, ahora empieza la época de BBC y claro…

—Sí, sí. Lo sé. Todos los años has estado liada por estas fechas. Lo que pasa es que, como he visto la tienda cerrada, he pensado que quizá estáis en casa cogiendo fuerzas justo para…

—¿Has dicho cerrada?

—Sí. Cerrada. —Clara espera unos segundos y noto que sabe que algo no va bien—. ¿No tendría que estarlo?

No. Por supuesto que no, pero tampoco voy a trasladarle mis preocupaciones. En otro momento, quizá, lo hubiese hecho; aquel en el que éramos uña y carne, lo compartíamos todo y sabíamos cualquier detalle de la vida de la otra.

Me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo callada. Tengo que responder algo rápido.

—Sí, sí. Es solo que… ¿A qué hora has pasado por allí?

—Pues lo acabo de hacer —titubea ella—. He ido por si estabas y querías hacer una pausa para tomar un café… como antes.

Vale. Mi cerebro ya ha tenido suficiente y siento que se pone en pausa.

—Tengo que colgar —afirmo con rapidez.

—¿Va todo bien, Sara?

La pena en su voz me está paralizando. Necesito salir de ahí y eso que se trata de una conversación telefónica. ¿Por qué no habré mirado el teléfono antes de darle al maldito botón?

—Sí, sí. Es solo que… —Me levanto, aún dentro de la bañera, e intento que el sonido del agua no me delate—. He recordado que tenía que hacer unas gestiones por este tema. Hablamos en otro momento, ¿vale?

—Está bien, Sara.

—Hasta luego, Clara.

Pulso el botón rojo antes de escuchar si añade algo más. No entiendo por qué me ha llamado, pero lo importante ahora es: ¿por qué está cerrada la tienda? Puede que mi madre se haya quedado sin género o alguna clienta con movilidad reducida le haya pedido que vaya a su casa a tomarle medidas para algún vestido especial. En

cualquier caso, doy por terminado mi día libre. Ni cuatro horas ha durado. Increíble.

Me cubro con la toalla mientras intento vencer los nervios y recordar dónde he dejado las llaves del local. «¿Dónde van a estar? Donde siempre». Salgo tan rápido del baño que casi me resbalo, pero llego al cuenco de cristal de la entrada justo cuando llaman al timbre. ¿En serio? Abro sin pensar y empiezo a rebuscar en el interior del recipiente.

3

—Vaya, siempre es un placer verte, Sara. —El par de ojos negros, perteneciente a quien saluda desde el otro lado de la puerta, me recorre sin ningún tipo de pudor—. Pero cada día te superas más.

Chasqueo la lengua; lo que me faltaba. Dejo lo que estaba haciendo y me aseguro, con ambas manos, de que la parte superior de la toalla está bien sujeta.

—Anda, Gonzalo. —Le hago un gesto con la cabeza hacia el interior—. Pasa.

—¿Sabes qué? —Cierra y avanza sin dejar de mirarme. Yo centro la mitad de mi atención en el cuenco, de nuevo, y busco mi objetivo con la vista—. Había pensado llamarte para invitarte a comer, pero al ver la tienda cerrada, me he dicho: ¿por qué no vas a verla, sin más rodeos? Y aquí estás.

A la mierda la toalla. Agarro el cuenco y me pongo a buscar en su interior. Vale, no es un pueblo excesivamente grande, pero ¿todo el mundo ha visto la tienda cerrada? ¡Menuda imagen!

—Gonzalo, estoy buscando las llaves del local —digo cuando lo noto más cerca—. No las encuentro.

—Eso explica por qué está cerrado. —deduce él, en voz alta, intentando imitar la voz de un detective de película de domingo por la tarde—. ¿Y tu madre?

Esa es una muy buena pregunta. La mejor. La segunda sería algo así como: ¿dónde demonios están mis llaves?

—Pues ha salido a hacer unas gestiones —respondo, sin dejar de

hurgar en el recipiente de cristal que resulta ser primo hermano del bolso de Mary Poppins.

—Gestiones… Suena bien. —Me acaricia el hombro desnudo con el dorso de los dedos y susurra—: ¿Comemos? No sé tú, pero yo tengo mucha hambre. —Aprieto los labios y me giro para encontrarme con unos ojos intensos como la noche—. ¿Qué pasa, Sara? —Sus dedos, un tanto ásperos, recorren mi piel hasta detenerse en la clavícula.

Respiro con calma. No voy a pagar mi frustración con él, porque no sabe que mi madre «supuestamente» está en la tienda, pero me cabrea mucho cuando ignora mi tensión —que es más que palpable y de la que debería darse cuenta, por el tiempo que hace que nos conocemos— y pretende apaciguarla con sexo.

Gonzalo empieza a jugar con los dedos por mi cuello y nuca, antes de escalar por el pelo humedecido. ¿Cuánto hace que no nos acostamos? Creo que llevo un par de semanas dándole largas para poder ponerme al día con las lecturas, y él ha estado ocupado con el trabajo, pero, ahora mismo, tampoco es el momento.

—Gonzalo, tengo que ir a la tienda.

—Te acompaño y comemos juntos.

—Gonzalo, yo…

—Princesa… —Me acaricia la barbilla con el índice—. ¿Me estás evitando?

—No, no. —«Claro que sí»—. No es eso.

—Vale, ya entiendo —asegura él, subiendo el dedo hasta mis labios—. Es por la conversación que tuvimos sobre lo nuestro, ¿verdad?

«Lo nuestro» consiste en una relación de amistad de toda la vida que, hace cosa de dos años, tomó rumbo hacia otro lado —concretamente, hacia la cama— y evolucionó hasta convertirse en

algo ambiguo y sin nombre. Al menos para mí.

—Tenemos pendiente hablar de eso, sí. Pero es que me pillas con prisas, porque necesito ir a…

Gonzalo me sujeta por ambos hombros y me gira, hasta que quedo frente a él. Sus manos cálidas contrastan con mi piel fría y suave. Sonríe y se me acerca con lentitud. De pronto, el sonido de la llave hurgando en la cerradura de mi casa capta toda nuestra atención.

Mi madre empuja la puerta y masculla algo en voz baja. Tiene la mirada fija en su teléfono y lleva una bolsa de papel en la mano, pero no puedo distinguir el logo. ¿Adónde ha ido?

—Señora Del Olmo —saluda Gonzalo. Ella levanta la cabeza y parpadea dos veces—. Un placer verla de nuevo.

—Por favor, Gonzalo —responde mi madre, antes de dejar las llaves en el cuenco de vidrio—, tutéame. Te conozco casi desde que usabas pañales.

—Me gusta ser educado. —Atrapa la mano libre de mi madre y le planta un beso en el dorso—. Sobre todo con mi suegra.

Mi madre sonríe como una adolescente mientras niega con la cabeza, y Gonzalo le guiña un ojo. Estoy alucinando con la escena. Me dan ganas de salir de mi propia casa y dejarlos solos. Por fin, ella repara en mí. Bueno, en mi toalla, mejor dicho, porque la cara que compone podría ser un poema de Bukowski.

—¿Qué haces así?

Gonzalo aprovecha la situación para colocarse a mi lado y deslizar una mano por mi espalda. Noto cómo me tenso. Mi madre carraspea y yo no sé qué es lo más embarazoso de toda la situación. ¿Por qué no se me traga la tierra cuando lo pido? Respondo de forma automática:

—Estoy buscando mis llaves del local.

Me doy cuenta de que mi madre relaja un poco el gesto. Esa es la verdad, pero espero que desde fuera suene también a situación lógica. «Claro. Lo más lógico del mundo, Sara: buscar unas llaves medio desnuda y con tu casi novio delante».

—Ah, bueno —dice mi madre y la observo, atenta. Abre su bolso y, tras introducir la mano en el interior, balancea un objeto delante de mí—. Si no las encuentras, es porque las tengo yo. Se ha estropeado el mando de las mías.

Ella se encoge de hombros, con las llaves en la mano, pero sin hacer el menor intento de entregármelas. ¿Por qué no me ha avisado esta mañana? Quizá ha entrado en casa cuando yo estaba en el lavabo, pero si se ha llevado mis llaves y la tienda está cerrada…

—¿El mío tampoco funciona? —Frunzo el ceño, porque eso lo explicaría todo.

—¿Cómo dices?

—Carmen —interrumpe Gonzalo—, me preguntaba si te importaría que Sara y yo comamos juntos hoy. Sé que tendréis lío por el cierre de mes, pero hace días que no nos vemos porque he tenido que ayudar a mi padre con…

—Sí, sí. Claro, claro. —Mi madre mete de nuevo mis llaves en su bolso y mueve la cabeza para apoyar su respuesta—. Yo comeré en la tienda. Solo he venido a buscar… —Abre el primer cajón del mueble del recibidor y revuelve lo que hay dentro. Se le iluminan los ojos cuando ve un sobre blanco—. Ya está. Os dejo, chicos. —Gira sobre sí misma y abre la puerta mientras nos echa un vistazo fugaz y añade —: Recuerda que hoy tienes el día libre, cariño.

Un portazo y me quedo con la mirada clavada en la madera. No es que me extrañe que me llame «cariño» —a ver, es mi madre—, pero lo que no acabo de entender es su reacción. Vale que Gonzalo le cae

bien y que, por ella, podríamos casarnos mañana mismo, pero es la primera vez que me pilla en una situación «íntima» y no esperaba esa reacción. Ella es más de «utilizas protección, ¿verdad?» que de «tienes el día libre, cariño». No es que sea ajena al hecho de que tengo vida sexual, al contrario, Gonzalo se ha quedado alguna vez a dormir en casa, aunque pocas. Pocas, porque vivimos solas desde que falleció mi padre —hace tres años y dos meses— y nos respetamos lo suficiente como para informar de nuestros planes y valorar el espacio de la otra. Resumiendo: que mi madre no trae a casa a sus ligues y yo tampoco.

Los cálidos dedos de Gonzalo, que juguetean con la piel de mi cuello, me devuelven al aquí y al ahora. Mis ojos se encuentran con la mirada felina que parece esperar impaciente.

—Estás congelada —ronronea.

Lo estoy. Sujeto de nuevo la toalla al tiempo que la caricia de Gonzalo se desliza por mi escote. Respiro hondo y recuerdo las dos opciones que tengo en esos momentos: quedarme o huir. Opto por la segunda.

—Me cambio y vamos a tomar algo.

Giro la cabeza y paso por delante de él tan rápido que tarda en reaccionar. Aun así, consigue atraparme el brazo izquierdo para detenerme.

—Está bien, Sara. Hagamos las cosas a tu ritmo, no me importa. Pero, por favor —dice y leo la tristeza en su mirada—, no me dejes fuera.

Asiento y sigo caminando cuando me suelta con suavidad. Sé a qué se refiere. Es lo bastante listo como para percibir la distancia que estoy poniendo entre nosotros. Quizá sería mejor que hablase con él sobre «lo nuestro» y acabarlo de una vez por todas, pero ¿cómo se

acaba una situación cómoda que te conviene? La explosión del sentimiento de culpabilidad me invade durante unos segundos.

Entro en la habitación a toda prisa y acabo cogiendo la ropa del día anterior que ya tengo localizada y sé que me resulta cómoda. Total, me la puse para trabajar y nadie más ha visto mi modelito. Abro el segundo cajón de mi armario y rebusco entre la ropa interior. ¿Qué opción es la más adecuada? La lencería bonita hace que me suba el ánimo, pero esas braguitas de color carne parecen tan perfectas para cortar el rollo que me las pongo sin más rodeos. Por si acaso.

Cinco minutos más tarde, cuando estoy lista, me dirijo hacia la puerta y vuelvo la cabeza hacia el interior de la habitación. En realidad, podría…

4

Una de las cosas que más me gusta de Gonzalo, aparte de la facilidad para conseguir una mesa en el bar más concurrido del pueblo a la hora del vermut, es que entienda que lleve un libro conmigo para los momentos de espera. No es que vaya a leer mientras estoy tomando algo con él, pero es posible que acabe yendo a la tienda después y me gusta leer en esos momentos en los que no hay nadie a quien atender o tareas por hacer. Además, estoy enganchada a esta historia, no lo voy a negar.

—Estaba pensando… —Gonzalo fija la mirada en su cerveza y da un último trago antes de volver a hablar—. ¿Tienes planes para dentro de dos fines de semana? He pensado que tal vez tú y yo podríamos…

Ahí está otra vez intentando que lo nuestro sea más presente y futuro que pasado. ¿Por qué no puede dejar las cosas como están? ¡Qué manía con querer formalizar algo que ya está bien!

—¿En dos semanas, dices? —Finjo consultar una agenda mental.

Miro sus ojos oscuros y me siento capaz de leer sus pensamientos en ellos. Gonzalo sabe, tan bien como yo, que mis fines de semana no están siendo una fiesta precisamente. De hecho, he dedicado los dos últimos a ayudar a Consuelo, una clienta y vecina que se torció el tobillo y no podía ir a comprar ni sacar a su perro a pasear.

Gonzalo sigue mirándome, a la espera de una respuesta, y yo intento que no se note que estoy buscando una excusa para eludir el plan que quiera proponerme. Podría utilizar el pretexto de que tengo

algo que hacer con Clara, pero él sabe que estamos distantes desde hace un tiempo. La voz de María se cuela en mi mente y me susurra un «Échale imaginación». Se me escapa una sonrisa y a Gonzalo un gesto de incomprensión. Ojalá hubiera quedado con María y Eva, como cuando algunas personas de Bookstagram se juntan y hacen cafés literarios o… ¡Bingo!

—Tengo un evento —respondo al recordar una de las conversaciones mantenidas con mis amigas.

Gonzalo detiene el ritmo con el que está moviendo las patatas bravas, que una simpática camarera ha dejado encima de la mesa frente a él como si yo no existiera; porque se me ve, eso está claro. Aunque ¿quién es más apetecible para recrear la mirada, si se puede elegir entre un chico rubio, de ojos negros, cuerpo atlético y sonrisa endemoniadamente atractiva y una chica rellenita, vestida con una arrugada camiseta Disney y acompañada por un libro, a su lado y sobre la mesa? A pesar de que no me considero un adefesio, entiendo su decisión. Y, aunque siempre me han dicho que soy bastante mona de cara, tengo claro que Gonzalo podría estar con la chica del pueblo que él quisiera.

Un escalofrío me recorre cuando ladea la cabeza en mi dirección y sus ojos negros se convierten en apenas unas ranuras.

—Un evento ¿de qué? —Su voz suena dura y exigente. Como la de alguien que sabe, con toda seguridad, que le están mintiendo a la cara. Joder.

—Literario, por supuesto. —Me apresuro a decir, y levanto el mentón mientras la camarera deja otra cerveza al lado de Gonzalo. En serio, chica, que estoy aquí.

En fin. Me fijo en Gonzalo y el «por supuesto» resuena en mi cabeza. Claro que sí, como si eso fuera lo único que yo pudiese hacer

con mi tiempo. «Tú entiérrate sola, Sara». Aunque es cierto que hay temporadas en las que leo mucho, me da la sensación de que la respuesta ha quedado un poco friki y antisocial. Sin embargo, no puede existir una comunidad tan grande de personas antisociales, ¿no? Eso no tendría sentido.

Gonzalo coge su copa y me vuelve a observar. Noto cómo analiza cada uno de mis movimientos mientras yo recopilo todos los datos que recuerdo del evento literario que mis amigas comentaron por WhatsApp. No tenía pensado ir —si no quiero que la gente me vea por Instagram, ¿cómo voy a ir a un evento de esos?—, pero, de repente, no me parece una idea tan descabellada. Además, mi madre me ha dicho que busque algo que me guste y, por un momento, una luz verde se ha encendido dentro de mí. Estoy deseando ver la reacción de María y Eva cuando se lo cuente. Sonrío sin poder evitarlo.

—Vaya. —Gonzalo levanta las cejas y hace un gesto como si acabase de convencerse de que lo de ir al evento va en serio—. No me habías comentado nada.

—Bueno —comienzo, y desvío la mirada mientras trato de liberar el excedente de salsa picante de una de las patatas, restregándola contra el borde del plato—, ya sabes que hace unos meses que pasamos menos tiempo juntos por una cosa u otra.

—Eso es precisamente lo que quiero arreglar. —Deja la cerveza en la mesa y acerca su mano a la mía, aunque sin tocarla—. Sé que no quieres una relación seria, Sara, pero hace un par de años que empezamos con esto y a veces me planteo si…

—Pero ¿qué ven mis ojos? —Una voz arisca y teatral retumba en mis oídos.

No me hace falta levantar la cabeza para saber de quién se trata.

«Salvada por la malvada». Porque, si mi vida fuese un cuento, sin duda, Elisabeth Gil sería la mala de la historia. Al menos, así ha sido durante mi infancia, adolescencia y… espera, ¿siempre?

—Hacía mucho que no os veía juntos. —La mueca de asco que hay en su cara es palpable también en su voz cuando me mira—. ¿Sigues encerrada en tu mundo de libros, Cenicienta?

Dudo si responder. Como tantas otras veces a lo largo de mi vida, respiro hondo y contengo el aire unos segundos para calmarme. Ella busca un enfrentamiento y yo no pienso darle el placer de encontrarlo.

Elisabeth siempre ha sido la chica guapa de clase, la típica que sale con el chico popular y que, si no consigue lo que quiere, se entrega al berrinche. A veces, Eva me recuerda un poco a ella, pero mi amiga es una versión mejorada de esta villana, obviamente. Todavía siento reciente el día en el que se enteró de que tenía una relación con Gonzalo —algo que ella no había conseguido, por cierto—. Aquello fue el detonante de su odio hacia mí. Nada de eso me importa en exceso, pero cuando mi mirada recae sobre el grupo de chicas que hay detrás de Elisabeth y allí, en medio, encuentro a Clara, que me mira con los ojos abiertos como platos… mi lengua acaba por ser más rápida que mis ganas de paz.

—Lamento informarte de que la de los libros es Bella. —Esbozo la sonrisa más falsa del mundo—. Cenicienta es…

Elisabeth aprieta los labios rojos y abre las aletas de la nariz mientras la mayor parte del coro que tiene detrás contiene una risita. Ella lanza una mirada fugaz a la mesa y, con un movimiento rápido, golpea el vaso de cerveza de Gonzalo y vuelca el contenido encima de mi libro. Me levanto de golpe, con el líquido derramado en mi camiseta, que recorre la cara de la malvada estampada en la tela, y

pienso en lo irónico de todo esto. El coro ahoga una exclamación.

—Te has pasado, Eli. —La reprende Gonzalo mientras se acerca a mí para secarme con algunas servilletas de papel.

—Que os vaya bien la cita. —Elisabeth gira sobre sus talones y se aleja con una sonrisa triunfal, antes de gritar entre risas—. ¡Sara, no te olvides de invocar a Harry Potter para que arregle el desastre!

Gonzalo masculla algo que no consigo entender, porque tengo la vista clavada en el libro empapado. Le arranco las servilletas de la mano y las presiono contra la cubierta. Sé que va a ser difícil que sobreviva y, mientras Gonzalo intenta tranquilizarme, solo pienso en explicarle a Diego lo que ha pasado con el ejemplar que me regaló.

5

El sol de la tarde entra por la única ventana de mi habitación —aunque, por su tamaño, una es más que suficiente—. Me encanta este lugar. Cuando era pequeña, mi padre instaló el ventanal para que nunca me faltara la luz natural para leer. Y ahora estoy reclinada en su viejo sillón, con los pies encima del escritorio blanco, el móvil pegado en la oreja y un bocadillo de Nutella en la otra mano.

—Será idiota… —Las palabras de Diego, al otro lado de la línea, me hacen sonreír.

Mi amigo trabaja en la editorial Read & Fun. Gracias a él —y a Eva, que fue quien me animó a contactar con ellos— tengo la suerte de ser una de las afortunadas con las que hacen colaboraciones.

He decidido llamarlo para explicarle lo que ha pasado con el libro porque, además de empezar a considerarlo un colega, el ejemplar me lo había enviado la editorial y no está en óptimas condiciones para que lo enseñe en redes. Soy así de gafe.

—Daría lo que fuera por ver la cara que puso —prosigue Diego mientras le doy un mordisco a mi bocadillo. Él está conduciendo, como en la mayoría de las ocasiones en las que hablamos por teléfono—. Y si, además, le hubieses dicho que a quien se invoca para que te ayude cuando tienes problemas es a Rumpelstiltskin, habría sido brutal.

Río a carcajadas y tengo que incorporarme para toser, porque me atraganto con un trozo de pan. No todo el mundo conoce el cuento de Rumpelstiltskin —o *El enano saltarín*—, que es quien aparece

cuando la hija del molinero llora por no poder convertir la paja en oro. ¿A quién más se puede invocar? Bueno, al genio de la lámpara, pero confieso que la que tengo, de plástico y que decora mi estantería, funciona tan bien como mi varita de Harry Potter.

—¿Estás bien, Sara? —pregunta entre la preocupación y la risa.

Emito un sonido que espero que interprete como un «Sí». ¿Cómo me las apaño para hacer siempre ruiditos raros cuando hablo con Diego por teléfono? En nuestra última conversación se me escurrió una taza con colacao y… En fin, fueron ruiditos y grititos. Diego dice que le gusta hablar conmigo porque le hago reír, pero en el fondo sé que me utiliza para entrenar su paciencia.

Nuestra relación ha evolucionado mucho desde la primera vez que hablamos por correo. Nunca imaginé que varios errores con los envíos propiciaran que intercambiáramos nuestros teléfonos y nos hiciéramos amigos; unos que no se han visto nunca. Porque con María y Eva —a quienes tampoco he visto en persona todavía porque ambas viven en Madrid y todavía no se han alineado lo suficiente los astros como para que quedemos en persona— hago videollamadas, pero con él no. Y eso me lleva a que, a veces, me pregunte cómo será físicamente. ¿Quizá el típico ratón de biblioteca? Puede que yo no sea la más indicada para utilizar ese mote… Sin embargo, aprovecho su comentario acerca de que está preparando cosas muy interesantes para la editorial y reviso su foto de perfil otra vez. ¿Por qué se hizo un primer plano de la nuca? Bueno, su moto aparece al fondo. En definitiva, la imagen impide que alguien lo identifique.

A ver, yo tengo una foto de hace quince años y sentada con mi padre en este mismo sillón y, en Instagram, la de un libro encima del mismo asiento. En fin. Solo sé de él que tiene el pelo negro y la piel

ligeramente bronceada —al menos, en la zona del cuello—, que es inteligente, trabajador y responsable, sabe de libros y tiene sentido del humor y una voz muy interesante.

«¿Acabo de llamar "interesante" a su voz?». Necesito aclarar las cosas con Gonzalo y que volvamos a ser solo amigos con derecho a quitarse el calentón. Sobre todo por ese último punto, puesto que esta semana he leído mucha novela romántica con escenas subidas de tono.

—Te conseguiré otro, Sara. —Diego me arranca de mis pensamientos y retoma el tema inicial—. Sé cuánto te gusta la forma de escribir de J. K. Norvi.

—No te preocupes —respondo con sinceridad—. Pensaba ir a la librería de todos modos.

—Insisto.

Su voz se ha vuelto dura y, aunque no puede verme, pongo los ojos en blanco. Me da la impresión de que ha notado mi gesto cuando escucho cómo rasca su cambio de marcha.

—Haremos un trato, Diego —propongo. Contengo la risa y dejo lo que me queda de bocadillo sobre el escritorio—: Como iré a comprar el libro mañana mismo, y sé que me enviarás uno nuevo por mucho que me oponga, prepararé un sorteo en Instagram.

—Me parece un trato perfecto. Sin embargo… —continúa y escucho que detiene el coche—, me gustaría añadir algo más.

—Sorpréndeme. Y que sea con libros.

—Quiero algo más especial que un libro —admite, con un deje de sensualidad en la voz; o quizá es mi imaginación que me juega una mala pasada—. Quiero una entrevista contigo.

—¡¿Cómo?!

Todavía no he escrito a mis dos consejeras de vida para contarles mi pequeño desastre. Se debe a que María, mi querida escritora todoterreno, trabaja en dos sitios a la vez. Sí, dos, y porque para tres no le da el día; por la mañana como dependienta en una zapatería de la calle Fuencarral —donde acude algunas tardes si su jefa lo necesita— y por la tarde-noche —y fines de semana— como camarera en un restaurante de Malasaña. Lo malo de este último trabajo es que los sábados y domingos tiene turnos tan rotativos que ni ella los conoce hasta la semana siguiente. Según sus palabras textuales: «Es lo que conlleva ser pobre y tener que mantener a tu familia». A veces, me sorprende la fortaleza que tiene, pero es como ese junco de apariencia delicada, que no hay tempestad que lo tumbe. Y Eva… Eva dudo de que sepa que la vida existe antes de las once de la mañana.

He intentado que Diego me explicase un poco —o mucho— del plan de la entrevista, pero nada. Me ha dicho que le daría una vuelta, porque se le estaba ocurriendo algo interesante y que había hecho bastante con enviar mi carta de presentación a la editorial. Me ha confesado que el correo que remití no era para hacer colaboraciones exclusivas y se ha empezado a reír cuando he reconocido que algo sospechaba. Sí, me lancé a hacer algo a ciegas por primera vez en mi vida. Ya tocaba.

«No creo que te lo imagines, Sara», esa ha sido su respuesta. Y yo, por si acaso, le he recordado que mi cara no va a salir en ninguna red social; dato que le ha vuelto a arrancar alguna carcajada.

No salir retratada en mi propio Instagram puede parecer una tontería, pero la realidad es que aparecer me hace sentir… insegura.

Es como si estuviera exponiendo mi cuerpo. En invierno, quizá podría disimularlo con un buen jersey, pero seguiría viéndose la cara y el cuello —salvo que subiera vídeos y fotos con bufanda—. Hay filtros que pueden maquillar el rostro, pero no la silueta. En realidad, me preocupa preocuparme por esto —valga la redundancia—, pero no puedo evitarlo.

Antes de ponerme el pijama de Minnie que compré en Primark, escribo un «S.O.S.» en el grupo de mis amigas para pedir una videollamada de emergencia. Luego, subo a Instagram una foto del libro destrozado, acompañado de la frase «El odio siempre ataca donde más nos duele» y repaso mis estanterías con la mirada.

Me costó mucho decidir cómo organizar todos mis libros. Al final, opté por juntar los que tenían lomos del mismo color para conseguir un efecto «arcoíris» al mirarlos. La única estantería desordenada es la que está a la derecha de mi cama, donde se encuentran los que tengo pensado leer próximamente. Ojalá pudiera tener una biblioteca como la de Bestia algún día. Todavía puedo rememorar que, cuando vi la película, me quedé fascinada. Mi padre solamente me dijo: «¿Notas la ilusión que te recorre por dentro, Sarita?». Jamás olvidaré cómo le brillaban los ojos. «Si esto te hace feliz, recuerda que las personas no se miden por el tamaño de su cartera, pero sí serás capaz de conocerlas un poco más por los libros que han leído y les han gustado».

En aquel entonces —a los ocho años— no lo entendí del todo, pero ahora… Me hice amiga de Gonzalo porque llevaba libros para el recreo durante los días de lluvia y era el único niño de clase que leía, con eso lo digo todo.

Agarro el móvil y veo que ya están llamando. ¡Qué rapidez! Descuelgo.

—No os vais a creer lo que me ha pasado… —interrumpo su conversación, sin saludar, y cruzo las piernas sobre la cama para acomodarme.

—Espero que sea urgente —avisa María, con los ojos enrojecidos y el moño tan despeinado que dudo de si se trata de un recogido casual o si ha dormido con él hecho—. Estoy molida por el turno de hoy en el restaurante, mañana empiezo a las nueve en la zapatería y todavía tengo que acabar de corregir algunos capítulos de la novela para enviárosla y que me digáis qué tal.

Le damos nuestra opinión porque somos sus lectoras cero, o sea, que leemos el libro antes de que se publique, para intercambiar impresiones con ella y que haga las modificaciones que considere necesarias.

—Tú siempre con ese ánimo tan decepcionante, querida. —Eva levanta el labio y emite un gruñido que, al tratarse de ella, consigue que suene refinado—. He visto tu *story*, Sara. Cuenta.

Se lo explico todo: la discusión con mi madre, cómo está el tema con Gonzalo, el incidente con Elisabeth y, por último, mientras suelto toda la emoción contenida, lo que me ha dicho Diego.

—Esa chica de tu pueblo es una estúpida ignorante; me gustaría estamparle la cara en alguna enciclopedia —ruge María, a la vez que busca la posición más cómoda en la silla de su escritorio—. Creo que deberías hablar con Gonzalo y que volváis a ser «fornicamigos», como tú le dices. Yo creo que la palabra correcta es «follamigo», pero vaya, que la que se lo tira eres tú. Como si quieres llamarlo Nacho Vidal.

—¡María! —exclamo, con la cara más roja que el lazo que hay dibujado en mi pijama. Ella se ríe a carcajadas.

—Lamento mucho lo del libro, Sara —dice Eva, visiblemente

afectada. Es bonito tener amigas empáticas—. Pero lo que no acabo de entender es… ¿por qué Diego te ha ofrecido a ti lo de la entrevista? ¡Si llevo más tiempo en Instagram que tú y tengo más seguidores!

Retiro lo de empática.

—Eso es por el carisma —responde María, con una mueca, mientras se rasca el cuero cabelludo bajo el recogido—. Tú de eso no tienes. Yo me alegro muchísimo por ti, Sara.

—¿Cómo no voy a tener carisma si tengo más de cincuenta mil seguidores? —Da la impresión de que a Eva se le van a salir los ojos de las cuencas—. ¡Algo tengo que hacer bien!

—Te diré algo importante que no sabes hacer bien. —María apoya el codo sobre la mesa y pone la barbilla sobre el puño—: Croquetas. No tienes ni idea de hacer croquetas.

—María… —reprendo y contengo la risa—, sabes que Eva no come esas cosas. Dice que no son *healthy*.

Eva se aclara la garganta con dulzura y se recoloca los mechones rubios detrás de las orejas.

—¿Me podéis explicar qué tienen que ver las croquetas con mi perfil de Instagram, dedicado a los libros?

—Pues que no vas a leer mi próxima novela y no podrás subir una de tus fotos sexis con ella. —María muestra, sin tapujos, una sonrisa de satisfacción. Sabe cuánto le molesta a Eva que hagan comentarios sobre las poses de sus fotos.

—Estamos hablando en serio, María —replica Eva, y pone los ojos en blanco. Aunque ambas sabemos que María ha prometido que en su próximo libro las croquetas tendrán un papel muy importante—. Si me hubiesen propuesto la entrevista a mí, al menos podrían acompañarla con una imagen mía. A no ser que… ¿Piensas salir del

anonimato con la entrevista?

Eva y María sueltan una exclamación al unísono y empiezan a decir frases como «¡Qué fuerte!», «Eso sí es hacerlo a lo grande» y «Va a ser un bombazo».

—No sé cómo será la entrevista —digo, sin poder evitar reírme—, pero ya le he dicho que se olvide de mi cara.

—No puede olvidarse de algo que no conoce —apunta María.

—*Touché* —resoplo—. Todavía no sabemos cómo irá el tema, es solo una idea. Aunque, quién sabe, algún día puede que lo haga; que me muestre. Ahora no, me da un poco de miedo cómo puede reaccionar la gente.

—Me parece una tontería que te escondas del mundo por tu físico —señala Eva, con agresividad—. Tienes una cara preciosa y tus ojos brillan mucho más que los míos cuando utilizo el aro de luz.

Aprieto los labios hacia dentro y agacho la mirada. Puede que Eva parezca dura, pero está cansada de repetirme que soy bonita tal como soy.

—Pues yo creo que es parte de su identidad —asegura María—. Sara es como La Vecina Rubia de Bookstagram, solo le falta un *crush* viral en su historia. Por supuesto, Gonzalo no vale. No lee lo suficiente.

—Gonzalo sí que lee —afirmo, pensativa, porque hace tiempo que está tan liado con el trabajo que no recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi con un libro—. No tanto como nosotras, pero algo lee.

—A mí se me ocurren un par de modelos mejores. —Eva me ignora y se alisa el pelo con la mano—. Prefiero a Ashton Kutcher o mi favorito: Alan Vidal. El modelo de Katana que, además, escribió un libro hace algunos años… ¿Se puede ser más sexi?

—Qué pesada que eres con este tipo, por favor. Yo todavía no sé

qué cara tiene —dice María, en medio de un bostezo—. Quizá lo veamos en el evento literario, tengo entendido que lo patrocina la empresa Katana junto con Read & Fun.

—¡Ostras! —exclamo—. No le he mencionado el tema a Diego.

—Mejor, Sara. —María asiente con la cabeza—. Porque ese evento al que se supone que vas dentro de dos semanas…

—No se supone que voy —replico con seguridad. Llevo todo el día mentalizándome de que es un hecho—. Voy a ir.

—Entiendo. —María se muerde el labio—. Y te refieres al evento de Madrid del que estamos hablando, ¿no? Ese al que van escritores, blogueros, *bookstagrammers*, *booktokers*, *booktubers*, lectores en general… —Espera hasta que emito un sonido de afirmación—. Ese que será el fin de semana que viene…

—¿Cómo que la semana que viene? —Me levanto de golpe de la cama.

—Pues eso, que, si es el evento que hemos estado comentando Eva y yo, será el fin de semana que viene, no dentro de dos semanas. Ya te dije que tengo fiesta y…

¿Cómo? ¡Menos de diez días! Esto me pasa por no haber prestado atención a todos los detalles que han comentado estas dos. Camino sin rumbo por mi habitación y me paso la mano libre por el pelo mientras ellas se mueren de risa observándome la cara.

Llevan hablando del tema varias semanas, porque tuvieron que enviar fotos y no sé qué más para poder participar. Una acude como escritora y la otra como *bookstagrammer*. Yo, obviamente, no iba a asistir, porque no quiero encontrarme con gente conocida, pero recuerdo que el acceso al recinto es libre y que las personas que van identificadas son las que asistirán a la charla que habrá dentro. «¿Y si me cuelo…?». Uf. Creo que me estoy acelerando, porque no me

parece tan mala idea… Esto me pasa por responder de forma cobarde a la propuesta de Gonzalo. Y yo, que no tengo el hábito de soltar tacos por mi boquita de Piolín, me descubro diciendo:

—Me cago en mi puta vida.

6

Ingrid

«La empresa Katana, líder en el sector de la moda, con diseños que tienen la calidad de Prada a precios mucho más económicos, vuelve a sorprender con la preparación del lanzamiento de su nueva línea de ropa masculina. Para esta ocasión, además de patrocinar varios eventos, incluida la colaboración con la editorial Red & Fun, contarán de nuevo con el modelo Alan Vidal, quien trabajó en sus campañas cuando la marca dio un giro en su trayectoria, hace más de siete años…».

Eso es lo que pone en el periódico que Luis sostiene entre las manos; en primera página. En esta ocasión, no le he explicado todos los proyectos en los que estoy trabajando, así que llevo días esperando este momento. Desde mi posición junto al marco de la puerta del despacho, observo que estruja la hoja hasta reducirla al tamaño de una pelota de ping-pong y sonrío con discreción.

Luis tiene el pelo tan engominado que parece lamido por una vaca. Su traje de esta semana es de color gris, totalmente liso. Me pregunto cómo será el que lleve la semana que viene. Cada lunes estrena uno y el domingo se deshace de él. No me canso de pedírselos para donarlos, pero él se niega. Desconozco qué hace con ellos.

Respiro hondo antes de golpear la madera blanca con los nudillos.

—Imagino que ya has leído el artículo —digo con toda la pasividad que consigo acumular cuando dirige su mirada enfurecida hacia mí.

Sus ojos de hielo me recorren con tal irritación que siento que podría destriparme el vestido rosa o hacerme caer de los zapatos de esparto, a pesar de llevarlos sujetos a mis piernas por tiras. Disimulo, como puedo, el escalofrío que me recorre.

—Mi adorada Íngrid. —Hace un gesto para que me siente delante de él—. Nunca me ha cabido la menor duda de que eres tú quien marca el inicio de la primavera y no esos grandes almacenes que intentan hacernos la competencia. —Con una sonrisa calculada, mantiene la mano suspendida en el aire para señalar el asiento que quiere que ocupe.

Avanzo despacio hasta el infierno de su compañía y me pregunto cómo consigue que sus palabras suenen cálidas, si la expresión de sus ojos jamás las acompaña. Me quedo de pie, al lado de la silla que tiene delante, al reparar en el leve tic de su ojo derecho.

—Acabo de leer este maravilloso artículo. —Muestra el papel arrugado—. Es… glorioso.

Chasqueo la lengua.

—Tenía intención de leerlo, Luis —digo con hostilidad y exagero una mueca de pena. Él aprieta la mandíbula de forma casi inapreciable.

—Cuánta frialdad para alguien que es de tu misma sangre, ¿no crees? —comenta para desviar el tema que sé que lo pone nervioso.

—El cariño familiar es algo que se debe cuidar a lo largo de los años —respondo de forma automática—. No viene dado con el ADN, por mucho que nos duela.

—Eso sí me duele. —Ahora quien interpreta un gesto de tristeza es él.

Dejo caer la mano sobre el escritorio antiguo y su mirada se posa en ella.

—Espero que se te pase con el evento que he ayudado a organizar para promocionar nuestra marca. —Acaricio con suavidad la madera de roble y él sigue el movimiento incluso cuando dejo de hacerlo.

Me doy la vuelta para dirigirme de nuevo hacia la puerta. Puede parecer melodramático, pero ese truco siempre funciona para sacarlo de sus casillas. Las palabras le salen de forma atropellada:

—Todavía no entiendo por qué tenemos que patrocinar ese evento. Hasta donde yo recuerdo, no he autorizado ninguna partida económica para hacerlo. Y lo del modelo…

Camino un poco más y, cuando estoy cerca de la entrada, giro la cabeza para que mi pelo rubio ondee con una oscilación teatral.

—Porque quien lleva todo el tema de *marketing* soy yo y así lo he decidido.

Le lanzo una sonrisa angelical antes de desaparecer de su campo de visión, pero no me he alejado lo suficiente como para no oír su réplica.

—Por ahora, Íngrid. Por ahora.

1

Me despierto más tarde de lo habitual. Ayer, mi madre insistió en que me tomara unos días libres y, por cómo lo dijo, opté por no llevarle la contraria. Lo peor de todo es que he tenido una noche horrible, con uno de esos sueños extraños que mezclan situaciones de la realidad junto con otras totalmente surrealistas: mi madre, con apariencia preocupada, dando vueltas por el evento de Madrid —al que todavía me estoy mentalizando de que iré—; Gonzalo hablando de libros con María —cuando ni yo la conozco en persona todavía—; Eva tomando algo con J. K. Norvi y Diego… Demasiada gente mezclada.

Aunque, pensándolo bien, todo tiene algo de sentido; al menos la parte de Eva. Ella es lectora cero de un par de autores algo conocidos; de hecho, con uno de ellos mantiene una relación especial. Se trata de un autor de novela erótica con el que, a veces, intercambia mensajes tan subidos de tono que a María y a mí nos dan ganas de meternos en la bañera, con agua helada y cubitos de hielo.

Aprovecho el día de fiesta para hacer varios recados que tenía pendientes y pasarme a saludar a Consuelo, quien al final me convence para que me tome un vermú con ella y su hija. Termino tan saciada como para que me sirva de comida.

Cuando vuelvo a casa, decido que es un día perfecto para ir a Guadalajara y perderme en una de mis librerías favoritas, pero no hay ni rastro de las llaves del coche. ¿Qué pasa con las llaves en esta

casa? No puedo ir caminando —porque tardaría algo parecido a media vida, puesto que vivo en un pueblo pequeñito y algo retirado — y no me apetece pedir a Gonzalo o a Clara que me acompañen. Con la última, hace tiempo que estoy algo dolida.

Después de rebuscar en varios rincones sin éxito, desisto de mi plan con resignación y me dedico a preparar fotos y vídeos «salvavidas» —como yo los llamo— para esos días en los que no se me ocurre qué subir a las redes. Al final, acabo con varias imágenes de libros que me han gustado muchísimo y considero que todo el mundo debería leer *El principito* y *¿Quién se ha llevado mi queso?*; varios vídeos cortos de recomendaciones que me han gustado mucho de algunos géneros o de sagas que incluyen *Una corte de rosas y espinas*, los de Alice Kellen y Susana Rubio, entre otros, y un último vídeo de tres de mis autores autopublicados favoritos, que no tienen tanta visibilidad como los que trabajan con editoriales grandes: *Casa de sueño y pesadilla*, *La maldición de los reinos* y *Habitación 501*.

A media tarde, me animo a dar un paseo por la pequeña colina que tengo detrás de casa, para disfrutar de un momento de tranquilidad conmigo misma. El árbol milenario que corona la cima me recibe con una paz que me embarga por completo. Me recuesto contra el tronco y abro el libro por donde tengo el marcapáginas magnético. El estado de total armonía apenas dura un par de páginas.

—¿Te estás escondiendo del mundo? —Doy un bote cuando escucho la voz de Gonzalo. Respiro hondo y levanto la vista, al tiempo que cierro un ojo para protegerme del sol que le queda justo a la espalda.

—Tengo el día libre.

—¿Hoy también? —Asiento mientras él me sonríe con ternura y se agacha para quedar a mi altura—. ¿Por qué no me has dicho de

quedar?

—Iba a pedirte que me acompañaras a Guadalajara, pero he creído que estarías ocupado —miento parcialmente.

—Sabes que me gusta que hagamos cosas juntos. —Se sienta a mi lado y apoya las manos sobre las rodillas flexionadas—. ¿Sabes? Me sorprendió que tuvieras un evento. No me malinterpretes, me ha pillado por sorpresa que…, bueno, que no me hubieras comentado nada.

—Sabes que me gusta viajar.

—Sé que viajas muchísimo… pero, últimamente, solo a través de tus libros. Por eso me pareció insólito.

Touché. Hasta hace unos años, solíamos hacer algunos viajes, junto con Clara y otros amigos, los fines de semana y en verano, pero desde que mi padre falleció estoy más en casa, por si mi madre me necesita. Las dos lo pasamos muy mal y, pese a que la veo más animada este último año y me ha reiterado que debo salir con más asiduidad, creo que he acabado encerrándome un poco en mí misma y en nosotras. No es que mi madre necesite protección, sino que, a veces, siento que soy lo único que tiene, por mucho que esté en contacto con su hermana.

—Además —añade—, ¿por qué no me has dicho que vaya contigo?

—Puedo hacer cosas sin ti, Gonzalo —digo, quizá un poco más borde de lo que debería—. Me refiero a que somos amigos, pero no hace falta que lo hagamos todo juntos.

—Sé que somos amigos —responde con amargura—, aunque está claro que también somos algo más.

—Gonzalo…

Tiene razón. Pasamos mucho tiempo uno al lado del otro y actuamos como pareja. Reconozco que la situación me ha ido muy

bien y que me sentía cómoda con ella. Sin embargo, por mucho que me pese, con Gonzalo no siento esas emociones que se supone que te nacen cuando te enamoras de alguien de verdad. Así que no quiero jugar con sus sentimientos ni continuar actuando de forma egoísta.

—Sé que también tenemos unos derechos sobre el otro, pero creo que buscamos cosas diferentes ahora mismo.

—¿Qué buscas tú, Sara?

«Magia; chispazos en el estómago; sentirme libre por mucho que esté con alguien…».

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que queremos llevar esta relación a destinos distintos y puede que sea mejor que dejemos a un lado esos derechos que le hemos concedido a esta amistad.

—Un momento, princesa. —Agarra mi libro y, con delicadeza, lo deja boca abajo, encima de mi mochila—. Yo no he dicho que no me interesen nuestras condiciones.

—No quiero hacerte daño, Gonzalo.

—No me lo harás si soy yo quien acepta las consecuencias.

—¿Estás seguro de eso? —Él deja escapar un suspiro y asiente—. Yo creo que sería mejor limitarnos a la amistad y… —Me detengo cuando su dedo índice me roza los labios.

—Y remarcar cuáles son las condiciones de lo nuestro para que queden bien definidas —susurra, y se acerca hasta quedar a unos centímetros de distancia—. Sé lo que estás dispuesta a ofrecerme, Sara. Y, a pesar de que esto tenga fecha de caducidad, no necesito más.

La boca de Gonzalo es tentadora. Al igual que su cuerpo, que, gracias al gimnasio y al esfuerzo al que lo somete su padre mientras trabaja con él, me consta que está bien definido. Sus ásperos dedos me sujetan por la barbilla para aproximar todavía más nuestros

labios y me besa con familiaridad. Poco a poco, su boca se vuelve exigente; como si se tratase de una despedida que nadie ha verbalizado. Dejo que las caricias fluyan entre nosotros y sus manos recorran esos rincones de mi cuerpo que ya conoce.

El sexo con Gonzalo siempre ha estado bien. Aunque tampoco tengo un amplio abanico de experiencias con que compararlo. Tres, para ser exacta: Pablo, esa primera vez que no se olvida por muy mal que salga y a la que le di una segunda oportunidad —por si acaso— que tampoco acabó bien; Marcos, mi primera noche loca por Madrid con el grupo de amigos que Paula tenía por aquel entonces, y, tercero y último, Gonzalo, el chico que siempre ha estado presente en mi vida y que pasó de ser un patito feo a un cisne atractivo con el que tenía confianza. Lo nuestro fue como un típico cliché *slow burn* y casi un *friends to lovers*.

—Creo que será mejor que me vaya a casa —murmuro, contra sus labios.

Gonzalo deja escapar una sonora exhalación.

—Te acompaño.

Apenas intercambiamos algunas frases durante el camino de regreso y nos despedimos antes de girar la esquina de mi casa. Cuando estoy llegando a mi vivienda, me doy cuenta de que el coche de mi madre ha aparecido, por arte de magia, frente a la puerta —ya que antes no estaba ahí—. ¿Adónde habrá ido?

Frunzo el ceño y, con sigilo, asomo la cabeza por la entrada. Algo no anda bien. No quiero ponerme nerviosa, pero el silencio y la calma que encuentro consiguen que recuerde parte de la trama de la historia que estoy leyendo. Y, teniendo en cuenta que se trata de un *thriller*, se me acumulan teorías sobre secuestros y asesinatos.

Despacio, y procurando que mis pisadas no suenen demasiado,

avanzo hacia el interior de la casa.

El sonido de voces proveniente de la cocina me tranquiliza un poco. Aunque me sobresalto cuando mi madre me saluda con demasiada efusividad, desde el otro lado de la pequeña isla de mármol.

—¡Sarita! Mira a quién he traído, para que pase el fin de semana con nosotras.

Arrugo la frente y giro la cabeza hacia la persona que está sentada de espaldas a mí, al tiempo que la cabellera castaña se vuelve en mi dirección. Su propietaria me dedica una amplia sonrisa que me llega al alma.

—¡Paula!

En tres zancadas, me planto delante de ella y la estrujo entre mis brazos. Apenas ha tenido tiempo de levantarse del asiento y casi la hago caer, pero hace dos meses que no nos vemos y no puedo contener el entusiasmo al verla.

Tras deshacernos entre besos y elogios, observo a mi madre de reojo y descubro que tiene una expresión ausente. Las palabras que ha pronunciado resuenan en mi mente y me doy cuenta de que ha sido ella quien ha traído a mi prima hasta aquí. Que no sería extraño, salvo por el detalle de que Paula vive en Madrid.

¿Qué está pasando en mi casa?

8

Paula y mi madre estaban tomando café. Para acompañarlas, y dado que aborrezco esa bebida estimulante, me he preparado un colacao. La cocina es una de las estancias más amplias de mi casa; sin embargo, la tensión extraña que se respiraba en el ambiente ha conseguido que me sintiera —como diría María— «como si estuviésemos dentro de una estrecha caja de zapatos del número treinta y dos».

Me ha sorprendido que mi madre haya recogido a mi prima. Lo ha comentado de forma tan natural —como si no fuera extraño, porque se suponía que estaba trabajando— que me ha descolocado. Además, ha sido astuta y ha centrado el tema en Paula, quien tiene mucho que contar.

Después de que mi prima nos ponga al día de su búsqueda de empleo y del estado en el que se encuentra la relación intermitente que mantiene con su pareja, dejo caer que me voy un fin de semana a Madrid para asistir a un evento. Mi madre sabe que me llevo bien con personas que viven en la capital, aunque creo que piensa que son «amigos de amigos» y no gente que he conocido a través de las redes sociales —que podrían ser asesinos en serie, como ha dicho alguna vez cuando alguien menciona las amistades de Internet—. Para sumar más aspectos inusuales a la situación, ella me responde con una calma impropia a su tono habitual.

—¿Cuándo te vas?

—Tenía mal apuntada la fecha —miento, para simular que el plan

no ha sido improvisado— y resulta que es la semana que viene. —Me giro en dirección a mi prima—. De hecho, quería avisarte por si te apetece ir conmigo.

—¡Claro que sí! —Los ojos de Paula brillan con la misma emoción que cuando le regalamos un bolso de Michael Kors por Navidad.

Se me escapa una sonrisilla.

—¿Sin saber de qué se trata?

—Si no fuera a gustarme, no me lo propondrías.

—Eso es cierto. —Saco mi taza del microondas y me siento junto a ella—. Es un evento de libros —informo y, tras asegurarme de que solo Paula puede escucharme, añado—: Lo he conocido a través de ese mundo de Instagram al que tú me empujaste a entrar.

—¡Me encanta tu secta literaria! —exclama. Mi madre nos mira con una ceja arqueada.

Un silencio incómodo se instala entre las tres y es ella quien lo rompe:

—Me gusta escuchar eso. —Su respuesta me deja más fría que Olaf.

—Escuchar ¿qué? —pregunto, por si acaso se refiere a lo de la secta.

—Que te muevas. Que hagas planes. Que socialices. Que vivas.

—Pensaba que tú… —contesto mientras miro de reojo a mi prima, que tiene cara de no entender qué está pasando— querías que planease lo que quiero hacer con mi futuro.

—Y sigo queriendo que planees tu futuro, Sara, pero es posible que necesites alejarte un poco de la realidad para encontrar aquello que quieres. —Me acerca un paquete abierto de Tosta Rica—. La vida es como una galleta —continúa mientras sumerjo una en la leche—; si la dejas demasiado tiempo en el mismo sitio, tiende a perder parte

de su esencia.

Observo que, al levantar la galleta mojada, esta se parte.

Mantener la esencia. No perder la forma a pesar de las adversidades. Pillo el mensaje, pero… ¿cuál es mi esencia?

—¿Por qué no te vas antes a Madrid para estar unos días con Paula? —propone mi madre, y yo empiezo a pensar si estamos en algún programa de cámara oculta y me está gastando una broma o si ha tomado algo que no debía.

—Eso sería genial —asegura mi prima y empieza a dar palmadas por la emoción.

Después de confirmar que anticiparé mi viaje a Madrid, Paula y yo nos dirigimos a mi cuarto. Por el camino, le explico algunos detalles del evento —los que conozco— y las ganas que tengo de «desvirtualizar» a María y Eva.

—Tiene que ser curioso tener amigas que no conoces en persona, pero con las que compartes tanto —comenta Paula mientras me ayuda a extraer la cama que hay debajo de la mía—. Puede ser muy emotivo.

—La verdad es que sí. Estoy bastante nerviosa.

—No me extraña. —Agarra una de las sábanas que he dejado sobre la mesa—. Por cierto, ¿qué le pasa a tu madre?

—¿Por qué lo preguntas?

—De verdad que a veces pareces gallega con tanta respuesta en forma de pregunta. —Se muerde la lengua por no soltarme algo peor —. Pues porque está muy filosófica. Ha estado todo el camino dándome consejos y preocupándose, porque en mi casa le he explicado que no estaba bien con Simón y…

—¿Sabes qué hacía mi madre en tu casa? —interrumpo.

—Me ha parecido escuchar algo sobre reponer el género. Imagino

que habrá ido a buscar algún almacén.

—Reponer género… —repito en un murmullo. Ella asiente y su media melena lisa, de color castaño, sigue el movimiento de la cabeza. Me viene a la mente cuando encontré a mi madre buscando nuevos modelos por Internet hace varias semanas. Me resultó extraño porque siempre trabaja con el mismo proveedor—. Imagino que quiere tener más variedad.

Paula pasa la mano por encima de las sábanas para alisarlas y se recoloca el jersey de entretiempo, de color fucsia, que resalta el tono rosado de sus mejillas. Siempre a la moda; ese es su único lema. Y, aunque yo jamás me pondría esos pantalones blancos de tiro alto que lleva, sé que ella se siente de lo más cómoda con cada uno de los *looks* que elige. A veces, no entiendo las combinaciones que hace, pero supongo que son cosas de *influencers*.

—Por cierto… —Me regala una sonrisa cómplice—. Creo que esta vez es la vez; la definitiva.

—No te creo. —Niego con la cabeza, porque ya sé a qué se refiere. Siempre es *la* vez.

—Estoy medio convencida de que esta pelea con Simón es la que pone el punto final a todo.

—Y yo estoy convencida de que solamente es la vez que sigue a la última que tuviste. —Saco los libros de mi mesita y los dejo encima del escritorio—. No sé por qué te engañas, Paula. Si siempre volvéis.

—No me engaño, Sara. Me canso de las tonterías, pero luego se me pasa.

—Pues tienes que pensar en qué quieres, antes de que alguien lo decida por ti.

—Y me lo dices tú, precisamente. —Se sienta en la cama—. La que lleva años acostándose con su mejor amigo, al que no quiere llamar

«novio», pero es como si lo fuera.

—Hoy hemos tenido una despedida.

Me mira con la boca abierta y se lo cuento todo. Yo quiero un villano perfecto y Gonzalo… Gonzalo tiene su punto, pero no es suficiente. Con él no siento que se mueva la tierra o me recorra un huracán por dentro y no debemos quedarnos con algo porque sea lo único que tenemos a mano. Y él no es para mí. Ya está. Ya lo he dicho.

—Se me está ocurriendo algo… —Paula cambia de tema cuando he terminado de responder todas sus preguntas—. ¿Confías en mí?

Sus ojos reflejan vida e ilusión. La misma que aquella última vez, cuando me hizo esa pregunta, con cinco años menos, y acabamos colándonos en la piscina comunitaria del bloque de delante del suyo, en Madrid. Menos mal que Pablo —mi primera vez— vivía ahí y estaban haciendo una fiesta a la que nos acoplamos cuando el de seguridad nos pilló.

Paula mantiene las pupilas fijas en mí y empiezo a recordar más historias que empezaron con esa frase. ¡Cuánto daño le hizo la película *Aladdín* a mi prima!

Sigue esperando a que diga algo, como una niña de cinco años el día de Navidad. Así que mi respuesta, aunque sé cómo acabará todo, no puede ser otra:

—No.

9

Mi madre nos llevó a Madrid el domingo a media mañana y fuimos a buscar a mi tía para comer juntas. Hacía demasiado tiempo que no nos reuníamos y lo echaba de menos. Sobre todo, estar con Paula y esos momentos de «cuidado personal» en los que se dedica a hacerme tratamientos faciales o peinarme, como hizo el sábado por la noche. Podría parecer que me aprovecho, pero ganamos las dos porque ella sube los peinados, como videotutoriales, a sus redes sociales; sin que salga mi cara, por supuesto.

—Si te arreglas un poco estás increíble, Sara —me dijo cuando me recogía el pelo con varias trenzas en la parte posterior de la cabeza —. No entiendo por qué sigues emperrada en la tontería de esconderte de la cámara.

—Mi cuenta es de libros —respondí, por enésima vez—. Cuando me preguntan por moda, lo que hago es dirigirlos a la tuya.

Me aplicó un potingue hidratante en la cara, de esos que le regalan como muestra. Ella también lo probó, tras lo cual subió unos *stories* y se hizo un par de fotos y vídeos para las publicaciones que haría más tarde en Instagram y Tik Tok para comentar su experiencia. Quise hacer de fotógrafa, pero no soporta los ángulos en los que hago las fotos y se acaba desesperando al explicarme cómo se deben hacer. Tengo que confesar que me encanta hacerla rabiar y que exagero mi ineptitud a propósito, para que centre su atención en nosotras y no en lo cansada, pero enamorada, que está de Simón.

Durante la comida, mi tía nos puso al día de todo lo que creyó que

deberíamos saber. Como que mi prima Marina —la hermana mayor de Paula— se ha ido a trabajar al Departamento de Marketing y Eventos, de una multinacional, en Barcelona. Por cómo nos lo contó, supe que se alegraba, pero también que estaba necesitada de cariño. No la culpo; Marina es mucho más «oso amoroso» que Paula.

Nos despedimos de mi madre a media tarde y, tras hacerle prometer que no abriría ninguno de los paquetes que con toda probabilidad llegarían a casa o a la tienda, me amenazó con que haríamos limpieza de libros a mi vuelta si se acumulaban demasiados.

—No sé por qué coges tantos libros, si todavía no has leído los demás. Parece que los colecciones.

—Lo hago —respondí, sonriente—. No me digas que no quedan bonitos.

—Al final no vamos a caber en casa, Sara.

Lo dijo con exasperación y muy en serio, por lo que solo me queda esperar que los envíos que tienen que llegar se retrasen un poco.

Mi prima Paula me preguntó si quería hacer algún plan para el domingo por la noche, pero decidimos quedarnos en casa con mi tía —tenemos toda la semana por delante para hacerlos— y no exagero si digo que me lo pasé genial.

Mi tía, Amparo, está divorciada y muy puesta al día con el tema de los ligues. Dice que lo de «renovarse o morir» también debe aplicarse al amor y ella no quiere guardar luto a ciertas partes de su cuerpo. No puedo quitarle la razón. Tiene sesenta y tres años y está estupenda porque, por lo visto, ha descubierto una infinidad de páginas de Internet dedicadas a grupos de gente de su edad para hacer deporte y caminatas. Tiene la agenda mucho más apretada que cualquier persona de mi edad.

Así que, el lunes por la mañana, a eso de las nueve y media, Paula me lleva a una de sus cafeterías favoritas de Madrid. Nos bajamos en la parada de metro de Chueca y paseamos por las calles del barrio hasta llegar a nuestro destino. Me fascina admirar todos esos balcones llenos de arcoíris que gritan la palabra «respeto» para las decisiones que quiera tomar cada uno.

Llegamos a la entrada de una cafetería que tiene una especie de árbol abstracto en un lateral de la puerta; es muy sutil, pero distingo lo que parece un agujero que te invita a aventurarte en su interior. Lo más curioso de todo es que, una vez dentro, me doy cuenta de que estamos en el cuento de Lewis Carroll. ¿De verdad es una cafetería ambientada en *Alicia en el País de las Maravillas*? Mi prima me explica que es una nueva franquicia que se ha originado en Castelldefels, Barcelona, y yo no puedo evitar acordarme de que en la novela *El caos de Aina* se menciona una similar.

Paula me observa con una ceja levantada cuando sostengo el enorme bollo de Nutella y lo miro como si fuera el amor de mi vida —que podría serlo.

—¿Vas a pedirle matrimonio? —pregunta con guasa.

—¿Crees que invitaría a sus parientes a la boda?

—Sería una fiesta del azúcar en toda regla.

Nos reímos, pero la diversión se ve interrumpida por un grupo de chicas que, con la vista fija en nosotras, hablan y se ríen desde la otra punta de la barra mientras nos señalan con un disimulo que brilla por su ausencia. Soy consciente de que les saco varias tallas de pantalón, camiseta y, ojo, sujetador —siempre hay que sacar algo positivo—, pero soy libre de comer lo que me apetezca. Puede parecer que soy una paranoica porque quizá se estén riendo de otro tema; sin embargo, sus miradas y algún bisbiseo dejan muy claro

cuál es el motivo de la burla. ¿Por qué tienen que criticar que alguien con algunos kilos de más se coma un bollo, con comentarios del tipo «Está reponiendo grasas»? Adoro esta ciudad, pero supongo que el respeto es algo subjetivo y la libertad dista bastante de la versión idealizada que se proyecta.

Este es el motivo por el que no subo mi cuerpo a las redes: no quiero imaginar a mis seguidores disertando acerca de dónde meto las tostadas con chocolate con que acompaño los libros en mis publicaciones. No me apetece leer comentarios «desafortunados». Todos tenemos complejos; desde el pelo, el grosor de las cejas, el tamaño de la nariz, labios y pecho, hasta el resto de las partes de nuestro cuerpo.

Mi prima nota mi creciente incomodidad y me da un codazo. Cuando la miro, coloca el bollo a la altura de nuestras caras; sé lo que significa el brillo de sus ojos. Nos reímos y damos el mordisco a la vez; uno que ni Edward Cullen, de *Crepúsculo*. Puede que desayunar esto no sea lo más sano del mundo, pero mis analíticas no indican que haya nada de malo en la dieta que llevo.

La cuadrilla del fondo estalla en carcajadas. ¿No tienen otro tema de conversación?

—Límpiate, anda. —Paula me entrega una servilleta—. Tienes la boca llena de la prueba del crimen.

Me llevo el papel a los labios y me doy cuenta de que la imagen que he dado era peor de lo que pensaba. ¡Maldito bollo traidor! Si bien lo bueno que está no tiene parangón; nadie puede quitarme eso. Paula y yo avanzamos hacia una mesa y la banda sonora de risas se detiene. El corte de sonido ha sido tan abrupto que me giro hacia la derecha demasiado rápido. Tanto es así que no tengo margen de maniobra cuando choco con un chico que camina de espaldas.

—¡Jo… der!

Lo que era una persona vestida completamente de azul, salvo por la gorra blanca a juego con las deportivas, tiene una enorme mancha marrón en la pierna izquierda, en medio de otras que… ¿Eso son manchas de pintura? No parece muy feliz. Aunque yo tampoco lo estaría si me acabasen de tirar el vaso de café encima y, además, ardiendo. El corrillo del final de la cafetería ahoga una exclamación. De verdad, ¿no tienen nada mejor que hacer?

—¡Qué mala pata! —declaro, a la vez que Paula, con muchos más reflejos que yo, le entrega varias servilletas de papel y le pregunta si está bien.

El chico, tras dejar el recipiente vacío sobre la barra, se restriega el pantalón con más fuerza de la que creo necesaria; pero, claro, ¿quién soy yo para decirle nada? El olor de pintura se mezcla con ese aroma característico del brebaje amargo que tanto detesto.

—¿No te vas a disculpar? —Ladea la cabeza en mi dirección, sin dejar de limpiarse la mancha, y yo entiendo a qué se debía el silencio.

¿De dónde ha salido este hombre? Al igual que los pantalones, su camiseta está llena de pintura. El pelo que se esconde debajo de la gorra parece bailar con música propia. Su aspecto desaliñado contrasta con la barba pulcramente recortada y unos dientes que no podrían ser más perfectos ni en los anuncios de Profident. Arquea una de las cejas castañas, que enmarcan los ojos del mismo color, y siento el sobreesfuerzo que hace por contener las palabras.

Mi prima, que está ayudándolo —con demasiado ímpetu, la muy lista—, me hace un gesto con los ojos en dirección a él. Espera, espera. ¿Ha dicho que me disculpe? ¿Yo? ¡Pero si quien caminaba de espaldas era él!

—¿Perdona? —pregunto, y dejo la boca abierta para que entienda que estoy alucinando. Paula pone los ojos en blanco.

—Podría perdonarte, sí. —El chico parece satisfecho y vuelve la mirada hacia la mancha—. Aunque te tomas tu tiempo para excusarte.

Pero ¡¿de qué va este tío?! Aprieto los puños y respiro hondo. «Piensa en otra cosa, Sara», me digo y, de repente, se me ocurren varios libros en los que me gustaría encerrarlo, como en *El cuarto mono*, por ejemplo, a ver cómo sale de ahí.

Con disimulo, Paula hace un movimiento con la mano para que me calme, pero es tarde.

—No te estoy pidiendo disculpas, chaval.

«¿Chaval?». Tengo que mejorar mis insultos o lo que sea que haya intentado decir para molestarlo. Y, a pesar de mi cara de mala hostia —que sé que he puesto, porque noto cómo fluye la energía negativa dentro de mí—, él vuelve a mirarme con lo que creo que es una mueca triunfal en los labios. No sé si es una sonrisa o no, pero es un gesto que mi mente acaba de grabar a fuego en algunas partes de mi cuerpo.

—Pues deberías.

—¿Encima de que no miras por dónde vas, tienes que decir a la gente lo que debe hacer?

—¿Qué culpa tengo yo de que no tengas educación?

Abro la boca para replicar, pero el chico levanta la cabeza con rapidez, mira a través del ventanal de la cafetería y se marcha a toda prisa, antes de dejar a mi prima con un suave «gracias» y, a mí, con un cabreo de un par de narices.

Cuando vuelvo a mi ser y me calmo, me doy cuenta de que el cuarteto sinfónico de risas se ha acercado demasiado a nosotras. Sus

componentes han cambiado la forma en la que me miran y ahora parece… ¿rechazo? En fin. Paso de esas cuatro.

Me giro y pillo a Paula echando un vistazo a través de la ventana. Está siguiendo con la mirada el movimiento de ese culo, con forma de melocotón, enfundado en unos tejanos Levi's manchados de café y pintura. ¿Quién mancha unos Levi's así?

Mi prima tiene cara de tonta, os lo juro. El chico es guapo, a pesar de que sea idiota, pero también hay que tener algo de dignidad. Me dan ganas de darle una colleja.

—¿Estás cambiando de opinión sobre volver con Simón?

—No es eso, es que me suena muchísimo, pero ahora no sé…

Niego con la cabeza mientras Paula sigue dándole vueltas al tema y me doy cuenta de que hay algo sobre la silla que está a nuestro lado. Es… No. No puede ser. Me acerco y sí. Es un ejemplar de la última novela de J. K. Norvi. ¿En serio?

Lo atrapo y miro en la misma dirección que mi prima. Pues parece que, al final, el estúpido tampoco es tan idiota como parecía.

10

Estoy de los nervios. Son las once de la mañana y nos hemos plantado delante de la casa de Eva. Y digo «casa», en lugar de «piso», porque resulta que vive en la zona de Chamartín donde hay unas viviendas pareadas de tres plantas que dan mucha envidia.

No he avisado a mis amigas de que estoy en Madrid. Pese a que ha sido muy difícil ocultarlo, quería que fuera una sorpresa. De todos modos, tengo la impresión de que mi emoción se ha notado por el grupo de WhatsApp. Sobre todo porque ayer era día de videollamada y, al estar aquí, tuve que buscar una excusa para escaquearme.

Sara

Ha venido mi prima y vamos a pasar la tarde haciendo unos recados.

Eva

Pues la hacemos por la noche.

María

Al contrario que tú, Evita, algunas trabajamos.

Sara

De todos modos, tampoco podría.

Cenaremos fuera, con mi madre.

Para demostrar la veracidad de mi situación, envié una foto donde

salimos Paula y yo tumbadas en la cama y llevando unas mascarillas faciales de color verdoso.

Cuando confirmé a mis amigas que iría a la capital, empezaron a enviar audios de gritos al grupo. Ellas se conocieron en persona hace unos meses y, como viven más cerca la una de la otra, quedan de vez en cuando, por lo que yo soy «la novedad». Y como a Eva le gusta el drama… Drama le voy a dar.

Paula está apuntándome con el móvil y noto que el calor de los nervios empieza a visitarme en forma de una gota de sudor que siento deslizarse por la nuca.

—No me grabes la cara, ¿eh? —le advierto y cambio el peso de un pie a otro.

—Que no…

—Ni el cuerpo —digo apresurada—. Sobre todo, mi cuerpo que no salga.

—A ver, Sara. —La exasperación de su voz es palpable—. Algo se tendrá que ver si vamos a grabar la reacción que tiene al conocerte en persona. —Su cabeza aparece al lado del móvil y, con la barbilla, me señala las manos—. Deja de ponerte nerviosa. ¡Vas a arruinar el papel!

«Deja de ponerte nerviosa». Como si estarlo o no se pudiese elegir.

—Gracias por el consejo. —La fulmino con la mirada y hago memoria de una de las clases de yoga *online* que hicimos durante la época en la que nos quedamos en casa debido al covid—. No sé cómo no lo he pensado antes.

Respiro hondo. Cierro los ojos. Espiro. Inspiro. Espiro. Abro los ojos y centro mi atención en contar las hojas del arbusto que sobresale por encima del muro de piedra, contiguo a la puerta negra de la calle, y que pretende dar intimidad al interior. Pobre; no tiene

nada que hacer contra el verde de mi colina.

Miro en dirección a Paula, un poco más calmada. Soy consciente de que no está en mi poder controlar los nervios, pero puedo intentar gestionar las emociones; o eso dicen. Sea como sea, el conjunto de técnicas que aprendí me ayuda a tranquilizarme un poco y el papel rosa que envuelve el regalo para Eva lo agradece. Y es que hoy es su cumpleaños.

Casi se me olvida, pero, por suerte, la alarma del móvil ha saltado con el aviso «Cumpleaños de mi chica de fresa» —el mote no es por lo dulce, es porque siempre lleva algo de ese color, aunque sean los labios—. Menos mal que suelo apuntar los cumpleaños importantes en mi agenda; si llego a venir con las manos vacías y olvidando ese detalle… Claro que la sorpresa podría ser mi visita, pero ¿a quién no le gusta recibir un regalo? Por eso, antes de venir, he entrado a toda prisa en la tienda de cosméticos para hacerme con su pintalabios de larga duración favorito.

«¡Perdona!», he gritado nada más entrar. Una chica muy arreglada y maquillada se ha girado hacia mí, como si la cosa no fuese con ella. «¿Tenéis el pintalabios en crema de Marc Jacobs con pigmentos ultra concentrados?». Había buscado la información en nuestro grupo, de camino a la tienda.

De repente, la chica ha cambiado su expresión, sus ojos se han puesto a brillar y ha empezado a mirarme como si entendiese su lenguaje, a pesar de mi pelo alocado —en un punto intermedio entre lo liso y lo ondulado, a causa de las trenzas—, mis gafas de sol y mi sudadera de color caqui, que no es glamurosa del todo. Menos mal que llevaba las Converse y daban ese toque «atractivo» al *look*.

Cuando me ha preguntado el color que quería, he dudado, pero luego he dicho «¡Georgie Girl!». Y, para ponerla un poco nerviosa, he

añadido: «Se llama así, ¿no?». No he podido evitarlo, porque no me ha gustado nada el aire elitista que desprendía. Su cara ha vuelto a cambiar; porque, en el fondo, sabía que yo no soy de las que usan esas marcas y lo he corroborado al pagar cuando mi tarjeta —o mi mano al pasarla— ha temblado por los treinta eurazos que me han sableado.

En ese momento, se me han ocurrido un par de libros que podría comprar con ese dinero. Paula, por el contrario, parecía contenta con sus nuevas compras de maquillaje y cremas. «Estos días conmigo, voy a mimarte», ha dicho, sonriente, mientras balanceaba la bolsa de papel llena de productos delante de mí. ¿He dicho ya que la quiero? La verdad es que a mí, con que estemos juntas, me basta.

Al salir de la tienda, y ya de camino a casa de Eva, le he escrito a María para preguntarle qué pensaba regalarle. Ella tampoco se acordaba de que era hoy —porque no es adicta a anotar los cumpleaños de la gente que la rodea en su agenda del móvil, como yo—, así que se ha apresurado a felicitarla por el grupo y a preguntarle si estaba disponible esta tarde para ir a la librería. Chica lista.

En mi caso, no he podido ir a una librería porque corría el riesgo de no llegar a tiempo para sorprender a Eva justo cuando se levante, antes de las doce —es una especie de Cenicienta trocada—, y, de todas formas, me habría matado si llego a ir a una librería de Madrid sin ella. Creo que la segunda explicación es la que ha hecho que me decidiera más rápido.

Sin embargo, como la lectura es una de nuestras pasiones, no he podido evitar extenderle un cheque —improvisado en una de las servilletas de la cafetería— donde pone: «Vale por un libro. Que sea barato, por favor»; espero que entienda el mensaje.

Sé que mi prima se ha cansado de esperar a que decida cuál es el momento perfecto cuando pulsa el botón del timbre de la vivienda con intensidad y recupera su posición de fotógrafa. La mato; un día la mato. Tiene arranques de impulsividad. Sé que tenía que llamar en algún momento, pero yo me estaba concentrando para…

—¿Sí? —La voz de una mujer, que no es Eva, responde a la llamada.

Miro a mi prima, que me está haciendo gestos con la cabeza, pero no consigo decir nada.

—¿Hola? —pregunta de nuevo la voz, con algo de irritación.

—¿Está Eva? —Paula desaprueba mi cobardía con la cabeza.

—Está durmiendo —responde la voz.

—¿En serio? —La frase me sale sola y miro a Paula, que está conteniendo la risa—. Pero si es su cumpleaños…

—No te preocupes, la aviso ahora.

Cuelga y esperamos unos cinco minutos que podrían haber sido veinticuatro horas, según el cálculo que hacen mis nervios. Solo deseo que el papel de regalo aguante.

La puerta negra se abre y mi prima enfoca la cámara del móvil en esa dirección. La silueta de Eva se mueve con la lentitud y la gracia de quien ha practicado ballet durante años. Reconozco que no me esperaba que fuera tan alta. Sabía que medía casi un metro setenta y cinco, pero, en persona, su porte y sus facciones aristocráticas impresionan mucho más.

—¿Quién diantres…? —Se detiene en seco.

Eva tiene la melenaza rubia recogida en una coleta y un antifaz fucsia en mitad de la frente, y viste un pijama corto de seda negro que deja ver sus piernas de infarto. Los ojos color zafiro se dirigen a mi prima cuando se da cuenta de que la está grabando.

Leo en su mirada que no la reconoce y compruebo que aprieta la mandíbula para formar ese gesto tan suyo; el que compone cuando las cosas no son lo que ella espera. Ver a mi amiga me calma y me emociona a la vez, a pesar de la dureza de su expresión. No sé explicarlo; es la sensación de enfrentar a alguien conocido, alguien que relacionas con la palabra «casa», pero que te encuentras por primera vez. Es una emoción muy extraña, pero me envalentona lo suficiente para gritar:

—¡Muchísimas felicidades, Eva!

Me acerco a ella con el paquete tendido y la servilleta a medio introducir; mueve la cabeza a cámara lenta hacia el regalo, después hacia mí y… se pone a chillar. ¡A chillar! Eva, quien procura que su tono de voz nunca sea inadecuado —aunque no siempre lo consiga —, empieza a gritar de tal forma que sale otra persona por la puerta.

—¿Qué pasa, Eva? —pregunta la mujer que reconozco como la voz del interfono.

Pero Eva no la escucha; está llorando de emoción y se lanza a mis brazos. El paquete cae al suelo y mi prima lo enfoca para dar énfasis a la escena y, deduzco, evitar grabarnos en exceso, a pesar de que sé que saldré en algún plano, porque es inevitable.

—¡Sara! —exclama Eva—. ¡No me lo puedo creer! ¡Menudo regalo!

—No sabes la ilusión que me hace estar aquí por tu cumpleaños.

—¿Por qué no me has avisado? —pregunta cuando se separa de mí y me sujeta por los hombros como si intentase averiguar si soy de carne y hueso.

—Porque entonces no habría sido una sorpresa.

La mujer de la puerta parece calmarse un poco y me lanza una sonrisa sincera. Antes de desaparecer en el interior de la vivienda, nos sugiere que entremos para que no nos vean los vecinos y, por el

tono, sé que es de esas personas esclavas de las apariencias.

Las lágrimas de Eva recorren sus mejillas y, no me había dado cuenta, pero yo también estoy llorando. Acabo de «desvirtualizar» —o conocer en persona— a una de mis mejores amigas; de esas que te entienden, que comparten tus gustos, que saben prácticamente todo de ti y que la vida ha puesto demasiado lejos como para que las tengas al alcance de la mano cada día. Es como cuando hacemos esas amistades de pequeños en el pueblo, en el *camping* o en los campamentos de verano, con las que perdemos el contacto, pero que volvemos a encontrar al cabo de los años.

—¡Eres mucho más guapa en persona! Mira que eres exagerada con el tema de tu físico…

—Y tú tenías razón en que siempre llevas algo rosa —digo, y miro su antifaz.

—Esto es alucinante; el mejor cumpleaños de mi vida. —Se fija en Paula—. Tendrías que haberme avisado para que me arreglara y lo subiera a Instagram.

—Después vemos el vídeo que ha hecho mi prima.

Y ahí, en la calle, en medio de un intercambio de mil frases apelotonadas y tras hacer las presentaciones oportunas, me hace una lista rápida de todos los sitios a los que quiere llevarme. Parece que piensa ocupar mi agenda por completo y mi mente se centra en una cosa: es una suerte que Eva no se levante antes de las once o las doce, porque mañana tengo que regresar a la cafetería y devolver el libro que me he llevado.

11

Ingrid

Madrid es mi lugar favorito del mundo. He viajado bastante durante mi vida —incluso hice un *Erasmus* durante la carrera—, pero ningún lugar tiene esa magia de pueblo convertido en ciudad que se te mete en el cuerpo y te hace sentir que vives en el presente y en el pasado de forma simultánea. Sentí algo parecido cuando estuve en Barcelona y en Dublín, pero me quedo con Madrid.

Cualquiera podría pensar que me gusta tanto este lugar porque nací aquí y puedo encontrar recuerdos —de esos que siempre suman — de mi infancia y adolescencia por todas partes, pero también he vivido cosas malas, como la pérdida de mis padres.

«La vida no es perfecta; somos nosotros quienes debemos graduar el prisma al sentirla», decía mi madre. Quizá esa graduación mía esté descontrolada en algunos aspectos, pero estoy enamorada de mi pequeña gran ciudad cosmopolita.

Estoy en la entrada del Mercado de San Antón, en mi preciado barrio de Chueca, porque sé que los voy a encontrar allí; en la tercera planta, para ser exacta. Subo mientras me rasco las palmas de las manos con las uñas perfectamente pintadas de color rojo; necesito la fuerza que me transmite este color para enfrentar la situación que llevo tanto tiempo esperando.

Sé que Luis está muy cabreado con lo que he hecho, pero me da igual. Al fin y al cabo, y aunque no esté en la junta directiva, yo también formo parte del proyecto Katana, ¿verdad? Pues que se

note.

Cada día me alegro más de haber estudiado Marketing. Mi madre siempre me decía que se me daba bien «crear», que tenía imaginación y una capacidad innata para construir escenarios. Gracias a su apoyo conseguí estar al frente del Departamento de Marketing de Katana. Porque ser la hija del dueño no aporta más que desventajas cuando se trata de tener que demostrar lo que vales; siempre hay que trabajar el doble y nunca te dan facilidades, sino todo lo contrario. Sea como sea, yo soy de las que creen que las adversidades nos curten y nos hacen ampliar nuestra visión en muchos sentidos.

Cuando llego al tercer piso, no me hace falta buscar mucho para dar con ellos; aparte de estar en el sitio donde siempre solíamos quedar, veo a un grupo de chicas cuchicheando y mirando en su dirección. Y no es para menos. Un trío de hombres, que parece disputarse la primera posición en algún pódium divino, está sentado ajeno al mundo terrenal y a cuanto lo rodea. Me acerco poco a poco hacia ellos.

Disfrutan de tres cervezas como compañía, cada una de ellas de una marca distinta. Sonrío al pensar que siempre han tenido gustos diferentes —sobre todo con las mujeres—. Uno está prácticamente casado con su trabajo y, en mi opinión, se refugia en él para evitar relaciones serias; otro es bisexual y libre, muy libre desde que descubrió lo que la vida puede ofrecer si persigues algún sueño, y el tercero… El tercero solo tiene que chasquear los dedos para conseguir lo que quiere y, si no es así, se cree con la libertad del segundo y huye. Es triste, pero esa parte de la historia la conozco bien.

Los tres llevan gafas de sol y me llama la atención que podría

diferenciarlos solo por cómo van vestidos: el de la derecha —el que está casado con su trabajo— lleva traje, camisa y deportivas, muy en su estilo, teniendo en cuenta que seguro que ha hecho una pausa en medio de su jornada; el de la izquierda —el alma libre—, lleva unos tejanos muy rotos, unas deportivas, una camiseta blanca con rayas rojas de manga corta, que deja expuestos sus brazos tatuados, y una gorra del revés, y el tercero, el que tengo de cara, aunque todavía no me ha visto —y que es el culpable de que vuelva a rascarme las manos con las uñas como cuando era pequeña—, me sorprende con su cambio de estilo, porque lleva una gorra blanca imitando al segundo, unas deportivas y una camiseta azul oscuro que no me gusta nada cómo combina con esos pantalones tejanos llenos de… ¿Eso es pintura?

Me acerco a su mesa, haciendo sonar con ritmo y fuerza mis zapatos negros Louis Vuitton. Los dos primeros se giran hacia mí, dejan las cervezas en la mesa y, sonrientes, se bajan las gafas de sol al verme. El que me queda delante también suelta la bebida a pesar de que parece no inmutarse con mi presencia, tal y como esperaba.

Los tres se ponen de pie y tanto el del traje como el de los tatuajes se abalanzan sobre mí para achucharme con ganas.

—Me alegra muchísimo verte por aquí, Harley Quinn —dice el primero—. Llevo días pensando en un par de cosas que tenemos que planificar juntos para el evento.

—Perfecto, Diego. —Asiento y sonrío; me encanta poder trabajar con él.

—Joder, Íngrid —suelta el segundo y me da un repaso de arriba abajo—. ¿Cada día estás más cañón o hace mucho que no nos vemos?

—No te pases, Dani. —Le sonrío, porque sé que lo dice con cariño

y por molestar; sobre todo por molestar.

Diego lo mira con rabia y sé que, por mí, sería capaz de hacerlo callar a golpes, aunque no encaje con su apaciguadora forma de ser.

—He venido para que hablemos de los últimos detalles del evento —comento, aunque todos saben que ese no es el único motivo—. ¿Os va bien que quedemos para desayunar esta semana?

—Esta semana… —murmura Diego y revisa su teléfono—. Vale, hago un hueco.

Me giro hacia el tercero en discordia; hacia esa manzana podrida que forma parte de mi cesto. Lo miro con descaro, desde la gorra hasta los pies. Se ha dejado bigote y barba de esas que cubren la mitad de la cara, pero que resaltan los labios carnosos al rodearlos. La lleva más larga que Dani, pero reconozco que no le queda mal.

Detengo el recorrido de mi mirada cuando llego a los pantalones. Él sigue impasible ante el escrutinio. ¿Desde cuándo no combina la ropa? No puedo contenerme.

—¿Y eso? —Señalo una tonalidad marrón en medio de su pantalón que, estoy segura, no tiene nada que ver con el diseño de la prenda o el estucado que le ha añadido. Dani me ha comentado, de pasada, que iban a pintar su habitación. Imagino que se habrán dedicado, también, a hacer el tonto y han acabado llenos de pintura.

—Qué observadora. —Cruza los brazos sobre el pecho—. Se llama «mancha de café»; es una nueva moda.

—¿Acaso no tienes ropa limpia? —pregunto, sorprendida. ¿De verdad va con eso por la calle?

—Esta es mi ropa limpia y la que utilizo cuando no trabajo. También tengo derecho a ir cómodo y a no ser un maniquí convertido en expositor todo el día. —A pesar de la dureza de sus palabras, me dedica una sonrisa—. ¿Verdad?

Genial. Hemos empezado de maravilla teniendo en cuenta que hace casi tres años que no nos vemos. Respiro hondo, porque el corazón me va a explotar. «Cálmate, Íngrid. Cálmate. No vale la pena descargar tu frustración ahora».

—Por mí puedes ir vestido como te dé la gana e ir adonde quieras; como si se te antoja irte a la mierda. —Menos mal que me iba a calmar…

Nuestros dos amigos hacen gestos que denotan incomodidad.

—Chicos, quizá sería conveniente que hiciéramos el reencuentro en otro sitio —dice su eterno abogado defensor, Diego. Al menos, el traje le queda de maravilla para interpretar ese papel—. Esto está lleno de gente.

Mi contrincante ensancha la sonrisa y yo me clavo las uñas en las palmas.

«No le concedas el placer de alterarte». Respiro hondo y relajo la tensión de los dedos y los músculos de la espalda tanto como puedo. Me obligo a sonreír.

—Veo que te has adaptado bien a tu regreso, Alan. Aunque se te note el *jet lag*.

No me gusta que siga sonriendo.

—¿A quién no le sientan bien unos meses viviendo en Bali? Es lo bueno de ser modelo, que puedes visitar países sin dar explicaciones a nadie. Deberías volver a hacerlo, Íngrid, te suavizaría ese mal humor que te empieza a consumir. —Descruza uno de los brazos para acariciar, por debajo de las gafas, la zona del contorno de su ojo derecho.

—Que te jodan.

—Vaya… Qué mal hablada te has vuelto.

—Ya ves, al final todo lo malo se pega. —Pongo los ojos en blanco

y doy media vuelta.

No sé a qué he venido. Bueno sí, pero no tendría que haberlo hecho. Me han podido las ganas. Me he dejado llevar por lo que necesitaba hacer, pese a que sabía que no reaccionaría bien al verlo.

Esquivo con elegancia las manos de Dani y Diego, que intentan sujetarme cuando me dirijo a la salida.

De camino a mi piso, intento concentrarme en todo lo que tengo que organizar y el poco tiempo que me queda. Puede que esta situación me la haya buscado yo solita, pero necesito reunir fuerzas para controlarme en los próximos días, porque esto no ha hecho más que empezar.

12

Durante la comida en casa de Eva —su madre ha insistido en invitarnos—, hemos planeado el encuentro con María.

Eva ha quedado con ella en la FNAC de la calle Preciados. Así que, mientras está esperándola, Paula y yo le damos la espalda y fingimos ser solo unas compradoras potenciales de la tienda y echamos un vistazo a la sección de libros.

No me hace falta dar muchas vueltas para encontrar lo que estoy buscando: el libro de J. K. Norvi. Cuando lo tengo en la mano, escucho las risas de mis amigas muy cerca y Paula entra en acción.

—¡Disculpe, señora! —me grita, tal y como marca el guion—. ¿Sabe usted dónde puedo encontrar el último libro de María Díaz?

—¡Qué buena elección! —respondo en el mismo tono elevado, y capto la atención de una rubia que curiosea a nuestro lado—. Lo puede encontrar en Amazon, aquí en FNAC no lo tienen todavía y para mí que es porque no lo han leído. ¿Quién dejaría escapar un potencial como ese?

Levanto la cabeza y observo que la chica que no conozco asiente en mi dirección y se marcha mirando algo en su móvil. Si con el espectáculo hemos conseguido una venta para María, bienvenida sea.

—¡Os mato! —La voz aguda de María casi me revienta el tímpano y siento cómo sus brazos me rodean con efusividad.

Eva graba la escena —me consta que está haciéndolo, de forma sutil, desde que ha aparecido María— mientras Paula se hace un par

de fotos con las estanterías de fondo, para subirlas a sus historias.

—¡Qué pena tener que cortar justo cuando aparece Sara! —se queja Eva—. Creo que hubiese sido muy bueno. Aunque he subido el resto de la sorpresa y he explicado de qué va, claro está.

«Claro está» porque Eva sube contenido a sus historias que deja poco espacio a su privacidad. No sé cómo lo hacen ella y Paula; yo no podría con la sensación de que lo saben todo sobre mí.

—¿Has subido a *stories* que ibais a hacerme esta sorpresa, a pesar de que yo podía verlo? —pregunta María, con incredulidad.

Eva apoya la mano sobre el hombro de nuestra amiga.

—Querida, si no te conociera podría pensar que verías mis historias y no lo habría hecho, pero sabiendo el poco caso que le haces al móvil… ¿Crees que ha sido algo arriesgado?

María se sujeta la barbilla con el pulgar y el índice. Aunque tiene cara de cansancio, se nota que el encuentro la ha hecho feliz.

—En realidad, tienes razón, Evita —responde y se encoge de hombros—. Es posible que no lo hubiera visto en años.

Todas nos reímos, porque sabemos que María prefiere escribir en lugar de dedicarse a la creación de contenido para sus redes sociales. No es que, por norma, disponga de mucho tiempo libre, pero teniendo en cuenta el que le queda después de socializar un poco y atender a su familia, es lógico que se dedique a lo que de verdad le apasiona, ¿no? Además, sin libro no habría contenido que subir.

El tema de su familia es delicado: su madre tiene depresión y hace años que se quedó sin trabajo y su padre cobra una discapacidad con la que cubren parte del alquiler. Además, tiene una hermana de quince años, a la que machaca para que estudie algo que le guste y con lo que pueda ganarse la vida sin necesidad de tener dos trabajos, como ella —a veces me recuerda a mi madre—. Así que… digamos

que el dinero que gana ya tiene un objetivo al que destinarse y comprarse un libro es un lujo que solo puede permitirse de vez en cuando, por lo que decido hacerme cargo yo de un libro para Eva por las dos y ella solo se dedica a mirar. A fin de cuentas, ya nos regala sus historias al dejar que las leamos antes que nadie. Las demás pasamos por caja —sí, a mi prima es fácil convencerla para que caiga en el consumismo y se ha propuesto leer más este año— y me doy cuenta de que, por muy grande que sea este lugar, sigo prefiriendo el encanto de mi librería favorita de Guadalajara, la librería Lua. Puede que aquí encuentres cualquier título sin necesidad de encargarlo, pero me gustan los sitios con magia.

—¿No te iba a mandar tu querido Diego un ejemplar nuevo? —pregunta Eva, y señala el libro de J. K. Norvi que el cajero está introduciendo en mi bolsa.

—Sí, pero voy a subir un sorteo para celebrar los veinte mil seguidores.

—Querida, sigo pensando en que sería buena idea que hicieras algo más grande para celebrarlo. Podrías proponer que, si llegas a veinticinco mil seguidores, se te vea la cara.

—De momento, no… Gracias, Eva. —Sé que llamaría la atención, pero me da pánico solo de pensarlo. Me giro hacia María y sonrío—. En realidad, voy a sortear dos libros. He pensado que sería genial poner el tuyo junto a este. —Muevo el ejemplar delante de ella—. A ver qué repercusión tiene.

Noto que las palabras se le quedan atrapadas en algún lugar entre la cabeza y la garganta antes de pretender salirle por los ojos —tan abiertos que parece que vayan a estallar—, y empieza a mirarme con ternura. Me abraza otra vez y me susurra un «Gracias» que solamente yo consigo escuchar. Tiene apariencia de chica dura por

fuera, de esas que construyen una armadura que les rodea el corazón por si buscas pelea, pero, cuando te cuelas dentro, descubres que vale la pena librar esa lucha.

Además, aunque pueda parecer una tontería, a una escritora novel como ella, cualquier tipo de publicidad la beneficia tanto como las reseñas en Amazon o Goodreads. Y, por si fuera poco, ¡aparezco en los agradecimientos de su obra! Eso fue algo que yo desconocía y que nadie imaginó la ilusión que me haría descubrirlo cuando tuve el ejemplar entre las manos. Fue la primera vez que vi mi nombre en un libro y eso nunca se olvida.

María acaba de emocionarse por completo cuando mi prima Paula se ha ofrecido a compartir el sorteo en su perfil y a ayudarla con el *crowdfunding* para financiar la autopublicación de su próxima novela cuando decida ponerse a ello.

Eva sube una historia a Instagram para enumerar a sus seguidores los ejemplares que se ha comprado y para anunciar que está con nosotras tres, y yo aprovecho para que Paula me haga una foto mientras sujeto en forma de abanico los que he comprado yo y la subo a mi perfil.

@Queridobookstagram:

Cuenta del banco, ¡perdóname! No lo volveré a hacer más 🤞, pero, a pesar de mi lista de pendientes, ¡necesitaba estos! Tengo el pretexto del cumpleaños de Eva para hacerme autorregalos. ¿Qué otras excusas os ponéis vosotros? Por cierto, ¡ya somos veinte mil! Esto huele a sorteo…

—¿Por qué será que nunca siento que tengo suficientes? —Eva sujeta sus adquisiciones con elegancia—. Y estoy segura de que me he dejado alguno que quería comprar.

—Porque tú siempre necesitas más de todo, como la niña caprichosa que eres —responde María, y se gana un golpe con la bolsa por parte de Eva.

—Ese es el mismo libro que tenía el chico cañón, ¿verdad? —La pregunta que me hace mi prima, al ver la cubierta del libro de J. K. Norvi, consigue que mis dos amigas centren toda su atención en mí —. Podrías aprovechar para hacer un sorteo con ese.

—No puedo sortear un libro que no es mío. Eso está feo.

—Querida, lo que está feo es que lleves todo el día conmigo y no me hayas contado que has conocido a un chico cañón —me reprende Eva.

Chasqueo la lengua y, quitándole hierro al asunto, les explico lo que ha pasado.

—Ya ni siquiera me acordaba del estúpido ese… —miento de forma poco convincente.

—¿Cómo no te vas a acordar del Adonis? —pregunta Paula, con voz más aguda de lo normal. Se gira en dirección a mis amigas y, en tono confidencial, añade—: Es un chico de los que te acuerdas. La cuestión es que me suena de algo y no sé de qué…

—Bueno, Paula —dice María—, siendo lo más cercano a una *influencer* que conozco, es posible que lo hayas visto en ese mundillo.

Mi prima se ríe.

—Me queda mucho para ser *influencer*, de momento solo llego a «influmierder», como dicen Sara y Simón.

Pese a que sonríe, leo la tristeza en sus ojos y me arrepiento por completo de las veces que me he reído de ella por las poses y las publicaciones que hace. Tengo que reconocer que, al igual que Eva y que yo, con nuestros perfiles de Instagram, o incluso que María, con sus libros, Paula dedica muchísimas horas a preparar el contenido

perfecto que mostrar a sus seguidores. Además, me fastidia que el estúpido de su novio la llame así.

—Lo siento, Pau. Sabes que lo digo en broma; nunca ha sido mi intención meterme contigo.

—Lo sé, Sara. No es de ti de quien me molesta.

Y en ese momento me viene a la cabeza cuál es uno de los motivos de las constantes rupturas con su novio. ¡Será idiota! Si no vas a apoyar a alguien para que logre sus sueños, al menos no lo desmotives.

María se da cuenta de que estamos ante un tema delicado y retoma el anterior.

—¿Por qué no le pides otro ejemplar a «tu Diego» para el sorteo?

Paula se gira hacia mí despacio mientras Eva contiene una sonrisa.

—No es «mi Diego» —replico—. Y no quiero abusar.

—Sabiendo cómo es contigo, seguro que te manda dos. —Eva observa su reflejo en el escaparate de una tienda y comprueba que su coletero rosa está en la posición correcta.

—Eso que se nota en tu voz, querida —dice María con burla—, ¿es envidia?

Eva levanta la barbilla y desfila ante nosotras; lo hace con una elegancia que me lleva a preguntarme si en las clases de ballet la entrenaron para estar subida a esos taconazos. Se detiene a unos metros de distancia y se vuelve, de forma dramática, hacia nuestra dirección.

—Estaba pensando en invitaros a cenar mañana aprovechando que María no trabaja, pero me lo estoy replanteando.

—No puedes comprar nuestra amistad con cenas y chantaje emocional —suelta María, junto con un bufido.

—No estoy comprando nada. —Eva junta los labios con fuerza—.

Es para celebrar mi cumpleaños.

—En ese caso…

María empieza a sugerir restaurantes que podrían gustarle a Eva. Paula, viendo cuál es su predilección, se suma a aportar sugerencias. Al final, acaba invitada a la cena y empieza a dar unos saltitos de celebración. Yo aprovecho para enviar una foto por WhatsApp.

Sara

¡He tenido que venir hasta Madrid para conseguirlo!

Diego

¿Estás en Madrid?

Respondo que sí y parece que es la respuesta correcta para activar la llamada entrante. Descuelgo y echo un rápido vistazo a mis amigas y a mi prima, enfrascadas en su conversación.

—Solo tengo un par de segundos —avisa Diego—, pero, si estás por Madrid, tengo dos cosas que decirte y no tienen que ver con la entrevista que quiero hacerte, porque todavía le estoy dando vueltas al cómo.

Estoy acostumbrada a sus conversaciones rápidas por falta de tiempo, así que no hace falta andarse con saludos y formalidades.

—Dispara.

—La primera, es que, con la carta de presentación que enviaste a la editorial, te han seleccionado para que entrevistes en un directo de Instagram a J. K. Norvi. —Hace una pausa dramática y yo me llevo la mano al pecho para comprobar si he dejado de respirar. Joder. Joder. Joder. Yo… ¿entrevistando a J. K. Norvi? Me giro hacia mis amigas y hago aspavientos con las manos, hasta que capto la atención de todas—. Sí, eso era a lo que te estabas presentando. Sé

que hay varios autores que hacen este tipo de entrevistas, pero entenderás lo peculiar de esta…

—¿Y cómo lo haremos? —interrumpo—. Sabes que yo…

—Ya hablaremos de lo que se me ha ocurrido para que dos tímidos como vosotros salgáis en pantalla… sin salir en ella.

Sí, la identidad de uno de mis autores favoritos también es un misterio. Me parece curioso que, al igual que yo, quiera ocultarse del mundo y me pregunto cuáles serán sus motivos.

—¡Madre mía, Diego! No sé si me atrevo a preguntar qué es lo segundo.

Escucho cómo se ríe al otro lado de la línea y me pregunto cómo será verlo sonreír de verdad.

—Lo segundo, y no menos importante, es que me digas cuándo nos vemos.

13

Me ha costado que Paula no me acompañe. Después de la intensa tarde de ayer, nos quedamos con muchas ganas de hacer cosas las cuatro juntas y esta noche empezaremos a celebrar el cumple de Eva; pero, ahora, son las diez de la mañana y estoy sola de camino a la cafetería.

No es que me moleste estar con mi prima, pero no he querido explicarle lo que voy a hacer para que no se ofrezca a acompañarme. Como ha recibido un mensaje de Simón, le he recomendado que lo llame para dejar las cosas claras mientras yo iba a visitar a alguien.

Llego a la cafetería reflexionando acerca de la facilidad con la que se pueden dar consejos, cuando a nosotros mismos nos cuesta hacer un cambio en la rutina o dejar atrás las costumbres que no nos llevan a ninguna parte.

Me detengo frente a la puerta y, al mirar el móvil, constato que es la misma hora de ayer. Entro y me siento en uno de los taburetes que hay frente a la barra. La camarera solo me dedica el tiempo necesario para tomar nota de la comanda. Pido un zumo de naranja natural —que para falsedades ya está el mundo lleno— y planeo la forma de hablar con ella después, para comentarle el tema que me ha traído hasta aquí; a ver si ella sabe cómo puedo localizar al dueño y devolverle su libro, por supuesto.

Mientras tanto, aprovecho para llamar a mi madre, porque me ha enviado fotos de los paquetes que me han llegado.

—Buenos días, Sara. ¿Va todo bien? —No entiendo la

preocupación en su voz.

—Sí, claro. Es solo que estoy esperando en una cafetería y, como es la hora de desayunar, he pensado en llamarte por si estabas haciendo una pausa.

—¿Estás sola, cariño? ¿Te has enfadado con Paula?

—No, es solo que no me apetecía estar acompañada. Necesitaba un rato para mí.

Sé que no suelo hacer este tipo de cosas en soledad, pero es como si Madrid siempre me diera un pequeño empujón para dejar atrás las tonterías y reencontrarme conmigo misma. Aunque puede que volver a una cafetería con el modo detective activado y descubrir cómo hacerle llegar su ejemplar a un desconocido tenga pinta de tontería para quien no entienda cuánto los valoro yo.

Mi padre solía decirme que los libros tienen mucho orgullo y lo descubrí cuando una vez, en secundaria, le dejé *Crepúsculo* a una compañera de clase y nunca me lo devolvió.

Oigo ruido de coches al otro lado de la línea telefónica y no me encaja con el ambiente que rodea a nuestra tienda.

—Mamá, ¿tú estás bien?

—Sí, claro, Sara. Lo que pasa es que estoy acabando una gestión. Hablamos en otro momento, ¿vale?

—Vale… —titubeo—. Si necesitas algo, dímelo.

—Tú desconecta y disfruta. Te quiero. —Y me cuelga.

Despego el aparato de mi oreja y lo miro con estupefacción. No entiendo lo de las gestiones en las que está metida últimamente ni lo de decirme que me quiere cuando ella y yo somos de «ahorrar» en ese tipo de palabras tan profundas; sobre todo cuando suenan a despedida.

—Vaya, vaya… Pero ¿a quién tenemos aquí? No sabía que dejaban

entrar a ladronzuelas maleducadas en esta cafetería, lo tenía por un lugar más exclusivo.

Estaba tan absorta en el análisis de mi conversación que no me he dado cuenta de que alguien se ha detenido a mi lado. Y no un alguien cualquiera, no: *ese* alguien. Levanto la vista de mi teléfono y creo que se me desencaja la mandíbula. ¿Este chico es el de ayer? Si no fuera por la frasecita impertinente y por la voz, no lo hubiera reconocido.

Lleva el pelo bien arreglado y sin cubrirlo con la gorra. Se ha recortado y arreglado la barba y, como consecuencia, veo realzados unos labios gruesos y una nariz recta. De los pendientes en las orejas me acuerdo, pero ayer iba vestido como un mendigo y hoy lleva un pantalón negro con la camiseta del mismo color que deja entrever el también negro cinturón, con gracia. Podría parecer un conjunto demasiado oscuro, pero ha decorado el *look* con una cadena plateada que le cuelga del cinturón, a juego con las pulseras de su mano izquierda y el reloj de la derecha. Además, lleva una chaqueta fina de color gris oscuro.

¡Al final va a resultar que combina la ropa mejor que yo! No es de extrañar, porque cualquiera podría superar los tejanos oscuros y la camiseta de Harry Potter que he elegido para hoy, pero me deja en *shock* y solo reacciono cuando él vuelve a hablar.

—No me digas que la lengua de ayer también era robada. —Sacude la cabeza—. Eso explicaría tu falta de modales.

—Yo no he robado nada, chaval.

Pero ¿de qué va? «Por lo que más quieras, Sara. Deja de decir "chaval"», me exijo. No puedo evitar que me salga la vena «choni» con este hombre.

A pesar de la mirada intimidante que me dedica, ríe.

—Veo que no, que la lengua era tuya y ese vocabulario tan bien elegido también.

—¿Me estás criticando sin conocerme de nada? Qué buen ejemplo de modales…

—Vaya, parece que, al menos, sabes leer entre líneas. A ver si entiendes esto. —Se sienta en el taburete contiguo al mío y me habla paladeando cada palabra—. Devuélveme el libro.

Jamás me he quedado con uno que no fuese mío, pero las ganas que me están entrando de hacerlo ahora son incalculables. El tipo está apoyado en la barra, me mira como si hubiese salido de alguna escena de chantaje de *El Padrino* y veo cierto tinte de diversión en sus ojos.

Diversión y exasperación; no nos engañemos. En otro momento de mi vida, habría sacado el libro que tengo dentro de mi mochila negra y se lo habría dado. También le hubiera explicado que lo cogí porque sé lo importantes que son y que a mí me daría mucha pena perder uno… Pero yo no los perdería. Y acabo de decidir que todavía no se lo voy a dar. Pienso vengarme por esta humillación a la que me está sometiendo. ¿Quién se cree que es?

—Pues verás —comienzo, mientras me giro en su dirección e imito su pose—, ese era uno de mis planes, pero ¿te imaginas que vengo con el libro encima y no apareces? ¿Cómo se supone que iba a localizarte?

Él levanta una ceja sin dejar de observarme. La camarera me trae el zumo y le suelto un seco «gracias» sin dedicarle ni un vistazo. ¿Esto es un duelo de miradas? Pues veamos quién se queda tuerto primero.

Creo que ha entendido que voy a hacer un monólogo, porque sigue sin articular palabra.

—Se me ocurre —continúo y exagero la cara de buena persona— que como eres tan… despistado, podrías hacer como en el colegio y poner tus datos dentro del libro. Ya sabes: para que puedan devolvértelos cuando los pierdes.

Me aplaudo mentalmente y, aunque intento que no se note, se me escapa una sonrisa entre divertida y burlona. Él aspira por la boca y se toca la comisura de los labios con la lengua; no puedo evitar perderme en ese movimiento.

—Si lo que pretendías era que tuviéramos una cita, haberlo dicho antes. —Se me acerca hasta el punto de que puedo sentir su respiración y habla exagerando el movimiento de sus preciosos labios gruesos—. La respuesta es no.

Mi cara cambia por completo.

—Creo que te estás haciendo una idea equivocada, chico.

—De chaval a chico… Al menos hemos mejorado un poco, pero la respuesta sigue siendo no, guapita de cara.

—No me llames «guapita» ni me des calabazas cuando no te he pedido ninguna hortaliza.

La camarera le trae un café que no recuerdo que haya pedido. Tras dedicarle una sonrisa rompedora, le da las gracias y me vuelve a fulminar con la mirada. No entiendo a este tipo, pero tampoco entra en mis planes hacerlo. No he venido aquí a que me humillen, sino a realizar una buena acción, de modo que cambio lo que tenía en mente.

Me bebo de un trago las tres cuartas partes de mi zumo, mientras hago todo el ruido que puedo al tragar, para que vea que me importa poco lo que opine de mí y que no estoy intentando ligar con él de ninguna de las maneras.

—Pues nada. —Me levanto del taburete—. Supongo que tienes

cosas que hacer, así que ya me dirás cuándo quieres recuperar tu libro. Si es que le tienes aprecio, claro.

Doy un paso, para rodearlo, en dirección a la puerta y me sujeta por el brazo.

—Oye, oye… Un momento, guapita.

—¿Puedes dejar de llamarme «guapita»? Y no sé quién te crees que eres, pero suéltame —ordeno sin saber bien de dónde me sale la rabia.

Me libera y me mira alucinado. Bien, ya era hora de que se quedase sin palabras.

—Tienes razón —afirma, y yo espero, porque algo me dice que nada bueno puede salir de la boca de ese hombre—. «Ladronzuela» te queda mejor. —Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Si quieres recuperar tu libro, que, por cierto, voy a aprovechar para recordarte que podrías haber perdido si no llego a recogerlo… Un momento… —Hago una pausa porque acabo de caer en algo—. ¿Cómo sabes que lo tengo yo?

Él hace un gesto hacia la camarera que está atendiendo a un señor al otro lado de la barra.

—Andrea es amiga mía y me explicó que unas chicas te vieron cogerlo. —Eso suena a las simpáticas de ayer—. Me dio el chivatazo. Me lo habría guardado ella si no te lo hubieras llevado, así que no te pongas medallas de superheroína.

—También podrían habérselo quedado las chicas que estaban haciendo el corrillo y no molestarse en buscarte para devolvértelo, sino secuestrarlo de por vida.

«"¿Secuestrarlo de por vida?" ¡Madre mía! Sara, va a pensar que estás mal de la cabeza. Y no olvides que tú acabas de hacer precisamente eso: secuestrar su libro».

—Creo que lees demasiado —replica, para mi asombro—. Eso me gusta, pero no que le des la vuelta a la película para quedar como la buena del cuento. —Mira mi camiseta y sonríe—. No cuela… Voldemort.

No sé si me cabrea más el comentario que hace alusión a *Harry Potter* o que tenga la última palabra, porque… ¿qué respondo a eso?

Me acerco a la barra para dejar el importe del zumo y salir de aquí, pero, al darme media vuelta, choco de nuevo contra él. Y, no sé cómo, pero he conseguido que se le caiga el café encima otra vez.

Mierda.

14

—¿Me estás diciendo que has vuelto a ver al tío cañón, te ha vacilado y le has tirado otro café encima?

María me lanza su pregunta y yo me tapo la cara con el cojín rosa, a la vez que me dejo caer, dramáticamente, de espaldas en el sofá de la salita de Eva.

¿Por qué no se me tragó la tierra en aquel momento? Tuve que pedirle perdón y entregarle varias servilletas de papel y me vi obligada a quedar con él el viernes para darle el libro. Podría habérselo dado en ese momento, pero confesar que lo llevaba encima me habría hecho quedar como una mentirosa.

—Eres mi ídola —asegura María.

Hemos invadido la casa de Eva a media tarde, tras la promesa de cenar juntas por su cumpleaños y yo he aprovechado que ella tiene ambos libros —el de J. K. Norvi y el de nuestra amiga— para hacer la foto del sorteo en uno de sus espacios favoritos. Después de añadir un par de filtros, la he subido a mi perfil, junto al texto con las bases para participar.

La verdad es que he dejado un poco abandonados mis hábitos y, en estos días, solo he subido alguna historia puntual con fotos de los libros que me he traído y de los que me he comprado, alguna con fotos de las calles de Madrid y otras de mis amigas. Al final, también es necesario hacer vida lejos de las pantallas y no sentir que pasamos tanto tiempo colgadas en ellas. Las lecturas de colaboraciones que tengo pendientes tendrán que esperar.

Ahora mismo, estoy emocionadísima con pasar estos días en Madrid y haber conocido a María y a Eva en persona. Nuestra amistad es *vox populi* y me resulta gracioso que nuestros seguidores nos envíen mensajes alegrándose de que por fin nos hayamos encontrado.

—Dame eso antes de que lo llenes de babas… —Eva me quita el cojín rosa y lo examina, sujetándolo entre el índice y el pulgar, con una mueca en los labios. Cuando le da el visto bueno, se sienta en su sillón blanco y lo abraza—. Llevas unos días muy intensos en cuestión de chicos, querida. Es bueno para pasar página con la historia de Gonzalo. —Suspira antes de añadir—: No era tu villano perfecto.

Paula arquea una ceja y le da un trago al té frío que ha preparado la madre de Eva.

—Eso del villano perfecto… —Escudriña la expresión de Eva—. ¿Es lo que queremos en lugar del típico príncipe azul?

María golpea la mesita con la mano. Todavía me sorprende que se siente sobre la mullida alfombra en lugar de hacerlo en un sofá.

—¡Por supuesto! —Se levanta de golpe—. El villano perfecto es alguien que, aun siendo fuerte, tiene momentos de debilidad y es capaz de aportar a tu existencia un poco de locura, caos, quizá algo de desorden emocional al principio y, sobre todo, mucha mucha vida.

Paula asiente con la cabeza. Tiene la mirada fija en el fondo de su vaso y susurra más para sí misma que para nosotras:

—Algo me dice que tengo que cambiar de cuento.



Hemos acabado en un japonés —bastante caro, por cierto— que

tiene una de las mejores valoraciones de todo Madrid. Al menos, las fotos tenían muy buena pinta, pero después de que Marina nos explicase que cuando estudiaba Marketing aprendió los miles de detalles «falsos» que hay en los anuncios de comida para hacerlos más apetecibles, poco me fío ya de las fotos.

El *sushi* no es mi comida favorita —desde luego, no como la *pizza*, que adoro—, pero quien está haciendo un esfuerzo de verdad es María. Ella, amante de la cocina tradicional, prefiere una tortilla de patatas, con cebolla y poco hecha, antes que cualquier receta innovadora. Y eso que hace años que trabaja como camarera.

La miro y no puedo evitar que se me escape la risa. A pesar de los gestos de desaprobación, está guapísima, todo sea dicho. El vestido corto que le ha prestado Eva le sienta como un guante y ha aceptado el ofrecimiento que le ha hecho mi prima para maquillarla —detalle para tener en cuenta, porque María no suele preocuparse en exceso por esos temas—. Si bien es cierto que Eva y Paula parecen sacadas de una portada de revista, con sus conjuntos extremados y sus cabellos perfectos, el cambio es más radical en María y en mí que en ellas. Sí, yo también me he arreglado. Paula se ha encargado de que lo hiciera, aunque haya sido con una camiseta negra y unos tejanos desgastados del mismo color. Me ha casi obligado a ponerme unos zapatos de tacón y a hacer que las ondulaciones de mi cabellera se parezcan más a un mar en calma que a la tempestad a la que estoy acostumbrada.

Nos sentamos a una mesa casi al fondo del local que, aun siendo martes, está abarrotado.

—¡Es fantástico comer este tipo de platos en un lugar tan íntimo! —María señala la carta—. Si no fuese tu cumpleaños, Evita…

La aludida endereza la espalda en la silla, levanta la barbilla y le

saca la lengua con estilo.

—No le hagas caso. —Paula le acaricia el brazo—. A mí me parece una buena elección. Tiene… glamur.

Las personas que nos rodean pasarían desapercibidas en una boda y Eva y mi prima hacen fotos a los platos mientras María y yo nos vamos lanzando miradas a escondidas, riéndonos de la situación. Ninguna de las dos nos encontramos cómodas en exceso con este ambiente tan sofisticado. Entre eso y que el menú tampoco me acaba de convencer, recuerdo cuánto me gusta escaparme con Gonzalo a comer a Guadalajara durante esos días en los que estoy saturada.

Gonzalo… No he hablado con él desde que me fui, así que aprovecho para enviarle un wasap. Tuve la decencia de mandarle un mensaje con el que le informé de que me iba a Madrid antes de lo previsto. ¿Tenía obligación de hacerlo? No, pero desaparecer de la vida de la gente es como estar huyendo. Al menos, así lo sentí yo. Al fin y al cabo, somos amigos desde pequeños y no quiero que nuestra relación se rompa, pese a que tenga alguna grieta.

—¿Quieres dejar ya el móvil? —Es la tercera vez que María me hace la misma pregunta y sé que lo dice porque está viendo la pantalla.

—Estaba enviando un mensaje a Gonzalo, para ver cómo está y…

—Querida, en el mar de Madrid hay muchos peces. —Eva y sus consejos.

—Eso es cierto. —María hace un gesto de afirmación—. Tienes que sacar la cabeza del estanque que tienes al lado de casa.

—Bueno… —Mi prima repiquetea con los dedos sobre la mesa y el movimiento hace tintinear sus pulseras, que son un regalo para patrocinar una marca—. A mí me parece bonito que no pierdas la relación con él, aunque ya no estéis unidos de forma tan íntima.

Paula es reacia a hablar de sexo delante de otras personas, salvo conmigo. No es que yo carezca de tabús, pero a veces me pregunto si esto de la timidez nos viene de familia. Sea como sea, a María no se le ha escapado la reacción de mi prima y, traviesa, hace gestos obscenos con los dedos para sugerir lo que hacíamos Gonzalo y yo durante nuestros momentos juntos. No sé quién se pone más roja, si mi prima o una servidora. ¡Cuánto odio el ponerme colorada con estas bromas! Si lo pudiera evitar…

Al final, la cena ha salido mucho mejor de lo que esperaba o eso creo una vez que abandonamos el restaurante. Antes de ir a Madrid, estaba un poco nerviosa por saber cómo sería la relación con mis amigas, porque una cosa es hablar por Internet y otra muy diferente tener a la persona delante e interactuar con ella sin pantallas de por medio, pero todo está saliendo de lujo. Además, es posible —y muy probable— que a Eva se le haya ido la mano pidiendo botellas de vino y algún que otro chupito, y que eso haya ayudado a que el ambiente fuera mucho más fluido, distendido y…

—¡Ya sé qué quiero por mi cumpleaños! —grita Eva, en medio de la calle.

—Evita, cariño, ya te hicimos regalos ayer. ¿Recuerdas? —María se apoya en una farola para quitarse el zapato y me dan ganas de imitarla.

—Querida, lo que yo quiero en mi cumpleaños puedo conseguirlo por mí misma.

María se gira hacia ella.

—Entonces… ¿estás diciendo que no nos necesitas?

Eva se cruza de brazos y ladea la cabeza para mirarla. No estoy segura de que esté entendiendo el giro de la conversación, porque reconozco que yo misma me he perdido. Aunque parte de la culpa

de mi pérdida se debe a que Paula se ha puesto a corretear alrededor de la farola que María usa como apoyo y me estoy mareando al contar las vueltas que da. Creo que lleva diez; once ahora.

Cierro los ojos y niego con la cabeza, para alejar esa escena y centrarme en la otra.

—Eva —digo y capto su atención—, ¿qué quieres por tu cumpleaños?

Ella me observa durante unos segundos. Sus labios se curvan lentamente y sus ojos se iluminan cada vez más; parece una niña pequeña a la que acaban de ofrecer un regalo y me pregunto si he hecho bien en interesarme.

—Un tatuaje —responde—. *Nuestro* tatuaje.

Todas la miramos e incluso Paula deja de orbitar alrededor de María para prestar atención.

Sé a qué se refiere: hace algún tiempo, nos prometimos tatuarnos juntas. ¿Qué? Algo que nos representase y nos uniera: un diseño que hizo Eva, relacionado con uno de nuestros libros favoritos. Evoco en mi mente la imagen de las tres montañas coronadas por tres estrellas: el símbolo de Velaris; la ciudad que aparece en la saga *Acotar*.

Eva tiene un tatuaje de estrellas y una bailarina; María tiene tatuada una runa de la saga *Cazadores de sombras* y yo… yo no soy muy fan de las agujas y todavía no he decidido hacerme nada. Nunca he encontrado ese algo tan importante como para plasmarlo en mi cuerpo para siempre.

—¿Un tatuaje? —pregunta María, a la vez que se acerca a nosotras con los pies descalzos—. ¿Un tatuaje a las doce de la noche?

—Tiene razón —añado con fingida preocupación, aunque respiro aliviada—. A estas horas no se pueden hacer ese tipo de locuras.

Y menos mal. Menos mal porque la idea de que una aguja empiece

a taladrar mi piel no me apetece en absoluto. A ver, el diseño que hizo Eva es precioso y algún día me gustaría que cometiéramos esa chifladura, pero no ahora. ¿Eso tiene sentido?

Me siento un poco cobarde y culpable cuando veo que la cara de Eva empieza a ensombrecerse, hasta que mi prima interviene:

—Es posible que conozca a alguien que podría hacérnoslo…

—¿Alguien que nos tatuaría a estas horas? —inquiero, aunque no sé si es buena idea, porque Paula empieza a imitar la sonrisa del Joker.

No tendría que haber mencionado la palabra «locura», porque para Paula es como un «¡A que no hay huevos!».

Se me acerca y, sin desviar la mirada de mis ojos, me tiende la mano.

—¿Confías en mí?

15

Creo que la respuesta que le he dado es obvia. El problema es que Eva ha bebido demasiado y María también está contentilla, así que poco ha importado que yo haya rechazado la idea de mi prima unas cien veces. Tiemblo cada vez que suelta sus «¿Confías en mí?».

Llevamos un rato caminando y, hasta el momento, no parece que lleguemos a ninguna parte. Por si fuera poco, Paula le ha pedido a Eva que le enseñe algunos pasos de ballet. Sí, ahora. Aunque ella parece estar encantada y no le importa el público que tiene alrededor; al contrario, ambas están haciendo vídeos y subiéndolos a *stories*. Me he dado cuenta de que son algo esclavas de las redes.

—Creo que el efecto de la bebida está disminuyendo y mi mente empieza a recordar que mañana madrugo —dice María cuando pasa por mi lado con los zapatos en la mano.

Hay que tener valor para ir así por la calle, la verdad. La veo sortear algunos obstáculos del suelo y actuar como si su piel fuera de hierro; quizá en su interior ha tenido que aprender a serlo…

Lo que es seguro es que María tiene que abrir la tienda a las diez de la mañana.

—Entonces, mejor que no vayamos… —respondo. Porque, si María se va, no nos pondremos en manos del «doctor Agujas».

Definitivamente, la bebida consigue que la empatía desaparezca, porque nadie parece tener en cuenta el comentario y seguimos caminando.

Ya estoy imaginando a un señor mayor, con gafas de culo de

botella y un arsenal de agujas infectadas, esperando en su casa a que unas pobres inocentes acudan a su guarida. Me recorre un escalofrío y recuerdo por qué no soy fan de las películas de miedo.

—Chicas —insisto cuando reconduzco mis pensamientos—, ¿y si lo dejamos para otro día? Es tarde ya y no parece que logremos llegar hoy.

—Bueno, hoy llegaríamos —señala María—. Pero, teniendo en cuenta lo tarde que es, no podemos determinar la hora exacta.

Eva y Paula nos miran con incomprensión y empiezan a debatir entre ellas lo joven que es la noche, lo poco acostumbradas que estamos a la vida nocturna y una serie de tonterías que prefiero ignorar. María pasa de ellas también, porque se da media vuelta y levanta su dedo corazón con estilo en señal de despedida.

—¡Está aquí al lado! —exclama Paula, con nerviosismo, mientras Eva no deja de repetir que este nuevo año que acaba de cumplir solo será mágico si hace algo así de especial con nosotras. No puedo confirmar si está llorando o no, pero su tono de voz es lastimoso.

María se detiene, gira y da un paso hacia nosotras; mira su reloj y pone los ojos en blanco.

—Media hora —sentencia—. Es todo lo que os ofrezco. Paso de quedarme tirada sin metro y volver a las mil.

—¡Te llevo en taxi! —Eva se abalanza sobre ella y la abraza.

—Algún día, querida princesita «evitadora» —dice María mientras le acaricia el pelo con cariño—, te darás cuenta de que no todo en la vida se puede comprar.

—Sabes que odio ese apodo —dice Eva, e intenta separarse de María, que la tiene aprisionada entre los brazos, a pesar de medir diez centímetros menos—. Y todo en esta vida tiene un precio.

María la libera del abrazo de oso y sonríe.

—No todo se paga con dinero.

—Eso es porque no has ofrecido la cantidad adecuada, querida.

Seguimos avanzando hacia el bloque de pisos antiguos que, según mi prima, son enormes por dentro. Echo un vistazo a mi teléfono para ver si tengo algún mensaje de Gonzalo y, al ver que no, acabo metida en Instagram. Frunzo el ceño al encontrar varias conversaciones que me avisan de que me han duplicado la cuenta. Solo me lleva un par de minutos confirmarlo. Me hierve la sangre cuando pasan estas cosas. Miro a mis amigas, que siguen a lo suyo mientras mi prima se acerca a una portería y pienso que ya lo comentaré con ellas mañana. Guardo el teléfono en el bolsillo y me acerco a Paula.

—¿De qué dices que conocías a este tipo, Pau? —pregunto cuando la imagen del «doctor Agujas» vuelve a mi cabeza.

Mi prima mantiene un dedo sostenido en el aire, frente al interfono, pero parece pensárselo dos veces y teclea en su móvil antes de ladear la cabeza hacia mí.

—No lo he dicho, pero es el ex de…, bueno, de Pablo.

—¿De Pablo? —Siento que los ojos se me van a salir de las órbitas —. ¡¿Mi Pablo?!

¿Por qué tenemos esa pequeña manía de hacer nuestras a las personas con las que hemos estado? La mirada de Paula me deja muy claro que Pablo no es mío ni nunca lo fue. Genial. Al menos acabo de entender por qué mi primera vez, esa que nunca se olvida, no funcionó ni con repetición.

—No tenía ni idea…

—Llámame loca —interviene María—, pero no creo que la gente acostumbre a llevar un cartel en la frente con su orientación sexual para que los demás podamos leerlo.

—No. Claro que no, pero me ha sorprendido.

Más que nada porque me planteo si realmente él intentaba aparentar que era heterosexual ante su familia y amigos o si estaba comprobando cuál era su preferencia. Pensar que podría ser la segunda opción me hace sentir mal, porque me hubiera gustado que me avisara para ser consciente de ello.

—¿Entramos ya? —María sostiene la puerta abierta delante de nosotras mientras Eva pasa desfilando.

—¿Es que nadie se ha preguntado por qué estamos yendo a tatuarnos al piso de alguien en lugar de ir a un local? —aventuro con la intención de retrasar lo inevitable.

—¿Puede que porque a estas horas no hay ningún local abierto? —María sigue con la mano en el pomo y aprovecha para ponerse los zapatos.

—¿Y el asunto de la salubridad? —La ronda de preguntas que me asalta no tiene fin.

Eva asoma la cabeza desde el interior.

—Querida, descuida, que yo te confirmaré si todo está limpio.

—Tranquila, Sara. —Paula pasa por mi lado y me da una palmada en el hombro—. Te aseguro que lo tiene todo al día. Vive de esto. —Aprovecha cuando subimos las cuatro al ascensor para ampliarnos la información—. Dani tiene un local de tatuajes al que va mucha gente. La verdad es que es un genio en lo suyo. Esto me lo hace como un favor.

—¿Confías en él? —Lanzo como un arma de doble filo y ella asiente sin vacilar.

—No es que Dani sea mi mejor amigo, pero no perdimos el contacto después de conocernos. Y es una suerte. —Llegamos al último piso y la puerta se abre—. Es de esas personas que tienen luz

propia y de las que vale la pena rodearse.

—¡Paulina!

¡Madre mía! Un chico saluda a mi prima con los brazos abiertos. Lleva una gorra del revés y la tinta de varios tatuajes le recorre los músculos de ambos brazos, desde las muñecas hasta los hombros. Y sí, he dicho «músculos», porque aparece sin camiseta y con el pantalón de chándal negro un poco por debajo del inicio de las caderas, donde también se aprecian algunas líneas que se pierden bajo la tela.

—Yo pensaba que el «doctor Agujas» sería… de otra forma —confieso en un susurro.

—Viendo esto, es que me parece normal que la gente se tatúe, así os lo digo —asegura María—. Es más, poca gente se tatúa me parece a mí.

—Esto demuestra que se puede sufrir con tranquilidad si te concentras en perderte en un paraíso.

María y yo nos giramos hacia Eva y analizo su divagación. Ha perdido un poco la rectitud de sus facciones —y la cabeza—; es más, hasta parece una persona relajada e incluso sus ojos parecen chispear. Paula y el «doctor Agujas» están fundidos en un abrazo y, cuando se separan, él le lanza una sonrisa pícara.

—Dime que te has decidido ya por una frase para que te la tatúe en el costado.

—¡Ni lo sueñes! —exclama ella riéndose—. Te traigo otro rebaño para que lo marques.

—Algún día quiero saber qué tienes tú en contra de las agujas…

—Nada, es solo que en nuestra familia somos demasiado tradicionales para estas cosas. —Me lanza una mirada fugaz—. Aunque ella es mi prima y la vas a desvirgar.

Él me mira ilusionado.

—¡Qué bien!

Sí, fantástico. Sobre todo cuando la palabra «desvirgar» resuena en mi cabeza y me doy cuenta de que él ha estado con el chico que me desvirgó a mí. «Céntrate, Sara, que ese no es el tema ahora… A-gujas».

Dani se frota las manos sin perder la sonrisa.

—¿Qué me traéis?

Eva recupera la compostura y, con la cabeza levantada y la vista puesta en su objetivo, contonea el cuerpo hacia Dani para enseñarle el dibujo que tiene en el móvil. Después de revisar y elogiar el diseño, él le pide que se lo pase para poder imprimirlo y organizarse.

—Bien. —Da una palmada al aire y nos mira al resto—. ¿Quién va a ser la primera?

Doy un paso al frente. Lo tengo clarísimo.

—Yo no.

16

Ingrid

—Hola, rubia. ¿Cómo estás?

No he podido evitarlo. Me he plantado en casa de Dani cuando Diego me ha avisado de que estaba aquí, aunque eso haya significado despedirme antes de Marta. Creo que dos horas haciendo de psicóloga, a cambio de un par de cervezas, son suficientes. Sobre todo cuando sabes que no vas a solucionar nada, porque es como hablar con la pared.

—Vengo de estar con Marta —anuncio, porque sé que esto dice mucho más que un simple «hola».

Para retratar lo sucedido, al despedirme de mi amiga, he acabado diciéndole la típica frase de «El tiempo lo cura todo» y se ha puesto a llorar, porque esa no es la cura que espera. Pero es que hace seis meses que todo acabó, así que mejor no recordar cómo fue la primera semana.

—Quiero llamarla un día de estos. —Dani se hace a un lado en el marco de la puerta y, con el brazo, me invita a pasar mientras niega con la cabeza—. Me sabe fatal que esté así.

—Mejor no la llames —sugiero mientras entro en el piso e imagino todas las sesiones de terapia gratuita que me tocaría soportar después—. Todavía no lo ha superado.

Me fascina el piso de Dani; es uno de esos lugares donde puedes encontrar el alma de la persona que vive en ellos. Mire donde mire, veo pequeños detalles que le representan: el caballete que está al

fondo, junto al ventanal que da a la calle; los vinilos enmarcados del grupo Queen; los diseños de tribales celtas enganchados en el corcho, encima de su mesa de trabajo…

—Pero si solo fueron un par de meses. —Dani cierra la puerta y se dirige hacia la nevera que tiene en el comedor—. No negaré que era algo divertido, pero le dejé claro que yo no quería ataduras porque seguía pillado de Euge. Por eso corté la relación cuando empecé a notar que ella sentía algo más. —Me tiende una Coca Cola Zero y sonríe—. Sabes que no soy de los que van jodiendo por ahí.

Eso es verdad. Puede que no sepa si la próxima conquista de Dani será una chica o un chico, pero sé que siempre deja las cosas claras de entrada y que no le gusta hacer perder el tiempo a los demás, porque él no es de los que permiten que le hagan perder el suyo.

—A mí no me preguntes. —Abro la lata y le doy un largo trago para cambiar el sabor que tengo en la boca—. Nunca entenderé por qué la gente se revuelca tanto en el dolor de una ruptura.

Olisquea el aire, como si fuese un perro en busca de comida.

—Pero los ayudas a ahogarlo en alcohol, ¿verdad? —Me dedica un gesto de lo más atractivo—. Hueles a cerveza, rubia. Voy a tener que secuestrarte más a menudo para alejarte de ese camino.

Dani es capaz de derretirte con esos ojazos azul oscuro y lo sabe. Al igual que sabe que yo no suelo beber. Es más, no me gusta el alcohol, pero reconozco que, cuando quedo con Marta, necesito que me suban los grados a la cabeza. Es de mis mejores amigas, pero eso no quita que sea una persona muy intensa. Y, todo eso, él también lo sabe.

—Dani, cambia esa expresión, tío. —Diego sale de entre las sombras y me fijo en cómo se le ajustan al cuerpo los tejanos y la camiseta—. A no ser que le estés tirando la caña…

—¿Me estás dando permiso para hacerlo?

—Ni se te ocurra. —El énfasis con el que Diego pronuncia las palabras, me paraliza unos segundos—. Ya sabes el coste que supondría eso. Además, ¡nos conocemos desde que éramos unos críos!

—Tonterías… ¿No es maravilloso que se haya convertido en una mujer increíble?

—Sí. Y por eso quiero que dejes de mirarla con esa cara ahora mismo.

La cara de pícaro de Dani es indescriptible; vendría a ser algo así como la provocación personificada. Le encanta sacar a don Perfecto de sus casillas cuando baja la guardia. Y, aunque esté disfrutando con la conversación —que ya me conozco casi de memoria—, tengo que intervenir.

—Cielo —le digo a Dani—, recuérdame que te llame cuando no sea capaz de subirme la autoestima sola.

Él sigue sonriendo, me guiña un ojo y me lanza un beso con descaro, con lo que se gana un puñetazo de Diego en el hombro. Dani hace una mueca y se masajea la zona mientras se queja. Entre sus dedos, puedo ver el tatuaje de estrella deforme que tiene en la parte superior del brazo, en medio de otros diseños. Ese tatuaje es «mellizo» del que tengo yo en el mismo lugar. Todos saben que, en sus inicios como tatuador, Dani y yo tuvimos un día de locura en el que intentó enseñarme a usar la máquina esa y… Fue de esas experiencias que unen para siempre, pero que utiliza para hacerme chantaje emocional. Lo que desconocen es toda la historia que esconde esa noche y, en realidad, es mejor que siga sin salir a la luz.

Diego se acerca a mí y me acaricia el brazo con dulzura. Me encanta que pase casi más tiempo aquí que en su casa; el hecho de

que Dani nos abriese las puertas de su apartamento como si nos perteneciera a todos ha hecho de este lugar algo parecido a un piso comunitario. Además, puede que Diego no quiera admitirlo, pero a veces necesita rodearse del cariño de nuestra pequeña familia elegida y alejarse de la soledad de su piso. Igual que yo tampoco pienso admitir que necesito de sus sabios consejos en muchas ocasiones; por eso estoy aquí.

—¿Estás algo más tranquila, Íngrid?

Respiro hondo. ¿Lo estoy? No lo sé. Siento que se me juntan demasiadas emociones y pensé que sería capaz de canalizarlas mejor.

—Creo que es mejor hacerle frente a todo cuanto antes —confieso, antes de dar un largo trago a la bebida y dejarla sobre la mesa.

—Tú tranquila, Harley Quinn —dice y me propina un pequeño apretón en ambos brazos—. Estoy convencido de que las cosas, al final, saldrán como tienen que salir.

Dani lo mira con una ceja levantada.

—Te das cuenta de que esa frase no dice nada, ¿verdad?

—Está todo dicho para aquellos que tienen inteligencia suficiente como para leer entre líneas… —responde y pronuncia la siguiente palabra con burla—, *cielo*.

Ahora es Diego quien me guiña el ojo. Estos dos son incorregibles, pero he entendido lo que Diego me quería decir: si las cosas siempre fuesen como nos gustaría, el mundo no tendría problemas, ¿verdad? Y esa es la mayor utopía que existe. Así que lo único que puedo hacer ante la adversidad es afrontarla y crecer como persona.

—Más vale que todo salga como tiene que salir. —Muevo la lata y concentro mi mente en el sonido del líquido que choca contra las paredes de aluminio—. Si no, pueden rodar cabezas y os aseguro

que ninguna de ellas será la mía. —Ellos se miran y puedo interpretar la confusión en sus ojos.

—¿Has tenido otro problema con Luis? —Distingo la preocupación en la voz de Diego.

—¿Qué vas a hacer? —susurra Dani.

—Íngrid, tampoco podemos forzar las cosas… —Diego levanta las palmas de las manos en mi dirección y hace un gesto como si me pidiese bajar la velocidad—. Me prometiste que pensarías en las opciones varias veces antes de hacer nada con ese tema.

—Creo que tiene suficiente experiencia en «ese tema» —repite Dani, y hace unas comillas con los dedos—, como para dejar que la vuelvan a joder. —Se gira hacia mí—. Yo creo que tienes razón, rubia. No sé cómo has conseguido que venga Alan, pero es el momento perfecto para darle un giro a esa mierda.

—Íngrid —dice Diego y me agarra de las manos con suavidad, al tiempo que ignora los ojos en blanco de Dani—, si necesitas salir de ahí… Sabes que yo te ayudo con lo que necesites y te busco trabajo si hace falta. Conozco un par de empresas buenísimas que estarían encantadas de contar contigo en sus plantillas…

—No te atrevas a encerrarla en una jaula de cemento. —Dani separa nuestras manos con demasiada brusquedad—. ¿Acaso quieres que acabe como tú?

—¿Qué has querido decir con eso?

—Chicos, chicos. —Me sitúo en medio de los dos—. Me parecen geniales vuestras peleas de gallitos, pero puedo buscarme la vida sola. Si necesito dos guardaespaldas, tranquilos que os pediré presupuesto.

—Puedes contratarlo a él. —Dani señala a Diego con el pulgar, sin mirarlo—. Seguro que te dan alguna subvención por ser el alma

caritativa que lo desengancha de su droga.

—Se llama «trabajar» —responde el aludido—. Es lo que hacemos la gente normal para afrontar gastos como la hipoteca cuando no tenemos un papi que nos soborne con un pisazo en el centro de Madrid para que estudiemos Medicina.

—¡Basta! —grito—. ¿Os dais cuenta de lo imbéciles que sois? Tú —continúo y golpeo el pecho de Diego con el índice— eres un *workaholic* de esos y lo sabes. Que te guste ser así es estupendo, pero no te quejes si los demás se dan cuenta. —Escucho una risita tras de mí y me doy la vuelta—. Y tú eres un inmaduro que ha tenido muchísimas facilidades y, cuando todo estaba bien allanado, ha decidido que ese no era su camino.

Ambos me observan y luego se echan un vistazo el uno al otro.

—Así que quiero que hagáis las paces. —Les junto las manos como cuando éramos pequeños y nuestros padres nos reñían. Se acaban dando un apretón excesivamente fuerte—. Bien. Y ya que estamos con peticiones… ¿dónde localizo a Alan?

Las carcajadas retumban en la habitación.

—¿Por eso me has dicho que necesitabas verme? —pregunta Diego todavía riéndose—. ¿Porque querías encontrarte con otro?

—Qué feo está eso, rubia…

—No me vengáis con tonterías, que tengo que hablar con él.

—¿Hablar es lo del otro día? —Diego sigue con sus preguntas—. Porque me parece que no se os dio muy bien, ¿no? ¿Tú qué opinas, Dani?

—Definitivamente, hablar no es lo suyo. —Niega con la cabeza sin dejar de sonreír—. Yo creo que deberían dedicarse a otra cosa. Pero ya lo hacen, ¿no?

—Sí, pueden seguir dedicándose a ignorarse mutuamente, eso se

les da de lujo.

—Malditos Zipi y Zape. Me caíais mejor cuando os odiabais hace un momento —resoplo y dejo la lata encima de la mesa de trabajo de Dani—. ¿Me vais a decir dónde está o tengo que empezar a descolgar vinilos de la pared?

Si tuviese una cámara de fotos, retrataría la cara de Dani ahora mismo.

—Tu queridísimo Alan —empieza a explicarme el dueño de la casa mientras se aleja en dirección a sus obras de arte—, en caso de estar solo, claro, mañana estará en aquella cafetería de Peter Pan. Últimamente le ha dado por ir ahí con Andrea.

—Es la cafetería de *Alicia en el País de las Maravillas*… —Diego se masajea la frente con los dedos y respira hondo.

—¿Tú crees que yo puedo estar por esos detalles cuando amenazan a mis pequeños? —Dani está descolgando los cuadros de la pared y busca con la mirada un lugar donde ponerlos a salvo.

—Tranquilo, cielo. —Le doy un par de palmadas en el hombro y me encamino hacia la puerta—. No quiero robaros más tiempo. Me voy ya a ver si evito encontrarme con toda la marabunta de gente que viaja en metro a última hora de la noche.

Me acompañan hasta la entrada y nos abrazamos entre besos exageradamente sonoros.

Antes de cerrar la puerta tras de mí, capto el inicio de la siguiente conversación.

—Pégate una ducha, anda, que hueles a trabajo que no veas…

—Algún día podré decir lo mismo de ti…, cielo.

El portazo activa una sonrisa en mis labios. Se quieren y se odian como hermanos o, al menos, como los hermanos deberían hacer: con ese tira y afloja, con ese cariño que sabes que está latente al otro lado,

en esa persona con la que has compartido tanto.

Salgo de la portería a toda velocidad y, cuando ya he doblado la esquina, doy marcha atrás. ¿Por qué no he aprovechado para preguntar a Diego las dudas que tengo con los preparativos del evento?

Estoy a unos metros del edificio cuando veo a cuatro chicas en la puerta. Tienen pinta de estar pasando una gran noche. ¡Si hasta una de ellas va descalza! Escucho cómo otra empieza a preguntar el motivo por el que tatuarse ahí en lugar de hacerlo en un local. ¿Irán a ver a Dani? Sé que a gente de su confianza todavía la tatúa en casa, que es donde empezó todo y, por mucho que su piso tenga más de cien metros cuadrados y que podría hablar a solas con Diego en la otra punta sin que nadie se enterase, algo me dice que es mejor que me dé la vuelta.

Y así lo hago mientras recuerdo qué me ha motivado a hacer esta visita. Mañana iré a la cafetería esa. Y, si tengo que volver allí cada día hasta encontrar a Alan, que así sea.

17

—Me gustan las aspiradoras sin cables —susurra Eva. Ladeo la cabeza para seguir su mirada y encuentro una al lado de la puerta.

—Pensaba que tú tenías personal del hogar. —María imita su tono de voz, con sorna.

—Sí, claro. Y mi madre les corrigió la forma de limpiar a los dos que vienen a casa. Es una de esas personas maniáticas de la limpieza que tiene que supervisarlo todo. —Hace un rápido análisis de la estancia—. Y esto está limpio.

Yo me fío del superpoder de visión láser que tiene Eva para detectar la suciedad en el entorno y doy por resuelta esa incógnita mientras Dani se acerca a mi amiga con la frente arrugada y la vista fija en el dibujo impreso.

—Se me han ocurrido un par de cosas…

A Eva no parece importarle ser la primera en la que el «doctor Agujas» centre su atención y él, aparentemente, disfruta con la situación porque empiezan a hablar de pequeñas adaptaciones que quieren hacer en el diseño, como, por ejemplo, que cada una lleve pintada, por dentro, una de las tres estrellas que coronan las montañas del tatuaje.

Yo no estoy prestando demasiada atención al asunto, prefiero no centrarme en que me van a clavar una aguja en la piel varios centenares de veces. Además, la decoración del comedor me resulta de lo más artística.

—Paulina, pillad lo que queráis de la nevera.

Mi prima sonríe al tatuador en señal de agradecimiento y abre el frigorífico que está en medio del comedor, lleno de latas varias hasta los topes. ¿Quién tiene eso en su casa? Después de preguntarnos qué queremos tomar, Paula parece leerme el pensamiento.

—A casa de Dani viene mucha gente. —Nos entrega los refrescos —. Ya os lo he dicho. Es una especie de… luz perfecta para cualquier polilla.

—Y que lo digas… —conviene María, con los ojos fijos en Eva—. Aunque hay polillas que podrían llegar a quemarse con tanta luz.

Paula y yo nos giramos para ver el mismo plano que ella.

—Bueno, ya lo dicen, ¿no? —respondo, tras dar un trago a la bebida—. El arte une.

—Todas las aficiones unen. —María abre el sello hermético de la lata con la anilla y, antes de beber, añade—: Por eso nos hemos encontrado nosotras.

—Nunca sabemos hasta dónde nos pueden llevar nuestras pasiones —añade Paula—. Lo que más me gusta de la vida es, precisamente, la incertidumbre con la que viene envuelta.

—Alguna es mejor desenvolverla rápido —replico, y pienso en Gonzalo y en cómo será todo cuando regrese.

—¡Por las aficiones fuera de lo común! —grita María y alza su lata.

—¡Chicas! —exclama Eva, desde la mesa de trabajo de Dani—. Esto ya está listo. Primero me tatuará a mí, después a María y por último a Sara, ¿vale?

—¡Perfecto! —contesta María, en el mismo tono de voz—. Me sorprende que no hagas de «evitadora» en esta ocasión, pero es mejor que prueben los experimentos contigo.

—Ja, ja, ja. Muy graciosa, Mari Pili. —Eva niega con la cabeza.

—¿Por qué tengo que ser yo la última? —me quejo.

A ver. No quiero ser la primera, pero la última tampoco. Si somos tres… ser la del medio está bien, porque ya has visto los errores del principio y no te quedas al final para posibles problemas con las máquinas, cansancio ocular y todo eso.

—Porque nosotras nos tenemos que ir antes, que María trabaja.

Eva establece el fin de la discusión; por un lado, por la lógica de la respuesta y, por otro, porque desaparece por el pasillo. No sé adónde ha ido, lo que me lleva a preguntarme en qué lugar nos van a tatuar. No hemos dado el visto bueno al arsenal de armas punzantes que hay en esta casa. De hecho, no hemos visto nada, salvo el comedor.

—Pau… —susurro mientras apoyo la mano libre sobre mi vejiga—. Tengo que ir al lavabo.

Mi prima arruga las facciones como si fuera una pasa pensante, antes de dar una respuesta a la pregunta implícita en mi aseveración.

—Creo que es la segunda puerta del pasillo. —Se encoge de hombros—. Hace tiempo que no vengo.

—Vale. —Tengo demasiada urgencia como para ponerme a criticar su mala memoria—. La busco.

Dejo la lata sobre la mesa y me encamino por una casa desconocida, con el mismo sentimiento de alerta que si estuviera en un safari. Llego a la entrada del pasillo, por la que ha desaparecido Eva antes, me pego a la pared y miro a mis dos compañeras.

—¿Estás bien? —pregunta María, con una ceja levantada.

Afirmo con la cabeza de forma dramática y dirijo la mirada hacia el fondo del pasillo.

Odio los pasillos; no sé si existe alguna fobia relacionada con ellos, pero la tengo. En el tabique donde estoy apoyada no hay ninguna puerta, todas se encuentran en la pared opuesta, salvo la que queda al fondo. Además, está oscuro y yo todavía sigo con la imagen de mi

«doctor Agujas» original merodeando por la cabeza. ¿Y si, en realidad, ese señor existe y es quien hace el trabajo sucio? Al fin y al cabo, mi prima no se ha tatuado nunca y no puede demostrar que Dani sea quien hace los tatuajes… Tengo más teorías que cuando leo a Blue Jeans; se las debería explicar a María para su próximo libro.

Suspiro y me lanzo a la aventura.

En la primera puerta —que por suerte está abierta— descubro la cocina. Es enorme y tiene una decoración exquisita en tonos blancos; eso me relaja un poco, aunque no sé bien por qué. Detrás de la segunda, escucho la risa de Eva junto con la de Dani. Ahí no puede estar el lavabo, ¿verdad? Genial. El resto de las habitaciones están cerradas. Si esto fuese un programa de televisión, habría un premio detrás de cada puerta. Sea como sea, tengo que abrir una y me decido por la cuarta. La tercera no me ha dado buenas vibraciones y supongo que esa es una de las formas con que los concursantes de los programas deciden cuál van a abrir, ¿no?

Me aferro al pomo y lo hago girar despacio, pero abro de golpe. Tan de golpe que el chico que está al otro lado me mira alucinado.

—¡Ostras! —grito y me tapo la cara con las manos, porque está a medio vestir y tiene una camiseta blanca en las manos. Por suerte, lleva puesto un pantalón—. No quería irrumpir así. Perdón, perdón…

Retrocedo una de las manos y, con los ojos cerrados, palpo la puerta hasta agarrar la manilla.

—Tranquila —dice una voz sensual y extrañamente familiar—. Esto no es ningún cuento de los hermanos Grimm.

No puede ser. Abro los ojos de golpe y el chico me sonríe con delicadeza. Tiene la mirada más amable que haya visto jamás, adornada por unas pestañas kilométricas que me recuerdan la

expresión del Gato con Botas de *Shreck*. Se da la vuelta para pasarse la prenda de ropa por encima de la cabeza y la desliza por el cuello hasta cubrir toda la parte superior y esconder esa espalda tan bien definida. Mis ojos se quedan clavados en la parte de la nuca.

No es una nuca cualquiera. Puede parecer fetichista, pero me he pasado demasiado tiempo mirando cierta foto de perfil como para no reconocerla cuando la tengo delante.

—¿Di… Diego…? —titubeo de tal forma que incluso yo he notado el temblor de mi voz.

Él gira la cabeza despacio y yo me deleito con la visión de ese perfil de nariz griega y labios gruesos.

—¿Nos conocemos?

18

Diego tiene el pelo mojado y un poco alborotado, con aspecto informal, aunque parece de ese tipo de personas que, pese a llevar un suéter «básico», siempre parece que vista de gala.

Esta no era, en absoluto, la imagen que sospechaba que tendría. Tampoco pensaba que fuese alguien que se esconde del mundo, como hago yo en las redes, pero creo que estoy empachada de tanto cuerpo perfecto y, sobre todo, empiezo a sentirme un poco fuera de lugar.

No puedo negar que la situación me ha pillado por sorpresa. Es cierto que, tarde o temprano, pensaba ir a verlo; sin embargo, habría preferido conocer el momento en el que lo «desvirtualizaría».

Mi voz interior da las gracias a Paula por haberse empecinado tanto en que me arreglara para esta noche. Puede que la mitad del maquillaje se haya perdido entre la servilleta de la cena, el sudor al deambular por las calles y las risas, pero seguro que tengo mejor apariencia que en mi día a día. Y todos sabemos que las primeras impresiones marcan.

—Soy Sara… —titubeo—, de Querido Bookstagram.

La habitación —que, deduzco, es un cuarto de invitados para toda esa gente que se pasa por aquí— no es demasiado grande, solo tiene una cama individual, con estanterías llenas de libros encima, una mesita de noche y un armario, pero termina convirtiéndose en un espacio minúsculo cuando Diego se gira del todo hacia mí. Su cara refleja una sorpresa mucho mayor que cuando he invadido su

privacidad hace un momento.

—¡Madre mía! ¡Sara! —En cuatro pasos se lanza sobre mí y me encierra en un abrazo que yo le devuelvo con la misma intensidad y hasta se me escapa un chillido por la emoción—. ¡Qué sorpresa! Pero… —Se separa de golpe y me sujeta por los hombros—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Le explico cómo ha ido la noche con la misma facilidad que cuando hablamos por teléfono. Diego me responde con alguna sonrisa y esas aportaciones que ya me son familiares. Lo miro de arriba abajo y también sonrío. Podría resultar extraño sentir tanta confianza con alguien que acabo de «conocer en la vida real», pero es exactamente lo mismo que me ha ocurrido con Eva y María. Y, aunque Diego y yo no nos hubiésemos visto las caras hasta ahora, llevamos unos ocho meses de conversaciones en los que nos hemos contado muchísimas cosas, así que es natural que me sienta tan cómoda con él.

Clara una vez comentó que no puede considerarse amigo a alguien que no conoces en persona, pero a mí lo que me sorprende es que haya gente que no entienda que la amistad es algo más que verse cada día; que es un tipo de conexión que se da sin pretenderlo y puede llenarte en los momentos de soledad sin necesidad de tener la persona al lado.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto, porque me va a explotar la cabeza si no encuentro la pieza del puzle que me falta.

—Podría decirse que Dani es como mi hermano. Hemos pasado la tarde juntos y se nos ha ido de las manos.

—¿Habéis hecho una fiesta de agua? —digo y fijo la mirada en su pelo. Él se pasa la mano por la cabellera y la comisura de sus labios se eleva.

—Necesitaba una ducha para quitarme varios temas de la cabeza y Dani ha insistido en que me duchase aquí. De hecho, mi plan era vestirme y salir, porque mañana tengo que acabar de recortar flecos de varios asuntos para la editorial.

—Justo cuando llegamos nosotras.

Hablamos de Paula, de las casualidades y termino enseñándole una foto.

—Me suena haberla visto por aquí.

—Yo pensaba que Madrid era un lugar inmenso y, al final, va a ser cierto eso de que el mundo es un pañuelo.

Diego se ríe.

—Por cierto, he visto el sorteo que has subido de los libros —comenta Diego, con un gesto de aprobación— y también que te han duplicado la cuenta.

—Ya. Me han comentado varios seguidores que hay una con mi foto y un nombre casi idéntico… —respondo y me acuerdo de los mensajes que me han enviado por Instagram—. Me da mucho coraje que hagan esas cosas.

—Bueno, esperemos que nadie caiga en la trampa de dar sus datos y que la cierren rápido. —Sus ojos transmiten calma cuando pronuncia esa frase y yo me encojo de hombros—. Por cierto, ¿de quién es el otro ejemplar que has incluido?

—Es de mi amiga María —digo, y ensancho el pecho con orgullo —. La que te dije que es escritora.

La puerta se abre de golpe y la aludida aparece bajo el dintel, como si la hubiésemos llamado.

—¡Sara! —Su voz resuena por la habitación y advierto que tiene el antebrazo envuelto en un papel transparente que protege un dibujo negro. ¿Ya se ha tatuado? ¿Cuánto tiempo llevo aquí dentro?—. ¡Te

toca a ti! Estábamos preocupadas por si te había abducido algún extraterrestre o si habías desaparecido en una quinta dimensión llena de croquetas asesinas.

—Interesante —susurra Diego, con sus largas pestañas apuntando hacia María.

Ella desliza los ojos hacia él y la expresión de su cara cambia tanto que empieza a parecerse a *La Gioconda*, pero con los globos oculares a punto de explotar. Nos quedamos en silencio y, después de revisar las posturas de ambos, hago las presentaciones oportunas.

—María, este es Diego. —Señalo a mi amigo con la mano y hace una reverencia—. Diego, esta es María, la amiga que te comentaba. Como ves, es un ser muy peculiar que aparece con invocarla.

—Pero con mejor aspecto que Rumpelstiltskin —responde él, a la vez que le dedica una sonrisa burlona.

Ella no hace ninguna réplica. María, mi María, se ha quedado sin palabras.

—Sácame de dudas, Sara… —dice Diego, sin cambiar su mirada felina de lugar—. ¿Hay alguna historia en la que a la protagonista le coma la lengua un gato?

—Pues ahora que lo dices… —Finjo hacer memoria mientras disfruto de la situación porque, seamos sinceros, ¿cada cuánto se alinean los astros para que María se quede sin palabras?—. Supongo que el más parecido es *La sirenita*, cuando Ariel pierde la voz, ¿no?

—Ariel… —susurra Diego. Sus ojos lanzan chispas de diversión—. Siempre me ha parecido un nombre precioso.

María parpadea y sale de su trance temporal; aprieta mucho los labios y veo cómo se le abren las aletas de la nariz antes de replicar:

—Pues a alguien más también se lo debió de parecer, si se lo pusieron a un detergente.

Diego estalla en carcajadas y mi amiga desaparece de golpe. Yo parpadeo varias veces sin comprender nada. Como si no acabaran de interrumpirnos, y pese a que sus iris siguen brillando, Diego retoma nuestra conversación.

—Quería explicártelo cuando nos viésemos, pero como te has anticipado a mis planes… —Me mira afligido—. Me veo obligado a desvelar la información ahora.

—Sorpréndeme… y que sean libros.

Sus labios empiezan a esbozar una curva ascendente de nuevo, cuando reconoce la frase que utilicé la última vez que me hizo una propuesta.

—Vale. ¿Recuerdas que ayer te dije que todavía estaba dándole vueltas a lo de tu entrevista? —Su tono de voz es más bajo de lo habitual y tiene la ceja izquierda levantada.

—Sí, claro. ¿Qué ocurre? —Una no puede eliminar de su pensamiento que va a ser el centro de atención de una editorial, así como así.

—Nada, pero creo que no seré yo quien te haga la entrevista, sino alguien más… experto. Alguien que esté acostumbrado a lidiar con temas de misterio. —Hace una pausa dramática y yo contengo la respiración—. Por ejemplo, un escritor de *thriller*.

—¡¿Qué?!

Diego sostiene mi mano al verla temblar y me guía hasta que nos sentamos en el borde de la cama, que resulta más cómoda de lo que pensaba. Mi vejiga hace rato que ha entendido que tenemos otras prioridades; ahora mismo es la de evitar que me dé un infarto.

—Le he pedido a J. K. Norvi que vuestra entrevista sea en ambas direcciones —confiesa, y me deja conmocionada—. Espero que no te moleste. Así puedo recopilar información tanto desde la perspectiva

del escritor como del *bookstagramer* para hacer una entrada en la página web de la editorial y enviarla con la *newsletter*.

Sigue explicando detalles, pero he dejado de escuchar. ¡No me lo puedo creer! ¿Voy a entrevistar a uno de mis escritores favoritos, y él a mí? Pero ¿cómo se come eso? Es decir, ¿qué interés puede tener en mí un escritor de *thriller* que crea conspiraciones impresionantes y hace que te explote la cabeza con sus giros de trama y finales inesperados? Ya respondo yo: ninguno.

Me lo estoy tomando como una guerra, lo sé, pero me están sudando las palmas de las manos y no puedo concentrarme. Él sigue hablando mientras yo pienso en cómo puedo enfocar la entrevista. No tengo ni idea, aunque me ronden por la cabeza infinidad de preguntas, como, por ejemplo, de dónde ha sacado esa mente prodigiosa, qué cereales desayuna por la mañana para inspirarse o en quién se basó para crear a la bibliotecaria de su historia; esta última es porque me encantaría conocer a esa mujer.

—Por cierto, ¿ya has terminado su libro? —Diego ignora mi explosión mental.

—No —reconozco—. El que destrozó Eli no lo pude recuperar y solo compré uno, que es el que voy a sortear. —Él frunce el ceño y ladea la cabeza haciendo que sus enormes ojos brillen bajo la luz de la lámpara del techo.

—¿No te ha llegado el ejemplar que te envié? —Recuerdo la imagen de los paquetes que me ha mandado mi madre.

—Llevo unos días en Madrid, así que si ha llegado estará en mi casa pendiente de abrir.

—Pues eso tenemos que remediarlo —señala Diego—. Necesitas leerlo antes de la entrevista, que, te anticipo, será la semana que viene a través de Instagram.

La semana que viene… ¡Qué cerca! Si esa reunión va a ocurrir, tengo que haber leído el libro, por deferencia y para ser capaz de hacer preguntas relacionadas, pero no quiero comprarlo si tengo uno esperándome en casa. Tampoco sé cómo voy a organizarme, porque, con el viaje a Madrid, si ya iba atrasada en mis lecturas conjuntas, sé que ahora tendré que retirarme… Podría aprovechar los días que voy a estar por aquí, pero sería feo leer el que voy a sortear. Aunque… ¡tengo otra opción!

—En realidad, ahora que lo pienso, tengo un ejemplar aquí en Madrid que debo devolver.

—Vaya, vaya… —La voz que saluda con prepotencia, desde la puerta, provoca que se me erice la piel—. Mira lo que tenemos en mi habitación. ¿Qué haces aquí, tío?

19

—Esta ya no es tu habitación, Alan. Me apropié de ella cuando te fuiste —responde Diego, con burla, y por la expresión que tiene, creo que ha sido un golpe bajo.

Retiro las manos de donde las tengo a toda velocidad. Cualquier persona que nos hubiera visto podría pensar que Diego y yo… Noto cómo el calor sube a mis mejillas, aunque nadie parece reparar en ello.

Carraspeo antes de hablar.

—Pero entonces… ¿Vives aquí? —pregunto, para intentar no pensar en todo lo que está pasando.

Diego niega con la cabeza.

—Digamos que es mi segunda residencia.

—Por poco tiempo —añade la voz a mi espalda.

Respiro hondo y cierro los ojos mientras me giro. Al abrirlos, encuentro al sinvergüenza de la cafetería apoyado en el marco de la puerta. Lleva un jersey ancho, de punto, en color crema y unos pantalones cortos rosas —definitivamente lo de combinar no es lo suyo—. Tiene los brazos cruzados, al igual que las piernas, y creo distinguir una lata de cerveza en su mano.

Durante unas milésimas de segundo, el autocontrol que desprende desaparece y su boca forma un círculo perfecto. Digo durante unas milésimas, porque eso es lo que tarda en agachar la mirada y morderse el carnoso labio inferior, para contener la risa. Dirige los ojos hacia mí y libera, lentamente, la presa de entre sus perfectos

dientes.

—Menuda sorpresa. No esperaba encontrar a la ladronzuela de libros en mi habitación. —Dice esa última parte a la vez que lanza una mirada fugaz a Diego—. Menos mal que tengo el resto de mi colección bajo llave.

Ahogo una exclamación ante el ataque gratuito.

—¿Nadie te ha dicho que la historia se llama *La ladrona de libros*?

Su presencia me saca de quicio lo suficiente como para que, además, vaya de listo inventándose títulos.

—Eso sería plagiar —responde, con una sonrisa burlona—, pero también quería comprobar si eres amante de la lectura o si lo tuyo es pura cleptomanía.

—Lo de cleptómana lo acabo de descubrir —interviene Diego—. Lo que sí puedo asegurarte es que es una amante de los libros. Es la chica de las reseñas de la que te hablé.

—Vaya, vaya… —Su expresión se torna sombría.

Nos quedamos un momento en silencio. Casi puedo palpar el muro de tensión que se ha instalado en el ambiente, a pesar de que desconozco el motivo. Los ojos del tal Alan se oscurecen; no deja de penetrarme con la mirada, como si la aversión que siente hacia mí se hubiera multiplicado. Cambio de posición con la esperanza de que el movimiento me haga desaparecer de su campo visual, pero no surte efecto. Para ser sincera, prefiero que me hable con chulería, a esto.

Miro a Diego. Mi amigo se está acariciando la frente y parece haber encontrado algo interesante que examinar en un rincón de la habitación. Sola ante el peligro. Genial.

—¿Has venido por voluntad propia o porque el libro tenía un localizador? —digo, con malicia.

Esos ojos, que me analizaban desde otro plano existencial, parecen

regresar al terrenal.

—¿Lo llevas encima? —Acompaña la pregunta con un par de pasos hacia nosotros—. ¡Ni se te ocurra mancharlo!

Puedo leer el pánico en su expresión y se me escapa una sonrisa. Esto ya me gusta más.

—¿De verdad piensas que lo llevo a todas partes como si fuera un tesoro? —Dejo escapar un bufido.

—Sara no es de manchar libros, pero lo de tener una cerveza cerca de ella no es buena idea —dice Diego, en un tono jovial.

Lo miro con complicidad. Me alegra que haya finalizado su estudio acerca de las pelusas de la esquina.

—Al menos, si me tiras la bebida otra vez —explica Alan sin dejar de mirarme—, no tendré que preocuparme por quemaduras de tercer grado en mis partes íntimas…

Lo tengo demasiado cerca como para perderme el momento en el que pasa la lengua por la mitad del labio y la deja en la comisura. Aparto la mirada y me aclaro la garganta.

—Lamento comunicarte que el problema no eres tú —replico, y él esconde la lengua de nuevo, antes de sonreír—. El problema es el café, que lo detesto. Y, como tenerte cerca tampoco es santo de mi devoción, supongo que se juntan ambas cosas y colisionan en tus pantalones.

Me encojo de hombros y tardo medio segundo en darme cuenta de lo que acabo de decir. De repente, mi mirada va directa a esos pantalones cortos rosas que, aun pretendiendo ser anchos, se le ajustan bastante a las caderas. Alan baja la lata de cerveza a la altura de mi campo de visión.

—Vaya, vaya —murmura. Mis ojos vuelan hasta los suyos y se quedan fijos en ellos—. Así que en tu mente nace la idea de hacer

colisionar cosas contra mis pantalones… ¿No crees que eso es demasiado directo por tu parte? Preferiría que primero nos conociéramos algo mejor.

Aprieto la mandíbula. ¿El idiota ha insinuado que le tiro la caña?

—¿En qué academia estudias lo de ser creído? —pregunto con desdén, a pesar de que me arde la cara—. Porque estoy segura de que sacarás matrícula en el examen. —Alan arquea una ceja y me dedica una sonrisa arrogante cuando me levanto.

Diego carraspea y, por el rabillo del ojo, veo que también se pone de pie.

—Ya que sacáis el tema, tengo curiosidad por saber de qué os conocéis vosotros dos.

—Es la ladrona de la que te hablé —responde Alan—. No sabía que «don Perfecto» se juntara con tan malas compañías.

—Eso te deja en muy mala posición a ti, ¿no crees? —Diego le guiña un ojo.

—Veo que estáis entretenidos con vuestros asuntos, así que voy a reunirme con mis amigas —intervengo y doy un paso en dirección a la puerta. Creo que es el momento de descubrir dónde está el lavabo.

—Si te refieres a las chicas que acaban de tatuarse, se han ido corriendo antes de que yo entrase en casa. Me las he cruzado en el rellano, pero ni me han visto. —Alan acerca la lata a sus labios.

¿Se han ido sin despedirse? Miro la pantalla de mi móvil y descubro que son casi las dos. Tengo un wasap en el grupo, en el que María pide perdón por secuestrar a Eva para que la lleve a casa en taxi. Vale, eso lo explica todo. Pero ¿dónde está Paula?

—Hay una que está con Dani —añade Alan, como si me hubiera leído la mente—. Creo que la está intentando convencer de que se tatúe no sé qué frase de un libro.

¡Madre mía, el tatuaje! No me apetece nada exponerme a pinchazos continuos, pero ha llegado mi momento, así que paso por delante del Adonis de ojos rasgados y me dirijo a la puerta, no sin antes aspirar ese olor a colonia que desprende. ¿Jean Paul Gaultier? ¿Armani? ¿Hugo Boss? Lo tengo demasiado cerca y mi olfato no está por la labor de analizar aromas.

Alan me sujeta por el brazo. Su mano está congelada, imagino que por haber sostenido la lata, y me estremezco.

—¿Estás huyendo de nuevo? —murmura, cerca de mi oído.

Trago con dificultad.

—Yo no huyo de nadie.

—No. Tienes razón —continúa en un tono confidencial—. Lo tuyo se llama «técnica de acoso». Al final voy a pensar que eres tú quien ha puesto un localizador en mi ropa.

Me zafo de su brazo de un tirón y lo miro directamente a los ojos, aunque ello supone levantar la cabeza y dejarme las cervicales en el intento.

—¿A eso que llevabas lleno de pintura en la cafetería lo llamas «ropa»?

—¿Tienes algún problema con mi estilismo?

—Veo que no habéis empezado con buen pie. —Diego se acerca a nosotros con calma—. ¿Por qué no hacéis las pa…?

—Me importa muy poco lo que te pongas o te dejes de poner. —Avanzo un paso hacia la puerta—. Por mí, como si vas en pañales por la calle.

—Menudos fetichismos tienes, ladronzuela… Así tendrás la cabeza. Aunque eso a mí… —Me giro a tiempo para ver cómo se encoge de hombros y hace una mueca con la boca mientras Diego contiene la risa—. Pero me va bien que estés aquí, no por verte de

nuevo, sino porque no voy a poder ir a la cafetería esta semana, así que deja el libro allí mañana y todos felices.

¿Pero este tío de qué va dando órdenes? Analizo sus facciones y su expresión de superioridad. Es guapo y lo sabe, pero hay algo más; algo que no consigo descifrar. De todos modos, esto parece una discusión de niños pequeños y a mí, ahora, no me da la gana devolverle el libro. Que se espabile.

—Mira, chaval… —Recupero el tono «choni» que me nace cuando hablo con él—. Mi tiempo no está a tu disposición y tengo muchas cosas que hacer. Así que, si a ti no te preocupa ir a buscarlo, te lo llevaré cuando me dé la gana.

Paso de él. Quiero hacerme el tatuaje cuanto antes para que este suplicio acabe lo más pronto posible, así que centro de nuevo la atención en salir de la habitación, dado que empieza a parecerme una celda.

—Muchas cosas que hacer, pero sacas tiempo para robar un libro con tal de hablar conmigo, ¿verdad? —replica Alan, sin mostrar ninguna emoción en su voz. Pese a que me obligo a no mirarlo, mi cabeza desobedece—. Me parece un plan bastante elaborado para venir de alguien que se dedica a opinar sobre los libros de los demás. ¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome?

¡Esto es el colmo! Pongo los brazos en jarra y aprieto los labios antes de responder.

—Para tu información, engreído de mierda, ni soy de aquí ni te persigo. He venido unos días por temas personales. —¡Dios! ¡Cuántas palabrotas me saca este tío!

—Chicos. —Diego mueve las manos para intentar que bajemos el tono—. ¿Podríamos tratar este tema como personas civilizadas, por favor?

—Me parece perfecto lo que hagas con tu vida. —Alan ignora la petición de mi amigo otra vez—. Siempre y cuando me devuelvas el libro antes de irte.

—¡Eso es lo que pretendía cuando acepté quedar contigo! —Me llevo las manos a la cabeza—. ¡No quiero nada tuyo!

—Pues déjalo en la cafetería donde me lo quitaste. Ya avisaré para que vayan a recogerlo.

—Yo no te he quitado nada. Y no sé quién te crees que eres para hablarme de esta manera, pero si piensas que puedes cambiarme los planes y pretender que me adapte a los tuyos, lo llevas claro.

Me observa con ambas cejas levantadas y aprovecho que se han quedado los dos mudos para salir de la habitación y volver a mi apreciado pasillo ambientado en un *thriller*.

¿Qué se esconderá tras la próxima puerta que abra?

20

Después de indicarme dónde está el lavabo, Diego se ha excusado por tener que irse; no sin antes decirme que ya hablaríamos de «lo sucedido» con una sonrisa burlona.

Paula y Dani están charlando animadamente en el comedor.

—¿Preparada? —pregunta el «doctor Agujas», con una sonrisa que podría cortar la respiración.

—Nunca he dicho que lo estuviera, pero vamos allá.

Nos adentramos en la habitación número tres —la del mal rollo—, que resulta ser el primer estudio de tatuajes que tuvo Dani. Relajo todo lo que puedo el brazo, que tengo apoyado sobre la superficie acolchada, y el rubito de ojos claros se dispone a pasar, nuevamente, la máquina por encima del diseño que ha transferido a mi muñeca. Mi prima está detrás de mí y me sujeta con demasiada presión; no la juzgo, ya que es más que comprensible tras el salto inicial que he dado cuando han empezado los pinchazos.

—Sigo pensando que es demasiado pequeño para que se aprecie todo —comenta Dani, quien ya me ha avisado de la complejidad que tiene el hacerlo de este tamaño.

—Es el primero y tiene que ser discreto —reitero. El aire que escapa con fuerza de los pulmones de Dani impacta contra mi mano.

—Voy a intentar que los detalles del dibujo se vean lo mejor posible.

Mi prima prueba a distraerme explicándome la colaboración que tiene con una conocida marca de perfumes. Dani también se esfuerza

por tranquilizarme, pero la verdad es que me cuesta encontrar la calma ahora mismo; además de sentir que las agujas traspasan mi piel de forma rítmica, el estúpido engreído está situado en la pared que tengo justo delante. No me mira, sino que centra la atención en sus uñas, sin esconder la cara de aburrimiento. ¿Qué hace aquí entonces?

—Si ibas a quejarte todo el tiempo —dice, sin levantar la vista de sus dedos—, no sé por qué has venido a hacerte un tatuaje.

—¿Solo sabes criticar? —pregunto, porque las únicas aportaciones que ha hecho han sido para comentar mis quejas o meterse conmigo.

—Yo solo digo que ese tatuaje es fruto de una coacción y me parece muy triste.

Intento no mirarlo; juro que lo intento. Sin embargo, me cuesta no seguir la dirección de sus ojos hacia el movimiento de sus dedos. Son grandes y proporcionales a sus manos, con las que podría tocarte hasta el alma si te sujetase por el lugar adecuado.

«¿A qué ha venido eso?». El rubor me tiñe las mejillas y me alegro de que él siga con la vista clavada en esa parte de sus extremidades.

—Si íbamos a molestarte con nuestras historias no deberías haberte quedado —resoplo, antes de ahogar una exclamación de dolor. Alan levanta la cabeza en mi dirección.

—¿Me estás echando?

—Te ofrezco una sugerencia para que tu vida mejore.

—Qué considerada —dice con condescendencia y yo me retuerzo en la silla.

—Estate quieta, Sara —me pide mi prima, a la vez que presiona un poco más mi hombro y se apoya en mi antebrazo.

—No te muevas o Dani se saldrá de las líneas —se burla Alan—. Aunque lo bueno es que el manchurrón te hará juego con el

hematoma que te saldrá en el brazo.

—Yo nunca me salgo de las líneas —afirma el aludido—. Aquí el único que no tiene claro el camino a seguir eres tú.

—¡Zasca! —Le saco la lengua a Alan mientras arrugo la nariz y cierro los ojos con fuerza.

Cuando soy consciente del ridículo que estoy haciendo, descubro que tiene las cejas arqueadas y el labio inferior atrapado entre los dientes. ¿Está tratando de no reírse?

Mi prima carraspea y las palabras de Dani rompen el silencio:

—¿Por qué en esta zona?

Alan parece interesarse por el tema. Sus pupilas marrones se clavan en las mías con cierta curiosidad y distingo en ellas unas vetas amarillas que parecen rayos salvajes ondeando en libertad. Libertad…; ese «algo» que todos ansiamos.

Suspiro y dejo que mi mirada viaje hasta el lugar donde la tinta se mezcla con mi piel; esa parte de mi cuerpo que siempre va a permanecer igual, que no cambiará por mucho que el resto lo haga.

No me malinterpretéis, no es que tenga intención de pasar hambre para adelgazar ni nada por el estilo. Este es mi cuerpo desde hace años y, además, nunca he sido capaz de seguir una dieta más de dos semanas seguidas. De hecho, si alguien puede estar a base de lechuga, verdura y carne a la plancha más tiempo que ese, le hago un monumento, de verdad. Yo me limito a comer bien, sin dejar a un lado los caprichos, y a confirmar que gozo de buena salud mediante analíticas recurrentes. No necesito que nadie me venga con aplicaciones para hacer ejercicios, dietas o consejos que no he pedido. Puede que no tenga el cuerpo más bonito del mundo, pero es el envoltorio en el que vivo.

Ahora bien, por muy guapa que me sienta hoy, no puedo negar

que uno de los motivos por los que no me muestro es mi físico. Mis piernas, que ahora se esconden bajo unos pantalones negros, son la ciudad de la celulitis.

Aparto la mirada de Alan. ¿Para qué mirar cuerpos perfectos? Sí es cierto que Gonzalo también lo es, pero él me conoce desde que éramos pequeños y no es en mi aspecto en lo que se fijó.

—Todos sufrimos transformaciones —respondo, al darme cuenta de que están esperando en silencio—. La muñeca es un lugar visible que nunca va a cambiar. Además, me gustan los tatuajes pequeños que no cubran toda la piel. —Me giro hacia la izquierda para contemplar el torso y los brazos desnudos de Dani y añado con rapidez—: No te ofendas.

—No me ofendo —sonríe animado—. Yo creo que, al final, cada uno sabe lo que puede hacer con su cuerpo.

—Bueno, tú tampoco estás cubierto por completo de dibujos.

Dani hace una mueca de diversión antes de hablar.

—Que sea tatuador no significa tener la piel oculta tras los tatuajes; significa que te gusta plasmar el arte. Y a mí me encanta lo que hago.

—Podrías hacerlo como *hobby*. ¿No te bastaba con tener esto? —digo, y abarco toda la habitación con la mano libre.

—Si solo me hubiese quedado con esto —detiene los pinchazos para imitar mi gesto, sin dejar de sonreír—, no habría visto centenares de caras de felicidad de la gente cuando hace cosas como la que estáis haciendo vosotras. ¿Por qué crees que he accedido a tatuaros a la una de la mañana?

—Pensaba que era porque te había llamado mi prima. —Él niega con la cabeza y continúa con el trabajo.

—¿Estás atenta al *tattoo,* ladronzuela? —La voz grave de Alan hace que me sobresalte—. Si no dejas de distraer a Dani y de moverte, te

quedará una obra de Picasso.

—Ya estamos acabando, ¿verdad? —pregunto, y veo que el «doctor Agujas» intenta ocultar la sonrisa.

Lanzo llamas por los ojos a Alan, pero su cuerpo no se desintegra. Al contrario, sonríe con un descaro que me hechiza. Permanece impasible ante mi mirada; sin embargo, su sonrisa ha conseguido que mi cerebro se conecte con un lugar céntrico de mi organismo y dé la orden de «derretir». Puede que la noche me esté jugando una mala pasada, porque no debería estar sintiendo algo así.

—Más vale darte cuenta a tiempo de que hay un fallo en el diseño que hacerlo mañana —dice Alan, con repentina seriedad.

—¿Esa frase es para dar ánimos? Porque ya es tarde para quitar la tinta. —Miro el resultado de la montaña de tres picos y las tres estrellas encima del pico central. ¡Menudo trabajazo! Le regalo una sonrisa a Dani—. Aunque tampoco quiero hacerlo.

—Una respuesta muy sincera. —El elogio de Alan me sorprende—. Sobre todo para alguien que se dedica a criticar el trabajo de los demás.

—¿Cómo dices?

Él se encoge de hombros como única respuesta. Lo miro durante unos segundos y trato de decodificar qué esconde su expresión, pero no lo consigo.

—Es mejor no arrepentirse de lo que hacemos. —Dani retira con una gasa los restos de sangre y tinta del tatuaje—. Sobre todo si es tarde. Lo bueno de la vida es que siempre hay tiempo para meditar cada acción antes de cometerla.

—¿Ya estás con el modo filosófico encendido? —pregunta Alan.

—Respondiendo a lo que hablábamos, Sara —dice Dani mientras me aplica crema y me coloca el plástico transparente encima del

tatuaje—. Lo importante en la vida es luchar por lo que te hace feliz. —Vuelve a mirarme con una sonrisa que le llega a los ojos—. Y a mí esto me hace muy feliz.



Salgo de la portería y miro la zona de mi brazo que está envuelta en papel transparente; jamás pensé que me atrevería a hacer algo así. Paula se coloca a mi lado y me da un abrazo, antes de decirme que espabilemos, que todavía tenemos mucho que hacer antes de acostarnos. Sonrío al imaginar las rutinas faciales que va a preparar antes de dormir pese a lo tarde que llegaremos a su casa. Ella es así: prefiere ir a dormir tarde que acostarse con la cara sin lavar. Yo, en cambio, me estoy debatiendo entre si leer o no al llegar cuando mi prima suelta:

—Le hacías ojitos.

Ladeo la cabeza en su dirección y me encuentro con una amplia sonrisa.

—¿De qué hablas ahora? —Le esquivo la mirada y aprieto el paso.

—No te hagas la tonta conmigo, primita. Se te salían los ojos. Casi le pido a Dani una fregona…

—¡Exagerada!

—¿Exagerada? —Paula me sujeta por el brazo y tira de mí para que me detenga—. Tengo ojos en la cara, ¿sabes? Y lo curioso es que he ido mucho por ese piso y había visto a Diego, pero a Alan…

—Yo creo que esa gente hace un *casting* para elegir a sus amigos; no le veo otra explicación —la interrumpo para desviar un poco el tema. Haber estado mirando de más a ese chico tan detestable no es algo que me apetezca admitir.

—No lo descarto —responde mi prima, y su sonrisa se ensancha—.

Teniendo en cuenta que Alan es modelo.

—¡Lo sabía! —grito, y sigo a mi prima, que se ha puesto en marcha de nuevo—. Sabía que era demasiado engreído como para no sacarle partido a su físico de alguna manera. Es una pena que cabeza tenga poca…

—Pues algo debe de estar haciendo bien, teniendo en cuenta que es Alan Vidal, el modelo de Katana.

Me detengo tan bruscamente que casi me caigo. Me llevo una mano al pecho.

—¡¿Cómo?!

—Por eso me sonaba —prosigue ella, ignorando mi estupefacción —. Por eso aquellas chicas se nos quedaron mirando y…

—Eva. —La interrumpo porque mi cabeza empieza a ordenar todas las piezas—. Mierda.

—¿Qué pasa con ella?

Paula frunce el ceño y yo me paso la mano por la cara. No me quiero ni imaginar cómo se pondría Eva si se enterara de que ha coincidido en espacio-tiempo con él. Está tan obsesionada con Alan Vidal que hace meses María le dijo que ojalá no lo conociera nunca porque aquello iba a ser algo demasiado tóxico por su parte. De hecho, me llama la atención que se hayan cruzado y no haya reparado en él…

—Sara, ¿qué pasa con Eva? —Paula me observa en silencio, a la espera de que le responda.

—Es uno de sus *crushes* —digo al fin, y mi prima se cubre la boca con la mano—. No podemos decirle nada, Paula —sentencio—. Al menos, por ahora… —matizo—. Es capaz de pedirnos que le organicemos una cita a ciegas con él o hacer guardia en el portal de casa de Dani hasta que lo vea.

Mi prima asiente.

Soy consciente de que no es algo que podamos ocultar para siempre. Solo tengo que buscar la forma adecuada de decírselo… Si es que hay alguna.

21

Ingrid

Hace un par de días que acudo a esta cafetería, pero no tengo señales de Alan. Diego me mandó un mensaje diciendo que había cambiado de planes, pero ¿acaso no es algo que él acostumbra a hacer? Así que, pese a que agradezco la advertencia, no desisto de encontrarlo por aquí. Tarde o temprano, todos volvemos a los lugares donde nos sentimos cómodos.

Remuevo con energía la cuchara de mi café. Podría volver al piso de Dani; conociéndolos, estoy segura de que Alan se ha quedado ahí a dormir. Esos tres son inseparables por mucho que se distancien y por muy diferentes que hayan sido sus vidas. Y, para bien o para mal, yo he estado presente en la de todos.

Los padres de Dani, ambos médicos de renombre, frecuentaban el mismo club elitista que los míos y era cuestión de tiempo que los hijos de los miembros también nos hiciéramos amigos. La madre de Diego no era de ese círculo, pero conocía a la mía desde siempre —porque tampoco venía de ese mundo—y, aunque mi padre consideraba que debíamos juntarnos solo con personas de nuestro «estatus social», ellas no habían querido romper nunca su amistad y aquello provocó que yo prácticamente creciera al lado de Diego.

Además, ese «estatus» del que siempre alardeaba mi progenitor permitió que la madre de Diego trabajara en nuestra casa, lo que le sirvió para que su hijo estudiara en la universidad. Jamás hablamos del tema, pero todos sabemos que mi madre puso su granito de

arena para que Diego se sacase la carrera de Literatura, tanto en el sentido económico como en su pasión por los libros. Nunca olvidaré la cara de felicidad que ponía el pequeño don Perfecto cada vez que entraba en la biblioteca de mi madre y veía todas aquellas montañas de libros en las estanterías blancas que iban desde el suelo hasta el techo. «Los leeré todos», le prometió una vez a mi madre. Ella le sonrió antes de responderle que se conformaba con que fuera capaz de apreciar los tesoros que contenían.

Mi madre estuvo muy orgullosa de Diego cuando empezó en el mundo de las editoriales, y cuando se fundó Read & Fun y le contactaron… Solo diré que hicimos una fiesta por todo lo alto en casa.

Por lo que respecta a Alan… ¡Mierda! Necesito encontrarlo para hablar del desfile de ropa que estoy organizando para el evento. Sé que lo más importante ya está atado, pero debe probarse varios *outfits* y tenemos que elegir los diseños. Los fotógrafos me han pedido tomar instantáneas previas y, desde el Departamento de Marketing y Comunicación, ya hemos hecho varios diseños para crear expectación, pero quiero lanzar otra campaña de publicidad por redes con su imagen… Así que verlo es algo imperativo; no es un mero capricho.

Doy una última vuelta a mi café y suspiro. En el fondo puede que quiera encontrarme con él y hablar como si nada; como si no nos hubiéramos distanciado en este tiempo que ha estado fuera; como si pudiéramos volver a la vida que teníamos y él no hubiera salido huyendo cuando la cosa se puso seria… ¿Cuántas veces no hemos deseado poder ir atrás en el tiempo y cambiar un pequeño acto que desencadenó millones de alteraciones en nuestras vidas? Pues eso. Eso necesito yo: volver atrás en el tiempo y hacer las cosas de otra

forma. Quizá así…

—Así que es aquí donde te escondes. —La voz fría, que tan bien conozco, me pilla desprevenida—. No te esperaba en un lugar tan estridente como este.

El traje nuevo de esta semana es de color caqui. ¿Caqui? Tiene unas rayas negras que lo atraviesan vertical y horizontalmente y forman unos extraños cuadros, que se escapan totalmente de lo que esperaría ver en un traje elegante. Eso sí, ha tenido que costar una pasta, porque veo el tipo de tejido que es. Menos mal que no debemos gastar el dinero de la empresa en excentricidades.

—¿Qué quieres, Luis? —La sonrisa congelada que dibujan sus labios consigue que recupere mi coraza.

—Tú nunca te andas con rodeos.

—¿Has venido a elogiarme? —pregunto y doy unos toquecitos con la cuchara en el borde de la taza, antes de dejarla en el plato—. Qué impropio de ti.

—¿Qué tendría que elogiar? Hasta donde yo sé, el evento todavía no se ha celebrado y tus ideas locas nunca nos garantizan buenos resultados por adelantado. Sobre todo cuando las cosas importantes escapan de tu control…

Lo sabe. En la oficina debo de tener unos veinte mil espías, porque Luis siempre acaba enterándose de dónde estoy o de cuáles son mis movimientos. Alguien le ha chivado que todavía no tengo todo el material de Alan. Que me lance la pulla de cuánto me molesta que las situaciones se escapen de mi control no me sorprende; es algo que me ha pasado desde niña. Por suerte, tengo un as en la manga.

—¿Sabes lo que es crear expectación, Luis? Ay, perdona… Quizá son términos con los que no estás familiarizado.

Me he jugado toda la profesionalidad en esta apuesta y no puedo

fallar. Sé que fui una imbécil al aceptar el trato de Luis y prometerle que dejaría de trabajar en la empresa en caso de que no funcionara nuestra campaña publicitaria relacionada con el evento y con Alan, pero si me sale bien… Si sale bien me ha prometido un puesto real en la junta —las mujeres que los ocupan solo están de cara a la galería y las auditorías, pero no ejercen sus funciones— y tendré poder de decisión en muchos aspectos que deben cambiar. Era un envite arriesgado y estoy segura de que analiza cada uno de mis movimientos para evitar que salga victoriosa.

—Lo que yo sé, Ingrid, es que Alan te dejará tirada en cualquier momento. —La afirmación consigue que mi espalda se yerga—. O eso o te montará un espectáculo.

—Ya sabes lo que dicen de la publicidad —señalo, antes de dar un trago a mi café para hacer una pausa y fingir que su presencia no me incomoda—; lo importante es que hablen. No importa si es para bien o para mal.

—Todo puede ir muy «para mal» dependiendo de lo que se hable. —Se aleja unos pasos de mí y deja un billete de cinco euros en la barra. Le hace una señal a la camarera para que se acerque a cobrar —. Solo espero que consigas reconducirlo todo a tiempo y no me quede con una empresa que rehacer de entre los escombros.

La camarera recoge el dinero mientras Luis desaparece. Sé lo que ese misógino trata de hacer conmigo, pero no pienso permitírselo. Termino la bebida de un trago y le digo a la chica que se quede con el cambio.

De camino a la oficina, pienso en que, por suerte, Diego es un adicto a su trabajo y ya lo tenemos todo planificado y alineado. Por mucho derecho que tenga Luis a ocupar su puesto, no pienso dejar que la empresa, que también debería ser mía, siga bajo su mando

absoluto.

22

No hay nada que genere más impotencia que desear aquello que no podemos conseguir.

Así es como te sientes cuando tu prima, la *influencer*, te pide que la acompañes a comprar ropa para renovar su vestuario y te encuentras de nuevo tras un probador, de cortina mugrienta, intentando que tu cuerpo quepa en lo que promete ser la talla cuarenta y seis. Respiro hondo varias veces, para evitar destrozar la prenda en un último intento, y desisto. ¿Por qué juegan así con la autoestima de las personas?

Puede que mi tienda no sea tan grande como esta o que no tengamos todo lo que está de moda, pero los clientes encuentran tallas para vestirse. Sí, cualquiera de ellos. Ese es uno de los objetivos de mi madre: poner la ropa a disposición de quien quiera lucirla. Y yo no podría estar más de acuerdo. No solamente porque ni de coña entro en una treinta y ocho, sino porque me parece que un número no define a nadie y no tiene por qué condicionarlo para lucir de manera adecuada.

Paula sigue dentro de otro probador que, en estos momentos, seguro que se parece al vestidor de su casa con toda la ropa por en medio. No he contado la cantidad de prendas que ha escogido, aunque he visto que llevaba un buen abanico de colores.

Al salir de mi vestidor, me encuentro con María, que está esperando. Me alegro de que haya accedido a venir para apoyarme moralmente, a pesar de que odie ir de compras.

—Gracias por dedicarme tu tiempo libre —digo mientras retengo el vestido negro que voy a llevarme y dejo el resto de ropa con cierto rencor—. Sé que preferirías estar en casa escribiendo…

—¿Quién ha dicho que no esté escribiendo?

—¿Cómo dices? —Me giro hacia ella y agita el móvil delante de mí con un documento de Word abierto en la pantalla.

—El tiempo es un recurso muy valioso como para dejarlo escapar, Sarita. Además —añade, en tanto guarda el teléfono en su bolsillo—, compito con una colega de letras para ver quién escribe más cantidad de palabras cada semana y me está dando una paliza considerable. No lo puedo permitir.

Lo dice tan seria que no puedo evitar reír. Es muy propio de María buscar motivación en cualquier parte. Y no solo eso, sino que, de entre todas las personas que conozco, debe de ser la que mejor consigue organizarse para sacarlo todo adelante.

Paula sale del probador vistiendo un conjunto lleno de *brillibrilli*.

—¿Planeas dejar ciegos a tus enemigos? —pregunta mi amiga, entre risas.

—¡Qué exagerada! —Mi prima niega con la cabeza—. Fijaos bien, porque es el estilo que se llevará este verano. —Por mucho que nos riamos de ella, estoy convencida de que tiene razón—. Seguro que a Eva le habría encantado; ella está más puesta en moda.

—Perdona, pero tengo una tienda de ropa, algo se supone que sé.

—En casa del herrero… —entona María, y yo le doy un codazo.

Mi prima levanta una ceja en mi dirección mientras llegamos a la cola kilométrica que hay para pasar por caja.

En realidad no soy la mejor estilista del mundo. De hecho, lo que más me gusta de tener la tienda es poder hacer arreglos de vestidos y otras prendas. De pequeña jugaba con Paula a hacernos camisetas

con las telas que tenían mi madre y mi abuela en el almacén; mi prima siempre saca ese tema cuando hablamos de crear nuestra propia tienda.

—Vale, puede que Eva entienda más de tu estilo —arrastro la última palabra—, pero tenía que tratar temas más importantes que probarse ropa.

—Quitársela, por ejemplo —interviene María, y no puedo evitar reír otra vez.

—Tampoco sabemos si pasará algo.

—Por lo que me habéis explicado, él es escritor, ¿verdad? —Paula revisa varios complementos, expuestos antes de llegar a caja, y escoge unas chapas.

—Escritor de novela erótica, para ser exactas —especifico.

—Muy erótica —señala María—. Leí su libro y… bueno. Menos mal que por Navidad estas dos —continúa mientras me señala con la cabeza— me regalaron un juguetito. Si no, habría sido una de las peores noches de mi vida. —Paula ahoga una exclamación.

—¿Tan interesante es el libro? —Mi amiga y yo asentimos a la vez.

—¿Entiendes ahora por qué estoy tan convencida de que se va a quitar la ropa? —Paula sonríe y noto el sonrojo en sus mejillas.

—Estoy deseando que nos lo cuente todo esta noche.

Paula nos ha propuesto que salgamos a un local que está de moda. De hecho, hemos venido al centro comercial porque no tengo nada «decente» que ponerme para la ocasión.

—Le sacaremos la información como sea —asegura María, antes de sacar de nuevo su móvil y ponerse a tocar la pantalla a una velocidad impresionante. Me comentó que una compañera le debía un día, por un cambio de turno que le hizo, y me alegro de que esté aprovechando para que quedemos todo lo posible mientras estoy en

Madrid.

—No sé si ponerme una de las camisetas que me regaló tu madre cuando vino —comenta Paula.

—¿Qué te trajo?

—Una lila que tenía así como brillantitos por aquí —comenta en tanto se toca la zona del escote— y un par de básicas, pero con toque rompedor.

—Entonces serán perfectas para ti.

—Sí. Eso le dije, aunque creo que no me hizo mucho caso, estaba como… en su mundo.

—Me gustaría saber dónde queda eso.

—¿A qué te refieres?

—Nada, que últimamente la he notado rara. Incluso la veo que no está muy pendiente de los mensajes que le mando. —Miro mi teléfono—. Y, no sé, creo que tiene algo en la cabeza que no quiere contarme.

—Bueno, ya sabes que tu madre siempre ha sido una luchadora solitaria —me responde a la vez que deja las prendas sobre el mostrador—. Estoy segura de que, cuando todo pase, te lo contará.

—Ese es el tema —digo en voz baja y niego con la cabeza—. A mí me gustaría que me hiciese partícipe de sus problemas, en lugar de explicarme las soluciones que ya les ha buscado.

—Bueno, seguro que no es nada de lo que tengas que preocuparte —sostiene Paula.

Las tres hemos acabado en casa de mi prima para hacer sesión de chapa y pintura antes de salir, y ella nos pone al día del local al que quiere llevarnos.

—Son bastante exclusivos y la gente se muere por entrar.

Cuando les he preguntado a mis amigas si querían ir, Eva ha empezado a enviar letras al azar, además de emoticonos por el grupo y nos ha obligado —literalmente— a que vayamos todas, a riesgo de dejarnos de lado si no hacíamos algo así por ella. Esa reacción tan efusiva por su parte me ha dejado claro que, al contrario que María, ella sí conoce el sitio.

Como María no ha pasado por casa ni ha comprado nada, Paula le deja un vestido. A mí me presta un cinturón ancho —con pinta de minicorpiño— que es elástico y se amolda a mi cintura, dejando claro dónde están todas mis curvas.

—Esto es demasiado —aseguro cuando me veo en el espejo.

—Yo te veo preciosa, Sara. —María busca mi mirada a través del reflejo y asiente—. Creo que la clave está en que cada uno realce lo que tenga y nos dejemos de tonterías.

—No, si tener… tengo, pero no quiero que se vea demasiado.

Vuelvo a echarme una mirada y veo cómo un sencillo vestido negro de tela fina, con el cinturón adecuado, realza mis caderas y grita al mundo que mi talla de sujetador va más allá de una 95B.

Mi prima me sonríe antes de garantizar:

—Pues todavía queda lo mejor.

«Lo mejor» es recogerme el pelo en una elegante coleta alta —todavía no sé cómo lo ha hecho para que quede tan bien— y maquillarme realzando los ojos y poniendo en práctica técnicas básicas de *contouring*. Puede que eso de aplicar luces y sombras a la piel parezca fácil, pero yo no sabría hacerlo sola, aunque reconozco que me encanta el resultado.

Cuando Paula empieza a hacer lo propio con María, a pesar de las quejas de mi amiga, me siento en la cama y aprovecho para revisar

mi perfil de Instagram, compartir los *stories* donde me han etiquetado, responder a los comentarios y mensajes… Y me quedo en estos últimos. Concretamente, abro uno que me llama la atención porque, aunque sabía que pasaría, no sabría describir la sensación que experimento cuando veo que me ha escrito uno de mis autores favoritos, así que hago lo único que mi espiral de emociones me permite hacer: gritar y balbucir.

María viene hacia mí y se agacha hasta quedar a mi altura.

—A ver, Sara… —Me sujeta por los hombros—. Que te entiendo menos que los audios a doble velocidad de WhatsApp. ¿Qué pasa?

23

Estamos de camino al local y seguimos con los mismos temas que cuando Eva nos ha ido a buscar en taxi y hemos ido a cenar. Podríamos haber estado hablando de otras cosas, pero ella ha decidido mantenernos con la intriga de su experiencia con el autor de erótica.

—Me sigue pareciendo muy curioso eso de que conozcas a un escritor por redes sociales y acabes quedando con él —expone Paula.

—Bueno —interviene María, con una mueca de diversión en la cara—, Eva es su lectora cero y ya llevan mucho tiempo comentando escenas que deberían vivir.

—Pues hay alguna escena que a mí también me gustaría saber cómo se vive —digo, con un movimiento de la mano.

María se ríe. Sabe perfectamente a qué escena me refiero, porque ambas estuvimos comentando lo acalorada que acabas después de leerla.

—Queridas, no hay mucho que contar, de verdad. Me parece que es más interesante que Sara haya recibido un mensaje de J. K. Norvi.

—Todavía estoy alucinando con eso —confieso.

—Es un detalle por su parte que se presente si Diego ya le ha dicho que vais a hacer una entrevista juntos —dice mi prima.

—Aunque ha sido un poco soso —comenta María, y la miro con desdén—. Es verdad, yo esperaba más conversación, más «chicha», no un simple saludo formal.

—Tampoco tiene por qué hablarme con confianza si no nos

conocemos de nada. Solo hemos roto el hielo, y a mí me ha hecho muchísima ilusión recibir ese mensaje.

—Espero que no te salga rana…

—Eva. Ahora en serio. ¿Qué te ocurre? ¿Ha ido todo bien?

—Sí. —Se encoge de hombros—. Solo que yo…

—Tú… —María intenta sacarle las palabras.

—Yo creía que toda esa imaginación venía acompañada con…

—¿Con…? —inquiere María, y aprieta los labios.

—Pues con realidad.

—¿Podrías ser un poco más explícita, Evita? Empiezas a ponerme un poco nerviosa con tanto titubeo.

—María… —la reprendo—. Creo que ya le hemos sacado suficiente información.

—Para ser escritora tienes poca imaginación. —Eva le lanza una mirada fulminante a María y yo leo su expresión divertida—. A ver si me entendéis así: podría decirse que, en este caso, la ficción supera a la realidad.

María se pasa la mano por el pelo —totalmente liso gracias a Paula — y se sujeta la barbilla con los dedos.

—Para que yo te entienda, Evita. ¿De cuántos centímetros de superación hablamos?

No puedo contener la carcajada y Eva se sonroja de golpe en el momento en el que hace un gesto para distanciar el pulgar del índice. Me vienen a la mente los preliminares con Gonzalo y las veces que han sido mucho mejores que el coito en sí mismo.

—Aunque en los libros siempre nos pinten a los chicos como seres musculosos y bien dotados, desde mi pequeña experiencia creo que hay otras cosas para tener en cuenta, más allá del tamaño — intervengo.

—¡Venga ya, Sara! —María hace una mueca—. Puede que tengas «inexperiencia» —dice mientras hace unas comillas con los dedos— comparada con otras personas, pero has visto películas y leído mucho. Todas sabemos que hay más, pero que cada parte cuenta.

—Es que en este caso me temo que el resto de las cosas tampoco acompañaban —explica nuestra amiga.

María abre la boca tanto como puede sin articular palabra alguna y yo me quedo tan sorprendida como ella.

—Si nada acompañaba a la situación… —Paula se detiene cuando estamos cerca de la puerta del local—. ¿Qué has hecho entonces?

—Buena pregunta —apunta María.

Eva tiene una expresión seria. Su pelo perfecto le envuelve la cara y parece una hechicera celta a punto de lanzarnos una maldición, cuando nos mira con fijeza a cada una durante unos segundos.

—Tuve que hacer memoria de las escenas de sus libros.

—¡No! —exclama María.

—¿Cómo que hacer memoria…? —Mi prima deja la pregunta a medias cuando la miro con las cejas levantadas.

—A ver, todas hemos fantaseado con algo estando en la cama —afirma María—. Pero pensar en las escenas de un libro es un recurso más… para cuando estás sola. —Eva asiente y yo me quedo horrorizada.

—No me puedo imaginar lo que debe de ser eso —confieso.

María me mira con recelo.

—¡No me digas que tú nunca te has tocado después de leer una escena erótica!

Ahora quien ríe es Eva y la que se sonroja soy yo. La respuesta es sí, claro que sí. ¿Y quién no? Sobre todo con esos libros donde se pone todo tan interesante que necesitas que acaben ellos o tú bajo

una ducha de agua fría.

El tema da tanto de sí que prometo subir a *stories* una cajita de pregunta a modo de confesionario que se titule: «¿Qué esperarías de una cita con un autor de novela erótica?».

—Todo el mundo espera que, si es capaz de crearlo, también sea capaz de hacerlo. —María niega con la cabeza.

—¿Y qué pasa con eso?

—Que espero que el protagonista de alguno de mis polvos futuros no lea mis libros o pensará que me lo voy a cargar después del sexo.

Nuestras risas todavía suenan cuando llegamos a la puerta del local.

Estamos a pocas personas de que la chica de seguridad nos pida los datos. Paula y Eva suben fotos a sus redes sociales explicando lo emocionadas que están. María y yo, sin embargo, tenemos el mismo entusiasmo por entrar en el recinto que por comer *snacks* de insecto.

—¿Sara? —El tono de incredulidad con que se formula la pregunta no se nos escapa a ninguna, pero, en mi caso, también hace que mi buen humor se desvanezca—. ¿Eres tú?

Mis acompañantes fruncen el ceño y yo me giro para encarar a la villana de mi cuento y a su séquito de vampiros energéticos, entre el que, nuevamente, se encuentra aquella que fue mi mejor amiga: Clara.

—¡Madre mía! —dice Eli, antes de girar la cara hacia sus amigas—. Y yo que pensaba que este era un lugar de nivel.

Abro la boca para responder, pero María se me anticipa.

—Con más nivel no lo sé, pero con más educación que tú, seguro. —Eli se vuelve hacia nosotras.

—Mira, guapa, educación tengo con quien se lo gana, pero también clase, y no voy a entrar para mezclarme contigo y tu amiga

gorda.

—Te estás pasando, Eli —le advierto—. En ningún momento te hemos faltado al respeto.

—Por favor. —María junta las manos y finge una súplica de lo más teatral hacia Eli—. No entres. Haz que este lugar sea mucho mejor solo con que dentro no haya personas como tú.

—Realmente el mundo sería mejor si no hubiera personas como vosotras en él. —Eli se acerca hasta quedar a escasos centímetros de María.

—Vamos a dejarlo aquí —propongo, a la vez que meto las manos en medio para separarlas—. No hace falta montar ninguna escen…

—¡No me toques! —grita Eli, y se gira tan rápido que solo me da tiempo a parpadear antes de notar que estoy en el suelo.

Las personas de nuestro alrededor se separan de nosotras y dejan un notable espacio para evitar verse salpicadas por la situación.

—¡¿Qué coño haces?! —grita Paula, con un tono de voz que no recuerdo haberle escuchado antes y, junto con María, empiezan a darle pequeños empujones a Eli para alejarla de mí mientras Eva me ayuda a levantarme del suelo.

—¿Estás bien? —escucho que susurra mi amiga, pero no respondo.

¿Estoy bien? Estoy en *shock*. ¿Eli acaba de empujarme? Me siento pequeña de repente; muy pequeña. Como aquella primera vez en la que una Eli de once años me quitó el bocadillo de Nocilla en el colegio y me tiró al suelo mientras gritaba que con toda la grasa que tenía en mi cuerpo podría sobrevivir sin comer durante más de un mes; también cuando tenía catorce años y me empujó en el recreo, porque no quería que yo jugase en el mismo equipo de fútbol que ella. ¿Es posible que alguien mantenga esa actitud infantil al crecer?

Su conducta, para nada madura, consiguió que tuviera miedo a su

reacción cuando mi relación con Gonzalo fue a más. Todos sabíamos que Eli estaba coladita por él y desde entonces…

—¿Sara? —pregunta Eva, con preocupación y me sujeta por los hombros.

Sacudo la cabeza. En aquella época no tenía dónde esconderme, salvo en mis libros, pero en Madrid siempre me he sentido «a salvo», libre, como si pudiera vivir otra vida que no fuera la mía. Este lugar me da fuerzas, aunque ahora mismo no sé adónde se han ido.

—¡¿Pero tú eres imbécil?! —grita mi prima, y Eli se ríe.

—Siempre me había preguntado qué ruido haría una orca al caer sobre una superficie seca.

—Pues como no te largues ya, voy a enseñarte el ruido que hace mi puño contra tu cara —responde María.

Y a mí me encantaría decir algo, lo que fuera, pero mis ojos se pierden detrás de esa persona horrible que tantas veces se coló en mis pesadillas cuando era pequeña y se encuentran con los de Clara. Su expresión de horror dice mucho. Sin embargo, no hace más que eso: mirarme horrorizada. Y creo que su actitud me duele más que el culetazo que acabo de darme contra el suelo.

—Vámonos, chicas —ordena Eli a su séquito—. Tiene que haber otro sitio por aquí con más clase para nosotras.

No nos habíamos dado cuenta de que somos las primeras de la fila hasta que la chica de seguridad carraspea. Es rubia y menuda, pero el tono de su voz es firme.

—Señoritas —dice y agita la PDA que tiene en la mano—, estas no son las formas que aceptamos en nuestro local.

Nos la quedamos mirando mientras desengancha el cordón rojo, que hace de pared invisible, entre las personas que estamos esperando para entrar y las que están en la calle.

—Al final sí va a resultar un lugar exclusivo, porque no acepta gente mediocre como vosotras —suelta Eli, antes de alejarse entre carcajadas.

Miro a mis amigas sin salir de mi estupor. ¿En serio? ¿De verdad nos hacen irnos por esto? En parte, entiendo que no les haga gracia pensar que están permitiendo la entrada a gente problemática —por eso Eli ha sido lista y se ha marchado antes de que la echen—, pero me hierve la sangre de impotencia. Aunque me haya sorprendido un poco encontrar a Elisabeth aquí, recuerdo que su familia tiene una casa en Madrid y que no es la primera vez que se escapan a pasar un fin de semana largo; lo que sí ha sido mala suerte es que haya tenido que encontrármela para fastidiar un momento como este.

Desfilamos por delante de la chica de seguridad, que se encoge de hombros con una mueca de tristeza, como si nos pidiera perdón por no permitirnos entrar. En realidad, no me importa no entrar, pero me sabe mal por Paula y Eva. Cruzamos el cordón rojo con la cabeza agachada y nos quedamos de pie, observando al resto de personas que entran, como si hubiésemos perdido algún tipo de competición olímpica en la que nos jugábamos la medalla de oro.

Mi prima me abraza y me pregunta si estoy bien; en alguna ocasión le he explicado los desprecios de Eli, así que imagino que no le habrá costado atar cabos.

Pasamos unos minutos en el mismo sitio. María y yo estamos unos pasos detrás de nuestra amiga y mi prima, pero, desde que nos han «pedido amablemente que abandonemos la cola», el silencio reina en el ambiente la mayor parte del tiempo; aunque puedo escuchar los exabruptos de María en mi cabeza cuando nos miramos y notar el disgusto de Eva y Paula cada vez que observo cómo miran fijamente la entrada. Dios Santo, pero ¿qué hay ahí dentro que sea tan

importante?

—No me considero una persona curiosa —susurro casi de forma inaudible cuando me acerco a María un poco más—, pero te prometo que ahora quiero saber cómo es este sitio.

—Me pasa igual —confiesa en el mismo tono de voz—. Y me siento un poco mal por estas. —Señala a las dos mártires que se cogen de la mano, como si fuese el fin del mundo, y pongo los ojos en blanco—. ¿Tú estás bien?

Asiento con la cabeza, aunque el encuentro con Eli me ha dejado con mal sabor de boca. Aun así, susurro:

—Lástima que no podamos hacer nada para animarlas…

—Creo que lo único que las animaría sería un estríper o un Satisfyer, y no llevo ninguna de las dos cosas encima.

Estallo en carcajadas y las dos almas en pena se vuelven hacia nosotras. Empiezo a contar los segundos que faltan para que nos maten con la mirada. O con las manos, porque vienen en nuestra dirección como zombis hambrientos que se dan cuenta de que somos mortales con cerebros perfectos para succionar.

María y yo damos unos pasos hacia atrás y estoy a punto de pedir clemencia cuando una voz, que se me antoja como un canto de ángeles en este momento, paraliza el avance de mi prima de golpe y hace que sujete a Eva por el brazo.

—¿Paulina?

24

Paula se lanza a los brazos de Dani, como si fuese una niña perdida que encuentra a sus padres.

—Salvadas por el «doctor Agujas» —le digo a María, con la boca escondida tras la mano.

—Después de esto, vas a tener que cambiarle el nombre a uno más respetuoso.

—Jamás.

Dani nos observa con atención mientras le devuelve el abrazo a mi prima. Por un momento, me pongo en su piel y me imagino cómo se ve la escena de nosotras cuatro desde el otro lado: Eva, que parece un ángel caído del cielo con cara de echar de menos su hogar, lleva un vestido que, de no ser por lo corto que es, podría encajar con cualquier princesa Disney; María, engalanada con el vestido de mi prima, que le delinea el cuerpo como si se tratase de una segunda piel, y con los ojos ahumados que señalan el peligro que corres si te acercas demasiado; Paula, que estrena su camiseta *brillibrilli* —al final se ha decantado por esa— y una falda corta negra, y yo… Yo no sé si esconderme cuando veo el repaso que me da, con los ojos bien abiertos, como si acabase de quitarme más capas que una cebolla y pudiera ver mi interior directamente. Me mira a los ojos y no entiendo el motivo, pero sonríe.

—¿Qué hacéis aquí fuera?

Mi prima lo libera del achuchón y, con un puchero en los labios, le explica lo que ha pasado.

—Pero eso no es ningún problema, chicas —asegura él—. Venid conmigo.

Agarra a Paula de la mano y se la coloca sobre su antebrazo. Noto que sus ojos y los de Eva empiezan a brillar más que la ropa de mi prima. María y yo nos apresuramos en seguirlos. El «doctor Agujas» aprovecha el breve trayecto para interesarse por el estado de nuestros tatuajes.

Cuando llegamos a la entrada, la chica de seguridad se da la vuelta al escuchar pasos tras ella y abre mucho los ojos cuando ve a Dani.

—Buenas noches, Marta —saluda, y noto una tensión en el ambiente que no estaba ahí hace unos minutos—. Estas señoritas van a entrar conmigo. Por favor, apunta sus datos en la lista para el control del aforo.

Dicho y hecho; Dani nos precede y las cuatro nos adentramos en el local.

Hace un cuarto de hora sentía que todas éramos unas sucias *muggles* y ahora parecemos un séquito de Hermiones con la cabeza bien alta y preparadas para corregir a cualquiera que conjure mal un hechizo.

Caminamos por un ancho pasillo, con luz tenue y enmoquetado en rojo. Tengo que decir que, a pesar de no gustarme los pasillos, este tiene un toque de lo más elegante.

—Evita, que se te saltan los ojos con el rubiales. —María le da un codazo y, a pesar de que consigue que se tambalee, ella no se inmuta.

—Bueno, mirar puedo mirar aunque sea gay, ¿no?

—Eso sí. Además —añade María, con una sonrisa traviesa—, algo me dice que un chico como este no haría las tonterías que te has encontrado esta tarde.

Mi prima se gira de repente con las cejas juntas.

—¿Quién ha dicho que Dani es gay?

—Tú dijiste que es el ex de Pablo —respondo confusa.

—Sí, pero también le gustan las mujeres…

A Eva le cambia la cara y María le da otro codazo antes de advertir:

—Evita… Nada de hacer de acosadora o *groupie*, ¿entendido?

Pero a nuestra amiga parece no llegarle la información al cerebro, porque se ha quedado con la vista clavada en el hipnótico movimiento del culo de Dani. Tengo que decir, en su favor, que tiene un efecto muy atrayente.

Dani descorre las cortinas de abalorios y deja a nuestra vista la inmensidad del lugar. No me esperaba algo así. La palabra «local» me llevaba a pensar en un lugar oscuro y lleno de alcohol por el suelo, y nada más lejos de la realidad.

Estamos en una nave industrial, enorme y adaptada con todo lujo de detalles. Si bien la luz es algo débil, le confiere un toque íntimo a la sala. Las lámparas del techo se debaten entre lo elegante, lo moderno y lo clásico, y están colocadas de forma estratégica para que la luz no sea demasiado intensa. La barra es ovalada y está situada en medio de la estancia, por lo que se puede acceder a ella desde varios ambientes que se diferencian entre sí por las sillas, sofás y alfombras que hay en cada uno de ellos. El suelo de azulejos imita al parqué, lo que le proporciona un aspecto cálido al lugar.

—Podéis sentaros en esa zona de ahí. —Dani señala unos sofás de color crema, a nuestra izquierda—. Ahora vendrán a tomaros nota, así no tenéis que ir a la barra.

Dani se aleja y yo levanto la cabeza. En una parte del techo se distingue una segunda planta con paredes de cristal.

—Desde fuera no se veía tan grande, ¿verdad? —le digo a María, que está analizando el sitio tanto como yo.

—¿Tú sabes la de historias que podría escribir yo con esta ambientación? —pregunta retóricamente, y la observo con admiración. Me encantaría saber la cantidad de escenas que está creando en su mente.

Mi prima y Eva se han sentado sin esperarnos y ya están pidiendo nuestras consumiciones.

—¡Madre mía! Sabía que esto era de lujo, pero no hasta qué punto. —Eva sigue con la vista al camarero vestido con un esmoquin.

—Pues si eres tú quien nos ha obligado a venir —responde María, antes de tirarse encima del sofá y sentarse con las piernas encima del mueble.

—Querida, en un lugar como este deberías mantener la compostura.

—Disculpe usted —protesta María—, pero tengo la sensación de que nadie está reparando en nosotras.

Miro a nuestro alrededor y veo varios grupos de personas absortas en sus propias fiestas privadas. El camarero se acerca con cuatro *gin-tonics*.

—Las consumiciones corren por cuenta de la casa —anuncia tras dejar las copas, un plato de gominolas y otro con bombones Ferrero apilados en forma de pirámide, antes de marcharse.

—Qué velocidad —destaco.

—Mira —comienza María mientras cambia de posición para acceder mejor a los platos que hay en la pequeña mesa central—, si va a traer tantas cosas cada vez que se acerque, por mí que venga mucho y muy rápido.

Le doy un trago largo a mi bebida y noto que está bastante cargada.

—¿Hemos vuelto al tema de la literatura erótica?

—¡Eva! —grita mi prima, y le da un manotazo entre risas.

—Te ha sentado bastante mal lo de esta tarde, ¿no? —me atrevo a preguntar.

—Mal dice… —María bebe la mitad del contenido de su copa casi de golpe y contrae los músculos de la cara—. Si solo fuese mal, no estaría así. Eso ha ido peor que mal, porque no hay nada más horrible que tener ganas y que te dejen con ellas.

—Auguro una noche muy reflexiva hoy —apunta Paula.

—María, creo que no te contaré mis malas experiencias futuras, aunque espero que sean inexistentes, claro. —Eva deja caer una gominola dentro de su copa.

—Se trata de compartir sabiduría…, querida —se burla nuestra amiga.

El camarero trae nuevas bebidas cuando todavía no hemos acabado las nuestras y las acompaña con otro surtido de «tapas» dulces. La tercera ronda también llega antes de lo previsto.

—Al final me va a acabar gustando este sitio —asegura María, centrada en desenvolver otro bombón—. Con un poco de suerte, Eva, encontramos a algún *snob* de los tuyos que te arregle la noche.

Todas nos reímos, menos la aludida, que saca la lengua con una mueca y esa elegancia que solo ella tiene. Desvío la mirada y el corazón me da un vuelco por lo que creo ver.

—No es que haya mucha luz aquí, Sara, pero juraría que estás blanca. —Paula me observa con atención—. ¿Te encuentras bien?

—Acaba de pegar un bote que… —dice María.

Centro mi atención en ella y la veo agarrar una servilleta de la mesa para pasarla por una zona del vestido que ahora está más oscura.

—Perdona, ha sido sin querer —me justifico—. Es que me ha

parecido ver…, pero qué va. Es imposible.

—¿Qué has visto? —Eva se gira hacia el cúmulo de gente que le queda a la espalda—. No me digas que hay fantasmas o cosas de esas, ¿eh? Que esos temas me dan mucho respeto.

Nos quedamos en silencio y nos miramos las unas a las otras mientras Eva permanece expectante.

—No, ¿eh? —insiste Eva—. Dime que no.

No sé cuál era mi tono de piel, pero el de Eva no se distingue de su vestido blanco. Casi puedo palpar el miedo y el nerviosismo que brota de su interior. Me entran ganas de gastarle una broma y se me escapa una risa tonta a causa del alcohol.

—¿Cómo va a haber un fantasma aquí? —pregunta María, muy seria—. Imagino que tendrán lugares más tranquilos que visitar.

Aunque la respuesta le resulta divertida a mi prima, Eva ignora el comentario y apoya los labios de nuevo en su cañita. Vuelvo a reír cuando mi imaginación me juega una mala pasada de nuevo.

—Vale, ya está bien, Sara —me reprende María—. Como sigas empapándome de *gin-tonic* te juro que te cambio el vestido.

La miro con cara de incredulidad porque ni de locos quepo yo en ese trozo de tela. Ella me sostiene la mirada y lanza su pregunta:

—¿A quién cojones estás viendo para pegar estos botes?

Miro de nuevo en dirección a la barra. A la silla donde me ha parecido verlo y que ahora está vacía.

—Creo que han sido alucinaciones por haber hablado de sexo y…

—¿A quien? —exige María, con tono duro y mirada a juego que me obliga a apartar la mía.

—A Gonzalo.

25

—¿Cómo va a estar Gonzalo aquí? —pregunta Paula—. Y no me refiero a Madrid, sino aquí dentro. —Hace un gesto con las manos señalando las paredes del local.

—A ver, el sitio no es que tenga mucha luz que digamos… —expone María—. Podría ser que las necesidades sexuales de Eva hayan llegado hasta Sara y le provoquen alucinaciones.

—Cómo se nota que eres escritora —le digo con sarcasmo mientras ella sigue bebiendo como si nada.

—Y súmale el alcohol —añade mi prima, que asiente con complicidad en dirección a María.

—Yo estoy bien —asegura Eva—, pero creo que el hecho de que a Sara le haya escrito J. K. Norvi hace que su cabeza no coordine.

—En realidad —apunta María, que me mira pensativa—, deberías contestar a ese hombre. Ha sido un detalle por su parte que te escriba para que os conozcáis un poco antes de la entrevista.

—Opino igual. —Paula intenta pescar una gominola de su *gin-tonic* con la cañita—. Si tan fan eres, ¿por qué no le has contestado todavía?

—Básicamente, porque no sé qué decirle —confieso con nerviosismo—. Es algo que no esperaba que me pasara nunca.

—Querida, siempre puedes empezar con un: «Hola, me llamo Sara, te tengo en un pedestal como escritor y espero que no me decepciones como persona».

—No creo que la decepcione —dice María—. Recuerda que,

aunque en sus libros haya alguna escena sugerente, él no es escritor de erótica como el tuyo. Si se acabase acostando con él, no tendría expectativas con que compararlo y eso es bueno.

—¡¿Qué?! —grito y empiezo a toser, porque la bebida se me ha atragantado.

—No creo que se acueste con él si está teniendo visiones de su ex. —Eva niega con la cabeza.

—Gonzalo no es su ex, es un amigo de la infancia con el que ha tenido un acercamiento que ha durado demasiado tiempo —interviene mi prima.

Veo que María está a punto de abrir un debate sobre ese tema, así que hablo antes que ella.

—Vale, chicas. Tenéis razón —admito, para cortar la conversación —. Seguramente lo de la visión son mis remordimientos lanzándome señales contradictorias.

Termino mi copa de un trago y la dejo encima de la mesa. Miro en dirección al camarero —que me sorprende que ya esté de camino con más munición— y, detrás de él, distingo una silueta que me paraliza de nuevo y pongo la mano sobre la pierna de María, con demasiado ímpetu.

—¡Basta ya, Sara! —me regaña mi amiga, y busca con la mirada lo que me ha sorprendido tanto—. Como sigas teniendo visiones, al final te consigo un vibrador y… ¡Joder!

—¡Hala! —exclama mi prima cuando María vuelca su bebida sobre ella.

—Perdón, perdón. —María se levanta, le tira varias servilletas a mi prima en el regazo y empieza a dar vueltas, para acabar sentada encima del sofá, con poses incómodas que cambia cada dos segundos—. Joder…

Yo la miro y asiento —porque sé que ella también ha reconocido a Diego entre la multitud— mientras saboreo la nueva bebida que nos han dejado; ya he perdido la cuenta de cuántas llevo.

—¿Nos vais a explicar lo que está pasando ahora? —pregunta Paula, con un tono cercano a lo hostil.

—Que lo explique ella. —Arrugo la nariz cuando María me mira —. Yo estoy quedando como una paranoica todo el rato.

Entrecierro los ojos, sintiéndome la peor villana de todas por pasarle el marrón. Eva deja de mirarme y se centra en nuestra amiga.

—¿Querida…?

—Es el chico ese, el amigo del «doctor Agujas»… —María niega con la cabeza.

—¿El «doctor Agujas»? —repite Paula, con el ceño fruncido.

—Luego te cuento. —Le hago un gesto con la mano.

—Pues está ahí —concluye María—. Y, joder, cómo está…

—Vaya, vaya… —suelto de golpe y callo al darme cuenta de que he utilizado unas palabras que me recuerdan a un idiota en quien no quiero pensar—. A ver si al final la que necesitará el consolador vas a ser tú.

Ella pone los ojos en blanco.

—Yo lo que necesito es bailar —dice arrastrándome hasta la pista de baile, tan rápido que casi no me da tiempo a dejar mi copa sobre la mesa.

Acabamos en el centro de la enorme sala, donde hay varias personas bailando a su manera; me parece fascinante observar cómo cada uno interpreta la música a su antojo y se mueve a su propio ritmo.

María se deja poseer por la música y se convierte en una bailarina de lo más sensual. Mientras, yo imito a una chica que tengo cerca;

cierro los ojos y dejo que las notas fluyan a mi alrededor, se cuelen en mi cuerpo y marquen el compás que debe seguir. Puede que la experta en baile sea Eva, pero la música siempre encuentra la forma de envolvernos.

Cuando vuelvo a abrirlos, compruebo que María sigue en el mismo sitio, a pesar de que está más rodeada de gente que antes. De hecho, hay una especie de corrillo a su alrededor y no la culpo; no todos los días aparece una persona que baila como si la vida le fuese en volcar toda la felicidad posible en ese preciso instante. Sé que es temporal y que su vida no es tan perfecta como su sonrisa, pero no puedo evitar sentir algo de envidia por lo que desprende ahora mismo.

Estoy tan concentrada en empaparme de la dicha de ese momento —de bailar con mi amiga, de absorber la libertad y la desinhibición que me proporcionan el ambiente de este local, mezclado con la dosis elevada de *gin-tonics*— que alejo de mi cabeza, por un momento, los pensamientos de que mi cuerpo no es tan perfecto como el de María y la sensación de cómo botan mis curvas con cada nuevo salto. Y es en ese momento cuando me parece ver de nuevo a Diego, esta vez cruzando por medio de la pista hacia una puerta lateral en la que no había reparado.

Quizá sea la situación lo que hace que lo persiga como si fuese el conejo blanco de Alicia. María ve que me alejo y no tarda ni un segundo en seguirme, como si estuviéramos jugando a la película de *El guardaespaldas*, salvo que yo canto mucho peor que Whitney Houston y ella, aunque tenga conocimientos de defensa personal, no es un armario con patas.

Empujo la puerta con cautela y damos con un pasillo blanco, con las paredes acolchadas, que me hace pensar en un psiquiátrico.

¡Malditos pasillos! Avanzo despacio y percibo que la música aquí está a un volumen tan bajo que soy capaz de escuchar las pisadas de María detrás de mí.

Pasamos por delante de dos puertas, que se encuentran una frente a la otra y tienen pintados grafitis que forman los iconos de los lavabos públicos, de tal forma que no deja claro si se trata de un aseo masculino o femeni… Un chico y una chica salen del mismo lavabo y la puerta abierta me saca de dudas al descubrir que los baños son mixtos. Me encanta este sitio. Me giro para ver la reacción aprobatoria de mi amiga y ambas nos tensamos al escuchar la voz de Alan, que proviene de la bifurcación que tenemos a la derecha. Sí, esto parece un laberinto.

—Creo que este susto le irá bien. —Su voz es mucho más dura que de costumbre—. No sé qué manía tiene la gente de pueblo con desfasarse cuando sale de fiesta.

Asomamos la cabeza y vemos a Dani de cuclillas, con la mano sobre la cabeza de un chico rubio que está vomitando. Alan está apoyado en la pared, con las piernas cruzadas, mirándose las uñas como si la escena no fuese con él. Ese comportamiento suyo empieza a parecerme de lo más detestable.

—Alan, te aseguro que la gente «de pueblo», como la llamas, tiene más aguante que tú. —Diego está delante de él y sostiene un rollo de papel enorme, del que va cortando trozos para entregárselos a Dani —. Tampoco creo que sea el mejor momento para sermonear a nadie.

—Te equivocas, don Perfecto. —Alan levanta la vista hacia él—. Este es el ideal para hacerlo, porque solamente en los malos momentos somos capaces de escuchar los mejores consejos.

—No lo dirás por ti —brama Dani, y acepta un trozo de papel—. Porque tú no harías caso ni al oráculo de *Matrix*.

—No empecemos con el debate sobre cuánta verdad hay detrás de esa historia, por favor —pide Diego, y niega con la cabeza—. Vamos a centrarnos en esto, Dani.

Alan se encoge de hombros antes de hablar.

—Todos sabemos que no hay debate posible porque, en el fondo, os gusta mucho más la versión de la realidad paralela que di en aquel libro. —Se gira hacia Diego—. No lo niegues.

—Eres un capullo. —Dani sujeta al pobre chico, que emite algún quejido de vez en cuando—. Aunque tienes razón, porque debemos de ser los únicos que reseñamos aquella mierda con una nota positiva.

—Que os jodan. —Alan descruza las piernas y se mete las manos en los bolsillos, antes de girar en nuestra dirección.

María y yo escondemos la cabeza de golpe.

—¿Adónde vas? —La voz de Dani está teñida de preocupación—. Necesitamos que nos ayudes.

—Métele los dedos hasta la garganta y que vomite —dice la voz, cada vez más cercana—. Y que se centre en las cosas que le van bien, que no son pocas…

Tengo la espalda apoyada en la pared blanca y la vista fija en mi amiga, que se encuentra en la misma posición. Sonreímos y puedo sentir la adrenalina fluyendo por mis venas a toda velocidad. El pecho de María se eleva con rapidez al compás del mío. Levanto la cabeza hacia el techo y cierro los ojos sin dejar de sonreír.

—Vaya, vaya… Parece que lo de querer una cita conmigo iba en serio. —La voz ronca recorre mi cuerpo de los pies a la cabeza—. Además de ladronzuela, ¿te estás convirtiendo en una *stalker*?

Abro los ojos y encuentro a Alan delante de mí, con la ceja arqueada y la sonrisa a juego. Miro a mi izquierda en busca de

refuerzos y me encuentro sola. ¿Dónde demonios está María? Como la pille…

—¿Sabes una cosa? —Alan saca una mano de sus bolsillos y la apoya en la pared, justo a la altura de mi cuello—. Empiezo a debatirme entre mosquearme o sentirme halagado. Dime —susurra y acerca su cara a la mía—, ¿qué opción debería elegir?

¿Elegir? Mi mente no está para elecciones, solamente puede centrar la atención en el tono rojizo de esos labios voluminosos, que se han quedado ligeramente abiertos frente a mí, y en los dientes perfectos que se entrevén, contra los que dan ganas de tener una guerra de mordiscos. Aunque acabaría perdiendo o me rendiría. Ahí no sabría qué elegir yo.

Desliza la mano pared abajo y el leve sonido activa mi sentido del oído con un escalofrío que me pone los pelos de punta. Lleno el pecho de aire, en busca de serenidad, y no consigo hacer el recuento mental de los *gin-tonics* que me he bebido. Me he pasado; ese es el resultado.

Alan se aproxima un poco más a mí. «¿Qué está pasando? Cállate». Fantástico; estoy supercoordinada mentalmente.

—¿Y bien…? —Aproxima sus labios a mi oído—. ¿Tengo que empezar a preocuparme por que me persigas?

No sé de dónde saco la fuerza, pero quiero dejar las cosas claras.

—¿Qué te hace pensar que te estoy persiguiendo? —Alan aparta un poco la cara de mí, sin alejarse demasiado.

—Vaya, si puedes hablar. —Me regala una sonrisa que derrite la parte de mi cerebro que se dedica a gestionar las acciones razonables —. No me digas que has venido hasta aquí para traerme el libro. Sería tan considerado por tu parte…

—No estoy aquí por ti. —Su gesto se vuelve serio.

No estoy aquí por él, ¿verdad? ¿Cómo he llegado hasta aquí? Parece leer la confusión en mis ojos, porque los suyos se vuelven de un tono leopardo peligroso y se muerde el labio antes de hablar.

—No se trata del motivo por el que estés aquí, ladronzuela, sino de qué vas a hacer ahora que estás en este lugar.

Si no fuera porque sé que me odia, juraría que estoy leyendo notas de lujuria en sus ojos. Cierro los míos y sacudo la cabeza, lo que hace que me maree un poco.

—Creo que no tengo la cabeza para reflexiones —murmuro, antes de perder un poco el equilibrio.

Alan me sujeta con un movimiento veloz y sus manos se apoyan en mi cadera y mi axila, demasiado cerca de mi pecho.

—Ey… —Su voz tiene un deje de alarma y me da unos golpecitos suaves en la mejilla—. Sara, ¿estás bien?

Cuando me doy cuenta, estoy sentada en el suelo y tengo a Alan agachado delante de mí, con la atención puesta por completo en mis movimientos.

—Sí. —Sonrío con debilidad—. Aunque debo de tener un aspecto pésimo, si me estás llamando por mi nombre.

—Creo que lo que tienes es una pequeña cogorza, pero, por lo demás, está todo perfecto y en su sitio.

Me ayuda a ponerme en pie con su cuerpo pegado al mío y siento la dureza de sus músculos de acero contra mi abdomen, pechos y pantorrillas. Me siento pequeña entre sus enormes brazos, como si todo mi cuerpo voluminoso fuese capaz de desintegrarse con ese ligero contacto. No sé si es a causa del calor de su cercanía o del alcohol, pero me están subiendo remolinos de fuego desde la barriga hasta la cabeza.

—Tanto blanco y tanta emoción —balbuceo, sin poder contener las

palabras absurdas que salen por mi boca—, no sé si esto parece un manicomio o una galaxia.

Alan sonríe.

—Has encontrado el momento perfecto para confesar que eres fan de *Star Wars*. Interesante.

—No sé si es lo que estás insinuando, pero, sí, tengo mi lado friki —reconozco, y creo que arrastro las palabras—. Sin embargo, prefiero mil veces *Harry Potter*. Y confieso que ahora mismo no tengo tu libro encima. Lo siento. —Me encojo de hombros con lentitud—. ¿Alguna información más que quieras sacarme aprovechando la situación?

Alan clava la vista en mis labios y no puedo controlar que se entreabran.

—Si fuese a aprovecharme de la situación, no sería información lo que te sacaría.

—Yo… —La frase se me queda a medias, no sé si cerca de la mente o de la garganta, cuando veo que la distancia entre nuestros labios se acorta. Sus manos se colocan a ambos lados de mi cadera y creo que todo el universo está eclosionando en mi entrepierna.

La comisura de su boca se curva hacia arriba y me dan ganas de morder la arrogancia de ese gesto. Tiene las pupilas más dilatadas de lo normal y la mirada fija en mis labios. «Esto no puede ser real». Sin embargo, la respiración agitada de Alan contra mi piel me asegura que no es un sueño. Contengo el aire en mis pulmones y cierro los ojos. Solo cuando escucho que alguien tose a mi derecha, los abro despacio.

26

Ingrid

Mi madre siempre me advirtió acerca de la soledad del empresario y que eso, sumado a mi carácter, se conjugaría para que no encajara en todas partes. «Si no encajas, recuerda que no todos los lugares tienen que ser tu sitio», solía decir. ¡Cuánta razón tenía! Estoy cansada de ver a personas que hacen lo posible por integrarse allá donde van y tiran de falsedades para ser bien recibidos y que el resto se lleve una buena imagen de ellas. Desconozco qué les aporta esa actitud, porque no es mi estilo; y eso, como todo en esta vida, también tiene consecuencias.

En mi caso, intenté crear uno de esos típicos grupos de amigas que veía en las películas, pero me cansé de ir detrás de gente que no me quería a su lado y de aparentar que todo era perfecto cuando nos veíamos para criticar la vida de las demás. ¡Con la de cosas que tengo por hacer!

No es que esté sola en el mundo, porque, por suerte, en el camino conocí a alguna persona de esas que se quedan a apoyarte, aunque no estén presentes siempre, así que acabé aprendiendo a tenerme a mí misma y descubrí que no siempre compartes árbol genealógico con quienes son familia; Dani y Diego son un claro ejemplo de ello.

Otra de las lecciones que aprendí de mi madre es que, cuando algo es tuyo, jamás debes dejar de luchar por ello; cueste lo que cueste. Y por eso estoy aquí, en medio del parque del Retiro, que será donde tenga lugar el evento con Diego.

He conseguido que este lugar sea «mío» durante casi tres días. Hace apenas unos días nadie podía imaginar todo el ruido que haríamos tanto la empresa Katana como Read & Fun a nivel nacional. Es increíble; tan increíble como que el Ayuntamiento me permitiera cerrar el recinto durante las veinticuatro horas previas a que empezase el sarao, para montar la pasarela y hacer alguna que otra instalación necesaria y llevar a cabo todo lo proyectado.

Respiro hondo e intento controlar el pequeño subidón de euforia que siento al pensar en el poco tiempo que queda para que comience todo; apenas unas horas ya. Sé que no son nervios, aunque confieso que un poco de eso también tengo —soy humana, sí—, pero ahora, por fin, ya está todo en marcha y el margen de error es ínfimo, así que estoy segura de que podré gestionar cualquier contratiempo con rapidez

Avanzo por el camino de tierra y saludo con la cabeza a mis ayudantes, unas chicas que tienen una empresa de eventos y que están repasando que todo lo que acordamos, tanto en los espacios exteriores como en los interiores, esté en orden. Ahora mismo, sus empleados están colocando los detalles de las casetas para que se vean bien ambas marcas en todas partes, y he oído que ya se han puesto manos a la obra con las pruebas que realizaremos mañana sábado, y que tendrán un premio final, aparte de los sorteos que están repartidos a lo largo de los días. Menuda locura la cara de Diego cuando le pasé la lista de premios que consideraba necesaria por parte de la editorial; fue mucho peor que cuando le presenté a Luis el dosier con los gastos, más por «cortesía» que por otra cosa, porque no necesitaba su aprobación…

—Tú estás loca —me soltó, con sus ojos de hielo.

—Que sea la última vez que empleas ese término conmigo —le

respondí, con la espalda erguida—. Si no sabes hablar como las personas, será mejor que no hables.

Él me miró con incredulidad. Puede que fuera una de las pocas ocasiones en las que le he echado un par de narices al asunto y le he soltado un comentario como ese, pero odio —sin exagerar— que me llamen «loca». La culpa de esto la tiene mi ex, que intentaba rebajar como podía toda la seguridad que vive en mí con comentarios de este estilo para que siguiera a su lado.

—No sé cómo crees que vamos a pagar esto —expuso Luis, con un tono más calmado, pese a que lanzó las hojas sobre la mesa con furia.

—Para eso existe el fondo del Departamento de Marketing al que tengo pleno acceso. —«Y tú no», me faltó añadir, pero era una frase tan implícita que sus ojos chispearon de rabia.

—Tú sabrás lo que haces. —Luis se reclinó en su silla y juntó las manos por delante del pecho a lo señor Burns, de *Los Simpson*—. Yo solamente espero que esto se vea reflejado en la facturación. Nuestros contables ya están trabajando en elaborar informes.

Mentira. Lo que realmente desea es que fracase para poder deshacerse de mí con un motivo.

—Te refieres a que me están espiando y haciendo un balance de los costes y los ingresos que supone, ¿no?

Los ojos de Luis se agrandaron durante unos segundos; sin embargo, recuperó la compostura y la sonrisa cínica al tiempo que me di la vuelta para marcharme.

—Espero que se te dé bien escribir para que puedas redactar tu carta de dimisión.

—Puede que a mí no, pero sé a quién recurrir si tengo la necesidad —murmuré para mí mientras salía por la puerta del despacho que me traía tantos recuerdos de mi padre.

Me encanta cómo está quedando el recinto; la decoración con letras que se derriten y las prendas de ropa que parecen volar como si fuesen un sueño alcanzable me resultan impactantes incluso a mí, que tuve la idea.

He confiado el levantamiento de la pasarela y el resto de las instalaciones a Vicente, un constructor a quien recurría mi padre cuando lo necesitaba. No es que confíe en el criterio de mi progenitor en muchos aspectos, pero sé reconocer la calidad del trabajo bien hecho, además de la lealtad y el compromiso. Sin embargo, me ha avisado de que se había fracturado un pie, así que va a enviar a su hijo para que verifique que todo está saliendo bien; el problema es que no he visto a ese hombre en mi vida y no logro dar con él. Le he enviado un mensaje y le he citado para vernos mañana a primera hora de la mañana, porque, aunque confíe en su padre, necesito que me confirme que todo está bajo control. Tacho mentalmente ese tema de mi lista y lo pospongo, como hago cuando planifico las tareas que voy a realizar cada día. El siguiente paso para hoy es ir en busca de Diego, que me está esperando con Alan, cerca del Palacio de Cristal. Por fin.

Cuando llego al lugar de encuentro, leo la preocupación de Diego en su gesto compungido.

—Hola —digo con aspereza.

—Por favor —dice, en lugar de devolverme el saludo—. No quiero malas palabras, malos rollos ni tonterías por parte de ninguno de los dos. ¿De acuerdo?

Mi vista vuela hasta Alan, que tiene las manos metidas en los bolsillos de un pantalón caqui y la mirada perdida a su izquierda, como si buscase algo en un infinito donde no nos encontramos ni Diego ni yo. A pesar de que su actitud evasiva me pone de mal

humor, respondo con toda la calma que puedo.

—No he venido a pelearme con nadie.

—Perfecto entonces. —Diego se esfuerza en sonreír.

Alan centra su atención en mí y parece que me está haciendo un reconocimiento médico. Me da un repaso, desde el pelo hasta los zapatos. Por un momento, detecto cierto reproche en su mirada, como si no le gustase lo que ve, y hace el amago de abrir la boca para aclarar algo, pero vuelve a cerrarla.

Cuando sus ojos pardos se cruzan con los míos, me dirige la palabra en tono neutro, por primera vez en mucho tiempo.

—¿Qué necesitas?

¿Cómo que qué necesito? ¡Que desfile llevando la ropa de Katana! ¿Qué voy a necesitar? Un incendio se aviva en mi interior y se me abren las aletas de la nariz, a modo de chimenea por donde sacar el humo.

Diego se acerca a mí y busca mi mano. Debe de haber comprendido mi expresión, porque tiene cara de preocupación nivel «Salvemos el mundo antes de que se acabe».

Hago de tripas corazón y respondo con toda la amabilidad que consigo transmitir:

—Necesito que vayas a buscar la ropa para el domingo, que te la pruebes para verificar que es tu talla y te hagas fotos con ella para mandarlas a Josh y Luna, los fotógrafos, para que puedan moverlas por las redes. Necesito que desfiles y finjas que disfrutas haciéndolo, así como que aparentes que estás contento y muy comprometido con esta marca, para aprovechar la fama que te has ganado. —Diego se relaja y todo va bien hasta que no puedo contener las palabras y sigo hablando—: Aunque sea mentira y te importemos una puta mierda.

Mi amigo se lleva una mano a la frente, pero Alan no se inmuta.

Me está mirando fijamente y sé que analiza cada una de las palabras que acabo de decir; sobre todo, las últimas. Porque me conoce casi mejor que nadie y sabe del dolor que he dejado impregnado en ellas.

—Tomo nota —dice Alan, después de parpadear un par de veces —. Lo siento, pero ahora tengo que irme. Voy a ver si he recuperado ya mi libro.

—Tu libro… —mascullo y pongo los ojos en blanco.

Él me mira de nuevo, pero sería mejor que no lo hubiese hecho, porque sus pupilas denotan toda la hostilidad del mundo. Y me viene un pensamiento rápido con lo que podría haberla motivado: seguro que piensa que me estoy riendo de la novela que escribió hace años. Joder. Estoy cabreada con él, pero hay puntos que es mejor no tocar. Inevitablemente, bajo la guardia.

—Yo no…

Su mirada me congela y me mantiene alerta, hasta que se gira hacia Diego y habla con sequedad.

—*Ciao*.

Vemos cómo la figura de Alan se aleja a través del parque, sin mirar atrás y con las manos todavía en los bolsillos. Al menos he dejado nota a una compañera del departamento para que haga el seguimiento de Alan y se encargue del tema; podría haberlo hecho así de entrada, pero quería mirarlo a la cara una vez más antes de verlo desfilar con nuestra ropa como si fuera un desconocido. Las chicas que estaban arreglando unos arbustos en los que vamos a colocar objetos para la yincana se giran a mirarlo cuando pasa y sueltan unas risitas. ¡Lo que faltaba para volver a subirle el ego!

—No lo soporto —musito mientras observo la escena.

—Creo que no soportas cualquier cosa que haga.

Recapacito sobre esa frase. ¿Y si tiene razón? ¿Y si estoy actuando

en modo ataque en lugar de defensa, porque me dolió lo que hizo? Lo peor es que no sé cómo cambiar eso.

—No lo hago queriendo —confieso, con algo de culpabilidad—. Es que me nace así cuando lo tengo cerca.

—Entonces, ¿por qué has hecho que venga?

Me quedo callada y medito la respuesta. Es posible que hayan pasado varios minutos hasta que vuelvo a hablar. Adoro la paciencia de Diego.

—¿Por qué? —digo en modo ataque, otra vez—. Pues porque esto no es un simple pasatiempo; me juego mucho y necesito a los mejores a mi lado y… —procuro canalizar la intensidad de mis emociones— porque me lo debe.

Me lo debe y, en el fondo, quiero que vuelva. Quiero que el tiempo retroceda y que evite tomar aquella decisión que puso mi mundo patas arriba. Ojalá no se hubiera vuelto una persona tan egoísta de la noche a la mañana como para dejarme tirada de aquella manera.

Diego aparta la mirada y niega con la cabeza.

—Tienes demasiado rencor dentro.

—¿Rencor? —Levanto una ceja—. Creo que este rencor, como tú dices, es una traición enquistada.

—Mira, Íngrid… —Diego apoya la mano sobre mi hombro—. Sé que lo que hizo Alan no estuvo bien y que su reacción fue infantil y cobarde por desaparecer como lo hizo y dejarte sola cuando más lo necesitabas a tu lado.

—No quiero hablar de eso —respondo, tajante, y me cruzo de brazos.

—Que no quieras hablar de ello no significa que vaya a desaparecer. —Diego aprieta los labios y presiona ligeramente mi hombro—. Y cuando antes aceptes y asumas que las circunstancias

se dieron así y que todos tenemos derecho a tomar decisiones que puede que no sean las acertadas, a luchar por nuestra libertad, aunque podamos dañar a los demás en el intento, y que depende de ti el perdonarlo o no, antes podrás avanzar y seguir con tus objetivos. —Me mira con los ojos llenos de cariño, y noto que mi muralla se tambalea—. Te recuerdo que tus objetivos no son fáciles. No malgastes la energía en odiar, en lugar de intentar un acercamiento.

—¡¿Un acercamiento?! —grito, con la cara desencajada—. Ni de coña voy a arrastrarme más por él. Bastante hice ya cuando se fue, como para volver a perder el tiempo con eso.

—¿No te has parado a pensar que, a veces, cuando hacemos algo no siempre es cuando surte efecto?

—¿Cómo dices? —Pestañeo un par de veces, intentando traducir a mi idioma lo que acaba de decir.

—A veces las cosas pasan en el momento en el que tienen que pasar. En medio de aquella… vorágine de situaciones, quizá tu actitud no surtió efecto, pero creo que ahora… —Se pasa la mano por el pelo, como siempre que intenta concentrarse—. No sé. Algo me dice que Alan también echa de menos tenerte en su vida y no sabe cómo acercarse porque ambos tenéis un caparazón tan duro como vuestra maldita cabezonería.

Puede que Diego tenga razón y que la tozudez no sea la mejor herramienta para solucionar problemas. Y, aunque yo soy así, también aprendí de mi madre que, a veces, hay que bajarse del burro para conseguir que este camine. Suelto un suspiro, mezcla de resignación y aceptación.

—No sé cómo me enredas siempre para acabar haciendo lo que tú crees que es mejor, don Perfecto.

Una sonrisa delicada se asoma a sus labios y recuerdo la cantidad de mujeres que se han derretido con solo mirarlo. Muchas me envidiarían. Sobre todo cuando se me acerca y me abraza de verdad, con fuerza, antes de murmurar contra mi mejilla:

—Pues dándote los consejos que te daría alguien que realmente se preocupa por ti.

Y me hace sentir que, en realidad, estoy menos sola de lo que creía.

27

—Mira, yo solo te digo que, cuando te vi rodeada de esos dos y con la carita de «que pase lo que tenga que pasar», tuve que intervenir. —María guarda los zapatos que se ha probado la última clienta en el almacén.

—¡Intervenir dice! —exclamo, y me giro hacia Paula—. Intervenir habría sido preguntar qué estaba pasando, no lanzarte contra ellos como si fueras el protagonista de *Kung Fu Panda*.

—Eres una exagerada. —María apaga el ordenador y nos hace un gesto para que salgamos del local.

—Pues fíjate que yo la creo… —comenta mi prima, de camino a la puerta—. No sé por qué, pero te pega mucho eso de lanzarte contra los malos sin ningún tipo de plan.

Estallo en carcajadas y María nos hace una mueca muy cómica mientras baja la persiana de la tienda. Hemos venido a verla después de recuperarnos, a medias, de nuestra resaca con una buena ración de churros en la churrería San Ginés; sé que son casi las dos, pero necesitábamos un chute de grasa y azúcar.

—¿Qué querías que hiciera? —pregunta María, antes de echar la llave a la cerradura de la persiana—. Además, cuando tu amiguito Diego empezó a decirme que la caballería tiene que llegar a tiempo para el combate y no después… me encendí.

—Es que habías desaparecido, María —le recrimino entre risas mientras caminamos calle abajo.

—Te vuelvo a repetir que me había metido en el lavabo. No podía

más con tanto *gin-tonic* bailando en mi vejiga.

—Y, mientras tanto, Eva y yo permanecimos ajenas a todo esto… —se queja Paula—. ¡Nos perdemos las partes emocionantes de la historia!

—Sigo pensando que es mejor que Eva no sepa que Alan está entre nuestros contactos cercanos. —María me lanza una mirada intimidatoria—. No olvidéis que, para ella, es mejor que el muso de mis historias, Jon Kortajarena.

Está en lo cierto: Eva es demasiado fan como para explicarle lo que está pasando; sobre todo ahora que ha tenido una experiencia tan decepcionante con su escritor y tiene que centrar las emociones en otros objetivos.

—Tienes razón. No queda bien hacer de *groupies* —admito—. De todos modos, Paula, si hubieras estado con nosotras no habrías podido disfrutar de las ventajas de ser amiga del primo del dueño.

—Ahí tienes razón —conviene ella—. El primo de Dani es un amor. Aunque eso no implica que no me hubiera gustado presenciar la situación.

—Eva se hubiera muerto de celos si llega a ver cómo la miraba —advierte María.

—No me miraba de ninguna manera —protesto, y una parte de mí sabe que miento. Mi amiga resopla—. Aunque tampoco quiero que se moleste con el tema.

—Es probable que lo acabe conociendo, así que es mejor que sea de forma natural —comenta Paula—. Sin nervios anticipados.

Llegamos a nuestra parada previa al evento: el local de comida rápida.

La excitación que me produce asistir a mi primer encuentro literario me cierra el estómago; no sé qué voy a encontrarme ni qué

esperar. Entiendo que, al estar implicadas Katana y Read & Fun, será diferente a otras ferias o a las presentaciones y firmas de libros que organizan otras editoriales. De momento, solo nos han llegado unos correos indicando que todo empieza esta tarde y que encontraremos libros, ropa y algunos puestos de comida… Sin embargo, para conocer el *planning* exacto de cada día, debemos presentarnos en el Palacio de Cristal del Parque del Retiro, donde, además, se nos entregará un obsequio. ¿Quién se resistiría a ir?

María se coloca en la cola de las máquinas para pedir la comida y se da la vuelta para mirarme.

—¿Vas a decirnos por qué estabas a punto de besar al Adonis malhumorado?

Ahogo una exclamación.

—No estaba a punto de besarlo —miento—. Solo me mareé un poco, él me sujetó y estábamos así cuando llegaste.

—No, no… —María niega con la cabeza—. Perdona, pero, como bien dices, yo estaba ahí y vi la cara de Diego cuando llegué. ¡Vaya si la vi!

—¿Me lo parece a mí o tú te fijas mucho en Diego? —pregunto socarrona.

—No cambies de tema —dice María, esquiva—. No estamos hablando de mí, sino de ti y de ese chico que te cae mal, pero que casi te come toda la boca.

—¡Hala! ¡Exagerada! —Le doy un leve empujón en el hombro.

—Exagerada, ¿por qué? —pregunta mi prima y le guiña el ojo a María—. ¿Por lo de que te cae mal o por lo de comerte la boca?

—Por todo —respondo a toda velocidad—. A ver, me cae mal, porque es un estúpido creído egocéntrico y se cree que está por encima de todo lo que lo rodea.

—Y eso le pone —le dice María a mi prima mientras ambas asienten como si entendiesen la relación entre ambos conceptos.

—¡No! —Detengo en seco nuestro avance en la cola de las máquinas—. ¿Cómo me va a poner ese chico?

—Llámame loca, ¿eh? —María aprieta los labios—, pero creo que te pone porque tienes ojos en la cara y porque tenéis algo raro ahí que es tensión pura.

—No hay ningún tipo de tensión entre nosotros.

—Anda que no. —María llega la primera a la pantalla y empieza a seleccionar la comida—. Te digo yo que para romper esa tensión hace falta una motosierra como la de *La matanza de Texas*.

—Se nota que eres escritora, porque ves cosas donde no las hay, María —comento mientras ella introduce la tarjeta para pagar.

—Yo solo digo que las tensiones tienen que resolverse o se acaban enquistando.

—Eres la voz de la sabiduría, María. —Mi prima se esfuerza en aguantarse la risa.

—Gracias, gracias. —María hace una reverencia en medio del local y noto que la gente nos mira extrañada—. Es que vi la escena y… empiezo a sospechar que tu prima retiene el libro a propósito para volver a cruzarse con él.

Mi amiga me mira y no puede contener la sonrisa. Vuelvo a empujarla antes de ocupar su lugar frente a la pantalla. Sé que le gusta chincharme y que no parará con ese tema hasta que confiese que Alan me atrae como a una polilla, y que lo odio a la vez que necesito perderme en esa variedad de colores y emociones que desprenden sus ojos.

Llegamos al Parque del Retiro a las cinco y media de la tarde y le mandamos un mensaje a Eva para avisar de que ya estamos por aquí. Un letrero con el nombre del evento preside la entrada y nos invita a acudir al Palacio de Cristal para informarnos de todos los detalles.

La primera en ver los carteles anunciando que Katana y Read & Fun se «anticipan» a la Feria del libro de Madrid es María, y todas coincidimos en que es un acierto inmenso que la localización sea la misma. En dichos carteles, se ve a una joven vistiendo el mítico vestido entallado de color azul eléctrico de la marca Katana y apretando un libro contra su pecho mientras ríe sin mirar a cámara.

Una vez en el Palacio de Cristal, nos entregan el *planning* de la jornada mientras nos quedamos embelesadas con la decoración: en los árboles cercanos hay libros que simulan estar volando y palabras que se derriten como los relojes de Dalí.

—¡Tenemos un viaje en barca gratis! —exclama Paula mostrando todo lo que nos han entregado con el programa y con la felicidad danzando en sus ojos.

—Y descuentos en libros y ropa… —Le guiño un ojo, porque ambas sabemos quién va a utilizar qué.

—Me parece muy original mezclar ambas cosas. —Paula avanza, despacio, hasta el puesto de *merchandising* donde venden, entre otros, camisetas y vestidos creados exclusivamente para el evento—. Creo que han sabido llamar la atención de todos.

—No tiene que haber sido fácil poner detalles a lo largo de las ciento dieciocho hectáreas del parque. —María observa el papel que tiene en la mano—. Hay bastantes temas que me han llamado la atención.

—¿Cuáles? —pregunto con curiosidad.

Ella centra su mirada en mí.

—Todavía no lo has leído, ¿verdad? —Mueve el folleto delante de mis ojos—. Hay premios si conseguimos encontrar los «objetos perdidos» a lo largo del recinto, además de sorteos, mesas redondas con escritores agrupadas por género, entrega de manuscritos…

—¡¿Entrega de manuscritos?! —repito con efusividad—. Podría ser tu oportunidad, María.

—Podría serlo —repite pensativa—. Lo cierto es que Read & Fun hace más de tres años que no acepta manuscritos, así que tengo que aprovechar la ocasión.

—¡Vamos!

—Lee el papel, anda. —María pone los ojos en blanco y le hago caso.

—Aquí dice… —leo todo lo rápido que puedo— que la entrega es mañana por la tarde, ¿no?

—Eso es —corrobora—. Me parece muy inteligente cómo lo han planeado todo. —Sonríe y señala en mi papel una línea de la programación—. Mira, aquí dice que el desfile estará acompañado por la Banda Sinfónica Municipal de Madrid y que tu odiado modelo desfilará el domingo por la mañana.

Entrecierro los ojos, intentando traspasarla con la mirada.

—Ni es mío ni le odio —digo, con un tono poco convincente. María hace un gesto con la mano para ignorar mi comentario—. En cualquier caso, me parece muy original todo esto y quiero ver cómo acaba.

—Yo quiero ver cómo acaban muchas cosas —afirma ella con picardía.

—Tú tienes demasiados pájaros en la cabeza.

—Y no sabes todas las ideas que se me ocurren ahora mismo y más

con el abanico de posibilidades que se nos presenta…



Hemos esperado a encontrarnos con Eva para recoger nuestro obsequio de bienvenida: una bolsa de tela, con el diseño unido de ambas empresas y el dibujo de un libro y un vestido. Dentro de cada una tenemos dos papeletas con números para los sorteos que se realizarán a lo largo de estos días y que están marcados en el folleto. Además, la chica que nos ha atendido nos ha explicado que tenemos un cartón —como las tarjetas de fidelidad de las tiendas— en el que, en cada sitio donde vayamos a comprar, nos pondrán sellos y podremos canjearlo por más papeletas; de ese modo, tendremos mayor oportunidad de ganar premios en los sorteos. También nos ha explicado que los premios son bastante variados, desde lotes de libros hasta vales para canjear en tiendas de ropa Katana, pasando por descuentos, viajes, asesoramiento para escritores… Una locura.

En las casetas se alternan los puestos de libros con los de ropa por secciones —camisetas, pantalones, ropa interior, accesorios…—, en lo que parece una especie de mercadillo con mucho glamur. Y, en los puestos de libros, en lugar de aparecer los nombres de las editoriales, como ocurre en la Feria del Libro, nos encontramos con los letreros de los autores que han publicado, alguna vez, con Read & Fun, lo que resulta mucho más original y personalizado.

He perdido la cuenta de los vídeos que han subido Eva y Paula a sus redes sociales explicando el evento, pero la reacción de todos sus seguidores es la misma: todos quieren apuntarse, y no me extraña. He visto en Instagram que varios escritores, *bloggers*, *booktubers* y *bookstagrammers* están llegando a Madrid por ese motivo.

—Yo solo os pido que no me etiquetéis, por si alguien viene a

saludaros.

—Querida, no sabes aprovechar las buenas oportunidades.

—Las que no me pienso perder son las de los sorteos. —Sonrío y cambio de tema de conversación.

—Yo creo que deberíamos subir al templete ese y quitarle la bolsa a la chica para que salgan nuestras papeletas —propone María, y mi prima niega con la cabeza.

—En lugar de eso, podríamos aprovechar que mañana empieza pronto para venir antes —comenta Paula—. ¿Qué os parece?

—Me parece perfecto, porque aquí pone que los cien primeros asistentes recibirán churros con chocolate —dice María mientras lee el papel—. Aunque no descarto lo de subir al templete y amañar la bolsa.

—Centrémonos en los churros… —sugiero.

—Yo no pienso comer eso —asegura Eva.

—Ya nos comemos las demás los tuyos, no sufras —indica mi prima.

—He estado investigando —susurra María como si se tratara de una conspiración— y, durante el evento, los autores que estén presentes recibirán el veinte por ciento de los beneficios de los libros que vendan aquí.

—Eso no es lo normal, ¿verdad? —pregunto intrigada.

—Para nada. —María niega con la cabeza—. Lo habitual es que el escritor gane muy poco, pero por eso están todos aquí.

—Me parece un espectáculo increíble ver a todos estos autores juntos —confieso fascinada.

—He leído en el folleto que mañana algunos darán charlas también —comenta Eva mientras avanzamos hacia la salida—. Aparte de las mesas con rondas de preguntas, a las que nosotras asistiremos.

En poco más de dos horas, María es la única que no va cargada con libros, ropa —bueno, eso yo tampoco, porque no he encontrado ni una sola camiseta de mi talla que me gustase—, marcapáginas, un par de tazas con frases de libros y pósits de colores. Adoro los pósits y puede que tenga más de veinte marcapáginas en mi casa, pero hay elementos que nunca sobran; yo los necesito cerca y utilizarlos para señalar esa frase que quiero recordar en otro momento de mi vida.

—Me pregunto si tu escritor de *thriller* misterioso estará por aquí camuflado entre la gente —dice María, con picardía—. ¿Os imagináis que es ese de ahí? —Señala a un señor calvo que está hablando con un escritor de novela negra—. Podrías enviarle un mensaje —sugiere Paula, emocionada—. Quizá puedas tener un encuentro clandestino con él.

No he querido agobiar a J. K. Norvi, por lo que todavía no he respondido a su mensaje. Estoy demasiado emocionada con la entrevista y Diego todavía no me ha dicho cuándo será. Me da pena no haber quedado con mi amigo todavía; sin embargo, por los últimos mensajes que hemos cruzado, ha estado muy ocupado solucionando problemas de última hora y la verdad es que anoche, en el bar, se le notaba bastante cansado; imagino que no debe de ser nada fácil gestionar y coordinar cada detalle para que todo esto funcione.

—Pues sería genial que quedases con él de forma anónima —conviene Eva—. Así podrías ver si vale la pena. Aunque puedes llevarte una decepción de todos modos…

—¡Que no me voy a acostar con el escritor! —exclamo alarmada—. No sé de dónde habéis sacado esa idea, pero es un poco de telenovela.

María hace una mueca de extrañeza y alterna la mirada entre Eva y

yo.

—Pues ella lo ha hecho.

Y no sé por qué —bueno, sí, por la presión a la que me están sometiendo— saco el móvil y envío un mensaje a J. K. Norvi por Instagram.

Sara

¡Hola! Disculpa que haya tardado tanto en responder.

Me preguntaba si vas a acudir al evento de Madrid…

Aunque sea con una identidad falsa, cual superhéroe camuflado.

«¿Cuál superhéroe camuflado? Eres idiota, Sara».

J. K. Norvi

Ja, ja, ja. Es posible que acuda… Aunque sea bajo un nombre común y con ropa de calle, para que el mundo no descubra mi secreto.

¿Tú estás por ahí? Pensaba que también tenías una vida de persona anónima.

Sara

Nadie sabe quién soy. Puedo actuar con normalidad sin que me reconozcan.

Aunque a ver cómo lo hacemos en la entrevista.

Por cierto, ¿en tu caso que escogerías: Supermán o Batman?

J. K. Norvi

Yo tengo alguna teoría de cómo va a ser esto de «vernos sin vernos».

Y no sabía que empezábamos ya con las preguntas, pero, por supuesto, Batman.

Y no puedo evitar imaginarme a un hombre atractivo con una máscara tapándole la cara.

28

Ingrid

El viernes por la noche, me lo paso genial cenando con mis Zipi y Zape. Diego me ha dicho que me vendría bien socializar un poco para desconectar del trabajo y celebrar que el inicio del evento ha sido un éxito, así que hemos acabado en casa de Dani con unas bebidas y unos cubos de pollo frito.

—Por esos amigos que intentan subirte el ánimo cuando saben que estás en un momento difícil. —Levanto la copa y ambos imitan mi gesto.

—Por esas personas que son familia, aunque ningún documento lo acredite —replica Diego, antes de chocar su cerveza contra mi lata.

—Por las cenas a lo guarro, que quitan toda la tontería y la acumulación de emociones casi tanto como el sexo —añade Dani, y ambos lo miramos conteniendo la risa—. ¿Qué pasa? A ver si ahora no puedo inventarme frases de consolación.

—¿De consolación? —pregunto, antes de dar un trago a mi refresco—. Dudo de que tengas necesidad de jugar con consoladores.

A Diego se le escapa una carcajada y Dani menea la cabeza con expresión seria.

—Os equivocáis —asegura mientras hace que la botella baile en su mano—. No tengo ganas de ir… consolándome. —Entrecierra los ojos en mi dirección—. Quiero retos y cosas bonitas.

Diego empieza a toser y Dani le palmea la espalda.

—¿Estás bien, tío?

—Sí —responde, y deja la cerveza en la mesa—. Es solo que no esperaba esa revelación y me he atragantado.

—Pues yo no me lo trago, cielo. —Mis ojos negros se clavan en los suyos, como imanes—. Siempre sueltas el mismo rollo.

—No es ningún rollo. —Agarra una alita picante del paquete que hemos pedido y me lanza una mirada cargada de malicia, antes de acercarla a su boca—. Y estoy seguro de que te tragas cosas peores, rubia.

—¡Dani! —Diego le propina un golpe en el hombro, justo cuando empieza a comer—. Dejemos de lado quién se traga qué y cuéntanos qué te pasa.

—No me pasa nada. Es solo que me canso de tanta tontería.

—Bueno, eso es normal… —Diego lo mira con esos ojazos cargados de comprensión.

—No —sentencio—. Viniendo de él, no lo es.

Nuestro amigo se reclina en el sofá y levanta las manos en son de paz.

—Te lo digo en serio, rubia. Estoy cansado y me quedan pocas balas que disparar.

—Pues sigue disparando mientras puedas.

—Hablando de disparar… —dice él, con una sonrisa pícara y girándose hacia Diego—. ¿Qué tal con tu lectora?

Mi rubio favorito empieza a devorar la alita y se le queda un poco de salsa en el voluminoso labio inferior, que dan ganas de lamer —pero ese es un error que no se volverá a repetir—. Observo a Diego, que parece muy tranquilo, a pesar de que todos conocemos hacia dónde van las insinuaciones de Dani con la pregunta.

—Todo bien. —Da un trago a su cerveza mientras desvía la mirada.

—¿Todo bien? ¿Ya está? —Diego asiente, sin mirarnos a los ojos a ninguno de los dos, y coge un trozo de pollo. El rubiales me observa, todavía boquiabierto, y yo no puedo más que encogerme de hombros y contener la sonrisa—. ¡Pero si hay días que hablas más con ella por teléfono que conmigo!

—Eso tampoco es muy difícil —añado, para meter baza.

—¿Qué quieres que te diga, Dani? —Diego sostiene el pollo en la mano y niega con la cabeza—. Me cae genial y me parece una persona increíble. Me gusta haberla conocido en persona y me sabe fatal ir de culo con todo el tema del evento y los contratos editoriales que tengo entre manos, porque siento que no estoy aprovechando el tiempo para quedar con ella.

Dani se queda callado durante un minuto y no sabría decir cuál de las dos conductas de mis amigos me sorprende más.

—No siempre tenemos el tiempo necesario para compartir momentos con quienes nos importan —rompo el silencio, pero Dani parece no querer filosofar con este tema.

—A ver —inquiere, a la vez que se acomoda en la silla—, pero ¿te gusta?

Diego respira hondo antes de responder.

—Tiene algo especial.

—Especial —repite Dani, con vigor, y Diego asiente—. Vale, si te refieres a lo del cariño y eso, se nota. Aunque sabes perfectamente que lo que yo quiero saber es si también hay… química.

—Creo que es muy guapa, pero no tenemos esa chispa —confiesa Diego, finalmente, porque sabe que Dani no se dará por vencido hasta que le diga lo que quiere escuchar.

—¿Eso buscas ahora, cielo? —pregunto, para que la conversación anterior le explote en la cara—. ¿Química?

Sus preciosos ojos del color del mar se oscurecen, como si estuvieran conteniendo una tempestad al mirarme.

—Eso es lo que buscamos todos, rubia. Alguien que nos aporte la chispa necesaria para hacernos explotar en cualquier momento.

En la cena, además de temas amorosos —y sexuales, porque Dani puede llevar cualquier tema al terreno que le interesa—, hemos hablado de las relaciones familiares. Ha sido un momento difícil, porque ninguno de los tres tenemos la mejor familia del mundo, pero ¿quién la tiene? Hemos criticado a esas personas que alardean de lo bien que se llevan con sus parientes, cuando hacen poco más que quedar para celebrar los cumpleaños. ¿Eso es ser familia? ¿Qué lo define? Porque puedo asegurar que yo me he sentido más arropada entre Zipi y Zape que con personas que llevan mi propia sangre —ojalá pudiera eliminar a Luis de mi ADN, de hecho—, pero no voy a negar que, al final, he acabado bebiendo alguna cerveza, y eso ha hecho que terminase confesando que echo de menos a mi hermano. Porque es así. Echo de menos a aquel chico travieso que me guardaba los secretos a pesar de contarle a nuestros padres las trastadas que hacía; a esa persona con la que he compartido momentos tan importantes como mi primera vez, mis escapadas nocturnas —para las que me cubría las espaldas—; la complicidad y el apoyo cuando alguno de los dos la cagaba… Mis chicos me han hecho pensar que, quizá, esa sea una de las razones por las que estoy tan tensa últimamente, dado que está en juego mi trabajo en la empresa que debería estar gestionando yo y, por otro lado, porque me siento sola sin ese respaldo con el que no cuento desde hace tiempo.

No es que necesite a nadie para comerme el mundo o a quien se me ponga por delante, pero a veces…

Queda solo un día para el desfile y empiezo a sentir como si se estuviese creando una estampida dentro de mi estómago.

—Le falta algo… —Pienso en voz alta mientras las chicas me enseñan cómo está quedando la pasarela.

Quedan pocos detalles para que todo esté listo; muy pocos, pero me gustan las cosas bien hechas y, aunque está quedando precioso, siento que no es suficiente. Sé que es probable que sean imaginaciones mías, porque en todos los eventos y acciones que llevo a cabo siempre siento ese «vacío» que necesito llenar con la guinda mágica del pastel.

Las chicas se miran y una de ellas, al final, se atreve a tomar la palabra.

—Hemos hecho todo lo posible, Íngrid —dice, como si estuviera echándole algo en cara.

Junto las cejas y niego con la cabeza, con lo que provoco que mi coleta se mueva al compás de mis pensamientos. Hago un gesto con la mano para restarle importancia, me acerco a la estructura metálica y la examino con más detalle. Sé que todo ha quedado increíble y que la perfección reside en mi exigencia, sin embargo…

—¿Qué es lo que necesitas y no tienes? —pregunto en un susurro. Y, aunque todos saben que me mimetizo con los objetos que me rodean para entenderlos mejor, casi me alegro de que nadie me oiga.

—Si me lo permites… —Una voz dulce me saca de mis cavilaciones de golpe y giro sobre mis talones a toda velocidad—. Creo que tienes una idea. Puede que no sea firme del todo y la consideres solo intuición, pero en el fondo tienes claro lo que quieres.

—No lo tengo claro —suelto con el ceño fruncido. ¿Quién es este?

—Yo creo que sí.

Se acerca hasta colocarse a mi lado y, a pesar de que camina sin prestarme atención, mis ojos no dejan de seguir su silueta. Es alto, rubio y puedo distinguir sus músculos a través de la camiseta de manga corta, que promete ser de un tono pastel si se le quitan las manchas negras que la decoran. Tiene la frente perlada por el sudor y sus ojos brillan con intensidad.

En serio, ¿quién es este? Estoy a punto de preguntarle, pero la comisura de sus labios se curva y lo veo agacharse para apoyar las manos sobre la pasarela.

—Estás en ese momento en el que sabes lo que no, pero no lo que sí. —Sus antebrazos se hinchan por el gesto y ladea la cabeza en mi dirección—. Y me parece que puedo ayudarte.

—¿Puedes ayudarme? —pregunto, al tiempo que arqueo una ceja.

Él asiente y se queda callado durante un par de segundos, hasta que ve que separo los labios y habla de nuevo.

—Tengo lo que necesitas. —Suelto un bufido y pongo los ojos en blanco.

—Cuántas veces habré escuchado eso.

—Pues espero que la mayoría de ellas fueran tan ciertas como esta.

Lo observo atenta. No sé cómo lo ha hecho, pero tiene mi completa atención y eso es difícil de conseguir.

—Te escucho.

—Mejor te lo muestro. —Se pone de pie y me sonríe con amabilidad—. He guardado la… —comenta y finge buscar la palabra en su mente, como si no lo tuviera preparado— alfombra que cubrirá la pasarela bajo el templete, para que no se estropee.

Empieza a caminar y, cuando me doy cuenta de que estoy

siguiendo a un tipo que acaba de prometer que tiene algo que necesito —típico discurso que más de uno hemos escuchado alguna vez de alguien demasiado egocéntrico—, me detengo en seco.

—Espera un momento —digo y cruzo los brazos, a la vez que pongo mi mejor cara de pocos amigos.

Él aminora la marcha hasta detenerse y se da la vuelta para quedar frente a mí. En vistas de que no dice nada, pregunto:

—¿Quién demonios eres?

Sus labios sonrosados se elevan sensualmente y su respuesta, envuelta con toda la dulzura del mundo, contrasta con mi tono déspota.

—Soy Gonzalo. El hijo de Vicente.

29

Somos de las primeras en llegar a la entrada.

—Podría estar durmiendo un rato más, aprovechando que tengo fiesta este finde —se queja María cuando no conseguimos uno de los cien tiques para los churros.

—Y yo podría estar remoloneando entre las sábanas de cierto escritor…

Todas miramos a Eva con estupefacción.

—¿Has vuelto a quedar con él? —pregunta Paula, visiblemente sorprendida.

—Con razón te has levantado antes de las once… —María niega con la cabeza, sin ocultar su sonrisa.

—No he quedado con él. —Eva ignora el comentario de nuestra amiga—. Aunque tengo los datos del hotel donde se hospeda con otros autores y me propuso repetir nuestro encuentro.

—¿Piensas ir a visitarlo? —inquiero. Ella se encoge de hombros.

—Me parecía muy brusco dejar de hablarle por una mala experiencia.

—¿Este tío te comió el cuerpo o la cabeza? —pregunta María.

—Quizá debería darle una segunda oportunidad y hacer algo más de hincapié en los preliminares.

—Siempre puedes recomendarle que lea uno de sus propios libros antes —comento, y María estalla en carcajadas.

Mi prima agarra la mano de Eva.

—Por cómo te vi anteayer, creo que es mejor que no hagas el

intento. Forzar las relaciones no sirve de nada.

Las observo en silencio. Paula me comentó que había hablado con Simón para dejarle claro que él no era la persona que buscaba. No sé si nosotras hemos tenido algo que ver, pero me explicó que se lo estaba pasando muy bien estos días y que se había dado cuenta de que no podía estar amargándose por alguien que solo la hacía sufrir.

—En realidad me sirvió de mucho hablar con él, porque le saqué información sobre su próximo libro. —Eva sonríe con picardía y hace una pausa dramática—. Además, está hospedado en el hotel donde, casualmente, recogen los manuscritos.

A María le hacen chiribitas los ojos y veo que aprieta contra el pecho la bolsa que protege el suyo.

—Tenemos que ir.

—Yo no me voy de aquí sin chocolate —aseguro y me digo que de algo tiene que servir tener contactos.

Sara

Nos hemos quedado sin la mejor parte del día.

Dime que tienes otro tanque de chocolate escondido.

Diego

¿Cuántos sois y dónde estáis?

Sara

Cuatro. Todavía en la entrada, decidiendo si vamos a desayunar o no.

Diego

Dame quince minutos.

Diego viene a nuestro rescate con una bolsa de papel que esconde

chocolate y churros. Yo no puedo evitar abrazarlo, aunque haga peligrar la comida. Es tan encantador como me lo imaginaba, a pesar de que la expresión de María me indica que ella opina diferente; cuando se vieron por primera vez ya noté algo extraño, pero después del encontronazo que tuvieron en el local la otra noche, cuando ella se dispuso a «salvarme», creo que lo ha cruzado. De hecho, hasta se ha molestado cuando le he dicho que le he enviado un mensaje.

—Lo veo bastante pretencioso —ha asegurado.

—Tú también eres de lo más rimbombante a veces —he replicado mientras daba cuenta del desayuno gratis—. Sobre todo, a la hora de escoger según qué palabras en tus novelas.

Dado que ni Paula ni yo tenemos acreditación para asistir a las charlas y mesas redondas, Diego se ha asegurado de que eso no sea un problema.

—Os acompaño y entráis conmigo.

—Un gesto de lo más ético —desaprueba María.

—¿Prefieres que las deje fuera? —No me pasa desapercibido el deje de diversión en el tono de voz de Diego.

—Prefiero que te quedes tú fuera —masculla María, de forma apenas entendible.

—¿Cómo dices?

—Que por supuesto que no quiero que se queden fuera, he dicho —miente, y yo aguanto estoicamente las ganas de no reírme. ¿Es posible que mi amiga pueda ser adorable a la vez que impertinente?

Asistimos como público a la primera mesa, en la que hablan varios autores, *bookstagrammers*, *bloggers* y *booktubers*. Nunca había visto una parecida entre las que aparecen por las redes: en esta hay una caja que contiene tarjetas de colores, los participantes introducen la mano y sacan una. En función del color de la tarjeta, la presentadora lanza

una pregunta que puede ir desde lo personal hasta lo profesional, pasando por experiencias vividas y preguntas comprometidas. Todos cuentan con un comodín con el que pueden esquivar una pregunta y dirigirla a otra persona, sea participante de la mesa o miembro del público.

En una de las comprometidas, un chico ha reconocido que empezó en esto de reseñar libros para que las editoriales y los escritores le regalasen ejemplares. Aunque sé que no es algo disparatado, no he podido evitar mirar a María y ver en su gesto todo el esfuerzo que hay detrás de una historia. Imagino que es por la cantidad de gente que le pide libros gratis como si ella pudiera colaborar con la misma cantidad de personas que una editorial.

Al salir de la sala, hemos apuntado varios títulos de libros que queremos leer; como si tuviéramos que alimentar a nuestra interminable lista de lecturas pendientes. Eva sí ha comprado algún ejemplar, así que tiene más puntos para los sorteos. De momento, no nos ha tocado nada, pero que no sea por falta de papeletas. A fin de cuentas, todos los números participan en los sorteos y nunca se sabe en qué momento puede salir el tuyo.

—No sé cómo puedes estar sin subir fotos de todo esto a tus redes —comenta Eva mientras saca una a su nueva adquisición.

—Prefiero seguir en el anonimato, gracias.

—En realidad, puedes hacer fotos, sin necesidad de que salga tu cara, y subirlas después —dice Paula, móvil en mano.

—Eso es; hazlas abstractas —interviene María—. Tal y como le dijiste a tu amiguito editor que harías con la entrevista.

Chasqueo la lengua.

—Tenéis razón —coincido—. No hace falta que suba la foto inmediatamente, así que nadie sabrá dónde estoy.

—¿Piensas que todo el mundo es como el protagonista de *You*? —María hace una mueca.

—Querida, no estamos subiendo ninguna foto de todas juntas ni te hemos mencionado, por lo que nadie te reconocerá en nuestros perfiles.

Me pongo nerviosa al pensar en que sí, que pueden asociar ideas y saber que soy yo por estar con ellas. Ayer fui algo más optimista, pero hoy está abarrotado de gente.

Cuando entro en mi cuenta de Instagram, me aparece un mensaje diciendo que se me ha inhabilitado la cuenta. Vuelvo a probar porque no entiendo qué pasa.

—Em… Chicas… —titubeo y capto su atención. Les enseño el mensaje—. ¿Alguien me puede decir qué está pasando?

Rápidamente, las tres se ponen a buscarme en sus perfiles y las caras de asombro no me auguran buenas noticias.

Es Paula quien agarra mi teléfono y rompe el silencio del momento.

—Creo que sí —dice apesadumbrada—. Te han bloqueado la cuenta.

Me quedo tan en *shock* como cuando un escritor mata por sorpresa al personaje que me gusta. A veces me he quejado porque me agobio un poco con todo esto de sentir que tengo que subir contenido de forma constante, como si fuese una esclava de la red social, pero una cosa es querer tener tiempo para mí y otra quedarme sin cuenta.

—Tranquila, estas cosas a veces son un poco… —dice Eva, y busca la complicidad en los ojos de María.

—Son difíciles —responde ella—. Cuesta y tarda, pero seguro que la recuperas.

Me tiemblan las manos mientras todas me ayudan a seguir los

pasos que me indica Instagram.

—Pero ¿cómo ha podido pasar? —pregunta Paula—. Si no has hecho nada raro, ¿no?

—No. —Le entrego el teléfono a María, porque me he colapsado y no sé qué estoy haciendo—. En realidad, lo último sonado fue subir el sorteo.

Recuerdo los mensajes avisándome sobre el perfil que había duplicado mi cuenta y cómo no le di demasiada importancia porque… Un momento… ¡no puede ser!

—¿Creéis que es posible que hayan inhabilitado mi cuenta en lugar de la que hicieron para hacerse pasar por mí? —pregunto, a punto de empezar a morderme las uñas.

—Tiene toda la pinta, querida. Por eso yo me puse lo del verificado; para evitar estos problemas.

—No serías la primera persona a la que le pasa eso —comenta María, quien, tras dar un codazo a Eva, devuelve la vista a la pantalla de mi móvil—. Sin duda, es un error.

Observo la cara de concentración de mi amiga.

—Vale, entonces todavía tengo una oportunidad, ¿no?

—Por supuesto que la tienes. —Paula me acaricia el brazo—. Tranquila que la recuperarás.

Me sorprende la repentina ansiedad que me produce esta situación. Creo que se debe al hecho de perder todo el trabajo y tiempo que he invertido. ¿Cuándo y cómo se han convertido las redes sociales en algo de vital importancia?

Paula me sujeta por el brazo e intenta distraerme enumerando todo lo que vamos a hacer hoy.

Acudimos a un recital de poesía que han organizado en el templete del parque; mi prima me regala el libro que me falta de una saga;

presenciamos otra mesa de tertulia que está compuesta, casi en su totalidad, por autores de *thriller* y nos reímos mientras escuchamos las respuestas tan elaboradas y misteriosas que dan.

—Chicas —dice Eva, con la mirada en su móvil—, Pedro va a hacer una ponencia en el hotel donde están dentro de media hora.

Pedro es el escritor de Eva y, por la cara de tontaina que pone, no estoy segura de si ha cerrado ese capítulo por completo.

—¿No hace falta estar apuntada? —pregunto, y niega con la cabeza.

—En este la entrada es libre, aunque hay aforo limitado.

—Es la hora de comer. —María se da unas palmadas suaves en la barriga.

—Dice que hay cositas para picar.

—En ese caso, dile que allí estaremos para apoyarlo en lo que haga falta.

Eva nos explica que Pedro estuvo a punto de no venir, porque tenía a su hijo enfermo y todas la miramos como si se hubiera vuelto loca cuando nos confiesa que está casado. ¡Casado! María le dice lo idiota que es, pero de forma sutil —bueno, más suave de lo que lo haría normalmente—; Paula señala que ya tiene más motivos para alejarse, y yo le comento que, si fuera un *thriller,* esto acabaría como *La chica del tren*.

Cuando llegamos al hotel, encontramos a Diego en la puerta hablando con un par de empleados del personal de seguridad —que imagino que controlarán el aforo— y le explico que hemos venido a ver a Pedro y también lo que me ha pasado con la cuenta.

—Joder, Sara… —dice, con una mirada que es capaz de tocarte el alma—. No me daba buena espina lo de la cuenta falsa, pero no pensé que… —Se gira en dirección a mis amigas—. Bueno, tranquila,

tú sigue los pasos que te indiquen y yo intentaré averiguar si hay algo más que se pueda hacer para que la recuperes.

—Oye —le dice María, con chulería. Diego levanta las cejas y sonríe con malicia.

—Déjame adivinar —responde Diego, con diversión—. ¿Quieres una copa?

—¿Cómo dices? —pregunta María, perpleja.

—Tu tono. —La señala con la cabeza—. Supongo que has pensado que también hago de camarero después de lo de esta mañana, ¿no? —María resopla y yo no sé dónde meterme.

—Quería saber dónde se hacía la presentación —responde María, con arrogancia—, pero, para tu información, esa no es la forma con la que me dirijo a los camareros porque, entre otras cosas, también me dedico a eso.

—Qué interesante… —Diego sonríe socarrón y cruza los brazos a la altura del pecho—. Me pregunto, entonces, a qué se deberán tus formas de hablar.

—Yo no hablo de ninguna forma.

—Es verdad, lo tuyo es algo más parecido a un ladrido de perro.

—¿Tienes algún problema con los perros?

—Lo que pretendo saber es si tú tienes algún problema conmigo.

Miro alrededor y veo que Paula y Eva han desaparecido; qué listas. Mientras estos dos discuten sobre lo adorables que son los perros y que la actitud de María deja mucho que desear, yo encuentro un cartel que indica dónde tendrá lugar la ponencia. Por lo visto, cada sala está señalizada con el nombre de una novela conocida: *Moby Dick, La vuelta al mundo en ochenta días, Orgullo y prejuicio*…

—María, ahí lo pone. —La sujeto por el brazo—. ¿Por qué no nos vamos? —pregunto con voz ahogada.

Casi me veo obligada a tirar de ella para que se mueva. Mi amiga está apretando los labios con fuerza y sus ojos están fijos en Diego. Él, sin embargo, tiene una postura mucho más relajada y no deja de sonreír.

—Mil gracias, Diego. —Le lanzo un beso con la mano.

—De nada, preciosa. Y si queréis tomar algo… —añade—, id al restaurante del hotel y decidle al camarero que vais de mi parte. Eso sí, con buenas formas, por favor.

Me guiña un ojo y asiento mientras noto que María se tensa bajo mi mano. Cuando perdemos a Diego de vista, le arrojo la pregunta.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Que ese tío es un imbécil!

—¿Qué me estás contando, María? —Agito la cabeza con los ojos cerrados, para enfatizar mi confusión—. El otro día en el local no le sacabas los ojos de encima y ahora… ¡eso! ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Tanto te molestó lo que te dijo cuando saliste del baño? Has empezado tú con el tono ese feísimo con el que te has dirigido a él.

—Me sale así —responde ella, con la cabeza erguida cuando estamos a poca distancia de la sala donde nos esperan Paula y Eva.

—¿El ser idiota, dices? —Me aguanto la risa y ella me propina un codazo en las costillas.

—El ser rencorosa —matiza, antes de cruzar la puerta y dejarme con la palabra en la boca.

30

Eva se ha sentado casi en primera fila con Paula, y María y yo nos hemos quedado atrás, por eso de poder salir sin que se note en caso de necesidad. Además, aquí estamos más resguardadas de miradas indiscretas y podemos compartir los churros de María.

—Ahora entiendo que no sea bueno en los preliminares —me susurra mi amiga—. Se explica como el culo. Este, lo de mover la lengua… mal.

Le devuelvo el codazo en las costillas de antes y se le escapa una carcajada que hace que varias cabezas se vuelvan hacia nosotras.

—No se te puede sacar de casa —digo en el mismo tono de voz confidencial y empiezo a enumerar con los dedos—. Criticas a los autores que escriben escenas que no pueden hacer, te pones agresiva y te metes con mis amigos porque te gustan…

María ahoga un grito y nos ganamos otro puñado de miradas furiosas y algún siseo para que nos callemos; como el de Eva, que nos mira alucinada, aprieta los músculos de la cara y busca el móvil.

—A mí no me gusta tu amigo —asegura María, con brusquedad, antes de que el mensaje llegue a nuestro grupo de WhatsApp.

Eva

¿Podéis tener un poco de educación?

Esta charla es muy importante para Pedro porque su próximo libro no lo publicará con la editorial.

María y yo nos miramos alarmadas y comentamos varias teorías

que expliquen por qué Pedro podría no seguir con la editorial. Todas las de María tienen que ver con su incompetencia sexual; hoy está que se sale.

—Ahora, en serio, ¿por qué crees que no seguirá con ellos? —murmuro con curiosidad.

—Seguro que es porque se han dado cuenta de que no sabe hacer todo lo que pone en sus libros… —me responde, y me tapo la boca con la mano para evitar reírme.

Y así, con la risa a medio salir, noto que alguien se sienta a mi lado y me acuerdo de que nuestras cosas estaban ahí colocadas. ¿Quién se sienta en una silla ocupada? Claro que la sala está llena y no quedan muchos asientos disponibles.

Antes de que me gire para buscar nuestras bolsas, alguien las sitúa delante de mi cara.

—Gra… cias —titubeo, perpleja, porque casi no me da tiempo a apartarme.

—Vaya… Si la ladronzuela tiene educación. ¿Quién lo diría?

—No fastidies —resoplo—. ¿Tienes un pase VIP para estar en cualquier parte? —pregunto con tirantez y le entrego sus cosas a María antes de mirarlo. Las gafas de sol que lleva no me permiten ver la expresión de sus ojos.

—¿También pretendes robármelo? —pregunta con sorna—. Lo siento, pero me he puesto un sistema de alarma en el cuerpo por si acaso volvíamos a encontrarnos.

Niego con la cabeza. Definitivamente, no puedo con este chico. ¿No había otra charla a la que asistir que ha tenido que venir a esta? María se reclina en la silla y asoma la cabeza por detrás de mí.

—¿Te han echado de algún lado por ser borde? —pregunta ella, divertida—. Dímelo para no ir, porque te aseguro que yo te gano con

creces en ese terreno.

—Dos contra uno. —Alan sonríe—. ¿Te has buscado refuerzos, ladronzuela?

Se recuesta contra su asiento e introduce las manos dentro de los bolsillos de su pantalón blanco. La camiseta es del mismo color, coronada por una camisa tejana abierta. Pese a que sigo sin encontrarle la lógica a su forma de combinar la ropa, confieso que el tono resalta el moreno de su piel. Alan tiene ese «algo» que rezuma autocontrol y poder.

—Claro que… —Se gira hacia mí y baja despacio las gafas por el puente de la nariz, para que pueda ver el regocijo en los matices de sus ojos terrosos—. No sé por qué me sorprende que hagas trampas.

—Creo que vosotros dos estáis bastante entretenidos. —María agarra su bolso y se incorpora—. A mí me habían prometido comida, pero no la veo, así que… me voy al bar. Os agradezco que os quedéis como apoyo emocional a Pedro. —Se lleva la mano al pecho y finge estar emocionada—. Por favor, decidle de mi parte que ha sido un discurso precioso.

—¿Qué discurso? —Parpadeo varias veces—. Si está explicando anécdotas de su libro.

—Un discurso precioso —repite María y se aleja de nosotros sin mirar atrás.

Perfecto. Ahora me quedo con el simpático este al lado y no sé qué decir. Me centro en las palabras que resuenan por la sala y me doy cuenta de lo aburrida que es su explicación. Intento controlarlo, pero se me escapa un bostezo.

—Imagino que estás prestando atención para luego poder criticarlo en tus redes sociales, ¿no? —La frase de Alan despierta mi interés de inmediato. Por un lado, me sorprende la acusación y, por

otro, la pregunta me recuerda que, en este momento, no dispongo de mi red social por excelencia.

—¿Por qué lo iba a criticar?

—Porque a eso os dedicáis las personas como tú —responde, sin apartar la mirada de Pedro. Puedo distinguir la rigidez de los músculos de su pecho, a través de la zona expuesta en la parte superior de la ropa—. A criticar a los demás y a romperles las ilusiones.

Ahora sí me mira.

Se quita las gafas de sol y las cuelga en el cuello de su camiseta. Sus ojos me traspasan, como si se trataran de balas que intentan matarme por algún crimen cometido en el pasado o por una vida que desconozco haber disfrutado.

—Lo siento, pero no te entiendo.

—Me refiero a todas esas reseñas y críticas destructivas que hacéis sin pensar en las consecuencias. —Tiene una expresión tan firme que dudo de si está respirando o si lo ha dicho de forma automática, como si fuera una grabación—. A eso me refiero. A que os creéis dioses jugando a ser críticos literarios que se dedican a joder a diestro y siniestro, sin pensar que hay una persona detrás de todo eso.

Ha levantado la voz y una mujer nos mira horrorizada. Yo estoy igual, a pesar de que no sé qué parte de la conversación habrá escuchado la señora, porque compone un gesto como si estuviésemos en los años cincuenta y yo acabase de engañar a mi marido y lo hubiera abandonado con cuatro hijos menores de diez años.

Lo peor de todo esto es que Alan me está culpando de algo que yo no predico, porque no soporto las reseñas destructivas. Pero, que dé

por hecho que soy de ese tipo de persona, me cabrea de una forma irracional.

—Mira, chaval… —digo, sin pensar—. No sé de qué va todo este numerito acusatorio, pero no. Se nota que no conoces mi trabajo en redes sociales ni a mí, porque yo no me dedico a hundir los sueños de nadie.

—No me creo que nunca hayas hecho una crítica dañina a nadie —repite la última palabra con retintín, como si fuera algo imposible.

—Pues no te lo creas —respondo, con agresividad—, me importa bien poco. Porque si me conocieras un mínimo sabrías que no puedo con eso ni con crearse expectativas al leer a un autor y luego decir que «no es lo que esperaba». Como si un escritor tuviera que gustar a todo el mundo. —Resoplo y me acomodo en la silla—. Y ya que has empezado atacándome, vas a escuchar mi opinión. Para mí, cada libro es una nueva historia y debe ser valorada por sí misma, teniendo en cuenta que hay alguien con sentimientos detrás, por muy Alice Kellen, Juan Gómez-Jurado o Dolores Redondo que te llames. Como todos tenemos sentimientos, hay que respetarlos y cuidarlos; sin dorar la píldora a nadie, eso está claro, pero evitando que el autor se encierre en un baño a llorar y deje de escribir. Porque jugar a destrozar los sueños de los demás es eso: hacer que dejen de perseguirlos. Y no creo que sea lo que nadie pretende. —Alan me observa en silencio y yo, que me he venido arriba, sigo hablando—. Y como el que está criticando eres tú, espero que tengas en cuenta que la gente como yo también dedicamos nuestro tiempo a todo esto: leemos un libro, lo analizamos, hacemos fotos o vídeos que consideramos adecuados y lo publicitamos desde nuestra ventana *online*. Y la mayoría lo hacemos sin cobrar por ello.

Alan me mira sin pestañear, como si estuviera asimilando la

verborrea que acabo de soltar. Sus ojos me hechizan, pero no voy a permitir que me tache de algo que no soy. Antes de adentrarme en Bookstagram ya respetaba a los autores; sin embargo, puede que ahora que conozco a María vea de otra manera todo el proceso: las horas de dedicación, la inversión económica, la ilusión, la desesperación cuando le dan los bajones por el síndrome del impostor o cuando ha encontrado su libro en digital en una página pirata y piensa en todo el trabajo que hace para nada…

Me viene a la mente que Alan escribió un libro hace algunos años —lo sé, porque Eva lo tiene y se lo ha leído varias veces— y supongo que piensa que no todo el mundo valora el esfuerzo que hay detrás de escribir.

—Menudo vómito de honestidad —contesta con sorna, y vuelve a centrar su atención en la mesa del fondo, donde está Pedro.

—La honestidad también se enseña como parte de la educación. Deberías saberlo ya que me acusas de carecer de ella.

—Una cosa no quita la otra, ladronzuela. —Sonríe, el muy canalla —. Una cosa no quita la otra.

El público empieza a aplaudir y me da la impresión de que la tertulia está llegando a su fin, por lo que aprovecho para levantarme a toda prisa e ir en busca de María. Solo espero que no haya atracado el bar en nombre de Diego, que es muy capaz.

Pero no. Llego a la zona de la barra y ni rastro de mi amiga. Saco el móvil para enviarle un mensaje y me encuentro con uno que Diego me ha enviado hace un rato.

Diego

Sara, te paso por mail algunos formularios que he encontrado por Internet para recuperar la cuenta de Instagram.

Si necesitas algo, estaré en el punto de recogida de manuscritos.

Entro en Instagram. Me aparece un mensaje indicando que me la inhabilitan por suplantación de identidad y que, en caso de error, puedo reclamar. ¡¿En caso de error?!

Sara

¡Mil gracias! No sé dónde está la recogida de manuscritos…

Diego

No hay de qué. Estamos en la tercera planta.

Tu amiga María está por aquí…

Y ya ha dejado claro que, aunque quiere trabajar con nosotros, no lo hará conmigo.

¡Madre mía! ¿Qué habrá hecho esta mujer?

Salgo volando hacia el recibidor y llamo al ascensor mientras cumplimento el formulario y, para cuando entro al ascensor, ya solo me queda hacer la foto del DNI. Me apresuro a enviar el correo porque la batería de mi teléfono amenaza con acabarse.

Pulso el botón del tercer piso y reviso mi imagen en el espejo. Soy capaz de leer en mi rostro la preocupación que me causa la situación que se debe de estar dando entre María y Diego. No estoy de humor para recoger vísceras del suelo.

No dejo de mover los pies de un lado mientras mantengo la mirada fija en el aviso lumínico que me indica que pasamos de la planta 1 a la 2 y de la 2 a… A mantenerse en el 2. El ascensor se detiene a medio camino. ¿Por qué se detiene?

Empiezo a pulsar el botón del tres con desesperación. No puede ser.

A pesar de que no sufro de claustrofobia, estar sola en un ascensor no es el mayor sueño de mi vida. Además, es muy fácil decir eso de «No pasa nada»; lo complicado es que los nervios te permitan respirar con normalidad y que no te produzcan un aumento de cortisol al verte atrapada. ¿Así es como se sentía Geppetto dentro de la ballena? «Maravillosa comparación, Sara».

Pulso la campanita de llamada de emergencia varias veces, pero el sonido es menos estridente de lo que esperaba y nadie responde al otro lado. Intento llamar a Diego por teléfono, pero no me da línea. ¿Sin cobertura? Genial. Pruebo a enviarle un wasap por si lo recibe en algún momento.

Definitivamente, hoy no es mi día.

Por si fuera poco, la voz en *off* de mi cabeza añade dramatismo a la situación con un «Vas a morir aquí», que intento contrarrestar al pensar que en algún momento alguien tendrá que darse cuenta de que uno de los cuatro ascensores no funciona. Apoyo la espalda en la pared y me dejo caer, poco a poco, hasta sentarme en el suelo.

Han pasado solo dos minutos —que a mí me parecen toda una vida— cuando escucho golpes al otro lado de la puerta metálica y me pongo a gritar.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¡Estoy encerrada!

Los golpes cesan de repente y presto atención a la voz lejana y deformada por el grosor de las puertas que hacen de separación.

—¿Estás bien?

—Sí… Esto no se caerá, ¿verdad? —Por favor, que no se caiga. Juro que empezaré a hacer ejercicio y subiré todas las escaleras que pueda a partir de ahora.

—¿Has pulsado el botón?

—Sí, claro.

—Entonces tranquila, que está todo controlado.

Y respiro hondo, como si esa mentira pudiera calmar parte de mi nerviosismo.

31

—¿Sigues ahí? —pregunto tras un par de segundos en silencio.

—Sí. Estoy haciendo guardia, por si a alguien se le ocurre encerrarse en el ascensor. Así aviso de que este ya está ocupado.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso. No te habrán contratado para animar el evento, ¿verdad?

—Vaya, ¿así reaccionas con la única persona que está pendiente de que al ascensor no le pase nada?

—Perdona… —Me paso la mano por el pelo con nerviosismo—. Tienes razón. ¿Te importaría quedarte a hacerme compañía? Es decir, si no tienes otra cosa más importante que hacer que estar hablando al otro lado de un ascensor.

El silencio se instala en el ambiente y yo vuelvo a pulsar el botón de la alarma. Es increíble lo rápido que empiezo a pensar en películas de miedo cuando no escucho ningún sonido a mi alrededor. No sé si prefiero esta situación o los pasillos, solo digo eso.

—¿Hola? —pregunto cuando mi cabeza va ya por la tercera película de apocalipsis mundial en la que yo soy la única superviviente gracias a este maldito ascensor—. Vaya… No me ha dado tiempo a asustarlo y ya se ha ido.

—Estoy aquí —dice, con un toque de humor.

—¡Lo de asustarte era broma! —exclamo, y me pongo de pie en el acto. Me consuela que haya alguien al otro lado, pero empiezo a agobiarme de estar aquí dentro. Las palabras emergen de mi

garganta, sin apenas darme tiempo a respirar—. No voy por ahí asustando a la gente ni nada de eso. En realidad soy bastante inofensiva. Salvo que te aterrorice la gente que lee; entonces sí que deberías tenerme miedo. La parte positiva es que puedo explicarte alguna historia mientras esperamos.

—Se supone que tiene obligación de entretener quien se queda a hacer compañía —apunta la voz con un deje cómico—; por eso de que no entres en pánico al estar ahí dentro.

—Ay, es verdad. —Aprieto los labios y miro a mi solitario alrededor—. Entonces, ¿quieres ser tú quien cuente la historia?

Se ríe. Y me resulta de lo más curioso porque, pese a que no lo oigo con nitidez, juraría que aprecio la ternura en su voz a través de la puerta. Me llama la atención, porque tengo la impresión de que, de normal, no nos detenemos a analizar el tono con el que hablamos o nos hablan. Y me doy cuenta de que, detrás de algo tan sencillo, se esconde un mundo entero que puede acercarnos o alejarnos de las personas que nos rodean.

—¿Qué género predomina en lo que lees?

—Género… Déjame pensar. —Ladeo la cabeza y pienso en algunas de las lecturas de este año, que no son pocas—. Me gusta mucho la novela romántica, pero también la comedia romántica, la erótica…

—Me aburro —interrumpe él.

—Si me hubieras dejado terminar, sabrías que también me gusta el *thriller* y que adoro la fantasía.

—Vaya, qué información más apasionante me estaba perdiendo.

—Es que hay información que solo se conoce en secretos de confesión.

—No sé si esto podría pasar por confesionario. —Escucho cómo rasca en la puerta—. No veo las rejillas esas. ¿Quién me asegura que

estás ahí dentro sola?

—Créeme. Estoy sola —respondo, y hago una mueca aunque no me vea—. Si no lo estuviera, la situación no sería la misma. Además, se me acaba de morir el móvil por falta de batería.

—Así que intentas hacerme creer que esto es un confesionario para luchar contra tu aburrimiento y soledad.

—Bueno, teniendo en cuenta que me encuentro encerrada en un lugar demasiado pequeño, que estoy consumiendo todo el aire disponible para mantener esta conversación y que no sé quién eres, creo que sí, es un confesionario.

—No me acaba de convencer.

—¿No te he dado pena con lo de la falta de aire?

—En absoluto.

—¿Ni con haberme quedado encerrada aquí y estar perdiéndome mi primer evento literario?

—Ahora sí empiezas a darme algo de pena. —Hace una pausa y estoy a punto de volver a preguntar si sigue ahí cuando empieza a hablar—. Vamos a hacer un trato.

—¿Un trato a ciegas?

—¿Tienes miedo?

—Ni miedo ni nada que perder ahora mismo. Salvo el aire, claro.

—Perfecto —responde, con firmeza—. Respira todo el que puedas, entonces. Como tienes ganas de confesar, vamos a intercambiar confidencias.

—¿Eso quiere decir que yo revelo algo y tú harás una declaración después?

—Vaya, ¡qué buen inicio! —grita, con sorna—. He descubierto que eres inteligente. —Hago otra mueca y pongo los ojos en blanco—. Empiezas tú, lógicamente, porque la idea es tuya —dice con

caballerosidad—. Yo solo amoldo el juego. Y, descuida, esto quedará en el más absoluto de los secretos. Puedes confiar en mí; no estoy cruzando los dedos.

Se me escapa una sonrisa al pensar que puede que lo esté haciendo.

—Bien. Tendrá que ser una confesión tan personal como la que haga yo.

—Dispara.

Reina el silencio durante unos segundos y me pregunto si es normal que tarden tanto en sacarme de aquí. Al menos, la espera no parece tan agonizante como creía.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo contra la pared. A veces, las mejores confesiones se hacen cuando no sabes con quién estás hablando; cuando la otra persona va a aportar una perspectiva totalmente objetiva a tu vida, porque nada la une a ti. Además, siempre es mejor esto que hacerlo en un *Gran Hermano*, con toda la audiencia mirándote.

Con esa idea en mente, decido liberar el pinchazo de culpabilidad que todavía me remueve por dentro. Aunque la voz se me adelanta al hablar.

—¿Sigues ahí?

—Muy gracioso. —Saco la lengua en dirección a la puerta—. Ahí voy. Tengo… Tenía una especie de relación con mi mejor amigo de toda la vida. Me lo paso bien con él y, bueno, tampoco he tenido tiempo ni ganas de buscar nada más, porque ya me iba bien así. La cosa es que le he dejado claro, en varias ocasiones, que lo nuestro no irá más allá. La última fue antes de venir aquí, y ahora… ahora no sé cómo actuar con él.

En estos días, he intercambiado un par de wasaps con Gonzalo,

pero yo misma he notado un poco de distancia entre nosotros. Y tengo que confesar que me vienen a la cabeza imágenes de tantos momentos que ya no se van a repetir que me da pena.

—Por lo que interpreto, esa forma de vida te aporta muchas cosas, comodidad entre ellas, pero tu mente ha cambiado de planes.

—Eso es.

—¿Qué te preocupa de lo que pase ahora?

—Tengo miedo a que se aleje por completo y perderlo —confieso con voz temblorosa—. Sigue siendo mi mejor amigo.

—Quizá él tenía la esperanza de que cambiaras de opinión.

—Y he cambiado de opinión.

—Ya. El tema es que las consecuencias siempre van acordes con el lado de la balanza que inclinas.

Medito esa frase y en las consecuencias, tanto para Gonzalo como para mí. Sé que ambos perdemos, pero no puedo mantener algo por interés si sé que, con ello, voy a hacer daño a alguien a quien quiero y aprecio. Además, me estoy engañando a mí misma y no quiero hacerlo.

Pulso una vez más el botón de alarma y, cuando una voz habla desde el otro lado del interfono, me apresuro a explicarle que se ha parado el ascensor.

—Disculpe. Ha habido un fallo técnico —explican desde el altavoz.

—Vale, gracias… —respondo, porque no hay nada más que pueda añadir. Dudo de que desde la empresa cubran la asistencia psicológica en caso de que alguien la necesite por estar aquí… ¿cuánto? ¿quince minutos? ¿media hora? En cuanto veo que la puerta se empieza a abrir y el agujero es lo suficientemente grande para que toda yo quepa por él, me lanzo hacia el exterior para formar parte de él, con el mismo ímpetu que *La Sirenita*.

Me tiemblan las manos. El mal trago ha desaparecido, como si hubiera roto una maldición al sincerarme con «una confesión verdadera». ¿A quién le he explicado mi vida? Miro en derredor, pero no parece haber muchos candidatos.

Un señor de mediana edad me observa a pocos pasos de distancia, como si mi cara fuera un espectáculo más interesante que mirar las obras de la calle, pero algo me dice que no es la persona con la que he estado hablando. Pese a lo distorsionada que sonaba la voz, parecía la de alguien más joven. «Era evidente que no se quedaría ahí para darte un abrazo». Chasqueo la lengua, porque en el fondo sé que hubiera sido bonito. Avanzo y, sin querer, doy una patada a un objeto que se encuentra en el suelo. Se trata de un aparato negro, con una nota.

«Devolver a recepción una vez recargada la batería y pasado el mal trago».

Me quedo con la boca abierta. ¿Una batería externa de móvil? Esto es increíble. Habría que hacerles un monumento a las personas previsoras y altruistas.

—Eso lo ha dejado ahí el chico que se ha ido corriendo —indica el señor, con voz un tanto apagada, mientras señala mi mano con su bastón marrón—. Tenía prisa el muchacho.

Le sonrío. Al menos, he descartado por completo que se tratase de él.

32

—¡El número treinta y ocho!

La voz proviene del Templete del Parque, donde se está realizando uno de los sorteos. Eva empieza a gritar cuando descubre que coincide con el de su papeleta y se lanza hacia el gentío, hasta desaparecer en medio de toda la marabunta.

—Allí va una valiente que no teme enfrentarse a las masas —dramatiza María, con la mirada fija en nuestra amiga, y le doy un codazo—. Fíjate, no le da miedo avanzar entre la gente y que la reconozcan.

—Muy sutil, tu puñal.

—¿Crees que la pararán para hacerse más fotos? —pregunta con sorna, ignorando mi comentario.

Me encojo de hombros.

—Supongo que ella es feliz así.

—Sí, la fama le da vida.

—Y eso es algo que no tenemos en común. Tu comentario no servirá para que me convierta en un personaje público.

—Dios me libre de hacer que mi amiga sea famosa. —María abre los ojos tanto como puede y se coloca una mano sobre el pecho, para dar énfasis a su burla.

Yo niego con la cabeza. Al contrario que Eva, nunca he pretendido llamar la atención.

—Puede parecer absurdo, pero me gusta mi anonimato y poder hacer lo que me dé la gana sin que nadie repare en mí.

—No te rayes, prima. —Paula me da un abrazo—. Estoy segura de que, algún día, te quitarás la vergüenza y dejarás que todos sepan quién eres.

—Lo dudo.

—Les vas a encantar.

—Yo espero que no lo haga. —Ambas nos giramos hacia María, que sigue con la mirada fija en algún punto en medio de la multitud —. Menuda mierda si mi amiga deja de ser «La Vecina Rubia literaria».

—Eres idiota.

—Y me adoras por ello.

—No estés tan segura…

—De lo que no estoy segura es de que nos hayas explicado la verdad sobre tu momento en el ascensor —me azuza mi amiga mientras seguimos avanzando por las casetas—. No me creo que haya habido un fallo. Eso es demasiado gafe… ¿Seguro que no había nadie contigo? ¿Nada que sea digno de mencionar en una historia?

—Ya os he explicado que mi única compañía ha sido el chico de fuera y la del señor mayor cuando he salido.

—A mí me parece superbonito que te haya dejado la batería portátil —dice Paula, con los ojos centelleantes.

—Pues yo creo que es bastante estúpido —replica la escritora, a la vez que elige un libro de uno de los puestos para ojear la contracubierta—. ¿Por qué la gente hace *spoilers* en las sinopsis?

—Estúpido ¿por qué? —inquiero, a pesar de su cambio de tema.

—Pues porque no sabe quién eres ni si se lo vas a devolver.

—Al menos no me ha tomado por una ladrona, lo que es de agradecer en vista de los últimos acontecimientos.

—¿Al final has dejado el manuscrito en el hotel? —pregunta Paula

a mi amiga, y agradezco el giro de la conversación para quitarme al egocéntrico de Alan de la cabeza—. Te hemos perdido totalmente la pista ahí dentro.

María suelta un bufido.

—Resulta que no es tan fácil como lo pintan. Para dejar el manuscrito tienes que entregarlo en un sobre cerrado, junto a una plica con tu nombre, rellenar un cuestionario por duplicado y no sé cuántos rollos más.

—Pues hazlo —la insto.

—¿Quién ha dicho que no lo haya hecho?

Enarco una ceja al tiempo que mi teléfono me avisa de que me están llamando. Bendito chico del ascensor por dejarme el cargador.

—¡Hola, Diego! —Asiento con la cabeza varias veces—. Sí… No, todavía no hemos empezado con la búsqueda… En la caseta veintitrés. Vale, te esperamos. —Me giro a tiempo para ver que María pone los ojos en blanco—. Genial. ¡Hasta ahora!

—¿Se puede saber por qué le invitas a venir con nosotras sin preguntar?

—¿Se puede saber cuándo te has convertido en el enanito Gruñón?

—¿Y tú eres mi Blancanieves?

—Lo que me gustaría saber es por qué has convertido a Diego en el ogro de tu cuento.

María niega con la cabeza y se separa de mí unos pasos cuando el susodicho aparece corriendo hacia nosotras. Menudo espectáculo.

—Vale —dice entre jadeos—. No puedo daros mucha información, entre otras cosas porque no dispongo de ella, pero…

—Qué poca ética tienes, hijo mío —murmura María, antes de apartar la mirada de mi amigo. Diego se gira hacia ella y ambos nos la quedamos mirando. ¿Qué demonios le pasa?

—Pero —repite y pone énfasis en la palabra, sin dejar de mirar a María, que lo evita a toda costa— tenéis que rebuscar por los rincones del parque para encontrar las pistas que os lleven al premio.

—¿Y si no lo encontramos? —inquiero—. Esto es enorme y es posible que sea como buscar una aguja en un pajar.

—Tonterías. Cuando tengáis alguna pista, la lleváis al Palacio de Cristal y allí harán el recuento de lo que habéis obtenido. Siguiendo las indicaciones y resolviendo los acertijos podéis encontrar el objeto final. Si nadie lo hace, la persona ganadora será quien encuentre más pistas —explica, y lo observo mientras asimilo toda la información —. Estaba en las bases, pero he pedido que lo suban a *stories* por si alguien no es de leer la letra pequeña y…

—¿Hay un objeto final? —interrumpe María, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vale, eso sí que es información confidencial —reconoce Diego, y le lanza una sonrisa canalla a mi amiga.

—¿De qué se trata? —pregunta mi prima, a la vez que da un par de saltitos por la emoción.

—Eso no puedo decirlo. —Se encoge de hombros—. Ya sabéis, la ética y esas historias…

No me pasa desapercibido el duelo de miradas entre él y María. Mi amiga dispara rayos calcinadores por los ojos, pero Diego continúa con una sonrisa de lo más provocadora. Inspiro profundamente y suelto el aire de golpe.

—Espero que valga la pena.

—Todo lo que hago lo vale y lo sabes, preciosa.

—Estirado, desaprensivo y pedante. Lo tienes todo, papi —se burla María, en voz baja, al pasar por delante de Diego, para alejarse de nosotros unos metros.

—Perdona, Diego. No es su día…

—¿Estás segura de que tiene algún día? —La pregunta consigue que María se gire hacia él y se encuentre con una sonrisa ladeada.

—Claro que es mi día —espeta, como si sus palabras fueran dardos —. Es solo que no me gusta fingir cordialidad con las personas arrogantes y vendehúmos. La que no tiene el día es ella, que se ha quedado encerrada en un ascensor. —Elevo las cejas porque me sorprende que haya sacado ese dato.

—¿Eras tú? —Diego me mira con demasiado interés—. Qué interesante…

—Sí, muchísimo. Ahora María tiene más información para escribir un libro sobre torpes. Si es que no la mato antes para darle ideas para un *thriller*, claro.

—No te preocupes, preciosa. Nos podría haber pasado a cualquiera.

—A mí seguro que no —suelta María—. Porque voy por la escalera.

—¿Para hacer ejercicio o por claustrofobia?

—Para evitar compartir espacio con personas con las que no quiero estar. —Su sonrisa es más falsa que la nariz de Voldemort. Diego eleva una de sus cejas y, para mi sorpresa, vuelve a sonreír. Empiezo a pensar que es masoquista.

—Entonces deberás tener cuidado con los lugares a los que acudes mientras estés en mi evento… Ariel. —Me cubro la boca con las manos, para que no se me escape la risa por la cara descompuesta que se le queda a mi amiga mientras Diego se aleja de nosotras con mucha elegancia. Al final va a tener razón con el apodo, porque consigue dejarla sin palabras.

—Pero… —Paula se acerca a mí y sigue a mi amigo con los ojos—.

¿Ese no es el nombre de la protagonista de *La sirenita*?

—Sí —confirmo, y me muerdo el labio inferior, porque María sigue sin reaccionar.

—Em… Es una sirena pelirroja —comenta Paula, y mira a mi amiga como si fuera evidente que ella no reúne ninguna de esas dos cualidades.

—No lo dice por el físico.

—Menudo imbécil… —masculla María, y estallo en una carcajada.

—Pero ¿qué te pasa con…?

—Que es un mentiroso —espeta mi amiga, y corta la pregunta de mi prima. Tanto Paula como yo la observamos con interés.

Estoy a punto de profundizar en el tema cuando Eva llega hasta nosotras con un sobre en la mano y una sonrisa.

—¡A Pedro le va a encantar esto! —comenta, ilusionada, después de explicarnos que ha ganado un *pack* de ilustraciones personalizadas que puede cambiar por la creación de una cubierta en caso de ser escritor—. Ha tenido algún problema con la editorial porque no le gustó la cubierta con la que sacaron el libro anterior, pero esto le irá superbién para el próximo.

Observo de reojo la inexpresiva cara de María. ¿Por qué no ha sido ella la primera opción de Eva, sabiendo cuánto lo necesita? Todas conocemos su situación económica y que no siempre se puede permitir el lujo de destinar los ahorros en todo el proceso que requiere convertir sus manuscritos en ejemplares para la venta. Claro que nadie puede obligarla a dárselo a ella. Al fin y al cabo, puede hacer lo que quiera con el premio y eso me lleva a pensar cuán diferente funciona la mente de cada persona y que no todos tenemos las mismas prioridades.

Paula, como siempre, se las ingenia para centrar la atención en

otras cosas cuando nota cierta tensión en el ambiente.

—¿Empezamos a buscar pistas?

—Queridas, ¿qué es lo que estamos buscando exactamente?

—Esto es como el amor, Eva —responde María—. Si supiéramos con seguridad lo que buscamos, sería mucho más fácil de encontrar.

—¿Estás insinuando que me busque un psicólogo?

—Me parece una decisión muy inteligente —apunta mi prima, con inocencia—. En realidad, creo que todo el mundo pasa alguna vez por momentos en los que debería acudir y…

—Creo que es mejor que nos separemos —interrumpe María, con seriedad, y no sé si se debe al hecho de que Eva no haya contado con ella, al encuentro con Diego o a todo junto—. Si queremos conseguir el premio, podemos ir recopilando pistas y enviarnos la información por WhatsApp. A ver si entre todas…

—¡Me parece una idea genial! —señala Paula, y mira en mi dirección—. ¿Te encargas de crear un grupo?

Confirmo con un movimiento de cabeza y agradezco que mi móvil ya esté cargado al 15% de batería. Tengo que comprarme un cacharro de estos cuanto antes.

Justo en ese momento, veo un sobre amarillo entre unos arbustos. Me acerco para hacerme con él y descubro la palabra «pista» escrita en negro. Me giro rápidamente:

—¡Chic…! —Dejo la frase sin terminar, al ver que ya se han esfumado.

¿Desde cuándo tienen la capacidad de teletransportarse? Aunque, con la cantidad de gente que hay a mi alrededor, no me sorprende que no las haya escuchado marcharse.

Abro la solapa del sobre y leo el mensaje que contiene: «¿Serás capaz de verlo todo?».

Levanto la cabeza y observo mi entorno con la mirada: hectáreas y hectáreas de parque, gente que va de aquí para allá buscando, encontrando, comprando o, simplemente, paseando… La decoración tampoco pasa desapercibida por su originalidad y hay varias personas frente a una escultura, que parece hecha de papel de periódico reciclado, vestida con ropa del estilo de Katana. Lo estoy viendo todo, pero sé que para la pista no es suficiente. ¿Qué debo ser capaz de ver? ¿Cómo podría ver todavía más que ahora?

Reprimo una exclamación cuando un viejo recuerdo acude a mi mente.

«Bingo».

33

Camino con la determinación de quien sabe adónde va, a pesar de no conocer el camino. He recordado que, en uno de mis viajes a Madrid, Pablo —mi primera vez— me habló de la existencia de un mirador secreto dentro del Parque del Retiro. No era un lugar muy conocido entonces, pero él siempre había sido fan de la historia y me indicó que lo escondieron bajo el monumento que se había construido en memoria a Alfonso XII, concretamente, dentro de la torre. ¿Qué mejores vistas se pueden tener de todo el parque y de Madrid?

Espero que la intuición no me falle y me dirijo hacia el mirador con la esperanza de poder subir. Normalmente, hay que reservar plaza para entrar y existe un horario limitado, pero no me sorprende en absoluto que la organización del evento haya conseguido acceso libre y sin guía para los asistentes. Lo que sí me sorprende es que apenas hay gente por la zona. ¿Será posible que nadie haya encontrado una pista como la mía? ¿Qué pondrá en las demás? Aunque es posible que cada uno interprete las notas a su manera y no todo el mundo tiene que conocer este lugar… Lo bueno de eso es que puedo entrar sin ser vista.

Me siento como una ninja ascendiendo por la escalinata que está en la plaza del estanque, pero el encanto se rompe cuando veo todos los peldaños que tengo que subir. Vale, recuerdo que he prometido usar más la escalera en lugar del ascensor, pero casi cien escalones son demasiado. Llego al final con la respiración entrecortada, pero

me centro en los cuatro ventanales que rodean el mirador. Recreo la vista con la imagen del estanque y el *skyline* de Madrid. Impresionante. Sonrío al pensar en la cantidad de veces que los esfuerzos merecen la pena y que los resultados de nuestras acciones arriesgadas nos aportan regalos increíbles como este preciso momento.

—Esto es espectacular… —susurro, con la mirada fija en la estampa que se ve a través del cristal mientras avanzo unos pasos por el camino delimitado para moverse aquí dentro.

—Y que lo digas.

Reprimo un grito y me doy la vuelta al escuchar una voz tan cálida como conocida.

—¿Qué haces tú aquí? —Tengo la mano encima del pecho y puedo sentir cómo mi corazón se ha acelerado más que un coche de carreras en una competición—. Voy a empezar a pensar que lo del pase VIP es en serio; eso o que eres una especie de dios omnipresente.

Alan se acerca hacia donde estoy, sin ocultar su sonrisa pretenciosa.

—Eso de que me compares con un dios… —murmura, al llegar a mi lado—. Me parece de lo más sugerente, ladronzuela.

—¿Puedes dejar de llamarme así? —pregunto con voz aguda, y doy un paso hacia atrás al sentir que está demasiado cerca—. Creo que ya ha quedado claro que no he secuestrado tu libro.

—Tampoco me lo has devuelto todavía. —Se apoya contra la pared y mete las manos en los bolsillos. La luz exterior baña su pelo castaño y creo apreciar alguna hebra dorada. O, quizá, es mi imaginación, que está empezando a darle un aspecto más angelical al demonio que tengo delante—. ¿Te cuesta llevarlo a la cafetería o es

que te gusta perseguirme para que te lo pida?

—¿Cómo eres tan engreído? —Niego con la cabeza y, cuando paso por su lado, me centro en pensar que he venido a encontrar el objeto escondido en el parque—. No estoy aquí por ti.

—Vaya… Nunca estás en ningún lugar por mí, pero apareces en todos los sitios donde estoy o voy a ir —espeta y me sigue de cerca —. No sé cómo te lo montas, encanto.

Cierro los labios con fuerza; me giro para encararlo y me descoloca encontrarlo a pocos centímetros de distancia.

—Diego me ha explicado que no enseñas la cara en Instagram —dice, sin apartar su mirada castaña de la mía—. ¿Por qué?

—¿A ti qué más te da?

Él se encoge de hombros.

—Me parece bastante curioso que estés en un sitio como este, lleno de gente, pero te dé miedo la pantalla.

—No quiero hacer el ridículo —respondo sin pensar.

—El ridículo solamente existe en la cabeza de quien lo siente.

—O en el cuerpo de quien se expone. —Señalo mi propio cuerpo y hago un gesto exagerando el contorno de mi cuerpo—. Además, no quiero que sepan de mi vida.

—Te voy a hacer un *spoiler*, ladronzuela. Tu cuerpo es perfecto. —Me mira como si él fuera un lanzallamas y yo un cubito de hielo—. ¿Sabes por qué? —Espera hasta que niego con la cabeza, antes de seguir—. Porque es tuyo.

Yo suelto un bufido. «Vale, Sara, ¿qué esperabas? ¿Que lo dijera como un cumplido? Pues no. Es una frase genérica de esas que se utilizan a diestro y siniestro para motivar a la gente y ayudarla con sus complejos y demás».

—Gracias. Cuando esté buscando un *coach* o una frase de Mr.

Wonderful, te aviso. —Arqueo una ceja e intento esquivarlo para ir hacia el otro lado del mirador. Si estuviéramos en un *western*, le diría que esto es demasiado pequeño para los dos, porque me falta el aire con su presencia.

Me sujeta por el brazo con fuerza, aunque la presión no me hace daño; puedo sentir el autocontrol aporreando contra la palma de su mano.

—No me has entendido. ¿Sabes por qué? —Repite, y esta vez no espera a que responda—. Porque eres de esas personas que creen saber lo que les van a decir sin que el otro haya acabado la frase. Si me hubieras dejado terminar, te diría que tu cuerpo es perfecto porque es el único que tienes; porque es la casa donde siempre te va a tocar vivir y tienes que valorarla y respetarla por eso mismo.

—Y dale con la motivación de mercadillo. —Vuelvo a poner los ojos en blanco y me cruzo de brazos—. De todos modos, eso lo dices porque el tuyo parece esculpido en piedra. —Contengo la respiración cuando advierto que acabo de hacerle un cumplido. Mierda.

—Eso lo digo yo porque voy más allá de tener un cuerpo que la sociedad interpreta como perfecto; tienes la suerte de estar viva y eso es algo que se debe valorar. Además —añade con voz ronca—, a mí me parece perfecto un cuerpo que tiene curvas que agarrar.

Centra sus ojos en mis piernas y va ascendiendo. Su mirada deja un rastro de fuego por todas las zonas en las que se fija; provoca, incluso, lava en partes que no estoy segura de que haya mirado, pero que se vuelven terriblemente sensibles ante esa caricia visual.

—Ten cuidado, a ver si, en lugar de odiarme, al final voy a acabar por gustarte. —Le digo con sorna y guiño un ojo.

Alan me observa en silencio y yo reprimo las emociones que me

provocan esos ojos de tonos miel y chocolate que prometen no ser del todo dulces conmigo.

—Entonces, mi querida ladronzuela, no sería un final. —Se acerca y me susurra casi en la mejilla—. Sería un principio.

Se separa de mí con calma y sonríe. Lo hace de verdad; con una de esas sonrisas que destilan brillo propio y a las que ningún estado anímico puede hacer sombra. Porque te lo cambian. Porque hace dos minutos estaba segura de que lo odiaba y ahora… ahora quiero que esos labios me invadan, me posean, me hagan sonreír, llorar, morir y vivir, como si pudiera renacer solo con la cercanía de su cuerpo, que derrite el mío, sin tocarlo.

Estoy embobada contemplando cómo un rayo de luz ilumina su silueta cuando una sombra pasa cerca de la ventana y mi vista se pierde en esa dirección. A la altura a la que nos encontramos es comprensible que las aves vuelen a sus anchas. Sin embargo, algo capta mi atención al mirar a través del cristal. Ante la atenta mirada de Alan, me acerco hasta el vidrio y me centro en un detalle a lo lejos, en medio del estanque. Eso parece… ¿Es una barca decorada como si fuera un vestido? Entrecierro los ojos. ¿Qué es ese punto dorado a los pies de la persona que rema?

34

—¡Sarita! —exclama Paula cuando me ve llegar a la zona de las barcas, donde se encuentran mis amigas—. ¿Tú también vas a canjear tu tique para dar un paseo?

En ese momento, entiendo el motivo para regalarnos el paseo en barca, a cada uno, con la entrada. Aunque si la pobre chica ha tenido que estar todo el día ahí, bajo el sol…

Niego con la cabeza y me sobresalto cuando Alan aparece a mi lado. He salido a toda prisa del mirador, sin despedirme, cuando veo la barca con la chica en medio del estanque.

—En realidad, sí —afirmo —. Necesito… subirme en una de estas con urgencia. Voy detrás de una pista.

Mi prima empieza a dar saltitos de emoción y capta la atención de Eva, que está hablando con la chica que va a entregarnos las embarcaciones. Cuando mi amiga se gira hacia nosotras, palidece de golpe y aspira todo el aire que puede. Me debato entre hablar o llamar a emergencias; tiene pinta de que le va a dar algo.

—Lo que me faltaba hoy. —El tono molesto de María me hace sonreír.

—Tú… —balbucea Eva, con sus ojos azules fijos en Alan—. Tú… eres…

—Déjame adivinar. —María se coloca al lado de Alan. Apoya la mano sobre su hombro y le dedica una mirada maliciosa—. Tú eres tú.

—La mayoría de los días sí. —Alan introduce las manos en los

bolsillos y se encoge de hombros. Hace el amago de una sonrisa—. Aunque hay veces que juego a ser otra persona.

—Suele pasar; yo tengo varios trabajos y tengo que cambiar de personalidad para adaptarme a cada uno de ellos.

—Entonces creo que me entiendes mucho mejor que otras personas.

—¿De qué estáis hablando? —pregunto, y arrugo la nariz.

—Yo me he perdido. —Paula ladea la cabeza y se la rasca.

—No me lo puedo creer. —Eva niega con la cabeza y se tapa la boca con ambas manos.

—Necesito llegar al centro del estanque, así que si no os importa… —Me giro y me centro de nuevo en mi objetivo mientras adelanto a mis amigas. Quiero alejarme porque, ahora mismo, me siento un poco culpable por no haberle mencionado el tema de Alan a Eva.

—Te acompaño. —Alan lanza la propuesta como si fuera un hecho.

—No seas absurdo. —Miro de reojo a Eva, que sigue con los ojos fijos en él como si estuviera petrificada y Alan fuera Medusa—. Tengo que hacer una gestión yo sola.

—¿Desde cuándo prestarse a ayudar a los demás es absurdo? —inquiere, con un falso tono de inocencia que logra enternecer la mirada de Eva. Paula aprieta los labios para contener la risa.

—No seas maleducada, Sara —me regaña María, de forma sobreactuada—. Imagina que te caes ahí en medio. ¿No pretenderás que nos lancemos a salvarte pudiendo prevenirlo?

—¿Ahora eres mi ángel de la guarda?

—Además —añade Alan—, si voy contigo, llegarás y volverás mucho más rápido.

—¿Ves? —María pone cara de no haber roto un plato en su vida—. Todo son ventajas.

—¿Qué hacías en el mirador? —Es lo primero que digo, para romper el silencio, después de que Alan y yo nos hayamos colocado en extremos opuestos del bote y hayamos empezado a remar.

—Buscaba un poco de tranquilidad en medio de este sitio lleno de gente. —Hace un examen visual de nuestro alrededor antes de mirarme—. Y he aprovechado para admirar las vistas. ¿Y tú?

Trago sonoramente y me centro en el movimiento rítmico de sus elegantes manos mientras impulsan los remos; me reprendo mentalmente al ser consciente de que la parte baja de mi abdomen gira a mil revoluciones debido a su proximidad.

—Yo he encontrado una pista que me ha llevado hasta ahí —confieso, y aparto la mirada de él.

—¿Seguro que no ha sido el localizador que me has puesto en la ropa?

Lo examino de arriba abajo. Sin duda alguna, el conjunto blanco, que destaca el aspecto atezado de su piel, le favorece mucho más que algunos de los conjuntos con los que lo he visto estos días.

—Puede que no me convenza tu forma de vestir, pero diría que no te he visto repetir ninguna prenda. —«Al contrario de mí, que llevo la misma camiseta que el primer día que nos encontramos».

—¿Y eso qué tiene de malo? —Propulsa la embarcación y nos acercamos hasta el centro del estanque.

—Que no puedo ponerte un localizador si te vas cambiando de ropa. No tendría sentido, porque solo me diría dónde vives.

Alan se detiene y, mientras levanta una de sus perfectas cejas, la comisura de sus carnosos labios también lo hace.

—¿Intentas averiguar dónde vivo?

Me quedo boquiabierta. No me había planteado saber dónde vive, pero la sola idea de imaginar su casa y a él campando a sus anchas, posiblemente con esos músculos de gladiador al aire y despreocupado de las miradas de los vecinos…

—¡No! —respondo y obligo a mi cabeza a volver a la realidad—. ¿Para qué querría yo ir a tu casa?

Encuentro la respuesta en la mirada abrasadora que me dedica y el calor se instala tanto en mis mejillas como en otra zona más íntima de mi cuerpo. «¿En serio, Sara? ¿Para qué?». Me golpeo la frente mentalmente mientras Alan alarga el brazo y agarra la barca de la chica, que da un pequeño brinco al ser descubierta.

El punto dorado que había visto desde el mirador es una caja que, como está a su lado, pasa desapercibida, por lo que la única forma de dar con ella es verla desde una perspectiva privilegiada. La expresión de la joven me hace pensar que no esperaba que nadie la encontrase. Mi mente sigue elucubrando sobre ese punto cuando Alan se acerca a mí y, tras provocar que la barca se tambalee, susurra cerca de mi oído:

—Al final vas a conseguir que te dé la dirección de mi casa. —La sensualidad con la que pronuncia las palabras me aturde—. Para devolverme el libro, claro.



A la chica de la barca le ha costado deshacerse del objeto; incluso he llegado a pensar que ella ganaba algo si nadie averiguaba su existencia. Al final, ha terminado claudicando cuando Alan le ha asegurado que era parte del evento y estaba ahí para confirmar que se hacía una entrega efectiva de la caja. Ha sido bastante cómico verlo en esa actitud y, por supuesto, me he burlado de él durante el

trayecto de vuelta, con varias imitaciones de su tono de voz y su gesto altivo. A pesar de que él se ha vengado salpicándome con el agua, ha sido divertido.

Abro la caja con calma al llegar a tierra firme mientras Eva y Paula graban con sus móviles y retransmiten en directo.

No sé qué esperaba encontrar en su interior, pero no era esto. Distingo con claridad la marca Montblanc cuando sostengo entre mis manos la pluma estilográfica, que tiene un diseño con el logo del evento y… ¿la punta es de oro? Miro a mis amigas con los ojos tan abiertos como me es posible.

—Pero ¿cuánto vale eso? —espeta María, creo que tan impactada como yo.

—Menudo tesoro, querida. Espero que lo guardes en un lugar muy especial.

—¿Puedo hacerme una foto con la pluma? —pregunta mi prima.

Yo asiento y, tanto Eva como ella, acaparan el objeto para hacerse fotos con él y hablan de etiquetarse mutuamente, así como al evento y a no sé cuánta gente más. Por mucho que quisieran incluirme a mí también, el problema con mi cuenta no se lo permite y en parte lo agradezco. Y digo «en parte» porque, aunque no quiera exponerme, ¿de qué sirve ganar un premio como este si no puedes compartirlo?

No me pasan desapercibidas las miradas furtivas que Eva le lanza a Alan, pero él está apoyado contra una de las columnas, con las manos en los bolsillos y los tobillos cruzados, como si nada de aquello fuese con él. Me pregunto en qué estará pensando cuando, de la nada, aparece un grupito de chicas y empieza a lanzar gritos al verlo y a pedirle fotos.

Mis cejas se elevan tanto que casi se juntan con el nacimiento del pelo. Para mayor asombro, reparo en que la actitud de él cambia de

ausente a cercana en una milésima de segundo. Esa conducta tan cariñosa no me cuadra para nada con su personalidad. ¿Eso es lo que consigue la fama? ¿Dejar de lado tu forma de ser para convertirte en lo que los demás esperan de ti? Imagino que, llegados a un extremo, no puedes permitirte el lujo de parecer borde por mucho que lo que pretendas sea mantener la normalidad en tu vida. Siento una punzada de lástima y, si bien no debería importarme lo que haga Alan con su existencia, mi compasión por los modelos se incrementa.

Mi mirada queda apresada por la de Alan cuando ladea la cabeza en mi dirección. A él se le escapa una medio sonrisa y a mí la cara de idiota, porque mi corazón se detiene lo que dura ese gesto fugaz. Lo rehúyo y aprieto los labios.

Mierda. Me importa su vida; me importa y mucho.

—Voy a aprovechar para hacerme una foto con él —dice Eva, sin perder de vista su objetivo—. Estas ocasiones hay que aprovecharlas. —Se recoloca un par de mechones de pelo—. Ya me contaréis de qué lo conocéis y por qué no me lo habéis presentado antes. Me dan ganas de dejar de ser vuestra amiga por esconderme algo así.

—Digamos que Alan ha sido una sorpresa en nuestras vidas. —María me da un codazo—. ¿Verdad?

—Y que lo digas.

—Pues no me parece bien que me ocultéis ese tipo de sorpresas —se queja y con razón. Un aguijonazo de culpabilidad me atraviesa el estómago.

—Queríamos decírtelo cuando coincidierais para que fuese más especial —miente María, y se encoge de hombros. Yo no sé dónde meterme.

—Es tan guapo… —añade Eva sin perder de vista a su presa.

—¿Tú no ibas a despedirte de Pedro? —inquiere María, y creo

percibir en su voz la molestia por el tema de la entrega del premio.

Nuestra amiga eleva uno de sus hombros con elegancia.

—Ya me he despedido por WhatsApp. Me interesa tener buena relación con él, pero creo que hay temas mejores con los que complicarme la vida. —Son las últimas palabras de Eva, antes de dirigirse, con determinación y una evidente exageración del movimiento de sus caderas al andar, hacia la zona donde está el modelo.

Observo la escena con atención: el corrillo de chicas se aleja tras la llegada de mi amiga y Alan mantiene la actitud amable de antes; al cabo de unas cuantas fotos e intercambios de frases y risas, se vuelve hacia mí con una pregunta silenciosa en la mirada. Aparto los ojos de él al darme cuenta de que Eva choca su cuerpo contra el de Alan, de forma intencionada, pero en apariencia inocente, cuando él trata de acercarse a nosotras.

—Evita, a ver si tú puedes ayudarme con esto —le dice María y, antes de que Eva pueda decir nada, la sujeta por el brazo y la arrastra mientras ella mira a Alan con aflicción.

—No sabía que podías llegar a ser encantador con tus fans —comento, porque no puedo contener las ganas de lanzarle una pullita —. En realidad, no sabía que podías ser encantador en general.

—Todo el mundo puede serlo, si se lo propone —afirma, y sigo el movimiento de sus dedos cuando se acaricia el mentón con delicadeza —. Incluso tú… Supongo. Aunque debo reconocer que me seguirías cayendo mal por haberme robado.

Sonríe de oreja a oreja, mostrando su perfecta dentadura, y yo pongo los ojos en blanco.

—Empiezas a ser un poco monotemático. Al final voy a tener que llevar ese libro conmigo cada día, por si acaso.

—Siempre será mejor que un localizador… —Muerde su labio inferior con suavidad—. Aunque eso haría que me buscaras y jugaría con ventaja si tengo que negociar contigo las condiciones del rescate.

Se aleja con una sonrisa maliciosa y yo no puedo evitar pensar en cuáles serían las condiciones que le pondría y si estaría dispuesto a cumplirlas.

35

Después de dejar la batería externa en la recepción del hotel, nos acercamos al Palacio de Cristal, donde informo a una de las azafatas de que he encontrado la caja dorada con la pluma en su interior. Al momento, una joven rubia, con enormes ojos oscuros y elegancia en el porte comparable a la de Eva, se nos acerca. No sabría describir su expresión de regocijo.

—No creía que nadie encontrase la caja —confiesa, con la vista fija en la pluma—. La verdad es que, aunque la barca tiene una decoración fuera de lo habitual, hemos colocado varias con ornamentos parecidos y vinilos con el logo de las empresas para que nadie sospechara. Enhorabuena. —Sus ojos reflejan orgullo. Entonces, avisa con la mano a otra azafata, que acude enseguida, y le da un par de directrices antes de despedirse de nosotras. Cuando se aleja, aprovecho para indagar:

—¿Cuál es el premio?

A la chica que nos atiende se le escapa una sonrisa.

—Ese dato no puedo dároslo —dice en voz baja, y María frunce el ceño.

—Me sorprende que aquí tampoco puedan decirnos nada del premio —repone mi amiga y yo contengo la risa, al recordar que Diego tampoco quería darnos esa información.

—No me malinterpretéis —se excusa ella—. Es que nosotros no sabemos de qué se trata. Os comunicarán el premio mañana, cuando finalice el desfile. Sin embargo… —Se da la vuelta, busca algo sobre

la mesa y, cuando encuentra una *tablet*, se gira de nuevo hacia mí—. Voy a necesitar que me facilites tus datos personales.



Me he despertado con un hormigueo revoloteando en el estómago. Supongo que se debe a que es el último día del evento y no tengo ganas de que acabe. Aunque es posible que parte de la culpa la tenga que vamos a ver el desfile. *El desfile…*

Eva nos ha advertido de que no nos lo podemos perder y, teniendo en cuenta que está haciendo esfuerzos por madrugar, hemos decidido darle el gusto. De todos modos, ahora mismo me arrepiento porque María no deja de dibujar corazones en el aire cuando las demás no nos prestan atención.

—Creo que disfrutar de tu tiempo libre con nosotras te está afectando al cerebro.

—Cualquiera diría que no estás divirtiéndote en mi compañía.

—Claro que lo hago —comento, con guasa—. Es solo que me sorprende la ilusión que te hace ver un desfile de ropa. Tranquila, prometo volver a llevarte de compras.

Como respuesta, saca su dedo corazón y me lanza un beso con él.

Cuando llegamos al Retiro, vemos que, alrededor del templete, hay unas estructuras cubiertas por gruesas cortinas de color burdeos. Eva asegura que detrás están los probadores y yo imagino que todo el personal está dentro ultimando los detalles; debe de ser un esfuerzo inmenso organizar algo como esto.

A ninguna nos ha pasado desapercibido que la pasarela está bordeada por dos filas de sillas, separadas de nosotras por una valla de seguridad. Todavía no me creo que hayamos podido hacernos un hueco en un sitio tan privilegiado. Al final, será cierto eso de que «A

quien madruga, Dios le ayuda» o, al menos, si la que madruga es Eva.

Me fijo en que algunos de los asientos ya están ocupados.

—Esas sillas son para personas importantes —asegura Eva—. ¿Os habéis fijado en que hay unos papeles con algo escrito? Deben de ser los nombres de algunos representantes de empresas o de los famosos que las van a ocupar.

Ninguna la contradecimos.

La pasarela —que debe de medir, como poco, cinco metros— tiene una alfombra del mismo color que las cortinas, con el centro de un color blanco roto cubierto por letras, como si fuera un pergamino; me parece un detalle muy significativo teniendo en cuenta que es un acto conjunto con Read & Fun.

—¡Es el Quijote! —exclama María, con un brillo en los ojos. Veo que tiene el móvil enfocando a la zona—. ¡En la alfombra puede leerse el Quijote! Menuda pasada.

Una melodía llena el ambiente y, pese a que iba a hacer un comentario, me quedo sin palabras: la Banda Sinfónica Municipal de Madrid ha empezado a tocar; el sonido es maravilloso y no puede ser más acertado para poner el broche de oro a un momento como este. Además, sirve para avisar de que el desfile va a empezar.

Las sillas no tardan en ocuparse y una multitud empieza a colocarse cerca de nosotras. Diviso personal de seguridad en varios puntos a los pies de la pasarela y, también, a la prensa con sus enormes e imponentes cámaras.

Una de las cortinas se abre y varias modelos con vestidos de encaje empiezan a desfilar.

—Por si no lo sabéis —apunta Paula, en un tono elevado para que todas la escuchemos—, en las pasarelas se da a conocer la marca y

también a los diseñadores. La empresa Katana cuenta con varios modistas y, por lo que veo, hoy quieren dar visibilidad a todos ellos. —Señala a una mujer que acaba de salir con un tipo de ropa muy diferente al estilo anterior.

Tras mirarla y asentir, mis ojos se pierden en el paso firme con el que avanzan los modelos y me abstraigo pensando en el ínfimo alcance de mi tienda, comparada con empresas como Katana.

Los chillidos y bramidos del público me sacan de mis pensamientos, así que centro mi atención de nuevo en quienes caminan por la alfombra y descubro a Alan avanzando con el rostro serio; lleva un elegante traje blanco que resalta su piel bronceada.

—Ah, vaya, no recordaba que Alan desfilaba… —Mi comentario hace que las tres me miren con incredulidad mientras mi mente rompe las pequeñas ilusiones que se había hecho de que ayer hubiera intentado coincidir conmigo. Seguramente vino para ensayar o algo…

—A ver, Sara, que tampoco hace falta ser Sherlock Holmes —sentencia María—. Que el tipo trabaja de esto y, además, salía en el anuncio del evento… ¡Pero si lo hablamos! ¿Dónde tienes la cabeza?

—Pues con lo mal vestido que ha ido algunas de las veces que lo hemos visto estos días… —suelto lo primero que se me pasa por la cabeza, y agradezco mi agilidad mental.

—Querida, trabajas en una tienda de ropa, deberías entender que hay conjuntos para cada ocasión… —responde Eva—. Además, no importa con qué harapos se vista mi Alan, todo le queda de lujo.

—¿Qué esperabas? ¿Que vistiera cada día de etiqueta solo porque es modelo? —María me mira con las cejas levantadas y yo niego con la cabeza—. No me digas que te has vuelto una persona superficial, Sarita.

—Para nada —afirmo con rotundidad.

Y es verdad; me parece fatal que las personas juzguen a los demás por su apariencia. De hecho, ese es uno de los motivos por los que yo no enseño mi cara por redes, así que no entiendo por qué me preocupa cómo vista, deje de vestir o si podría ponerle un localizador en su ropa y acabar frente a la puerta de su casa en cualquier momento.

Reviso la aplicación en mi móvil para quitarme la idea de la cabeza y confirmo que sigo con la cuenta bloqueada. Chasqueo la lengua y suspiro antes de devolver la vista al espectáculo.

No me sorprenden los gritos que escucho a mi espalda; Alan está deslumbrante. Destila clase en cada movimiento. Es increíble la naturalidad con la que lleva esas prendas, como si se trataran de una segunda piel y pudiera vivir con ellas puestas cada día. Si no fuera porque he visto todos sus conjuntos, pensaría que se siente cómodo con ese tipo de ropa. Pero en eso consiste ser modelo, ¿no? En poder enseñar al público que todo lo que vistes es lo mejor que podrías utilizar.

El desfile dura poco más de veinte minutos, que a mí me saben a poco, aunque Paula nos ha explicado que, en las pasarelas normales, suelen durar incluso menos; todo depende de la cantidad de diseñadores y marcas que salgan.

Veo a Alan hablando con varias personas que estaban sentadas en las sillas, cerca de donde nos encontramos, y me sorprende que siga llevando el traje blanco con el que ha desfilado. ¿Eso se puede hacer?

Una joven rubia con el pelo liso repeinado hacia atrás y un conjunto de pantalones negro y camiseta transparente a juego —con un top de volantes en medio—, se acerca a Alan con expresión dura y, tras dedicarle una sonrisa forzada, se integra en la conversación.

La observo con atención porque creo que es la misma chica que nos atendió ayer cuando fuimos a consultar el tema del premio. Sin embargo, también ha cambiado de estilo en su indumentaria. ¿Será otra modelo?

—Hola, chicas. —La voz de Diego nos sobresalta y juraría que María lo acusa más que yo.

—¡Diego! —exclamo, y me acerco para abrazarlo—. Te iba a enviar un mensaje ahora. No quería irme de Madrid sin verte.

—Me sabe fatal que no hayamos podido cuadrar agendas —se excusa, y me estrecha entre sus brazos—. Este evento me ha tenido muy absorbido. Íngrid tiene ideas locas, pero es una máquina.

—¿Quién es Íngrid? —pregunta María con cierta agresividad, lo que provoca una sonrisa espontánea y socarrona en Diego.

Mi amigo me libera de su abrazo y observo que penetra a María con la mirada, sin dejar de sonreír. Ella frunce los labios.

—Íngrid es una de las dueñas de la empresa Katana y muy amiga mía. —Vuelve la cabeza hacia la pasarela y apunta con la barbilla hacia la chica rubia que estábamos mirando—. Ahí está. La del conjunto negro explosivo.

—*Li dil cinjinti nigri ixplisivi*… —masculla María, entre dientes.

—Tenemos que quedar para tomar algo, Diego —me apresuro a decir para cambiar de tema, cuando veo que mi amigo la observa divertido.

—Cierto —conviene—. ¿Cómo lo tienes mañana?

—Complicado porque me voy.

—Entonces tendrás que volver. —Sus redondos ojos destellan travesura. Apoya una de sus cuidadas manos sobre mi hombro—. Por cierto, me he enterado de que eres la ganadora de la yincana, así que tendré que hacerte entrega del premio. Tuvimos varias ideas

sobre qué podría ser y, al final, coincidimos en que lo que hemos escogido es…

—Deja de crearnos *hype* y díselo de una vez —exige María, a mi espalda.

Me giro para regañar a mi amiga y, de repente, noto un líquido caliente caer por mi brazo. Ella ahoga una exclamación mientras yo levanto mi extremidad y la sacudo como si pudiera secarla al aire, e intento cerrar la boca, que se me ha quedado abierta ante la imagen que estoy presenciando. No me lo puedo creer.

Alan eleva la mirada, que estaba fija en el nuevo tono marrón que se ha incorporado al tejido blanco de su chaqueta. La verdad es que su ropa ha quedado mucho peor que mi brazo.

—Me parece muy original que alguien me tire el café en una artimaña para comprobar qué llevo debajo de este traje de Katana… —Las pupilas de sus ojos castaños se agrandan cuando me ve—. Vaya, vaya… En realidad, viniendo de ti no es ninguna sorpresa, ladronzuela. —Ladea la traviesa comisura de su boca—. Al final voy a empezar a pensar que te molesta que lleve ropa puesta.

Escucho las voces de mis amigas, pero es apenas un murmullo porque mi cerebro no les presta atención en estos momentos. ¡Madre mía! Una cosa es verlo desfilar y otra muy diferente estar delante de él con ese atuendo. Le recuerdo a mis pulmones que tienen que seguir respirando y finjo que no me ha alterado su presencia.

—¿Intentabas devolvérmela o es solo que no miras por dónde vas? —pregunto, y señalo el café que todavía baña mi brazo, como si él fuera el único culpable de la situación.

—Si te la quisiera devolver, primero te cachearía para asegurarme de que no tienes mi libro encima.

—No empecéis con ese tema… —advierte Diego y oigo de fondo

cómo Eva pregunta que de qué estamos hablando.

—Entonces es una suerte que sepas que no lo llevo conmigo a todas partes.

—Claro, una suerte… —responde él. Medito sobre sus palabras mientras se quita la chaqueta manchada, la cuelga sobre la valla y se remanga los puños de la camisa entallada hasta dejarlos a mitad del antebrazo—. Creo que tendré que ir a por otro café.

—No seas exagerado, que todavía te queda —suelta María, lanzando una mirada furtiva al interior del vaso. Él arquea una ceja con incredulidad.

A pesar de estar ensimismada en el hipnótico movimiento con el que Alan muestra sus músculos, me obligo a volver a la realidad.

«Será mejor que no me pase una factura de la tintorería por todas las prendas que le estoy echando a perder», pienso, a la vez que procuro contener una sonrisa. La misma que desaparece de mis labios cuando escucho los comentarios hirientes que provienen de unas chicas que están haciendo un corrillo detrás de Alan.

—Ya ves, le ha tirado el café para llamar su atención y que se fijara en una chica como ella. ¿No se da cuenta de que está haciendo el ridículo? —murmura una—. Es lamentable.

—A lo mejor quiere que le den ropa de Katana, pero no se ha dado cuenta de que no hay de su talla.

Escucho las risitas que vienen a continuación, seguidas de más frases por el estilo, y una mezcla de rabia e impotencia provoca que me ardan las mejillas.

¿Por qué hay mujeres que son así con otras mujeres? Estoy cansada de escuchar comentarios criticando cualquier tema, desde el aspecto físico hasta la conducta. Lo peor es que nadie piensa en que todos tenemos sentimientos, y los míos acaban de romperse en trocitos tan

pequeños que cualquiera podría pisarlos si no me agacho pronto a recogerlos.

María me ayuda a limpiarme el brazo con algo a lo que no presto atención; parece no haber oído los comentarios, porque dudo de que ella los hubiera ignorado. Alan, tras aceptar el pañuelo de una solícita Eva, centra la oscuridad de sus ojos en mis pupilas y me mira con un «¿Estás bien?» que no ha pronunciado y al que no sabría qué responder.

Mi cabeza está dividida entre el recuerdo de la conversación que tuvimos en el mirador y el corrillo de chicas que siguen con los comentarios y que me llegan mezclados con el murmullo de la gente. ¿De verdad no se dan cuenta de que las estoy oyendo o les da igual? Además, ¿qué saben ellas sobre mi estado de salud? ¿Y si tuviera algún tipo de enfermedad? ¿Y por qué me tienen que hacer sentir mal por mi físico? Como si yo no fuera consciente de qué talla uso o cuántos centímetros ocupan mis caderas.

Aprieto los puños y respiro hondo, porque me debato entre montar una escena y arrancarles los pelos, para ver si sintiendo dolor son capaces de desarrollar empatía; decirles alguna barbaridad de forma educada, o marcharme de aquí en silencio, como muestra de la educación que ellas no tienen. Sin embargo, me choca que se queden calladas y me doy cuenta de que Alan las está mirando de reojo, con una de las expresiones más duras que le he visto.

«Ya ha vuelto el chico borde», me digo, y casi sonrío. Cuando se gira de nuevo hacia mí, me pregunto si él también está pensando en estrangularlas, ya que su mirada se ha oscurecido por completo y recorre todo mi cuerpo con una intensidad que me produce escalofríos. Se detiene en mis ojos y me sonríe de forma maliciosa. ¿Será capaz de leerme el pensamiento? ¿Querrá que las matemos

juntos? No tengo intención de preguntarle, pero tampoco tengo ocasión de hacerlo, porque me pierdo en la suavidad con que su lengua acaricia y humedece sus labios.

—Sujétame el vaso —le pide a Diego, sin apartar la mirada de mí.

Me invade la curiosidad, porque me recuerda a la típica situación de «Agárrame el cubata». Nuestro amigo frunce el ceño hasta que parece caer en la cuenta de algo y murmura un «No», que apenas sale de sus labios, cuando Alan se acerca a mí y me coloca la mano detrás de la nuca.

Todo sucede demasiado rápido. Alan me sujeta con fuerza y delicadeza al mismo tiempo y siento que toda la piel de esa zona se me eriza. De hecho, juraría que las neuronas de mi cerebro se han fundido durante el contacto. Parpadeo un millón de veces, antes de ser consciente de que está apoyando la mano libre por encima de mi coxis. Una parte de mi mente sabe que debería formular una réplica para detener esta cercanía que no le he pedido; sin embargo, mi cuerpo no está por la labor. Sobre todo cuando Alan me atrae contra el suyo, con un movimiento ágil y suave, y provoca que la distancia entre nosotros se acorte en unos segundos y… No. No. No. ¿Qué está haciendo? No puede estar… ¿Aquí? ¿Ahora?

—¿Qué…? —balbuceo como una idiota.

La respuesta me llega en forma de un beso que provoca que olvide todo lo que me estaba preguntando.

Sé que no puedo hacer nada para evitar el contacto de su boca porque, aunque lo pretendiera, mi organismo se negaría a separarse de él. A pesar de que nada de esto tenga sentido, pese a que todo se tratase de una alucinación… Porque a veces las alucinaciones saben tan bien que te llevan a imaginar fuegos artificiales estallando a tu alrededor.

Alan entreabre los labios y aprisiona los míos con delicadeza. Sus manos se mueven despacio, hasta llegar a ambos lados de mi cara. Apenas he oído los gritos ahogados a mi derecha cuando su boca profundiza el beso y me reclama con exigencia.

Su lengua se abre paso hasta que se encuentra con la mía y su mano izquierda se aleja de mi mejilla para deslizarse por el contorno de mi cuerpo y seguir el recorrido de mis curvas, igual que si se tratara de un mapa que quisiera memorizar. Mi mente reparte su atención entre los dos focos de placer que recibo y se me escapa un pequeño gemido cuando su mano llega a mis caderas y gira hasta la parte baja de mi espalda, antes de apretarme más contra él. «Dios… ¿Eso que siento contra mi abdomen es…?».

Noto que abre las piernas, haciendo que nuestros cuerpos encajen a la perfección, y el calor de mi cara se funde con el que emana de su piel. Mi mente acaba de perderse en medio de este beso y apago la alarma antiincendios, que no deja de iluminarse con tanto fuego quemándome las entrañas.

Alan se aparta de mí, despacio, como si no quisiera que el contacto terminase, y yo siento que estoy despertando de un sueño del que no quiero despedirme. Mi cabeza vuelve en sí para reparar en el murmullo de voces que me rodea, el tirón en el brazo que alguien le da a Alan y en… ¿Eso ha sido un *flash*?

—¿Qué haces, tío? —La voz de Diego me saca de mi asombro.

Para su desgracia, Alan tiene los ojos fijos en los míos y no parece escucharlo.

—¿Estás bien? —me susurra, en un tono confidente.

Pestañeo un par de veces y asiento con la cabeza por inercia.

«¿Estoy bien? ¿Qué ha pasado? ¿Cuánto tiempo ha durado esto?». Mis neuronas parecen resucitar y empiezan a comunicarse de nuevo

entre ellas. Me llevo los dedos a los labios y doy un paso hacia atrás, para alejarme de esa tentación con traje. ¿Por qué será que un hombre vestido así parece mucho más atractivo?

Me giro hacia mis amigas. Eva me está mirando con la cara desencajada —que no le pega para nada, por la falta de clase que tiene el gesto—; Paula parece tan perpleja como yo, y María está doblada sobre sí misma, sin poder contener la risa. A su lado, Diego tiene los ojos cerrados y se toca la frente mientras niega con la cabeza de forma casi imperceptible.

Me vuelvo hacia el causante de que mi rostro haya aumentado de temperatura y descubro que sigue observándome. Cuando nuestros ojos se cruzan de nuevo, una sonrisa cautivadora aparece en su rostro y me guiña un ojo.

—¿Qué se supone que haces? —espeto, todavía en *shock*. Estoy tentada de cruzarle la cara con la mano, pero he decidido invocar a mi parte racional.

—Hago lo que creo que tengo que hacer…

—¿A qué te refieres?

—… y también lo que quiero hacer.

—¿Qué demonios significa eso? —increpo de nuevo, y me doy cuenta de que varios teléfonos móviles nos están apuntando.

—Eso ha estado totalmente fuera de lugar, Alan —dice Diego, a la vez que le da otro tirón en el brazo para que lo mire.

—¿Qué está mal en lo que acaba de pasar? —pregunta Alan—. Además, a ella le ha gustado. —Me señala con la barbilla y yo me quedo con la boca abierta y con la cara hirviendo.

—¿Por qué crees eso? —Me arrepiento de formular la pregunta en el momento en el que sale de mis labios. Sus ojos se oscurecen y la comisura de sus labios se eleva con calma, como si supiera que tiene

las de ganar.

—Porque yo también estaba ahí.

Respiro por la boca y aprieto los labios, antes de suspirar con lentitud. No puedo negarlo, pero tampoco voy a darle la satisfacción de confesar que tiene razón. Aunque la tiene, joder. ¿Cómo no la va a tener? ¿Dónde enseñan a besar así? ¿Habrá una asignatura de besos en la academia de modelos? Por más que tiro de memoria, no recuerdo que Gonzalo me haya hecho sentir «esto» con un beso. Aunque quizá la culpa no sea del beso, sino de quien lo practica.

Diego agarra la americana de Alan y lo sujeta por el brazo, a la vez que comentan algo en voz baja, mientras el murmullo a nuestro alrededor sigue creciendo.

—Estoy flipando —dice María, entre risas y con alguna lágrima en los ojos.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia —expone Eva—. ¿A qué ha venido eso?

—Sé lo mismo que tú, Eva… —aseguro, pero parece que no soy lo bastante convincente, porque sus fosas nasales se abren todavía más y acentúan su irritación.

—Pues yo diría que sabes mucho más.

Creo que ahora mismo quiere matarme. Pero ¿qué culpa tengo yo de lo que acaba de pasar? Entiendo que le moleste, pero yo tampoco lo estaba buscando… ¿o sí?

—Venga ya, Evita. —María intenta sonar calmada—. Solo ha sido un beso.

—Solo un beso, dice… —murmura la aludida, y se acerca a Paula, que le susurra algo y le acaricia la espalda mientras se alejan unos pasos de nosotras.

—Me siento fatal —confieso, al tiempo que observo la espalda de

Alan y me entran dudas sobre mi propia frase. ¿De verdad me siento mal por haberlo besado?

—¡Bah! —María mueve la mano para restarle importancia al asunto—. Se le pasará.

—Eso espero.

—Anda que no vas a dormir bien hoy con todas las emociones que estás viviendo, ¿eh? —me susurra ella, con una sonrisa con la que contiene la risa.

—¿Dormir bien? —pregunto retóricamente, y observo a las personas de nuestro entorno. Todos siguen cuchicheando, sin dejar de prestarnos atención, y yo intento buscar el sentido a lo que ha pasado—. Daré gracias si duermo.

—Al menos la humedad de los sueños que tengas hoy será real —murmura ella, cerca de mí para evitar oídos indiscretos.

—Eres idiota. —Es lo único que se me ocurre decir, antes de que alguien carraspee a nuestra espalda.

Diego se queda petrificado. Alan se gira para seguir la dirección de la mirada de su amigo y su expresión se torna sombría. La preocupación me invade y doy media vuelta con precaución. Una voz femenina se pronuncia detrás de mí.

—Espero que estéis disfrutando con el espectáculo que habéis dado.

La chica rubia de antes, Íngrid, nos mira con una mano sobre la cadera y la otra sujetando el móvil, con la pantalla apuntando hacia nosotros. Juraría que distingo llamas en sus ojos color carbón. En las imágenes que aparecen en su teléfono se aprecia con claridad —y más detalles de los que me gustaría— el beso que me ha dado Alan.

Dios mío… Mis amigas empiezan a buscar en sus móviles y escucho cómo Eva respira hondo. Incluso se apoya la mano en el

pecho, lo que aporta más drama a la escena.

—Mierda —murmura Alan, y los *flashes* se disparan de nuevo en nuestra dirección.

Genial. Las luces que parpadeaban no eran fuegos artificiales a causa del beso, sino fotos.

—¿Te acuerdas de cuánto te gusta tu intimidad? —me pregunta Diego, antes de suspirar y negar con la cabeza—. Pues es posible que tengas que empezar a despedirte de ella.

Íngrid, que parece echar humo, fulmina a Alan con sus enormes ojos y le ordena en un tono cargado de autocontrol:

—Sígueme.

¿Qué está pasando? Miro a mis amigas, que alternan la mirada entre nosotros y las pantallas de sus móviles. ¿Qué consecuencias va a tener esto? Y, sobre todo, ¿cómo he dejado que Alan me bese? Podría haberlo evitado, porque no se ha lanzado sobre mí, sino que lo ha hecho a una velocidad normal; podría haber puesto una mano sobre su pecho, apartarlo y… Y me habría perdido ese beso.

Vale. Estoy acabada.

Los ojos de Alan, de la misma intensidad que los cafés bien cargados que detesto, me observan divertidos mientras se pasa el dedo gordo por el labio inferior y acaricia la zona visiblemente hinchada —creo que, en algún momento, le he mordido— como si pretendiera que recrease mentalmente la situación que acabamos de vivir.

¡Dios! Me tapo la boca y niego con la cabeza. Despedirme de mi intimidad. ¡Será cabrón! Alan parece leer la expresión de mi cara, pues se encoge de hombros con una mueca de inocencia, igual que un niño que juega una doble vida a escondidas de sus padres. Y vaya si la ha jugado.

Él y Diego caminan detrás de la rubia despampanante y mi amigo me hace un gesto con la cabeza para que los acompañe. Estoy a punto de hacerlo cuando noto el móvil vibrar en mi bolsillo y lo saco con rapidez.

¿Cinco llamadas perdidas de mi madre y un mensaje? Los pies se me pegan al suelo y leo el texto sin importarme nada más. Solo espero que no le haya llegado ya la noticia…

Mamá

Sara, llámame.

Tengo algo que contarte.

Me escabullo entre la multitud como puedo. Si mi madre me ha llamado y me dice que tiene algo que contarme, es que debe de haber pasado algo grave.

Escucho a mis amigas seguirme con pasos rápidos mientras la gente de mi alrededor continúa haciéndose fotos y se preguntan entre ellos quién soy, qué hago besando al modelo y por qué huyo. Algunas voces comentan, incluso, si es parte de la atracción del evento. Me muerdo la lengua para contener la rabia que arde en mi interior. Solo me faltaba esto. Maldito modelo… Fuego y peligro. Eso es Alan: el villano perfecto que me acaba de convertir en protagonista de un cuento.

Solamente espero que en el suyo me toque ser villana a mí también.

36

Ingrid

Estoy que trino. Y, para colmo, todo esto me ha pillado en mitad de la felicitación personal que estaba comunicando a Gonzalo, porque varios directivos de revistas de moda me han dado la enhorabuena por la pasarela tan original que hemos montado.

Si tengo que ser sincera, ayer por la tarde me impresionó cuando me llevó al escenario para enseñarme lo que «tenía para mí». Nunca hubiera esperado que alguien que se dedica a montar escenarios tuviera la imaginación y creatividad suficientes como para elaborar una alfombra que contuviera citas de *El Quijote*; y lo mejor de todo fue descubrir que había unos trozos con letra más grande que otros para que pudieran ser leídos —y reconocidos— por parte del público.

—Te felicito —le he dicho con sinceridad—. Tu idea ha sido todo un acierto.

—Me alegra que el desfile haya salido bien. Al fin y al cabo, esto también me da de comer, así que tiene que quedar perfecto. —Me ha guiñado el ojo con una mezcla entre lo adorable y lo engreído, pero sin llegar a quedarse en ninguno de los dos extremos.

Reconozco que me desconcierta este hombre. Su cortesía me ha descolocado, y más aún cuando, de repente, ha mirado hacia un punto en concreto y sus ojos se han agrandado de forma tan sutil que me hubiera pasado desapercibida, si no fuera porque lo tenía cerca. Mi curiosidad ha sufrido un crecimiento inminente y mi cara

se ha convertido en un cuadro cuando me he girado para descubrir a Alan besando a una chica morena, rodeados de gente y con una infinidad de teléfonos apuntando hacia ellos. No sé si he gritado, pero juro que mi cabeza ha explotado.

—Yo lo mato. —Es lo único que he alcanzado a decir, más para mí que para el resto del mundo.

—No te distraeré, entonces —me ha confirmado Gonzalo, a la vez que me dedicaba una sonrisa cargada de una melancolía que no he sido capaz de comprender—. Tengo que salir ya para casa. El resto del material lo recogerán los chicos que venían conmigo.

Su expresión ha cambiado de forma radical y ni siquiera me ha mirado cuando ha murmurado un «Hasta luego», antes de alejarse de mí.

—Oye, Gonzalo… —Me he descubierto diciendo. Él ha dado media vuelta para mirarme—. Gracias.

La sonrisa ha regresado a sus facciones, pero no con la misma intensidad, sino como esas que fingimos y que, por mucho que lo intentemos, no son capaces de salir con la fuerza suficiente para llegar a nuestros ojos. Y no sé el motivo, pero he empatizado con esa emoción.



Cuando llego junto a los demás, detrás de bastidores —donde evitaremos miradas indiscretas—, Respiro hondo con toda la calma que me es posible e intento no clavarme las uñas en los puños que he dejado caer a ambos lados de mi cuerpo. Puedo tener bajo control las situaciones cuando se escapan con pequeñeces del guion que tenía escrito, pero esto… Esto es para provocarme un infarto y estoy segura de que podría denunciarlos por tentativa de homicidio.

Joder. No sé qué cojones acaba de pasar, pero estoy alucinando. ¿Acaso no se dan cuenta de todo lo que pueden provocar con esta gilipollez? «Calma, Íngrid. Ellos no saben lo que tú tienes en juego», me recuerdo, en un intento por tranquilizarme lo suficiente como para ser capaz de mantener una conversación sin arrancarle la cabeza a nadie. En otra ocasión quizá podría ver esto como publicidad, pero me hierve demasiado la sangre como para analizar si afectará a los números de forma positiva.

Diego avanza hacia mí cabizbajo y leo en sus ojos que no está para estas tonterías. Entiendo perfectamente a qué se refiere. ¿Qué acaban de hacer estos dos idiotas? Y, sobre todo, ¿quién es realmente la chica con la que acaba de darse el lote Alan en mitad del evento? Porque me he quedado impactada cuando una de las organizadoras ha venido hacia mí para enseñarme la foto y he reconocido a la ganadora del premio. ¿Lo ha planeado todo para joderme? Espero, por su bien, que no.

Miro a mi alrededor y no encuentro a la chica en cuestión. ¿Dónde se ha metido? ¿La habrá secuestrado la prensa para hacerle preguntas? Empiezo a notar que el sudor resbala por zonas de mi cuerpo en las que no me apetece pensar ahora mismo cuando Alan pasa por mi lado. No se me escapa la mueca de diversión que tiene; me dan ganas de sacársela de un tortazo.

¿Cómo se supone que hago las paces yo con alguien que tiene este tipo de conductas a sabiendas de lo que pueden conllevar? Aprieto los labios con fuerza, porque como los separe… Por suerte, Diego se lanza a preguntar primero.

—¿A qué ha venido el *show*, Alan?

—¿*Show*? —resopla él, con una sonrisa falsa—. *Show* es el que han hecho esas imbéciles con sus comentarios de mierda, sobre que Sara

debería adelgazar para que alguien se fijara en ella. —Niega con la cabeza—. Ah, y que se acerca a mí por la ropa… ¡Por la ropa han dicho! —Alza la voz y me sorprende que se salga de sus casillas por un tema como este. Al final resultará que su corazón no se ha muerto con los años a pesar de todo—. ¿Y sus sentimientos? ¿Quién se preocupa de eso? Porque me hierve la sangre con la gente que se cree con derecho a aconsejar a los demás desde la ignorancia, como si tuvieran el conocimiento absoluto de lo que pasa en el resto de las vidas.

Carraspeo.

—¿Has acabado ya con tu discurso? —pregunto, sin que una mota de emoción tiña mi voz, aunque estoy muy orgullosa de sus palabras.

—No podía dejar que esas arpías se rieran de ella porque no tiene el cuerpo de una Barbie. —Alan gira la cabeza hacia mí y sus ojos pardos despiden llamas—. Ni tú ni yo soportamos a la gente superficial.

—¿Y por eso has tenido que besarla? —La duda aparece en sus ojos y, por un momento, tengo la impresión de que está sopesando la respuesta, como si ni él mismo conociera el motivo por el que lo ha hecho—. ¿Vas a dedicarte a besar a todas las personas que sean objeto de burla? Porque creo que tendremos que montarte una paradita en la feria entonces.

No es que me sorprenda que actúe sin pensar en las consecuencias, como un maldito kamikaze, pero me da la impresión de que hay algo más; y es en ese instante cuando la mueca que hace me indica que ha vuelto a ponerse la coraza.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones?

—¿Desde cuándo eres el justiciero de los indefensos?

—¿Quién ha dicho que ella esté indefensa? —replica, con voz acerada—. Además, si lo estuviera, tranquila que tiene un séquito de amigas que son capaces de arrancarte los ojos.

—Tienes razón —admito, y él parece advertir el peligro inminente —. Indefensa me has dejado a mí con tu actuación. Me encantará ver la cara de Luis cuando se entere de esto y me diga que el evento ha sido una mierda por tu culpa.

Sé que he lanzado un dardo lleno de toxicidad, pero tenía que hacerlo. Él conoce a Luis, aunque está claro que no tan bien como yo, porque, en caso contrario, hubiera actuado de forma muy distinta.

—Creo que deberías dejar de quejarte y pensar que te he hecho un favor.

—¿Un favor? —Toso para dominar el tono agudo de mi voz, aunque no surte efecto—. ¿Lanzarme a los leones es un favor? Que te jodan, Alan.

—Yo no te he lanzado a los leones, Íngrid.

—Por supuesto que lo has hecho. —En dos zancadas me planto delante de él y clavo mi dedo índice en su pecho con cólera—. Me dejaste tirada, egocéntrico de mierda.

—Vale, chicos. —Diego se interpone entre nosotros y nos separa—. Creo que deberíamos pasar página con ese tema y centrarnos en el problema que tenemos ahora.

—Yo no veo el problema —comenta Alan, impávido, y eleva los brazos igual que si estuviera desarmado—. Primero de todo, soy libre para hacer lo que me dé la gana, le pese a quien le pese. —Hace una pausa y me contengo para no caer en su trampa—. Y, por otra parte, creo que, si esto llega rápido a Twitter, todo el mundo conocerá el evento de hoy.

—Pues visto así… —Diego me pone ojitos, y me obligo a dejar

escapar el aire de los pulmones y, con él, la rabia contenida—. Podríamos ser *trending topic*.

—Además, llevo el traje de Katana, ¿no? —Alan se pone a toquetear su móvil y sonríe, mordaz, aunque me doy cuenta de que le falta la chaqueta—. Al final me vas a tener que dar incluso las gracias, pequeña.

—No vuelvas a llamarme así.

—Como quieras. —Se encoge de hombros y hace ademán de dirigirse a la salida.

—¿Adónde vas? —Lo miro perpleja mientras Diego se coloca a mi lado y se apoya contra uno de los baúles de ropa.

—Te recuerdo que todavía tengo la posibilidad de disfrutar de mi libertad. —Me lanza una mirada desafiante—. Y eso es lo que pienso hacer mientras pueda.

Deposita la americana manchada sobre un perchero y se marcha, como si ya lo hubiera dejado todo solucionado. Es una de las actitudes que más detesto de él: siempre es capaz de darle la vuelta a la situación para encontrar cómo beneficiarse de ello. ¿Por qué no se da cuenta de lo especial que es y de todo lo que podría hacer con su potencial?

—Acabo de comprobar que sí somos *trending* —comenta Diego, y se acerca a mí. Me enseña la pantalla, pero yo continúo con la vista fija en la espalda que se aleja de nosotros.

No me cabe duda de que ese dato era lo que comprobaba Alan hace un momento en su teléfono.

—No quiero darle la razón, pero puede que la tenga —reconozco a mi pesar, y frunzo los labios—. Espero que esto sirva para que la campaña tenga más éxito todavía.

—Muchas personas montan un escándalo para captar la atención

—asegura Diego—. Ya sabes lo que dicen: mientras hablen de ti…

—¿Por qué no se da cuenta de que todo podría ser mejor si…?

—Deberías dejar de machacarte con ese tema, Ingrid —me interrumpe. Y su voz es como una caricia que baja mi muralla y calma las heridas que encuentra a su paso.

—Me duele demasiado como para hacerlo.

—¿Estás segura de que te sigue doliendo? Hablamos de esto hace unos días… —Lo miro, azorada—. Sé cuánto has sufrido, pero también he visto la evolución que has hecho durante estos años y tienes que reconocer que te has convertido en una mujer mucho más fuerte de lo que eras cuando él se fue.

—Ya sabes lo que decía mi madre…

—«El problema aparece, pero la adversidad me fortalece» —finaliza él, y asiento con una leve sonrisa.

—Quizá sea el momento de que yo también le dé la vuelta a la tortilla, antes de que me dejen sin ella. —Pienso en Luis y en que su reinado del terror está cada vez más cerca de terminar. Diego me sujeta por los hombros.

—Sabes que, a pesar de lo mal que pueda ir en la empresa, todo se solucionará. —Hace una pausa para mirarme a los ojos—. Y si no se soluciona te buscamos trabajo rápido.

—Ni lo sueñes. —Le doy un suave empujón, aunque su comentario me hace sonreír. Qué fácil sería enamorarse de este hombre. Si no fuera porque le considero parte de mi familia, claro—. El problema es que no es lo mismo resucitar algo desde los cimientos que desde las cenizas.

Diego me rodea con el brazo y apoyo la cabeza sobre su hombro, a la vez que él me estrecha contra su costado.

—Todo va a salir bien, preciosa —murmura y me besa el pelo—. Ya

verás como sí.

—Eso espero, Diego. —Y de verdad que haré lo que esté en mi mano para conseguirlo—. Por cierto, ¿dónde está la chica?

—¿Sara? —pregunta, y me mira de soslayo. Yo asiento y él parece buscar a nuestro alrededor, como si el calor de la discusión y los temas delicados que hemos tocado le hubieran hecho olvidar que debíamos ser más en la conversación—. Pues ahora que lo dices…

37

María

Me han dicho que, después de irnos, las imágenes han salido en todas las pantallas del parque.

¡Menuda locura!

Paula

Algunos seguidores me han empezado a preguntar si sabía qué había pasado, porque muchas personas han subido *stories*, directos y tiktoks donde aparece tu imagen, y como yo estaba ahí…

Lo que me faltaba. No podía ser un beso normal, no. Tenía que darse en medio de la multitud, para que todo el mundo pudiera grabarlo. ¡Con lo que me gusta a mí ser el centro de atención! Y si al menos supiera por qué me ha besado Alan… Porque está claro que no ha sido por sentirse atraído por mí. ¿Será una venganza macabra? ¿O quizá por lo que han comentado esas chicas? Niego con la cabeza. La A. Elijo la opción A.

Eva

¿Alguien me va a explicar por qué se han besado Alan y Sara?

Ya me ha sorprendido el tema de la barca, pero pensaba que estaba siendo amable por el evento…

María

Muchos Instagrammers están comentando el tema…

¡Aquí el que no corre vuela!

Paula

Así va el mundo y el salseo es el salseo…

María

Panda de buitres…

La bombilla se enciende en mi mente a cámara lenta. Claro. Seguramente lo ha hecho para causar todo este revuelo y darle más publicidad al evento y la marca. Eso sí que tendría sentido.

Eva

¿Hola? ¿Me estáis leyendo?

Paula

¿Habéis oído el comentario de las chicas que teníamos detrás?

Porque empiezo a pensar que él sí lo ha hecho…

Eva

Pero ¿por qué ha tenido que besarla mi Alan?

María

¿Qué comentario?

Paula

Cosas feas… A mí me ha parecido un acto precioso para acallar esos comentarios dañinos.

Eva

Si quería quedar bien, con un abrazo hubiera sido más que

suficiente.

Paula

Puede ser, pero supongo que le ha salido del alma actuar así.

María

¿Y si lo ha hecho para darle bombo a la marca?

A fin de cuentas, trabaja para ellos…

Paula

A mí me parece que no lo ha hecho solo por ser *trending topic*.

Por muy borde que a veces se ponga, algo me dice que no es tan superficial.

María

Esta gente famosa… Nunca hay que descartar que estén buscando un escándalo.

Eva

Estáis hablando como si lo conocierais mucho…

He leído la conversación de WhatsApp, pero no me apetece responder, ni a ellas ni a los mensajes que me han enviado otras amigas de Instagram preguntando por mi cuenta. No quiero darle más vueltas a esos dos temas ahora mismo, porque tengo otros en los que pensar.

Tras llamar a mi madre y que me dijera que tenía que explicarme un tema importante sobre la tienda —con una voz demasiado angustiada para ser ella—, he cambiado el billete y la he avisado de que volvía a casa hoy mismo y de la hora aproximada de llegada

para que me venga a buscar, así que he recogido todas mis cosas de casa de mi tía, me he despedido rápidamente de las chicas por mensaje y ahora estoy en el tren, llegando a Sigüenza. Ojalá mi municipio tuviera una estación propia, pero no. Posiblemente porque el tamaño del mío está entre Cogolludo, Atienza y esos pueblos pequeños con encanto que nadie quiere que desaparezcan, como La Toba o Bustares.

Las llamadas perdidas de Diego hacen que me pregunte si realmente me he ido de Madrid o he huido. ¡Si ni siquiera he asistido a la entrega del premio! Para una vez que gano algo sin tener que agobiar a mis amigas con las menciones en los sorteos…

He intentado aprovechar las dos horas de trayecto para leer y distraerme, pero la imagen de lo que ha pasado con Alan no se aleja de mí. Sonrío al pensar que sigo teniendo su libro. Se me ha ocurrido que la mejor forma de vengarme por el mal trago que me ha hecho pasar era llevármelo en lugar de pedirle a Paula que lo dejara en la cafetería. Ahora sí tendrá motivos para llamarme «ladronzuela».

Reposo la cabeza en el asiento y, por la ventanilla del vagón, miro el cielo que me saluda desde el otro lado. Regreso a casa; a ese lugar del que nunca pensé que quisiera alejarme y al que ahora, después de las experiencias de estos días en Madrid, siento que ya no pertenezco.

¿Cuánto tiempo hacía que no vivía aventuras como estas? ¿Recuerdo la última vez que socialicé tanto? Quizá a eso se refería mi madre con sus consejos, aunque ella no sabe que el motivo de mi aislamiento es, simplemente, el no tener cerca a alguien afín con quien poder sentirme yo misma. Tenía a Gonzalo y también a Clara, aunque… ya no tanto.

Respiro hondo mientras el vehículo aminora la marcha. Puede que

haya utilizado este viaje para escapar de mi vida, pero he podido darme cuenta de que debo hacer algunos cambios. Con esa idea en mente, bajo del tren y me encuentro de bruces con Gonzalo. La maleta casi se me escurre de la mano.

—Hola, princesa —me saluda sonriente, y agarra mi equipaje—. Tu madre me ha pedido que viniera a recogerte. Ella tenía cosas que hacer. La verdad es que… —confiesa mientras me mira a los ojos y advierto inquietud en ellos— la he notado algo rara últimamente.

Yo también. Ahora sé que lleva tiempo preocupada y me siento mal por no haber interpretado bien las señales. El alejarte, por un tiempo, de los problemas del día a día no implica que desaparezcan, sino que te azotan de golpe cuando vuelves a la realidad. Y esta es la mía: mi madre, Gonzalo, mi pueblo… y mi vida incompleta.



La tensión en el coche es insoportable; parece que con ella seamos tres personas dentro del automóvil, en lugar de dos, y me dan ganas de asesinar a la tercera en discordia.

Gonzalo y yo apenas nos hemos dirigido la palabra y eso es algo raro en nosotros, pero no sé por dónde empezar a romper el hielo. Normalmente, solemos escuchar música, cantar juntos, contar chistes —eso más él que yo, porque a mí se me da fatal y Gonzalo siempre encuentra alguno de esos malos con los que hacerme reír—, por eso siento como si fuéramos dos personas diferentes dentro de un espacio que permanece igual.

—¿Estás bien? —pregunta, finalmente, con la vista fija en la carretera.

Suspiro aliviada y sonrío. Algo me dice que él siempre estará a mi lado pase lo que pase. Y eso, por muy egoísta que suene, me

tranquiliza.

—Sí, ¿y tú?

—También —responde, antes de echar un vistazo fugaz por el retrovisor—. Aunque reconozco que te he echado de menos.

—Gonzalo, yo…

—Lo sé, lo sé. —Sonríe con amargura—. Me ha quedado claro que lo nuestro ha terminado, pero eso no implica que no te eche de menos.

Lo miro de reojo.

—No me gustaría perderte, Gonzalo.

—No vas a perderme, Sara —asegura—, porque nadie me ha ganado tanto como tú.

Se me hace extraño volver a escuchar mi nombre en sus labios, pero me acostumbraré. No puedo evitar el sentimiento de pérdida antes de hablar.

—Ojalá encuentres a alguien que te quiera y te dé lo que mereces.

Deja escapar un resoplido y su sonrisa se ensancha.

—Joder, eso sí que ha sonado a final dramático de novela romántica.

—¿Desde cuándo eres experto en el género?

—Desde que tengo una amiga con una biblioteca en su casa donde es el predominante.

—También leo fantasía y *thriller*.

—Lo sé. —Gira la cabeza para mirar una intersección, pero me da tiempo de ver que sigue sonriendo—. Al menos, tienes un poco de criterio a la hora de escoger tus lecturas.

Ahora quien resopla soy yo.

—Cuando quieras hacemos una lectura conjunta.

—¿Puedo escoger el libro?

—Mientras no sea de miedo, sí.

—Perfecto —concluye, al tiempo que cruzamos la carretera con el cartel de «Bienvenidos» que hay en la entrada de nuestro pueblo—. Aunque tendremos que esperar un poco, porque estoy cubriendo a mi padre unos días en el trabajo. Ya está mejor, pero tuvo un accidente y se hizo daño en el pie.

—¡Ostras! —exclamo, y me quedo boquiabierta.

Él asiente. Y, por si fuera poca la culpabilidad que reside en mi organismo, recuerdo el escueto puñado de mensajes que le he enviado desde Madrid. ¿Cuánta información y novedades te puedes perder en unos pocos días?



Es extraño cuando todo lo que te rodea se convierte en una foto inmóvil que guarda la esencia de lo que fue tu vida, pero tú has cambiado el prisma con el que la miras. Puede que parezca exagerada, pero me siento diferente a cuando estuve aquí hace unos días.

Pasamos por la calle principal y sigo con la mirada a las personas que caminan, a esta hora, en dirección a las terrazas de los bares. Mi pueblo siempre me ha parecido un lugar apacible, donde mucha gente querría vivir, pero yo extraño el ajetreo de Madrid.

Gonzalo aparca delante de mi casa. Mi madre abre la puerta y corre en nuestra dirección. En cuanto salgo del coche, se abalanza sobre mí y nos fundimos en un abrazo sin precedentes. Ahora sí empiezan a sonar las alarmas en mi cabeza.

—¿Cómo estás, cariño? —Me sujeta la cara con las manos y sus ojos muestran todo el amor que puede tener una madre hacia sus hijos.

—Bien, mamá —titubeo—. ¿Y tú? —Deja caer las manos a ambos lados de su cuerpo.

—Tengo que explicarte algo. —Levanta la vista hacia mi acompañante—. Muchas gracias por todo, Gonzalo.

—No hay de qué, señora Del Olmo.

Tras dedicarle una sonrisa, mi madre apoya la mano en mi espalda y avanzamos hacia la puerta de casa, que ha dejado abierta.

—¿Te preparo un colacao? —pregunta mi madre, antes de alejarse hacia la cocina.

A pesar de que ya no me ve, asiento. Echo un vistazo rápido en todas direcciones, como si pudiera encontrar algún ambientador ficticio que origina el olor a esos cambios que se acercan sin que puedas frenarlos por mucho que los veas venir.

Sigo a mi madre en silencio y abro el WhatsApp. Quiero ver si han escrito alguna novedad en el grupo, pero una conversación nueva de un número que no tengo guardado capta mi atención.

Número desconocido

¡Hola, entrevistadora!

Le he pedido tu número a Diego, espero que no te importe.

Además, he visto que te has quedado sin cuenta de Instagram…

Miro la pantalla del móvil, boquiabierta. ¿Entrevistadora? No puede ser. El temblor de mis manos provoca que el mensaje se mueva ante mis ojos y me cuesta releerlo.

¿Tengo el número personal de J. K. Norvi? ¿Yo? ¿Hola? Lo grabo enseguida para ver la foto de perfil, pero únicamente aparece el paisaje de una montaña.

Sara

¡Hola! Sí, me han quitado la cuenta, pero supongo que siempre nos quedará WhatsApp, ¿no?

«Qué sosa, Sara…», me recrimino. Tendría que haber puesto que ahora podíamos empezar con las preguntas para practicar —y así jugar con ventaja—, o que ahora tenía en mis manos el arma perfecta para sacarle información privilegiada de sus próximas novelas o, incluso, ofrecerme como lectora cero de alguna de ellas… «El objetivo es entablar conversación con él, no que te bloquee».

Estoy tan nerviosa que lo único que puedo pensar es en que no acabe como una de esas conversaciones tontas, en las que se intercambian cuatro frases y no vuelves a hablar hasta que surge «algo» que la reactiva.

J. K. Norvi

¿Estás recuperada de tu incidente con el ascensor?

Me muerdo la lengua. Creo que preferiría las cuatro frases chorras a esto.

¿Por qué Diego no podía estarse calladito? Que le haya dado mi número sin preguntarme ya es impropio de él, aunque tiene sentido, pero contarle eso es pasarse.

Sara

¡Con qué velocidad corren las malas noticias!

J. K. Norvi

Eso es cierto, pero a veces es bueno que todo se sepa.

Sara

¿Tú crees? Porque yo no estoy tan segura…

Y no sé si me refiero al hecho del ascensor o al tema del beso con Alan. ¿Por qué no puede salir ese hombre de mi cabeza?

J. K. Norvi

Por supuesto. ¿Cómo si no íbamos a seguir jugando a los confesionarios?

38

Ingrid

—¿De verdad crees que a esto se le puede considerar un éxito? —Luis gira la pantalla de su portátil hacia mí—. La gente está comentando el tema del beso y la marca es algo secundario.

El asco con el que pronuncia cada una de las palabras choca contra mi piel y, a pesar de que me esfuerzo por impedirlo, cala lentamente en el interior de mi cuerpo. Quizá tendría que empezar a plantearme vestir un traje como los suyos a modo de escudo; al menos, uno como el que lleva hoy, con ese tono plateado que parece una armadura medieval.

Observo la pantalla donde tiene abierta la aplicación X —que siempre será Twitter para mí—. Joder. ¡Si somos *trending topic*! Apoyo de nuevo la espalda en el respaldo del sillón.

—¿Qué más necesitas? —pregunto, con mezquindad—. ¿Que la gente se manifieste desnuda en la Puerta del Sol gritando que solo se vestirán con nuestra ropa? ¿Que pinten el logotipo de Katana en la fachada del Palacio de la Moncloa? —Él parece sopesar las opciones que acabo de ofrecer y yo resoplo—. Venga ya, Luis.

Se gira para mirarme y no me gusta nada su cara de póker. Sé que ambos tenemos mucho en juego, pero no puede negar que hemos hecho mucho ruido con la campaña.

—Ya veremos cómo se traduce esto en números.

—Claro, claro… —Me pongo en pie, bajo su atenta mirada—. Ya veremos cómo va todo.

Me dirijo hacia la puerta, porque creo que será mejor reservar mis energías en lugar de malgastarlas discutiendo con una pared de hormigón.

—Mi adorada Íngrid. —Esa expresión me detiene en seco y una oleada de repugnancia empieza a originarse en mi estómago—. Sabes que yo solo quiero lo mejor para esta empresa. No sé por qué no confías en mí.

—¿De verdad pretendes que responda a eso? —La incredulidad se apodera de mi tono de voz y me clavo las uñas en las palmas—. Porque a ti jamás te ha importado algo que no seas tú mismo.

—Y esta empresa. —Sonríe con cinismo, exponiendo sus dientes amarillentos a la luz.

—Sí —coincido—. Es verdad. Sobre todo te interesa esta empresa. —Me cruzo de brazos y observo su postura, tras el escritorio—. Si no, no estarías ahí sentado.

—A veces la vida nos pone en el lugar que debemos ocupar.

Me acerco hasta apoyar las manos sobre la madera y advierto que sus pupilas se dilatan.

—Pues entonces, mi querido Luis, yo en tu lugar vigilaría el suelo por el que camino, no vaya a ser que se desmorone.

—Ten cuidado, Íngrid —me previene—. Las amenazas pueden costarte caras y el presupuesto para Marketing tiene que volver a aprobarse a final de mes.

Aprieto los labios y hago trabajar a mi cerebro a toda velocidad para buscar cualquier posible grieta con la que pueda acabar con esta situación de mierda. Si solo hubiera una pequeña posibilidad… «Espera. La hay», me recuerdo y, con mucho cuidado de que mi leve sonrisa no refleje la emoción que me proporciona la idea, me separo de la mesa y me dirijo de nuevo hacia la puerta.

—Tienes razón —convengo—. Esta vida está llena de hilos. A veces podemos cortarlos y otras, no nos queda más remedio que tirar de ellos.

Salgo de allí con la expresión de confusión de Luis grabada en mi mente y le permito a mi sonrisa expandirse. Ahora solo me queda hablar con todos mis compañeros del Departamento de Marketing y trazar la estrategia que vamos a seguir.



He convencido a Diego de que haga una pausa en su agenda —entre dos de sus visitas que se empeña en hacer de forma presencial— y lo he obligado a que tomemos algo.

—Ambos necesitábamos un parón después de lo del fin de semana y lo sabes —le digo mientras levanto mi Coca Cola para proponer un brindis—. Por esos momentos de desconexión en medio del caos.

—Eres una exagerada. —Sacude la cabeza, sin ocultar su sonrisa.

—Exagerado es lo tuyo con la dependencia al trabajo que tienes. ¿Cuándo dices que tienes hora con el médico?

—¡Buah! —Diego juega con el cubito de hielo de su vaso—. Hace tanto que no voy al médico…

—Y te parecerá normal dejar de lado tu cuidado personal por el trabajo. —Mi comentario consigue que mi amigo eleve la vista hacia mí, con una actitud pícara.

—Si mal no recuerdo, tampoco es que tú te dediques mucho tiempo.

—Tonterías —concluyo, y doy un trago a mi bebida—. Lo que pasa es que yo me encuentro divinamente. Sobre todo ahora que he hablado con mi equipo y Toni, un compañero, me ha asegurado que sacará información al Departamento de Contabilidad.

—¿Y cómo va a hacer eso?

—Digamos que —respondo y hago una pausa antes de pasar el dedo por el borde de mi vaso, en un gesto que pretende ser sensual — tiene su fuente personal ahí dentro.

—¿Eso significa que se acuesta con alguien del departamento? —Yo asiento—. ¿Y te parece ético?

—¿En serio me estás hablando de ética? —estallo—. Quiero acceder a las cuentas, porque estoy convencida de que Luis esconde algo. Es imposible que todo siga igual que estos dos últimos años, con la cantidad de acciones de *marketing* que estamos llevando a cabo.

—Puede que el mercado esté estancado.

—Imposible. —Niego con la cabeza—. Recuerda que he crecido con esa información en casa y, además, conozco los impactos que suelen tener las campañas publicitarias. Es imposible que no existan picos cuando lanzamos algo. Necesito salir de dudas.

—Y tu compañero… ¿cómo va a sacarle la información? Porque dudo de que al acostarse con esa persona le vaya a dar las claves del banco entre gemidos —asegura Diego, con esa lógica aplastante que tanto lo caracteriza.

Chasqueo la lengua.

—Claro que no. —Aparto el vaso y me inclino hacia delante. Bajo el tono de voz cuando vuelvo a hablar—. Pero yo sí podría colarme en el ordenador de ese chico cuando Toni y él estén… haciendo otras cosas dentro de su jornada laboral.

Diego se reclina en su silla y chasquea la lengua.

—Esto empieza a parecerme una película de espías, Íngrid.

—A veces hay que darle emoción a la vida, Diego.

—Ya, pero tu plan es demasiado Harley Quinn, incluso para ti.

—¡Bah! —Descarto el comentario con la mano—. No me pusiste ese mote porque fuera a misa los domingos, precisamente.

—En eso tienes razón, pero creo que esta vez sí rezaré para que tu plan salga bien.

—Tengo que conseguir que se vaya, Diego —digo con melancolía —. Y, sabiendo cómo es, estoy convencida de que esconde algo turbio, por mucho que las cuentas anuales no reflejen ninguna anomalía.

Él me sujeta las manos por encima de la mesa en el preciso instante en el que su teléfono empieza a sonar y veo el nombre de Sara en la pantalla; ato cabos con rapidez y resoplo.

—En parte no sé si siento agradecimiento hacia esa chica por la repercusión que ha tenido el evento o si tengo que matarla porque se ha llevado todo el protagonismo. —Diego me mira con los ojos entrecerrados—. Sabes que estoy bromeando.

—Eso fue lo que dijiste cuando te abalanzaste sobre Dani después de una broma y le dejaste las uñas marcadas casi una semana.

—Bueno, así cuando esté con su próximo ligue no se hará falsas ilusiones sobre la exclusividad.

—Y eso ¿en qué te afecta a ti?

—¿A mí? En nada. —Sé que no le ha convencido mi respuesta, pero Dani siempre me ha dejado claro que es un animal salvaje, de los que no se pueden domesticar. Suspiro sonoramente—. ¿Y por qué estamos hablando de esto? —Las cejas de Diego se elevan más y su teléfono deja de sonar. Yo suspiro y murmuro—: Tengo ganas de que todo vuelva a la normalidad.

Él me abraza.

—Además —murmuro mientras le permito que me estreche con fuerza entre sus brazos y me haga sentir en casa—, pronto sabremos

si haber utilizado el comodín de traer de vuelta a Alan ha valido la pena.

39

Es lunes por la mañana y, mientras preparo mi mochila, pienso que mi visita a casa no habrá durado ni veinticuatro horas; tiempo de sobra para enterarme de lo que ha pasado, comprar un billete de tren de vuelta a Madrid y que mi madre alucine porque tengo un tatuaje.

—Pero ¿cuándo te has hecho eso? —me pregunta cuando bajo a desayunar a la cocina.

—Fue el regalo de cumple de Eva.

—¿Su regalo de cumple es que tú te tatúes?

Miro el trozo de piel embadurnado de crema y siento nostalgia.

—Su regalo de cumple es que tengamos algo que nos una para siempre.

—¿No podéis compraros una camiseta o una pulsera como todo el mundo?

—Si hiciéramos las cosas como todo el mundo, ¿qué nos diferenciaría del resto?

—No os diferencia, Sara, porque estoy segura de que hay otra gente que también se tatúa por tonterías de estas.

—Entonces no parece que sea un plan tan descabellado, ¿no?

Nos observamos en silencio y su negación de cabeza me indica que la conversación ha finalizado, a pesar de no estar de acuerdo. Al fin y al cabo, ¿qué puede hacer ella si la tinta ya está en mi piel? En lugar de insistir, cambia de tema.

—No tienes por qué ir a Madrid.

—Ya lo discutimos anoche, mamá. Voy a ir.

—Lo sé, pero no tienes por qué. Ya te he dicho que me planté allí y no pude hablar con nadie; es como si hubiesen desaparecido —reitera, aunque ayer ya le dejé clara cuál era mi postura con este tema; tengo que ir a ver si consigo algo—. Además, te recuerdo que he encontrado una empresa con la que es posible que podamos trabajar, así que podremos seguir con el negocio a pesar de que nuestro proveedor nos la haya jugado. —Por unos segundos, su mirada se pierde en algún lugar lejos de Guadalajara—. Por otro lado, no te he pedido que vuelvas para que te vayas de nuevo, sino para que estés aquí para arrancarlo todo.

—Necesito ir e intentar recuperar aunque sea una parte. Sé que quizá es una pérdida de tiempo, pero a mí no me conocen, y quién sabe… —Su suspiro me deja claro que ella ha perdido la esperanza en esa parte y que quiere centrarse en la solución que ha encontrado —. Mamá… —Le sujeto la mano por encima de la encimera—. No es solamente porque yo también viva de esto, es que las situaciones que te afectan también me duelen a mí.

—Lo sé, cariño —dice, después de unos segundos de silencio, y se obliga a sonreír—. Saldremos de esta.

En otras circunstancias, habría dejado que fuera mi madre quien se ocupase de todo, pero necesito hacer algo. Puede que el viaje a Madrid haya despertado esa parte de mí que estaba adormecida a causa de la rutina y de la burbuja en la que me he ido encerrando con el paso de los años, pero no puedo quedarme de brazos cruzados como si lo que ocurre no fuera conmigo, y menos cuando se trata de nuestro futuro. Por mucho que mi madre pretenda que busque una alternativa laboral, la tienda es parte de mi vida, igual que de la suya, y no puedo ignorar que alguien acaba de dejarnos con el culo al aire y sin apenas dinero para tapárnoslo. Así que

comprar un billete para buscar respuestas e intentar que nos devuelvan lo que nos pertenece no me parece tan mala inversión.



En el tren, miro a mi alrededor y veo a las personas abducidas por sus dispositivos móviles, como si el mundo estuviera ahí dentro. ¿En qué momento hemos desarrollado tal dependencia a esos aparatos? Agacho la cabeza y observo el libro que tengo entre las manos. Ahora me siento un poco tonta por habérmelo llevado, porque voy a tener que quedar con Alan para devolvérselo. «Maldito Alan…». Me he obligado a reconocer que el beso me gustó más de lo que quisiera, aunque no pienso admitirlo delante de él.

Recorro con los dedos la tapa blanda, antes de abrirla y buscar el último capítulo que leí. Dicen que los libros son solo páginas unidas que cuentan una historia, pero yo sé que este ejemplar es mucho más que eso; es evasión, nervios revoloteando en el estómago, viajar sin moverme del asiento y sonreír como una tonta, por las emociones que me despierta la realidad que esconde.

Cuando estoy cerca de la estación de Atocha, reviso el móvil y descubro un correo confirmando, por fin, que ha habido un error con mi cuenta de Instagram y que me la devolverán en los próximos días. Un problema menos.

He enviado un audio por el grupo —más parecido a un *podcast* que a un simple mensaje de voz— avisando de que iba camino de Madrid de nuevo y explicando que hemos tenido un problema de trabajo, y le he rogado alojamiento a mi prima otra vez.

Paula

¡No tienes ni que pedirlo! Aunque no estoy ahora en casa y esta

noche duermo fuera, así que puedes elegir cama.

Paula me ha explicado que ha quedado con Simón para hablar, y ver si tienen algún tipo de futuro juntos. He sido un poco reticente a la hora de entrar en el grupo que tenemos todas —básicamente, porque Eva continúa insistiendo en que le demos información sobre Alan y ninguna de las explicaciones que ofrecemos parece convencerla—, pero he acabado comentando que iba. A fin de cuentas, sería absurdo presentarme allí de nuevo sin avisar.

María

¡Eso es fantástico!

Eva

No te lo tomes a mal, porque me alegra que vengas, pero ¿tu regreso tiene algo que ver con Alan?

Pese a que pongo los ojos en blanco, mis dedos se quedan suspendidos en el aire y me repito la pregunta en silencio. En realidad, el motivo es que quiero encontrar al proveedor de la tienda para pedirle explicaciones —y soluciones—, dado que parece que ha desaparecido de la faz de la tierra, con todo nuestro material y el dinero que hemos pagado por adelantado. Sin embargo, en el fondo —o, quizá, no tan profundo—, una pequeña luz se enciende con el nombre de Alan y lanzo una mirada de soslayo al libro. ¿Es posible que mi subconsciente esté buscando una excusa para volver a verlo?

Sacudo la cabeza para alejar ese pensamiento y me da igual que la mujer que está sentada frente a mí me observe con expresión ceñuda.

Sara

Vuelvo a Madrid para ver si consigo encontrar a la persona que

nos ha dejado sin género en la tienda y sin dinero en el banco.

Eva

Vaya… Espero que se solucione.

Sara

Ya somos dos.

María

Pues menudo marrón… Si el tipo no está en la empresa, Madrid es bastante grande como para encontrar a alguien así, a lo loco.

Sé que tiene razón. Mi madre ha intentado contactarlo por varias vías y no ha habido manera, pero su negocio siempre ha estado en Madrid, así que creo que la única opción que nos queda, antes de decidir qué acciones legales tomar, es volver a intentar hablar con él en persona.

Paula

Para eso están el señor Google y las redes sociales.

María

No es que me guste meter el dedo en la llaga, pero tu prima no tiene Instagram ahora mismo. Lo que también hace que se pierda los *reels* con su cara.

Sara

Tranquila, las demás aplicaciones me mantienen informada.

Eva

Espero que también me informéis a mí.

Paula

¿Vamos a quedar con Alan?

Eva

Espero que sí y que no sea a mis espaldas.

Paula

No hemos quedado a tus espaldas, Eva. Ya te dije que apareció en casa de Dani.

Eva

Necesito volver a esa casa entonces.

María

Además, si quedamos para desayunar tú no estarás despierta, Evita.

O, quizá, estarás con Pedro…

Eva

Por mi Alan haría un esfuerzo.

Ese sí que es todo un caballero bondadoso y caritativo.

¿Bondadoso y caritativo? Se me escapa un resoplido y la señora que tengo delante levanta la vista de su móvil y me fulmina con la mirada.

María

¿Caritativo?

Eva

Ya sabes. Seguro que lo del beso fue para que viesen que no es una persona superficial y que lo hizo por los comentarios de las

chicas.

María

Claro, claro… Alan es una ONG con patas.

Con tres, para ser exactas.

En fin, ¡se acabó mi pausa!

Sara

Cobarde.

Envío el escueto mensaje sin dejar de sonreír. No me apetece volver a darle vueltas al tema de Alan con Eva —porque ya no se me ocurre qué más decirle y parece que mi prima le ha explicado que lo conocimos en casa de Dani—, pero no puedo fingir que no me divierte la forma en la que María contraataca e intenta evitar el tema de Alan. Tengo claro que, si volvemos a cruzarnos con él, no va a dejar que se le escape así como así.

María

Tranquila, me quedo en la trinchera para ver qué pasa y quién muere.

Sara

Te la devolveré.

Paula

¿A qué se refiere ahora? Confieso que a veces no entiendo.

Sara

A veces es mejor no hacerlo.

Eva

¿Nadie piensa darme información?

Niego con la cabeza y apoyo el teléfono sobre mi regazo. Pienso en mi llegada a Madrid e, inevitablemente, también en mi prima y su cita con Simón; me he quedado con el cuerpo raro al saber que lo intentará una vez más con él. Espero que sea feliz con la decisión que tome, pero no puedo aparentar que me alegra lo que va a hacer, puesto que, desde mi perspectiva, esa relación lleva demasiado tiempo apagándose como para poder reavivarla en una sola noche. Pese a que ese periodo de tiempo se me antoja bastante largo con todo lo que tengo en la cabeza. Quería desahogarme con Paula… Aunque hay otra persona con quien tengo la confianza suficiente para hablar de esto y ese es el contacto al que llamo.

No responde a la primera, así que espero un par de minutos, antes de volver a intentarlo.

—Demasiado tiempo sin llamadas —dice Diego, al otro lado de la línea.

No puedo evitar la sonrisa, porque creo que él también la tiene; igual que la razón.

—Es curioso esto de que hablemos más cuanto más lejos estamos, ¿verdad?

—Es posible que la culpa sea mía, por tener unos días intensos con el evento y algunos… —continúa con un tono de voz más bajo y suspira— temas de autores. Disculpa.

—No hay nada que disculpar, Diego. —Guardo el libro en mi mochila cuando el tren empieza a disminuir la marcha al acercarse a la parada—. Al final las relaciones son bidireccionales y todos tenemos momentos… intensos.

—Y que lo digas —afirma, y su voz suena de nuevo a sonrisa—. ¿Estás en un tren?

—¡Qué buen oído! —Dejo bajar primero a la señora que estaba sentada frente a mí—. Estoy en Atocha y te recuerdo que tenemos pendiente ir a tomar algo.

—Pues, por las horas que son, creo que va a ser mejor una cena. Estoy ahí en cinco minutos.

Me da tiempo a releer la conversación de WhatsApp y volver a sonreír con las aportaciones de María. Y es en ese momento cuando se me ilumina la mente: ¿Diego quiere ir a cenar? Pues se me ocurre un sitio estupendo al que llevarlo.

40

Camino con Diego los metros de acera desde donde ha aparcado su coche hasta el restaurante donde trabaja María.

—Menos mal que me has pillado en el coche —comenta—; no estoy seguro de si tu mochila y mi maletín hubieran cabido en la moto.

—¿Tocaba un día desenfrenado hoy? —pregunto, y recuerdo que una vez me explicó que, después de temporadas de alto estrés en el trabajo, le gustaba salir con la moto y despejarse.

—Ojalá pudiera ir con mi pequeña a dar una vuelta, pero sigo con mucho trabajo. —De reojo, observo que hace una mueca—. Además, se la he dejado a un amigo estos días.

—Qué generoso por tu parte.

—En eso consiste la amistad, ¿no? —Se gira hacia mí—. En poner a disposición de los demás lo que tienes, ya sea tangible o intangible.

Pese a que tengo la sensación de que ha cambiado de tema, asiento.

—La amistad es entrega —convengo de forma escueta, porque creo que no es el momento adecuado para añadir que es una lástima que, a veces, las personas traicionen la confianza que depositamos en ellas y no se den cuenta del daño que pueden hacernos con sus actos.

Él sonríe.

—Me ha sorprendido que volvieras tan pronto, después de tu huida —admite, y agradezco que me saque de mis pensamientos, porque no quiero hurgar en la herida que supone Clara para mí;

aunque, el otro asunto que él quiere abordar también es delicado.

Observo a mi acompañante: lleva un pantalón tejano y un jersey fino de cuello alto en color crema, coronado por una americana azul marino. No se me escapa el detalle del reloj en su mano izquierda ni que lleva consigo el maletín marrón que parece de piel; me pregunto qué contendrá para vigilarlo con tanto recelo. El pelo hacia atrás y la barba de varios días le confieren, junto con el modelito, un aspecto de lo más seductor. Me sorprende que, a pesar de que me encanta su forma de ser y su apariencia, no me sienta atraída por él. Sin embargo, eso me deja claro que, para que alguien me guste, siempre tiene que existir ese «algo» que me haga sentir como una polilla embobada al mirar la luz de una bombilla.

—Y a mí… —confieso en un susurro. Porque hay dos puntos que son ciertos: el primero, que me marché sin avisar; el segundo, que no tenía planeado otro viaje a Madrid.

Llegamos a la entrada y nos recibe una de las compañeras de María, que lleva una falda negra de tubo hasta las rodillas, unos zapatos de tacón del mismo color y una camisa blanca, cuyos tres primeros botones están abiertos y dejan al descubierto el inicio de unos pechos que podrían competir con los míos en cuanto a tamaño; su pelo oscuro está recogido en una coleta, tan tensa que estoy segura de que, si le lanzo una moneda, rebotaría.

—Buenas noches. ¿Tienen reserva? —nos pregunta, y arquea una ceja mientras lanza una mirada fugaz a la hoja que descansa en el atril.

—Buenas noches. No tenemos… —titubeo, y miro a Diego de reojo —. ¿Tenéis alguna mesa para dos?

—Para dos —repite, a la vez que analiza el papel—. Están de suerte. Vengan conmigo.

Suspiro aliviada y contengo la risa al mirar la expresión de Diego. Vale. Al menos, no soy la única que tiene la sensación de que nos ha perdonado la vida por no haber reservado con antelación. La mujer nos conduce hacia el interior del local mientras el repiqueteo de sus tacones parece querer competir con el bullicio ambiental. Por la actitud de la chica, daba la impresión de ser un lugar mucho más lujoso de lo que es en realidad. «Malditas apariencias…», me digo, y recuerdo que hoy voy vestida mucho más casual que el día en el que Diego me conoció en persona, pero mis pantalones tejanos y la camiseta básica de color negro con la frase «Comer croquetas encoge la ropa», que diseñamos Paula y yo en honor al libro de María, me define mucho más que esa primera impresión que pudo tener de mí. Al final, por más que queramos aparentar, siempre acaba saliendo a relucir quiénes somos de verdad.

El sitio está casi lleno y seguimos a la mujer —que parece haberse convertido en Usain Bolt— tan rápido como podemos, a lo largo de una de las hileras de mesas cuadradas que conducen a la terraza. Se detiene cerca del ventanal y se gira hacia nosotros.

—Si son tan amables… —Nos señala con el brazo la única mesa disponible en ese lado, pero su atención está puesta en la entrada, hacia donde se vuelve lentamente mientras nos informa con desinterés—: Ahora les atenderán.

Miro a Diego con los labios apretados por el miedo a que la risa salga de mi cuerpo y no pueda detenerla; mi amigo parece estar pensando lo mismo. Dios mío… ¡Si me ha parecido una versión de Eva, pero mucho más estirada!

Nos sentamos en silencio y aprovecho para hacer una inspección visual. Me anoto un «minipunto» cuando encuentro el lavabo en menos de cinco segundos —me parece uno de los detalles más

importantes que hay que saber cuando llegas a cualquier sitio— y otro cuando veo a María.

Sonrío abiertamente. Mi amiga lleva el pelo repeinado hacia atrás —por lo que deduzco que es una de las normas básicas del local—; una camisa blanca, pero sin desabotonar, y unos pantalones negros. Camina deprisa, aunque no es rival para su compañera, y sostiene una bandeja plateada llena de comida.

Noto cómo se me hincha el pecho de satisfacción al ver cómo se gira, sonriente, para responder al comentario de un comensal. Me encanta verla así, con ese derroche de energía constante que contagia a todo el que está cerca. Sé que no es el trabajo de su vida, pero me gustó la explicación que me dio una vez por teléfono: «No, no sueño con ser camarera ni vendedora de zapatos. Yo sueño con ser escritora, pero tengo que ayudar a mi familia y costear todo el proceso para cumplir mi sueño. A pesar de eso, tengo claro que lo que jamás puedes hacer es trabajar a disgusto en un sitio y eso, amiga mía, solo depende de ti y de cómo te tomes lo que pasa en tu entorno». Cuando quise decirle que aquello le ocurría porque tenía compañeros divertidos, negó con la cabeza y añadió: «Siempre tenemos dos formas de vivir, Sara: la que nos lleva a lamentarnos y quejarnos por todo lo que nos rodea y la que consigue que exprimamos y nos aferremos a las cosas buenas que tenemos a nuestro alcance, por pequeñas que sean. Tú decides con cuál te quedas. Yo, sin duda, con la segunda», aseguró antes de romper el momento filosófico con un «Para cortar cabezas siempre hay tiempo».

A pesar de que ambas estallamos en carcajadas, esa fue una de las primeras veces que me sorprendió la fuerza interior que tiene María. Y la envidié, sí. Lo hice porque me di cuenta de que en muchas

ocasiones me quejo de mí misma, de mi físico o de mi vida rutinaria, en lugar de valorar todo lo que tengo y lo que soy.

La chica de la entrada se acerca a María y le susurra algo con una expresión tan seria que provoca que a mi amiga se le borre la sonrisa, al tiempo que deja el plato de un cliente sobre la mesa. María levanta la mirada con sutileza y sus ojos se encuentran con los míos. Asiente y la otra chica vuelve a su posición en la entrada.

—¿Va todo bien? —me pregunta Diego, que ha dejado el maletín marrón sobre una silla que hay entre nosotros y me observa con los ojos entreabiertos.

—No tengo ni idea —reconozco, y me esfuerzo por contener la sonrisa, ya que mi amigo todavía no ha visto a María—. Pero tiene pinta de que la de la puerta intenta quedar por encima de todos los demás. —Me encojo de hombros—. Ya me enteraré.

—¿Eres espía en tus ratos libres?

—No, pero tengo contactos. —Veo cómo María ha recuperado la sonrisa y sigue atendiendo a las personas de la mesa, que parecen muy complacidas con el trato—. Y hablando de averiguar… ¿Se puede saber qué llevas en ese maletín?

—¿Seguro que no eres espía?

—Seguro —confirmo, y asiento con la cabeza. Diego finge analizarme durante unos segundos.

—Este es mi maletín de la suerte. —Pasa la mano por encima del material y acaricia el broche dorado del cierre, como si le pidiera en silencio que no desvelara sus secretos. Imagino que por eso no lo deja en el coche—. Me lo regaló mi madrina, una de las personas más especiales con las que he tenido el placer de coincidir en esta vida. —Sus ojos se tiñen de tristeza por un segundo—. Ahora contiene documentos importantes y mi portátil.

—Es decir, que ahí se esconde la información privilegiada.

—Eso es. —Posa su mirada en mí—. Lo que me recuerda que todavía no te he contado de qué va el premio que ganaste en el evento. ¿Tan poco interés tienes en saber lo que te llevarás? Además, hemos anunciado que la entrega se hará de forma especial, ya que no estabas ahí para hacer la foto.

—No me hables de fotos… —murmuro, y niego con la cabeza. Se le escapa una risita. ¿Cómo no le he sacado el tema del premio antes? —. Disculpa, tengo la cabeza en otro lado ahora mismo —confieso cuando me recompongo.

—¿En lo que te ha obligado a volver a Madrid? —murmura Diego, con el cuerpo un poco inclinado hacia mí, por encima de la mesa.

Yo asiento y me pierdo en sus enormes ojos y en el mar de preguntas que esconden. Es extraño que me sienta en «casa» con alguien a quien hace solo unos días que he «desvirtualizado», pero mi cabeza me recuerda los meses de amistad, a distancia, que hemos vivido.

—Antes de venir a Madrid —explico, y le doy vueltas a los cubiertos para evitar mirarlo—, mi madre estaba algo rara. Yo pensaba que eran cosas mías, pero fui notando conductas que no encajaban con ella. No sé explicarte.

—Te entiendo. Conocemos bastante bien a nuestros seres queridos como para saber cuándo hay algo fuera de lugar o si está pasando algo que no cuadra.

—Eso es. —Le doy la razón con la cabeza mientras tuerzo los labios—. A pesar de eso, me vine a Madrid. También tuve la sensación de que ella quería que viniera. —Busco su mirada con la mía—. No soy tonta, pero no pensé que fuera porque tenemos problemas con el negocio.

—¿Qué tipo de problemas?

—¿De verdad te interesa?

—¿De verdad me lo preguntas? —La ceja arqueada de Diego me deja claro que habla en serio. ¿Acaso no le he estado explicando mis tonterías durante estos meses?

—La colección de ropa que debíamos tener lista para esta temporada no ha llegado ni se la espera —digo al fin—. Y eso no sería un problema si no fuera porque, desde hace años, mi madre solo trabaja con este proveedor al que, por supuesto, paga por adelantado.

—Se suele pagar por adelantado, ¿no?

—Sí, pero el tipo ha desaparecido y no lo localiza.

—¿Le pagó y no sabe nada de él ni de la ropa? —pregunta con voz aguda por la incredulidad.

—Exacto. —Asiento con la cabeza y le doy vueltas al cuchillo sobre la mesa—. El problema es que el pedido se suponía que llegaba hace más de dos semanas. Y la inversión que se ha hecho es grande, porque esta es, junto con Navidad, una de las épocas más importantes para el negocio.

—Entonces es un problema de los gordos —comenta, con las cejas elevadas.

—Sí… —reconozco en voz alta, y respiro despacio para intentar calmarme—. De todos modos, mi madre ya ha hecho varios viajes para encontrar a otro proveedor que trabaje con un género que le guste y que sea similar a la línea de ropa que vendemos en la tienda, pero teniendo en cuenta la inversión que ya ha hecho… —Aprieto los labios y dejo la frase suspendida en el aire.

—Quizá me estoy metiendo donde no me llaman —dice Diego, con amabilidad—, pero podéis buscar un distribuidor más genérico

para hacer el apaño, ¿no? Sé poco del tema, pero Íngrid me ha explicado que los distribuidores son más fáciles de conseguir y que tienen varias gamas de productos.

—Estuve comentando eso mismo con mi madre —aseguro—. Sin embargo, los distribuidores son menos, como decirlo…, exclusivos. Lo que venden se puede encontrar en cualquier parte. Y, por otro lado, aunque no hace falta que compremos de todas las colecciones de sus productos, para encargar prendas de lujo el presupuesto es muy elevado, porque a esa gente no se les puede comprar unos pocos vestidos. Y lo peor es que gran parte de la facturación anual depende de lo que vendamos ahora, pero ¿cómo vamos a hacer un pedido grande si no tenemos el capital para hacerlo?

—Lamento escuchar eso, Sara. —Diego me sujeta la mano por encima de la mesa.

—Lo que más pena me da de todo esto —continúo— es que mi madre ha conseguido mantener el negocio a flote a pesar de que hoy en día hay muchas compras *online*, de segunda mano, grandes superficies, etcétera, porque tenía una clientela fiel. Pero si no hay género, no hay ventas, y si la gente busca otros sitios donde comprar la ropa…, entonces empieza una rueda muy fea.

—Ya veo. —Diego inclina la espalda en el respaldo de la silla—. Y… ¿qué tienes pensado?

Observo la postura de mi amigo. Su cara está ligeramente contraída y los carnosos labios forman una línea recta.

—Intentaré encontrar al proveedor, para que me explique qué ha pasado y que nos dé una solución —explico—. Mi madre no ha podido localizarlo, pero si me quedo aquí un par de días, quizá yo…

—¿Qué van a tomar los señores? —La voz de María irrumpe en la conversación, como una oleada de fuerza capaz de arrollar cualquier

problema—. Señorita —dice, y me dedica una expresión ceñuda—, le ruego que deje de jugar con ese cuchillo, antes de que alguien salga herido.

Diego apoya el brazo sobre el respaldo de la silla y examina los movimientos de mi amiga con una sonrisa burlona.

—Me preguntaba si aquí tendríais algún botiquín para hacer primeros auxilios, pero me alegra ver que el personal está capacitado para meter en vereda a cualquier cliente con actitudes sospechosas —comenta, con una expresión granuja.

No puedo describir el magnetismo que desprende Diego; es como si fuese un imán y tuviera el poder de atraer el objeto que quisiera hasta él. Lo mejor de todo es que, por lo que lo conozco, me da la impresión de que no suele desplegar estas habilidades con asiduidad, pero parece estar muy interesado en lo que tiene delante y yo tengo que ponerme la mano sobre la boca, con disimulo, para contener las ganas de reírme por la cara que pone mi amiga.

—Descuida. —La sonrisa maligna de María me estremece—. Este personal está capacitado para meter en vereda a clientes y también introducir escobas por donde sea necesario.

—Qué bueno saberlo, Ariel. —Diego parpadea y sus pestañas kilométricas le confieren un aspecto angelical.

—Por Dios… Eres más molesto que las pegatinas con el precio en las cubiertas de los libros. —Me pinzo la nariz y me muerdo el labio. ¿De verdad acaba de soltar eso? Estoy alucinando—. Mira, señor Darcy contemporáneo, la diferencia entre Ariel y yo es muy sencilla.

Procuro no reírme por el apodo que le ha puesto a mi amigo, pero sí, destila ese aire arrogante y encantador que resulta peligrosamente atractivo.

—Soy todo oídos, sirenita.

—Fácil. —Los ojos de María brillan y yo me pregunto en qué estará pensando ahora—. Si a mí me llegan a proponer quedarme sin voz por un hombre, le hubiera dicho a la bruja que se metiera las piernas por el culo. ¡Ni que me hiciera falta en la vida un príncipe que me mantenga!

—Si no recuerdo mal —se atreve a rebatir Diego—, Ariel desconoce que Eric es un príncipe cuando lo ve por primera vez.

—Cierto, pero vive en el mar y todos sabemos que allí hay muchos peces. Ya me buscaría a otro. —María nos deja ver sus dientes perfectos, con un aire triunfal—. ¿Y bien? ¿Qué vais a tomar?

—¿Qué me recomiendas para alimentar la mente? —Diego apoya el brazo sobre la silla y algo me dice que no es la carta en lo que está interesado.

—Siempre croquetas.

—¿Las croquetas alimentan la mente? —pregunta él, entre sorprendido y divertido—. Vaya, ahora entiendo cuánto me afectó la alimentación casera de mi madre.

—Si las conviertes en libro, sí.

Carraspeo y Diego entorna los ojos.

—*Siempre croquetas* es el título del libro que acaba de escribir María —aporto, ya que todavía soy parte de la escena. Porque lo soy… ¿verdad?

—Interesante… —Él vuelve a centrar su atención en María—. No me habías explicado que tu novela trataba ese tema, Ariel.

—Sí —responde ella con sequedad mientras aprieta los labios. Veo el fuego que empieza a crecer en sus ojos castaños—. Es lo que tiene entregar el manuscrito cerrado en un sobre y que nadie lo abra aunque prometan hacerlo. ¿Os apunto unas croquetas entonces?

—El equipo encargado de leer los manuscritos que se entregaron

en el evento está compuesto por otros compañeros, pero, como buen amante de las croquetas que soy, haré una excepción con el tuyo.

Ahogo una exclamación y mi amiga, no tan emocionada como yo, enarca una ceja en mi dirección.

Diego me ha explicado alguna vez que él solo se encarga de manuscritos y autores «especiales», y por ese adjetivo se refirió a autores como J. K. Norvi o algunos de fama reconocida, como imagino que hizo en su día con Alan, pero mis ilusiones se apagan cuando María le responde.

—No necesito tu caridad ni ningún trato especial —dice, con el tono más insulso que puede y que contrasta con la presión que ejerce con el lápiz sobre la pantalla táctil de su PDA—. Pero estás de suerte. Te voy a traer la mejor ración de croquetas de tu vida.

«No quiere su caridad, pero está molesta porque no lo ha leído…», pienso, y me muerdo la lengua para no decirlo en voz alta porque cada vez tengo más claro lo que significa esto.

Además de las croquetas, apunta las bebidas y varias tapas más. La conversación continúa siendo tirante y todavía noto tensión entre ellos, hasta el momento en el que María se aleja para atender la señal que le hace la chica de la puerta.

—¿Tu amiga se comporta siempre así? —Me pregunta con tono divertido.

—Yo creo que has tenido suerte de que esté en el trabajo. Podría haber salido peor —confieso, y me doy cuenta de que él sigue con la mirada fija en María—. Bueno, yo ya te he contado mi problema. Ahora puedes explicarme en qué consiste el premio.

—Cierto, el premio… —Me dedica una sonrisa ladeada y se acomoda en la silla—. De hecho, espero que consiga distraerte de tus preocupaciones gracias al cambio de aires.

—¿Cambio de aires? —repito, y parpadeo varias veces.

Diego eleva una de sus cejas negras y me recuerda a un pequeño ángel que se está convirtiendo en demonio por momentos.

—Has ganado un viaje a Barcelona con todo incluido durante la feria del libro de Sant Jordi.

—¿Cómo?

Él asiente.

—Y, por si fuera poco, estarás en la caseta del autor de Read & Fun que tú elijas. Y, créeme, hay mucho donde escoger. —Sus preciosos ojos están cargados de picardía y mensajes que no consigo descifrar —. Aunque ya hablaremos de eso, porque antes debo decirte que estás invitada al evento que celebrará Read & Fun. No te han podido contactar por Instagram por lo del problema en tu cuenta, así que te lo digo personalmente.

—¡¿Otro evento?! —exclamo, con las manos sobre la mesa y la boca tan abierta que podría llegarme al suelo.

—Mmm… —Diego sonríe mientras se agarra la barbilla con la yema del pulgar y el dedo índice—. Este no tiene nada que ver con el del Parque del Retiro. Son eventos que realizamos con grupos de personas más reducidos.

Lo miro fijamente. Todavía no me creo lo que me está contando. ¿Barcelona? ¿Ha dicho que me ha tocado un viaje a Barcelona en Sant Jordi? Y, por si fuera poco, me han invitado a un evento de la editorial, que imagino será de los que a veces he visto en directos y *stories*. Aunque eso me recuerda que tendría que salir de mi anonimato, así que arrugo el ceño y niego con la cabeza.

—¡Espera! No puedo asistir a algo así. Sé a qué te refieres y ahí me reconocerían.

—No lo harán. Es algo… diferente.

—¿De qué se trata entonces? —pregunto, y enarco una ceja cuando su sonrisa se ensancha.

Diego se acerca por encima de la mesa con aire confidente y se muerde el labio con delicadeza; su mirada destila travesura.

—De conocer a varios autores en un baile de máscaras.

41

La cena ha sido de lo más divertida. Sobre todo en los momentos en los que aparecía María para servirnos los platos. He soltado alguna pulla cuando mis dos amigos intercambiaban alguna frase en forma de puñal.

Al salir del local, Diego me ha acercado hasta la casa de Paula.

—Esperaré hasta que abran —dice mientras me bajo, antes de provocar que los intermitentes de su coche empiecen a parpadear.

Con la mano apoyada en la puerta, frunzo el ceño.

—No creo que sea buena idea que te pares aquí, en doble fila —comento mientras ladeo la cabeza para observar el tráfico de la calle.

Él se limita a señalar los botones de los telefonillos con la cabeza y capto el mensaje.

Pulso el timbre del tercero segunda y espero; confirmo por el rabillo del ojo que Diego sigue ahí y repito el proceso dos veces más.

Cuando me empieza a parecer incómodo estar de pie sin que nadie me haga caso al otro lado del interfono, llamo a mi tía. El sonido de la llamada da paso al buzón de voz y cuelgo. Lo intento otra vez y, tras obtener el mismo resultado, decido probar suerte con mi prima.

—Dime —susurra, como respuesta al tercer tono.

—No quería llamarte, Paula, pero es que tu madre no me abre.

—Ostras, es verdad.

—¿El qué es verdad?

—Había olvidado que mi madre tiene una fiesta por la jubilación de una compañera del trabajo.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunto, a la vez que miro al interfono con una mueca, porque ahora sé que nadie va a responder por mucho que insista.

—Pues que no sé a la hora que llegará.

—Joder… —Me muerdo el labio y veo que Diego ha salido del coche y se acerca a mí.

—Déjame pensar —murmura Paula, y antes de colgar de sopetón, añade—: Ahora te llamo.

—¿Qué pasa? —La voz de Diego suena a mi lado, pero mantengo la vista fija en el móvil.

—Mi prima está fuera y dice que mi tía ha salido.

—Entiendo…

La llamada entrante de Paula ilumina la pantalla de mi teléfono.

—¿Has conseguido hablar con tu madre? —pregunto, con nerviosismo—. A mí no me responde.

—Negativo —dice ella—. Pero he hablado con Simón y en una hora y algo estoy ahí para darte las llaves.

—¿Cómo vas a desperdiciar parte de tu noche de reconciliación para traerme las llaves? —espeto, porque pienso en el trayecto de ida y de vuelta—. Ni se te ocurra. Creo que espero a tu madre.

—No tengo ni idea de cuándo llegará, Sara…

Diego mueve la mano delante de mí y capta mi atención.

—Si necesitas un sitio donde dormir, yo puedo proporcionarte un plan mejor que este. —Apunta hacia la puerta del edificio con la barbilla.

—¿Un plan mejor? —inquiero, y Diego asiente en silencio mientras escucho a Paula preguntándome qué está pasando.

En realidad, agradezco no estar sola ahora mismo. No es que me dé miedo esperar en el portal hasta que mi tía aparezca —vete a

saber cuándo—, pero siempre hay opciones más atractivas y, en este momento, el ofrecimiento de Diego no me parece nada descabellado.

Asiento con la cabeza y Diego me hace un gesto para que vayamos al coche de nuevo.

—Cambio de planes, Paula —le digo a mi prima, que seguía con su perorata al otro lado del teléfono—. Me voy con Diego.



Aprovecho el trayecto en coche para enviar un mensaje de WhatsApp a mi tía y revisar los que tengo por leer. No he podido evitar soltar la bomba del evento en el grupo. Menos mal que Diego no me ha dicho que era algo secreto, como cuando nos mandan algunos manuscritos antes de su publicación; originales que se convertirán en novedades literarias en los siguientes meses y que nos hacen llegar para que demos nuestra opinión con la advertencia de que no se puede desvelar nada por el momento, tan solo crear *hype*.

Eva

¿Un baile con máscaras?

María

Como lo lees… Por lo visto, es una fiesta exclusiva con varios escritores y gente famosilla.

Tuerzo los labios al leer su frase y me doy cuenta de que mi amiga estaba mucho más atenta a mi conversación con Diego de lo que yo creía cuando nos traía la comida.

Sara

María, lo bonito de que te pasen cosas es poder explicarlas por

ti misma.

Paula

¡Ojalá pudiera ir y hacerme fotos! Menuda fiesta debe de ser esa. ¡Qué envidia!

Sara

¿Tú no deberías estar centrada en otras cosas ahora mismo?

Paula

¡Sí! Pero tenía el teléfono a mano. ¿Quién te manda poner algo así en el grupo?

Eva

¿Y por qué no me han dicho nada a mí?

María

Tiene toda la pinta de que te llegó la invitación al buzón, pero el servicio doméstico no te la ha entregado todavía.

Eva

Ja, ja, ja. Acabo de preguntar al servicio y me han dicho que no.

Muy graciosa, querida.

Paula

Yo diría que, hoy en día, las invitaciones llegan por correo electrónico.

María

La otra. Luego os quejáis de que os tomo el pelo, pero es tan fácil…

Sara

Es que no me lo creo todavía.

Paula

¡Normal! Debe de ser emocionante. ¿Sabes si estará J. K. Norvi?

Sara

Diego no me quiere hacer ningún *spoiler*, pero algo me dice que sí estará. ¿Creéis que anunciará quién es?

María

Eso sí que sería un pelotazo.

Sara

El pelotazo será cuando confieses que te gusta Diego.

María

¿Qué te hace pensar en esa tontería?

Sara

El haber presenciado tu lenguaje corporal cuando él está cerca.

María

Gilipolleces. ¡Me voy que se me acaba la pausa para hacer pis!

Sara

¡No huyas!

Eva

Yo quiero ir al baile. Tengo el vestido perfecto :(

Sara

¡Madre mía!

¿Qué se supone que debo ponerme para un baile de máscaras?

Y me quedan solo cinco días…

María

Llámame loca, pero… yo apostaría a que la clave es llevar un antifaz.

Sara

De verdad que te luces, María.

María

Gracias, tengo la creatividad por las nubes con mi próxima historia.

Es más, te voy a dar una idea para que seas original: recicla alguna caja y disfrázate de *e-book*.

Sara

¿Tú no te ibas?

María

Desagradecida…

Paula

Yo quiero saber quién más va.

Avisa si le sacas más información a Diego mientras duerme. Ja, ja, ja.

María

¿Mientras duerme?

Paula

Mi madre y yo estamos fuera esta noche, así que mi prima se ha ido con él.

Una sonrisa maligna se apodera de mis labios y se me ocurre el comentario perfecto para que sea malinterpretado.

Sara

¿Quién ha dicho que vaya a dormir?

Eva

¿Qué?

María

¡¿Cómo?!

Salgo de la conversación y bloqueo el móvil. Me muerdo el labio para controlar la risa. Le ha molestado; a María le ha molestado o, al menos, le ha llamado la atención. Si es que estoy convencida de que…

—¿Todo bien? —me pregunta Diego, sonriendo al ver mi expresión—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, nada. Tonterías mías. Perdona por haberme dejado absorber por el móvil; estaba en una conversación… interesante.

—No te preocupes. Me gusta que sonrías —asegura, y acompaña su propia mueca curvada con un brillo especial en los ojos. Ahora mismo parece un príncipe encantador en lugar del gatito de *Shreck* —. Vale. Hemos llegado.

Levanto la cabeza para ver el bloque de pisos que tengo al lado y disimulo lo más rápido que puedo mi consternación. Será cabrón…

—¿Sabes, Diego? Cuando me dijiste que tenías «un plan mejor» para dormir bajo techo, pensé que me llevarías a tu casa.

—He pensado que te apetecería ir a tomar algo a mi «casi» segunda casa antes —dice mientras ambos salimos del vehículo—. Es broma; sé que estás cansada. Solo subimos un momento, que tengo que recoger una cosa. —Me guiña un ojo y, tras agarrar su maletín, cruza la calle.

Yo lo sigo con mala cara al tiempo que intercalo la mirada entre la puerta del edificio y la imagen que tengo tatuada en la piel.

¿En serio, Diego?

42

—¿Por qué no se queda a dormir aquí? ¡Si hay sitio de sobra! —asegura el «doctor Agujas», que se muestra más que encantado con el hecho de que yo esté aquí—. No será la primera vez que tenemos invitados.

—¿*Tenemos*? —remarco la palabra y me giro hacia Diego—. ¿Tú vives aquí o no?

—A veces. —Se encoge de hombros—. La verdad es que depende de cómo me vaya el día.

—Que no te engañe, Sarita. —Dani me pasa el brazo por encima de los hombros en actitud afectiva y susurra a la vez que mira a su amigo—: Él vive en la oficina.

—¡Serás idiota! —grita Diego, y se apresura a darle un puñetazo en el brazo a Dani, quien sale corriendo entre risas y salta por encima de la mesa del comedor.

—Menuda imagen se va a llevar tu amiga de ti.

—Mi amiga sabe perfectamente cómo soy.

—Entonces ya se habrá dado cuenta de que eres un adicto al trabajo —asegura Dani mientras rodea el sofá, pero Diego da un brinco por encima y se abalanza sobre él.

Me divierte verlos de esa manera: como si fueran hermanos. Y me quedo observando la escena hasta que escucho cómo se cae algo al suelo.

—Em… Vais a romper algo.

—Eso intento —asegura Diego mientras se esfuerza por

inmovilizar a Dani en el suelo—, pero no se está quieto.

—Me refería a la casa…

—Tranquila, todo lo que hay aquí son donaciones de los papis de Dani. ¿Verdad, cielito?

El comentario parece infundir una fuerza sobrehumana al aludido, que, ante mi sorpresa, se incorpora y hace que cambien las tornas. ¿Es que no tienen límite?

—Quizá tu editorial tendría que hacer algún acto benéfico para amueblar mi piso de vez en cuando —dice entre dientes, en medio del forcejeo.

—¡Ja! Ni que tú fueras J. K. Norvi para que yo invierta dinero en tu causa.

—No me hagas hablar…

—Chicos. —Doy un par de palmadas al aire, como si fueran niños pequeños—. Siento interrumpir vuestra escena, pero tengo que darle la razón a Dani… —Mi amigo centra su mirada en mí, con estupefacción, y yo hago una mueca—. Sé perfectamente que eres un adicto al trabajo, Diego.

—¿Ves, Zape? —se ríe Dani, y aprovecha para sacudirlo—. Lo sabe y aun así sigue siendo tu amiga. Si al final resultará que eres un cachorrito adorable.

—No vuelvas a llamarme así. —Diego lo empuja y Dani cae sobre el sofá, sin dejar de reír.

—¿Que no te llame «Zape»? —le pincha Dani—. Sabes que Zipi soy yo. —Me mira un segundo para hacer la aclaración y se pasa los dedos entre los mechones rubios—. Es por el color de pelo.

Asiento, como si estuviera entendiendo algo de lo que está pasando. Dios mío, ¿quién me mandaría a mí venir hasta aquí? Aunque esperar a que mi tía llegue a casa podría llevarme tiempo

también y esto, al menos, es entretenido.

—Hasta donde yo sé —replica Diego—, tú eres un «cielo»… Solo falta ver qué ocultas tras tus nubes negras.

—Yo no oculto nada.

—Vale, chicos. —Me acerco—. Creo que no debería presenciar esta pelea.

—No es una pelea, Sarita —asegura Dani, sin mirarme—. Es una conversación de lo más inofensiva.

Yo sonrío y aspiro aire mientras tomo una decisión que quizá no sea la más sensata, pero sí me parece la más divertida. Además, de vez en cuando hay que dejarse llevar por la vida y sus caprichos.

—No dirías lo mismo si te mirases en el espejo y vieras que tienes el labio un poco inflamado.

—Maldita sea… —murmura él, antes de llevarse la mano a la boca, donde en realidad no tiene nada. Me mira sin comprender.

—Y ahora que he captado vuestra atención —digo, y Dani eleva las cejas—, ¿alguien me puede decir dónde voy a dormir?

Los dos se miran y sonríen, y esa complicidad repentina me hace replantearme la decisión, porque siento que me estoy perdiendo algo.

Diego me dice que me puedo quedar en su habitación, que es la más cómoda, y que no me preocupe, que él duerme en otra. Por lo visto, el cuarto que me faltó por ver el otro día también está provisto de una cama y el sofá del comedor también se transforma en cama, por lo que —sumado al colchón hinchable que han mencionado— la casa se convierte en un albergue cada poco tiempo.

—Si no recuerdo mal, hasta Paulina se ha quedado a dormir aquí alguna vez —me asegura Dani mientras Diego va a buscarme una muda para dormir.

Como el otro día utilicé un pijama de mi tía, para mi regreso a Madrid no me he molestado en buscar uno y he preferido llevar equipaje ligero. Es cierto que en esta mochila cabe casi de todo por los compartimentos que tiene, pero entre la ropa, el *e-book* y un par de libros…

Ya en la cama, le he mandado un wasap a mi prima —sin entrar en la conversación del grupo, porque tengo más de cien mensajes por leer y sé que no acabaré nunca si empiezo a responder—, para avisarla de dónde me quedo a dormir. Su respuesta ha sido: «Todo irá bien, confía en mí»; lo que ha acabado de convencerme de que la idea de pasar aquí la noche es descabellada. ¿Esta mujer no se da cuenta de que su afirmación me genera escalofríos?

Tengo la mirada clavada en el techo y me retuerzo los dedos de las manos. A pesar de todo, me gusta estar aquí. Y digo «a pesar de todo» porque llevo puesta una camiseta de alguno de ellos como pijama —que, por suerte, me llega por debajo del culo— y lo de dormir en una cama que no es la mía no lo llevo del todo bien. La de Paula, al menos, es de esas que se adaptan y resultan cómodas, pero aquí no estoy segura de si voy a poder dormir.

Después de la pequeña discusión —o conversación, según se mire —, Dani ha insistido en que nos tomáramos algo juntos. Yo, tras el primer *gin-tonic*, he dicho que estaba demasiado cansada y que me iba a dormir. Ellos han continuado con su charla en voz baja. He intentado enterarme de algo, pero no he podido oír nada, y eso que las paredes parecen delgaditas…

Sé que puede parecer extraño, pero estas experiencias en Madrid me están dando la vida. Sí. Ahora mismo, tengo que solucionar un problema, pero estando aquí es diferente; siento como si esta ciudad me liberase y me convirtiera en otra persona; una que es capaz de

sacar la valentía que oculta tras los complejos, desde hace tiempo. «Una persona diferente en un cuerpo que sigue siendo el mismo», me digo.

Y eso me lleva a pensar en Alan. En lo estúpido que me pareció desde un principio, en lo cercano que se ha mostrado cuando hemos estado a solas, en lo engreído e idiota que puede llegar a ser, en el beso… Me cubro la cara con la almohada, como en las películas, y niego con la cabeza. Tengo que dejar de pensar en él.

Y justo con ese pensamiento en mente, la puerta de la habitación se abre de par en par y alguien enciende la luz. Confundida, aparto la almohada de la cara y me incorporo. Con los ojos medio cerrados, levanto una mano para reducir el destello de la bombilla.

¿Qué demonios…?

—No me lo puedo creer. —La voz que inunda la habitación consigue que contenga el aliento y deje de moverme por completo—. ¿Ahora también robas ropa y camas? Eso sí que es evolucionar, ladronzuela…

43

—No me digas que esto es tuyo —digo, y sujeto la camiseta que llevo puesta con dos dedos, en un intento por alejarla de mi cuerpo. Él asiente—. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—¿Tú? —pregunta, atónito—. Encima pretenderás quedar como la víctima en todo esto.

—Es que soy la víctima.

—¡Venga ya! —Alan resopla—. ¿Tú ves normal que llegue a mi casa y encuentre mi cama ocupada por una chica que lleva mi ropa?

—Hasta donde yo sé, esta es la cama de Diego.

—Maldito Diego… —masculla entre dientes.

—Créeme; si fuera tu cama, jamás me hubiera metido en ella.

Él se queda callado, demasiado callado, y sus labios empiezan a moverse lentamente, hasta que se curvan en una sonrisa llena de picardía que me descoloca.

—No te queda nada mal —dice al fin.

—¿El qué?

—Mi ropa.

—¿Me estás haciendo la pelota para pedirme perdón por irrumpir aquí y despertarme?

—Ni estabas durmiendo ni te estoy pidiendo perdón. —Alan se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta—. Solo estoy señalando un hecho.

—Vaya… —digo imitándolo—. Pues gracias, supongo.

—De todos modos, si tu idea era esperarme en la cama

semidesnuda, podías haberme avisado con antelación.

Me quedo boquiabierta el tiempo suficiente para que su sonrisa se amplíe. Cierro la boca de golpe.

—Ni en tus mejores sueños, chaval.

—¿Ya volvemos a las malas formas? —Niega con la cabeza, pero no deja de sonreír—. Que sepas que en mis mejores sueños no me conformaría solo con lo que estoy viendo. —Me sonrojo; sé que me sonrojo y maldigo la escena que debe de estar presenciando desde la puerta—. Aunque, si esta es tu forma de hacer que me olvide de que tienes secuestrado mi libro… Lo siento, pero no funciona, ladronzuela.

—¡Que yo no he secuestrado tu libro! —Me apoyo sobre las manos para incorporarme y, pese a saber que podría habérselo entregado en cualquier momento, procuro mostrar indignación.

—Pero si ayer hasta te diste a la fuga para no devolvérmelo. —Se acerca y se sienta al borde de la cama. Con calma y delicadeza, desliza la mano por la superficie hasta atrapar mi pie por encima de la sábana. Su voz es un susurro meloso cuando habla de nuevo—. ¿O estabas huyendo porque te gustó demasiado el beso?

Me muero. El corazón se me acaba de poner a doscientos por hora y no sé dónde meterme. El muy sinvergüenza me sujeta con firmeza mientras me sonríe y se pasa la lengua por el labio inferior.

¿Por qué mis ojos se quedan fijos en ese gesto y mis pulmones aguantan la respiración? Joder, este hombre destroza todas mis conexiones neuronales.

Me obligo a actuar con rapidez. Agarro la almohada y se la lanzo. Agradezco a todas las fuerzas existentes haber acertado el tiro, aunque no contaba con que Alan la atraparía al vuelo y me golpearía las piernas con ella. ¿En qué momento he pensado que esto podía

salir bien?

—¿En lugar de reconocerlo me agredes?

—No hay nada que reconocer —aseguro, a la vez que intento esquivar los golpes—. No eres el centro del mundo, ¿sabes?

—Pero sí el centro de esta habitación; su núcleo. —Apoya la almohada sobre mis muslos y baja el tono de voz—. Y ya se sabe que son puro calor… —Forcejeo en vano para liberar las piernas y él se inclina hasta que su cara queda a pocos centímetros de la mía. Su cercanía me paraliza—. Aunque, por esa regla de tres, el núcleo ahora mismo deberías ser tú.

¿Acaba de insinuar que estoy caliente yo o que lo pongo caliente a él?

Trago sonoramente y me da igual la respuesta, porque me pierdo en sus iris castaños. Hago un intento por controlar la respiración cuando su mirada baja hasta mis labios, y me doy cuenta de que me los estoy mordiendo. Los suyos se entreabren y mi mente empieza a emitir, en bucle, la escena de nuestro beso. Intento centrarme en que odio a este ser despreciable que me besó sin permiso, pero hay algo en mí que transforma esa furia en ansia y anhelo. Su mano asciende por el lateral de mi pierna y siento que me quema la piel con el avance.

Calor. Sí. Y no me importa quién lo provoca, sino cómo se apagará.

—¿Se puede saber cuándo has llegado tú y qué está pasando aquí? —Diego aparece en la entrada de la habitación y su pregunta, sumada a que Alan se separa de mí a toda velocidad, congela el ambiente de inmediato—. Se oyen vuestras voces por toda la casa.

—Yo… —vacilo mientras mi cabeza busca una explicación coherente, pero solo puedo pensar en las malditas paredes traidoras.

—Lo que está pasando es que alguien le ha dejado mi ropa y mi

habitación. —Alan me señala con la cabeza—. Me pregunto quién habrá sido.

—Esa camiseta lleva aquí desde antes de que te fueras —puntualiza Diego—, y te recuerdo que esta ya no es tu habitación.

—Sabes perfectamente que duermo aquí alguna vez.

—También sé que podrías avisar cuando llegas, ni que sea por educación. O, ya que estamos, que podrías haberte ido a tu casa.

—También podrías haberte ido tú a la tuya. —Alan se cruza de brazos.

—Esta me quedaba demasiado cerca.

—Lo mismo digo —sentencia Alan—. Además, no creo que te hubiera hecho gracia que fuera en moto si he bebido.

—Como le hagas algo a mi pequeña… —murmura Diego entre dientes, y yo me quedo estupefacta ante su reacción. Sin embargo, su expresión se vuelve divertida en un par de segundos—. Si no recuerdo mal… —Se acerca y noto que muestra abiertamente su sonrisa. Da un par de palmadas a la parte inferior de la cama—. Esto se saca y hay otro colchón.

—Estás de broma, ¿verdad? —Alan pone voz a mis pensamientos. Diego niega con la cabeza—. Creo que dormiré en el sofá.

—Si quieres unirte a la fiesta que va a montar Dani…

Alan resopla.

—¿Cómo dices? —pregunto y la voz me sale muy aguda.

—Es su casa y le gustan las fiestas. —Diego se encoge de hombros.

—¿Y cómo puedes dormir aquí? ¿No hay mucho ruido? —inquiero con la mirada fija en mi amigo.

—Con tapones.

—Menuda gilipollez, Diego. —Alan se pone en pie y se dirige a la puerta—. Entonces, dormiré en su cama.

—Estoy seguro de que le encantará encontrarte ahí cuando vaya con alguien.

Alan mira de reojo a Diego y juraría que pretende fulminarlo.

—¿Qué propones, don Perfecto?

—Yo ya te he dicho las opciones.

—¿Tú dónde duermes, Diego? —pregunto, porque tiene que haber más opciones.

—En la habitación pequeña.

—Pues me voy a dormir allí y tú te quedas con ella —espeta Alan, y yo parpadeo varias veces por el tono déspota que acaba de utilizar.

—Creo que será mejor que vaya a casa de mi tía a dormir.

—¿Te ha dicho si ha llegado ya? —pregunta Diego.

Miro el móvil. Es poco más de la una de la mañana y no tengo ningún mensaje de ella. En realidad, el único mensaje que he recibido ha sido hace media hora, cuando me ha pedido disculpas después de que le dijera que no iba a dormir y me ha confesado que se quedaba más tranquila porque así podrá estar hasta las tantas. Vamos, que no tengo escapatoria posible y molestar a mi prima no es una opción. Meneo la cabeza para dar una silenciosa respuesta negativa.

—Entiendo —asegura Diego. Y menos mal que él lo hace, porque yo me acabo de quedar a cuadros con el giro que acaba de dar esta situación.

¿Quién me mandaría a mí venir a Madrid para intentar arreglar lo que mi madre no ha podido solucionar? Aunque la respuesta es, precisamente, la misma que me ha hecho pensar que aceptar la propuesta de quedarme a dormir aquí sería una buena idea.

44

Creo que el intercambio de habitaciones ha sido la mejor idea que ha podido tener el detestable de Alan. La verdad es que no me habría sentido del todo cómoda durmiendo con él; básicamente, porque estoy convencida de que me hubiera pasado la noche en vela, por si se le hubiese ocurrido aplastarme la almohada en la cara hasta que confesara dónde tengo el libro. Se me escapa una sonrisa solo con pensarlo. Aunque el momento dura poco, porque las voces, risas y golpes por el pasillo me hacen poner los ojos en blanco. Menudas juergas se pegan en esta casa.

Giro la cabeza hacia mi izquierda, donde intuyo, en medio de la oscuridad, que debe de estar durmiendo Diego. Resulta que lo de dormir con tapones era cierto y nadie sabe cuánto lo envidio en este momento…

Busco el móvil, porque no consigo conciliar el sueño, y me meto en Instagram, pero la aplicación sigue sin dejarme entrar en mi cuenta. ¿Cuánto tardan estas cosas en volver a la normalidad?

Suspiro con resignación y abro WhatsApp. Contengo la necesidad de abrir la conversación grupal, que cada vez acumula más mensajes, y voy directa a la de J. K. Norvi para releer las últimas frases que hemos escrito. Me parece alucinante que un escritor al que admiro me haya explicado que ha tenido un fin de semana de lo más movido y lleno de escenas que bien darían para escribir otro libro. Eso me recuerda a María, quien se inspira en situaciones de lo más cotidianas, pero que ella relata desde un prisma lleno de magia.

María… Tengo ganas de verla otra vez y chincharla con el tema de Diego.

Enfoco con la luz del móvil hacia mi amigo y compruebo que duerme plácidamente. Parece un angelito, aunque oculta demasiada información. Noto que en mi cabeza suena un «clic». Puede que Diego no me diga quién va a asistir al evento, pero tengo en mis manos la fórmula para averiguarlo.

Sin darme tiempo a cambiar de opinión, tecleo el mensaje en la conversación que tenía abierta. Puede que sea un disparate escribir a alguien a estas horas, pero ¿qué más da?

Sara

Diego me acaba de invitar al evento de la editorial. Seguro que es increíble.

Nunca he asistido a uno, por el anonimato, pero creo que va a ser muy emocionante.

¿Tú cómo llevas lo de ir?

Señuelo lanzado. Y, para mi sorpresa, la respuesta no tarda en llegar.

J. K. Norvi

Pues, si te digo la verdad, tenía reticencias sobre si asistir, pero creo que va a ser muy divertido.

Sara

¿Estás nervioso por si te reconocen?

J. K. Norvi

No creo que lo hagan. De todos modos, a veces no somos

quienes los demás creen, pero lo importante es lo que conseguimos por nosotros mismos.

Además, que asistas tú también lo hará más emocionante.

Pestañeo varias veces. ¿Qué se supone que significa eso?

Sara

¿Qué quieres decir?

Y se desconecta. Me quedo mirando su nombre en la pantalla y ese vacío que queda cuando tu interlocutor ya no está en línea en la aplicación. Espero un par de minutos antes de desistir y procuro no darle demasiadas vueltas a la extraña frase que me acaba de soltar. Que yo asista… ¿lo hará más emocionante? ¿Se referirá a que, quizá, tienen pensado que hagamos la entrevista en directo? Eso podría provocarme un paro cardíaco.

Aprovecho que el insomnio ha venido a visitarme para ir al lavabo, así que me levanto con cuidado de no hacer ruido, aunque si Diego no se ha despertado cuando alguien se ha estampado —literalmente— contra nuestra puerta hace casi una hora, creo que mis movimientos no perturbarán su sueño.

Sujeto el teléfono con fuerza, porque es la única luz de la que he decidido proveerme, y llego hasta el pasillo. Con cuidado, cierro la puerta a mi espalda y respiro hondo. Se me había olvidado que odio este pasillo. Bueno, todos en general, pero este tiene un ambiente lúgubre más allá de lo normal o de lo que yo considero normal; quizá es por la extensión, no lo sé. Hubiera sido más fácil si la fiesta todavía continuase y hubiera alguna luz al final de este túnel. A pesar de eso, avanzo. Vale, puede que la velocidad de mis pasos sea la misma que la de un caracol y que haya pegado la espalda contra la

pared para, al menos, tenerla protegida. Es posible que parezca una reacción desmesurada, pero mi imaginación me está jugando malas pasadas y juraría que hay sombras allí, a lo lejos, acercándose. Mierda. ¿Dónde estaba la puerta del baño? En un arranque de valentía, alumbro la puerta que tengo al lado y le doy al interruptor, si bien lo hago en el preciso instante en el que una sombra se materializa frente a mí y doy un grito.

—¿Qué haces? —Alan me tapa la boca con la mano y no quiero ni pensar en la cara de espanto que debo de tener ahora mismo—. Vas a despertar a alguien.

Con la lentitud de una suave caricia, siento que su piel retira el contacto que ejerce contra la mía. Eso me da unos segundos de margen para pensar en lo que está pasando.

—Me has dado un susto de muerte.

—Llevo un rato saludándote desde lo lejos —asegura, y se cruza de brazos antes de esbozar una sonrisa—. La verdad es que era una imagen de lo más pintoresca.

—No sé de qué hablas.

—Hablo de que daba la impresión de que estabas caminando por una montaña con el riesgo de caer por un acantilado.

—Eso no es verdad.

—Eso es porque no te has visto.

—Eso eres tú, que tienes mucha imaginación.

—Y no sabes cuánta… —El ronroneo de su voz me provoca cosquillas en el estómago.

Carraspeo.

—Si me permites —digo, y abro más la puerta para adentrarme en la habitación—, estaba a punto de ir al baño.

—Qué casualidad. —Ladeo la cabeza hacia él.

—Yo he llegado primero —le recuerdo, y pienso que ni loca me quedo esperando en la puerta.

—Por supuesto —conviene él, y frunzo el ceño—. Claro que, si tienes miedo, puedo acompañarte.

—Lo de tu imaginación es toda una sorpresa, Alan. Aunque creo que te juega malas pasadas.

—¿Igual que a ti la tuya? —Enarco una ceja.

—No me digas que estabas acechando en la oscuridad para ver si salía de la habitación.

—¿Ahora quién es la de la imaginación desmesurada y pervertida?

—Yo no he dicho que tu imaginación sea pervertida.

—Eso es porque no la conoces. —La sonrisa que me dedica debería estar prohibida. O, quizá, sea yo quien debería prohibir a mi cuerpo que reaccione así ante ella—. Hagamos una cosa. —Agradezco mentalmente el cambio de tema, aunque tampoco sé si me va a gustar el nuevo—. Mientras espero a que salgas del baño, voy a la cocina y preparo algo calentito para tomar. ¿Te apetece un colacao? —Asiento, perpleja ante su propuesta—. Perfecto. A ver si nos ayuda a conciliar el sueño. —Sin esperar respuesta, se pone en marcha y añade—: Tranquila, dejaré la luz encendida para que sepas dónde es.

Y yo me quedo inmóvil, junto al marco de la puerta, observando su silueta alejarse hasta que se confunde con la penumbra y, de repente, se ilumina con la luz de la cocina. Acto seguido, las luces del pasillo se encienden también y agradezco el detalle en silencio.

45

—Lo confieso —digo cuando llego a la cocina y me encuentro a Alan colocando las dos tazas encima de la mesa. Él se gira hacia mí—: Odio los pasillos.

—Algo había notado.

Pongo los ojos en blanco y me acerco hasta ocupar una de las sillas.

—Además, esta casa está llena de gente y nunca sabes si te va a salir alguien de repente.

—Y que lo digas. —Me dedica una sonrisa ladeada—. Eso mismo he pensado yo cuando he ido a acostarme a la que, supuestamente, era mi habitación.

Ahogo una exclamación que lo lleva a ampliar la sonrisa.

—Ahora vengo. —Se apresura a salir de la cocina y, después de un momento de confusión, recuerdo que él también tenía que ir al baño.

Bebo el colacao que me ha preparado Alan y sonrío por el detalle. Aprovecho que estoy a solas para revisar mis mensajes. Nada. J. K. Norvi me ha dejado con más intriga que sus propios libros.

Decido que es el momento perfecto para responder al grupo y, al leer la conversación, descubro que María muestra excesivo interés por saber cómo he acabado durmiendo en casa de Diego; Eva sigue preguntando por qué a ella no la han invitado al evento si colaboraba con Read & Fun desde hace más tiempo que yo —no quiero ni pensar en cómo se pondría si se entera de que estoy aquí con Alan—, y mi prima nos ha anunciado que su noche no ha ido como ella esperaba. Esto último me sabe fatal, así que escribo a Paula

por privado y le aseguro que haremos cosas juntas estos días, a pesar de que mi objetivo para venir a Madrid sea buscar al proveedor de la tienda.

—Así que no te van las fiestas. —La voz de Alan me sobresalta.

—Cuando pretendo dormir, no.

—Vaya. —Se aproxima hasta la mesa—. Así que te van las fiestas, pero en otras situaciones. —Esboza una sonrisa canalla y toma asiento delante de mí—. Comprendo.

—Supongo que para alguien que suele ser el centro de atención, es difícil de entender.

—Ser el centro de atención conlleva una gran responsabilidad.

—Es lo que tiene el poder —convengo, y hago una mueca. Él arquea una ceja y bebe de su vaso—. Todos conocemos la frase de *Spiderman,* chaval.

—Así que, además de lectora, eres cinéfila.

—¿Acaso hay alguien que no conozca esa frase?

Él se encoge de hombros.

—Solo espero que no critiques también las obras del séptimo arte.

Pongo los ojos en blanco. Ya no me contengo más con este tema.

—Mira, entiendo que tengas cierto rencor hacia las personas que hacemos reseñas por haber recibido críticas tan duras en tu primer libro, pero no todos los que nos dedicamos a esto somos iguales.

Él me observa en silencio durante unos segundos, y yo le doy un trago al contenido de mi taza.

—Pero todos pedís libros gratis y no siempre os preocupáis del daño que puedan causar vuestras palabras cuando hacéis una valoración.

—No todos pedimos libros. —Frunzo el ceño ante esa afirmación, aunque recuerdo que varias personas me han preguntado por el

contacto de editoriales para solicitar colaboraciones—. Al igual que no todos nos dedicamos a destruir los sueños de nadie.

—Dime una cosa. —Se reclina en la silla y su mirada se llena de… ¿diversión?—. ¿Te consideras *influencer*?

—¿Perdona?

—Que si te crees famosa, vaya.

Resoplo.

—Te recuerdo que en mi cuenta ni siquiera aparece mi cara. Además, ¿para qué querría serlo?

—Fama, poder, seguidores… ¿Acaso no es eso con lo que sueña la mayoría de la gente?

—¿Es con lo que sueñas tú?

Yergue la espalda sutilmente, pero ese leve movimiento me sugiere que estamos ante un tema delicado.

—Ni mucho menos —murmura. Y, por su tono de voz, creo que no va a añadir nada más.

—Entonces ya somos dos con un sueño que no es el de todo el mundo.

—Los sueños siempre son diferentes para cada persona, por mucho que queramos lo mismo —precisa, y veo que su mirada baja hasta mi muslo. Yo me esfuerzo por estirar la camiseta todo lo que puedo, para tapar la zona. Como no funciona, carraspeo para captar su atención—. No entiendo por qué te ocultas del mundo. Te aseguro que no tienes nada que envidiar a los que están ahí fuera.

El calor acude a mis mejillas de golpe.

—¿Eso pretende ser un cumplido?

—Eso, mi querida ladronzuela, *es* un cumplido.

—¿Sabes, Alan? —Muevo la cuchara para centrar mi mente en ese punto—. No todos tenemos la suerte de haber sido perfectos toda la

vida.

Él levanta las dos cejas y sonríe con sinceridad.

—Espera… ¿Me acabas de llamar «perfecto»?

—Me refiero por fuera. —Le doy un último trago largo a mi bebida y escondo la cara tras la taza, para que no vea que estoy más roja que antes.

—¿Me estás diciendo que tengo un físico perfecto? —pregunta con socarronería.

«Genial, Sara. A ver cómo sales de esta». Me levanto y arrastro con suavidad la silla.

—Lo que quería decir es que hay personas más agraciadas que otras, a pesar de que el interior pueda resultar perturbador.

—¿Ahora me llamas «perturbado»? —cuestiona, entre risas—. Vaya, vaya…

—¿Ves? —Dejo la taza y la cuchara en el lavaplatos—. Eso ya te pega más.

—¿Te vas? —Los ojos de Alan se fijan en mí, como si acabase de hacer algo impensable.

—Está siendo una conversación de lo más entretenida, pero a no ser que esta mesa —digo mientras doy un par de golpecitos sobre el mueble— se convierta en cama y sea mejor que la que tengo… sí. Me voy a dormir. Mañana me espera un día complicado.

—Seguro que, incluso sin convertirse en cama, es mejor que el colchón de muelles en el que estoy durmiendo yo. —Alan niega con la cabeza—. Creo que me iré a dormir al sofá del comedor aprovechando que se han ido todos y planearé una colecta para hacerle un regalo a Dani.

—Avísame para participar —digo desde la puerta.

—Como si fuera tan fácil localizarte.

—Tienes razón. —Él me observa con expectación—. Mejor te localizo yo con el microchip que tienes en la ropa.

Él sonríe y, cuando estoy a punto de aventurarme por el pasillo, escucho que murmura a mi espalda:

—Que sea leve mañana.

Niego con la cabeza mientras me dirijo a la habitación. No, si al final resultará que es mejor persona de lo que aparenta.

46

Ingrid

Jugar a los espías nunca se me ha dado bien. Por fortuna, tengo hecha la manicura semipermanente y no puedo morderme las uñas, porque si no ahora mismo me dejaría los dedos convertidos en muñones a causa de los nervios.

A estas horas no hay mucha gente en la oficina, por lo que nadie repara en que estoy apoyada en la entrada de los baños mientras espero el mensaje de Toni en el que me indique que puedo acceder al despacho de su amiguito. Por suerte para nosotros, en su departamento tienen turnos rotativos de teletrabajo y Toni me ha asegurado que su amigo está solo hoy, a cambio de poder salir a comer con tranquilidad «por el bien del equipo», claro está. No estoy convencida de que vuelva a la oficina después de la sobremesa, pero era lo mínimo que podía darle a cambio de su ayuda.

Miro el móvil como una adicta, pero solo tengo varias llamadas perdidas de Marta y mensajes en los que me dice que necesita hacer más terapia juntas, porque se ha enterado de que Dani hizo una fiesta en su casa anoche y no la invitó. No le digo que yo sí recibí el mensaje de mi Zipi, que me comunicaba que había planeado un pequeño encuentro improvisado entre amigos y me decía que yo no podía faltar… De verdad que no entiendo cómo sigue esperando que acuda a uno de esos líos que monta en su casa entre semana. ¿Es que la gente no trabaja o qué? Él sí lo hace, pero puede permitirse el lujo de entrar algo más tarde, ya que sus compañeros abren el estudio de

tatuajes. Al señorito no le gusta madrugar, aunque después no le importe trabajar en días festivos si alguien se lo pide. No es como Diego, a quien parece que los días de fiesta se los tenga que traer Papá Noel por Navidad. Y aun así le cuesta pedirlos… Menudo par.

Se me escapa una mueca y es que no puedo evitar sentirme mal por Marta. Me parece normal que se haya acabado enamorando de mi amigo y que le esté costando limpiar las huellas que dejó en ella —¡y eso que no era nada serio!—, pero es que Dani es una de esas drogas que es mejor no probar para evitar engancharte.

Doy un bote cuando en mi pantalla aparece el mensaje: «Todo despejado. Es el escritorio que tiene un lapicero del Capitán América».

Me asomo para comprobar que ambos están alejándose entre risas. Es una suerte que la planta sea diáfana y ese chico no tenga un despacho propio que pueda cerrar con llave; aunque, ya puesta a robar información, no me vendría de forzar alguna puerta por el camino.

Camino con cautela y respiro con calma para reducir la velocidad a la que palpita mi corazón. «No estás haciendo nada malo», me recuerdo. «En realidad, tú deberías poder tener acceso a esos datos».

Intento convencerme de que actúo bien, aunque sé que no es cierto porque, pese a ser hija de los fundadores, no soy administradora de la sociedad ni ostento ningún cargo que me permita acceder a las cuentas bancarias, que es donde pretendo meter la nariz.

Cuando llego a la mesa que me ha indicado Toni, aparto con cuidado la silla y me dejo caer sobre ella. Ahora mismo soy una intrusa que invade la intimidad de otras personas, pero sé que este es el único camino o, al menos, la única forma que se me ocurre.

Muevo el ratón y solo puedo pensar en Alan; en que apenas estoy

teniendo contacto con él, a pesar de lo cerca que estamos, porque es como si existiera un abismo entre nosotros que yo me empeño en llenar de piedras afiladas. Aunque, en realidad, él tampoco pone de su parte tanto como me gustaría. Ojalá recapacite.

Suspiro y mis nervios se incrementan cuando me doy cuenta de que, lógicamente, la pantalla del ordenador me pide una clave de usuario. ¿Qué esperaba? ¿Sentarme en el ordenador y acceder a la cuenta del banco directamente?

Apoyo el codo sobre la mesa y me sujeto la frente con la mano. «Calma», me pido. Quizá no puedo entrar desde este ordenador, pero las claves deben de estar en alguna parte. Espero que este chico sea como esas personas que anotan todo en notitas o pósits, así que me pongo a analizar lo que hay sobre la mesa: una botella de agua, un bote de clips, el lapicero de Marvel, subrayadores de colores ordenados y alineados al lado de una agenda que, por supuesto, me lanzo a cotillear e intento dejar en la misma posición para que nadie se dé cuenta de que he estado aquí… Nada.

Me reclino en la silla y los cajones de la izquierda me llaman la atención. Las cerraduras se hicieron por algo, así que estoy convencida de que ahí es donde debe de guardar la información de valor. Perfecto. Ahora solo tengo que dedicar tiempo a buscar en YouTube un vídeo para abrir un cajón, como si yo fuera una auténtica ladrona de guante blanco.

Niego con la cabeza y maldigo el momento en el que pensé que esto era una buena idea. ¿Qué otras opciones tengo? Siempre puedo ir al banco con mi DNI y de alguna forma… No. Inviable. Me pedirán los poderes de la sociedad y bla, bla, bla.

«Piensa, Ingrid. Piensa», me exijo sin dejar de observar todo lo que me rodea.

Como si fuera una señal del destino, agarro el lapicero y miro el interior.

No me lo puedo creer. En un arrebato de esos que te dan cuando ves la luz al final del túnel en una situación complicada, remuevo todos los bolis y lápices hasta encontrar la pequeña llave que descansa en el fondo del recipiente de metal. Sin pensármelo dos veces, la pruebo en el cajón mientras intento controlar el pulso para acertar e introducirla en la cerradura.

Bingo. Ahora solo queda que el interior contenga algo que me interese.

Los blogs y libretas perfectamente ordenados me ponen de los nervios, así que no dudo en hacer una foto para intentar dejarlo tal y como está. Después de revisar un par de libretas sin ningún resultado interesante, me doy cuenta de que mi móvil está emitiendo una luz parpadeante y veo el nombre de Toni en la pantalla. Cuelga y reviso el móvil. Compruebo que tengo tres llamadas perdidas y un mensaje en el que me dice que su amigo ha visto algo extraño por la ventana cuando cruzaban la calle y, como está solo en el departamento, ha decidido volver para revisar que todo está en orden.

Maldito maniático del control… ¿A quién se le ocurre ser tan desconfiado?

Recorro las páginas de la última libreta que tengo abierta y no dudo en hacer fotos a los números que aparecen. Me apresuro a dejarlo todo en su sitio y la llave al fondo del bote antes de salir corriendo al baño. El corazón no me puede ir más rápido.

Estoy a punto de llegar a mi destino cuando escucho la voz inconfundible de Toni a mi espalda. Carraspeo y, con fingida tranquilidad, me dirijo hacia mi despacho.

Solo espero que la suerte esté de mi parte.

47

Puede que no haya sido la noche en la que más he dormido en toda mi vida, pero sin duda ha sido de las más peculiares.

Alan, Alan, Alan. Demasiado Alan por todas partes y eso, en lugar de ayudarme, empieza a nublarme un poco la cabeza y a distraerme. Con algo de suerte, no volveré a coincidir con él en mi breve estancia en Madrid. Eso sería lo mejor, ¿verdad?

Diego me deja en casa de Paula antes de irse a trabajar y yo, tras agradecerle el detalle, le recuerdo que debe meditar acerca de tener tiempo para disfrutar del día a día.

—Disfruto muchísimo de mi trabajo —asegura él.

—El trabajo es algo que un día puede acabarse y, después, ¿qué te queda? —le pregunto, haciendo referencia a la situación que estoy viviendo con la tienda.

—Después te queda la experiencia, el recuerdo de los logros obtenidos y ver cómo evoluciona todo lo que has creado sin necesidad de que tú estés ahí.

—Las cosas no siempre evolucionan de la forma que nosotros esperamos.

—Esa es la magia de la vida, que nunca sepamos a ciencia cierta qué nos va a pasar.

Y con esa frase de Diego revoloteando en mi cabeza, cruzo la puerta de casa de mi tía.

¿Y si, a veces, me preocupo demasiado por aquello que no puedo controlar? Es posible que sea así, aunque una parte de mí ve

inevitable pretender poner remedio a las situaciones que se me plantean y no dejar que la vida siga su curso sin que yo haga nada por indicar el camino que debe tomar.

—¿Cómo estás? —Elevo la vista y me encuentro a Paula mirándome con cara lastimosa—. Lamento mucho lo de anoche. Y al final… —Hace un esfuerzo por contener el puchero que su boca está dibujando—. Al final no ha servido para nada, porque todo ha acabado.

Se tapa la cara con las manos y yo la abrazo.

—Te equivocas —susurro en su oído, a pesar de que no tengo muy claro si me está escuchando a causa de sus sollozos—. Te ha servido para cerrar una puerta y darte cuenta de qué capítulo de tu historia no quieres releer.

Paula se separa de mí y fija sus ojos enrojecidos en los míos.

—Tienes razón… Llevo demasiado tiempo forzándome a que esta historia salga bien.

Le seco las lágrimas con el pulgar.

—A veces, si forzamos la máquina se termina rompiendo. Y nosotros con ella.

—¡Ay, mi niña! —Mi tía aparece con una taza humeante en la mano y la cabeza llena de… ¿Eso son pinzas de madera?—. Paula me ha explicado lo de anoche. Perdona. Llevaba meses organizando el evento de mi compañera y no sabía que vendrías.

—Ha sido de improviso —aseguro y la abrazo, mientras Paula se escapa para ir al baño.

—¿Sabes una cosa? —cuchichea cuando mi prima se aleja—. Creo que Paula por fin ha abierto los ojos. Hace tiempo que le comenté que había actitudes de Simón que no me gustaban, pero tampoco he querido meterme porque, a veces, basta que yo le diga una cosa para

que haga todo lo contrario. —Suspira—. Como si a mí no me doliera su sufrimiento.

—Supongo que no es como Marina. —Mi tía niega con la cabeza.

—Para nada. Tu prima Marina va un poco más por libre, pero siempre tiene en cuenta todo lo que le digo. Es… de otra pasta. —Me acaricia los brazos—. Tu madre me ha llamado esta mañana y me ha dicho a qué has venido.

—¿Te ha llamado mi madre? —pregunto con inquietud.

—Sí, y le he dicho que te habías quedado a dormir en casa de una amiga, aunque estaría bien que la avisaras de que ya estás por aquí.

—Sí —convengo—. Tampoco quiero que se preocupe más de lo que ya debe de estar con todo esto.

—Haces bien. —Me acaricia el brazo—. Y me gusta que estés tomando el control de la situación también.

—Creo que va siendo el momento de cambiar algunas cosas.

Mi tía me observa con una expresión que no sé descifrar.

—Entonces me alegro de que ese momento haya llegado.

He dedicado unos minutos a convencer a Paula de que saliera del baño y me acompañase a buscar a Fabián. Sin embargo, he desistido de mi empeño y le he propuesto que hable con Eva, para que vayan de compras juntas; estoy segura de que eso la animará más.

De camino a mi destino, aprovecho para continuar leyendo la novela de J. K. Norvi, después de enviar otro correo a Instagram para solicitar la devolución de mi cuenta. De verdad que empiezo a entender a las personas que compran la señalización azul para intentar protegerse de estas situaciones. Por suerte, todavía me queda TikTok, aunque confieso que no me gusta tanto, pese a que se

me pasa el tiempo volando mientras hago *scroll* entre sus vídeos.

Llego a la parada y guardo el libro en la bolsa de tela. Le he enviado un mensaje a mi madre para explicarle que ya estaba de camino hacia la dirección que me ha dado y, de paso, le he dicho que me han invitado a un evento importante en unos días y que tengo algunas cosas que explicarle.

Sé que dispongo de poco tiempo para organizar cómo ir vestida para la ocasión —y no me tranquiliza en absoluto que Paula me haya enviado un audio diciéndome que ha quedado con Eva y pidiéndome que confíe en ella para el *outfit*—, pero mi prioridad ahora mismo es otra.

Pensaba que la ubicación de Fabián estaría en una zona más céntrica de Madrid, pero he tardado más de una hora en llegar y lo peor de todo es que, al plantarme frente al número catorce, me encuentro con una persiana bajada que deja entrever una cristalera de lo que, en apariencia, es un local vacío. ¡Si hasta hay un letrero que indica que se vende! Eso no me lo esperaba. Mi madre no me ha comentado nada, así que sospecho que deben de haberlo puesto hace poco… Como el teléfono que sale anotado es distinto al que tiene mi madre —uno que ha sido dado de baja—, decido llamar. Quizá tengamos suerte con ese contacto…

—¿Estás interesada en comprarlo?

No había reparado en el bar de al lado del local ni en la camarera que está limpiando una de las mesas de la terraza. Tardo un par de segundos en reaccionar, porque mi mente empieza a hilar ideas y pensar que quizá pueda saber algo de Fabián y su negocio.

—En realidad, estoy buscando al dueño del negocio.

La chica morena amusga los ojos al mirarme.

—¿A Fabián?

Contengo un segundo el aire y hablo con rapidez.

—Sí. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Bueno… —Dirige una mirada fugaz hacia el bar, y percibo que duda antes de hablar—. Hace mucho que no viene por aquí. ¿Quién quiere saberlo?

¿Me acaba de hacer la cobra con las preguntas? Decido decir la verdad, por si eso llega a conmoverla.

—Soy una persona a la que proporciona género y hace tiempo que intento contactar con él por el retraso de un pedido, pero no lo localizo, así que he venido para ver si le había pasado algo. —«Y a pedirle explicaciones», añado mentalmente.

Nos quedamos en silencio y sus ojos me escrutan como si intentasen leer si mis intenciones son buenas o no. Se acerca unos pasos hacia la puerta del bar negando con la cabeza. Yo elevo las cejas y me quedo boquiabierta.

—¡Es importante! —grito, y doy un par de pasos en su dirección.

—Me sabe fatal. —Sale a toda prisa y limpia las sillas metálicas con otro trapo—. Pero hace tiempo que las cosas no le van bien y dudo de que lo encuentres.

Miente. No me preguntéis cómo lo sé, pero miente. Supongo que me lo dice la forma que tiene de retorcer el paño húmedo y las miradas esquivas que lanza al interior del establecimiento, como si quisiera marcharse.

—Pues necesito dar con él. Estamos esperando el pedido desde hace semanas y debería darme una explicación. —Hago una pausa cuando veo que no se inmuta por mi confesión y añado—: Mi negocio y mi familia dependen de ello —dramatizo, para jugar un poco con sus sentimientos.

Deja escapar un suspiro y creo que esta última parte ha conseguido

que baje un poco la barrera que estaba levantando entre nosotras. Consulta algo en su móvil y me señala con la cabeza la mesa que acaba de limpiar.

—Siéntate en esa mesa. Nunca se sabe… —Se encoge de hombros y casi ha desaparecido en la entrada del bar cuando se gira hacia mí —. Te invito a un café para amenizar la espera.

Me siento donde me dice y, con la voz más amable que consigo sacar, respondo:

—No me gusta el café.

Ella me sonríe y, tras una conversación superficial sobre lo acostumbrados que estamos a que todo el mundo tome café y las típicas frases que se hacen con esa excusa, acaba por traerme un té rojo.

No sé qué pretende haciéndome esperar aquí, pero esta es la carta que me toca jugar y estoy convencida de que sabe algo de Fabián que no quiere decirme, aunque su actitud refleje lo contrario. Quizá tendría que haber mentido y fingir que estaba interesada en comprar el local. Esa idea da vueltas en mi cabeza y me empuja a llamar al teléfono que aparece en el anuncio de venta, pero me responde una inmobiliaria y me dice que el local ya está vendido. Por supuesto… ¿quién va a poner su teléfono personal si intenta desaparecer del mapa? Porque eso es lo que empiezo a pensar que ha hecho Fabián: desaparecer. Lo que no entiendo es por qué y, aunque solamente debería importarme dónde está nuestro dinero, me preocupa que le haya pasado algo de verdad; lo que también significaría no recuperar lo que le hemos pagado, claro está.

Lo único que me gusta de las esperas es tener un libro que las haga más amenas, así que no dudo en echar mano, de nuevo, del ejemplar de J. K. Norvi que le «tomé prestado» a Alan. Sonrío al pensar que

pueda pasar por aquí y arrebatármelo. «¿Te imaginas?», me digo, y no reprimo la sonrisa, porque sería épico vivir algo así.

Me quedan pocas páginas para el final cuando el móvil me avisa de que tengo un nuevo wasap. Odio que me interrumpan cuando estoy en un momento interesante; sin embargo, cuando lo que te impide continuar es algo más intrigante todavía que lo que estás leyendo, es imposible no prestar atención.

Abro el mensaje para encontrarme con una foto de J. K. Norvi en la que se ve un libro apoyado sobre el borde de una bañera que empieza a llenarse de agua.

J. K. Norvi

Me han contado que eres una experta en baños y que los libros salgan ilesos.

Por favor, ¿serías tan amable de compartir tus secretos conmigo?

La sonrisa se me ensancha de forma automática. Admito que me estoy acostumbrando a esperar sus mensajes de vez en cuando y que me gusta que, con la excusa de no poder realizar una entrevista real hasta que me devuelvan la cuenta, estemos hablando de varios temas y haciéndonos preguntas. En los últimos días, he averiguado que es más de perros que de gatos y que escribe desde que tiene uso de razón, pero que ha tenido malas experiencias que han derivado en que tarde en publicar su último libro —aunque no he podido sacarle mucha más información sobre eso.

Me muerdo el labio inferior y le doy un trago a mi té antes de responder.

Sara

Me alegra darte envidia con las pequeñas cosas.

J. K. Norvi

¿Llamas «pequeñas cosas» a los placeres de la vida?

Sara

Bueno, ahora que lo dices…

Mezclar la lectura con un buen baño es perfecto.

J. K. Norvi

No sé cómo lo haces para no mojar los libros.

Tendré que pedirte clases particulares.

Sara

Estoy convencida de que serías un buen alumno.

J. K. Norvi

Puedo ser muy aplicado cuando me lo propongo.

Sara

Entonces será un placer prestarme a ser objeto de tu estudio.

J. K. Norvi

Eso suena muy interesante. Veremos si te atreves a cumplirlo.

Releo el último mensaje y parpadeo un par de veces. ¿Soy yo o esta conversación ha sonado… íntima? Sí. Lo peor es que no es la primera vez que nuestras conversaciones tienen ese tono personal e interesante. Menos mal que sé de él que es un hombre joven —aunque desconozco la edad exacta porque no se revelan esos datos y Diego se niega a darme tanta información—, de lo contrario, me daría repelús pensar que puedo estar hablando con un señor de setenta años.

No respondo y veo que se desconecta; sin embargo, yo no puedo controlar que se me cuele la imagen de estar juntos en una bañera, enjabonándonos, mientras le explico cómo hacer malabares con libros eróticos… Vale. Creo que estoy empezando a hacerme unas ilusiones extrañas con un desconocido, solamente por sus conversaciones, pero tengo la sensación de que nuestro espacio es como un pequeño confesionario mutuo; de esos en los que no ves a la otra persona y, por eso mismo, eres capaz de decir mucho más de lo que deberías. Lo que implica que no tienes la barrera del físico para que te condicione a la hora de fantasear.

Dudo acerca de si responder —y, lógicamente, de cuál sería la réplica perfecta a esa frase para seguir con el juego sin resultar demasiado descarada— cuando la camarera se acerca hacia mí con sigilo.

—¿Cómo te llamas? —La forma en la que me lo pregunta me deja descolocada y miro alrededor sin darme cuenta, porque tengo la sensación de estar en el punto de mira de algún francotirador.

—Sara Galán —titubeo, y ella asiente. Cuando está a punto de alejarse, me doy cuenta de que si es por algo del negocio, mi nombre no aparece en ningún lado, así que añado a toda velocidad—: La tienda es de mi madre y se llama Carmen del Olmo.

Ella me mira y asiente.

—Dame un segundo.

Y, de repente, el tiempo se convierte en una eternidad llena de nervios e incertidumbre.

48

Resulta que, al final, sí habré tenido algo de suerte, porque el hombre está aquí, en el bar: es un señor de unos cincuenta y muchos, con el pelo plateado por el paso de los años y la mirada perdida en el fondo de un vaso de cristal, con expresión de estar buscando respuestas en medio de un líquido que dista mucho de ser café. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha cerrado el negocio?

—Fabián —le dice la chica, y se gana una mirada fugaz como respuesta—, será mejor que os sentéis en la mesa del fondo… Por si acaso.

El tipo se levanta impasible y sin ningún tipo de emoción en el rostro, como si esta situación no tuviera nada que ver con él y, simplemente, fuera un mero trámite por el que debe pasar para llegar al final del día. Me cuesta unos segundos reaccionar y, tras mirar a la camarera y que me asienta con una mueca de tristeza, voy a reunirme con Fabián.

Cuando me siento frente a él, distingo el inconfundible olor del alcohol en su vaso. Las preguntas saturan mis pensamientos y opto por permanecer en silencio para no atosigar con inquisiciones y dejar que sea él quien me dé la información.

—Lo lamento —dice al cabo de unos segundos, rompiendo la tregua.

Esas dos palabras consiguen que algo se me rompa por dentro. Quizá, ha sido el sentimiento con el que las ha pronunciado o que se haya bebido de un trago el matarratas apestoso, no lo sé, pero había

mucho detrás de esa breve frase.

—Sé que no soluciono nada con eso, pero es que… —Su voz se quiebra y sigo su mirada hacia la barra. La camarera que me ha atendido nos observa de reojo mientras seca los platos con un paño y da conversación a otros clientes—. No ha sido culpa mía.

Me giro de golpe hacia él.

—¿Cómo dice?

—Ellos… —titubea—. No me han dejado otra opción.

—¿Qué? —pregunto con voz afectada—. ¿Quiénes?

Sus ojos vidriosos se posan en los míos y niega con la cabeza antes de bajar la mirada.

—Los de Katana.

—¿Qué? —repito en un tono mucho más fuerte, y me da igual que varias cabezas se vuelvan hacia nosotros. No estoy para tonterías.

Él chista mientras hace un movimiento con la mano para que baje la voz.

—Sé que no soy al único que le ha pasado, pero…

—¿Qué tiene que ver esa gente con que nos haya dejado colgadas, Fabián? ¿Sabe por lo que está pasando mi madre? ¿Sabe lo que supone quedarse sin material en esta época del año? ¿Las pérdidas? ¿El daño en general? Quizá tengamos que cerrar por culpa de esto si el parche que hemos encontrado como solución no sale bien. —Soy consciente de que acabo de dejar a un lado la amabilidad, pero la furia se ha apoderado de mí. Pedir perdón está bien, pero no siempre repara los daños.

—Sé por lo que estás pasando, porque yo tampoco he podido hacer nada por salvar mi negocio.

—Pero ¿de qué me está hablando? —espeto—. ¿Ha escuchado todo lo que le acabo de decir? —Él asiente—. ¿Se puede saber qué tiene

que ver Katana con que le hayamos pagado por una colección que nunca ha llegado?

—Eso es lo que intento explicarte —responde con un hilo de voz.

—Pues no me está quedando nada claro.

—Porque no me estás dejando contarte lo que ha pasado.

Respiro hondo y me muerdo la lengua.

—Le escucho —digo, antes de cruzar las manos por encima de la mesa para tratar de tranquilizarme.

—Antes de nada, quiero decirte que yo desconocía que esto iba a pasar. Si lo llego a saber… —Niega con la cabeza—. Si lo llego a saber no hubiera aceptado ningún pedido, eso tenlo por seguro. Conozco a tu madre desde hace años y no le deseo el mal ni a ella ni a nadie, pero no he podido controlar la situación que he vivido.

La camarera tiene a bien traerme una tila que le agradezco con un gesto de cabeza y deja delante de Fabián otro vaso del mismo líquido de antes.

—Todo pasó muy rápido —sigue él, después de la intromisión—. Yo acababa de pedir las telas para empezar con la confección de las prendas cuando entraron esos hombres a mi local y…, bueno, me dieron la noticia. —Hace una pausa para dar un largo trago a su bebida y sonríe de forma sarcástica al continuar—. Al principio no me lo creí. ¿Para qué iba Katana a querer comprar mi negocio? Además, la cifra era tan ridícula… —Deja escapar un resoplido—. Y cuando me negué… —Niega con la cabeza—. ¿Quién se va a creer que en esta época en la que vivimos alguien vaya a venir a tu negocio para exigirte que te largues del mercado? Esas cosas no pasan hoy en día y quizá fue esa incredulidad la que llevó a otras dos visitas mucho menos amables…

—¿Perdone? —Mi voz es solo un susurro, pero me duelen las

pestañas de parpadear por la incredulidad.

—Como lo oyes. —Deja escapar el aire en una risa forzada—. Un día estás tranquilamente trabajando y, al otro, vienen unos matones a darte una paliza y decirte que te han cortado los suministros y tienes dos días para tramitar el cierre de tu negocio. ¡Como si fuera tan fácil! —Eleva los hombros—. Mi gestor alucinó por las prisas, pero la amenaza que recaía sobre mi familia si acudía a la Policía era mucho más importante, sobre todo teniendo en cuenta que mi mujer no goza de muy buena salud desde hace unos meses y yo… —Aprieta los labios hacia dentro, creo que para contener la emoción que empieza a teñir sus palabras—. Yo no he podido hacer nada más. Tengo cincuenta y siete años, vivo de alquiler, tengo un préstamo pendiente de pago y un negocio cerrado. He tenido que pagar el despido de dos trabajadores con mis ahorros, rescindir el contrato con otras empresas y, lógicamente, no me devuelven el dinero que ya he invertido en todo el material que iba a utilizar para hacer mi trabajo, por lo que no puedo hacer frente a la devolución de los importes que me han pagado a mí, así que…

—No entiendo nada —confieso apoyando la espalda contra la silla —. No entiendo que esa gente no tenga nada mejor que hacer que ir a su negocio para que lo cierre, que se tomen la molestia de causar semejantes problemas y que, además de amenazarle, le digan quiénes son. ¿Qué ganan con todo eso? ¿No sería mejor permanecer en el anonimato si haces algo así?

Fabián se vuelve a encoger de hombros.

—Yo no estaba por la labor de entender nada porque, si te digo la verdad, el primer día me lo tomé como una broma. Sé que mi negocio distribuye a muchas tiendas y, con los días, he llegado a pensar que podían verme como una amenaza, pero ¿en serio? ¿Yo?

¿Amenaza para una gran empresa? —deja escapar una risita de frustración y vuelve a dar un trago a su bebida—. No lo entendía, así que seguí sin hacer caso, pero cuando mi mujer me dijo que habían ido a casa unos hombres muy amables preguntando por la situación de mi negocio, sí que me asusté. Sobre todo cuando acudieron al día siguiente a mi local y empezaron a destrozar algunas cosas, además de dejarme algún regalo en las costillas del que todavía me estoy recuperando. —Apoya la mano en el costado derecho con una mueca de dolor.

—Pero ¿por qué no ha avisado usted a la Policía? —le pregunto, alucinada—. Eso es extorsión y no puede permitirlo.

—Ahora eres tú la que no ha escuchado lo que acabo de contar. —Cierro la boca de golpe y él sonríe levemente—. ¿Verdad que te preocupas por tu familia? —No espera a que responda—. Pues yo me preocupo por la mía y cuando tu mujer, que tiene principio de alzhéimer, te dice que unos señores han ido a tu casa y tu hija te confiesa que ha tenido miedo de uno de ellos porque ha entrado como si fuera suya, y que, al irse, ha llamado el casero comentando algo de una modificación contractual, créeme que te asustas. De hecho, te asustas hasta tal punto que te importa una mierda todo el mundo con tal de que tu familia esté a salvo. —La expresión dura de sus ojos me deja petrificada—. Y no te planteas los motivos ni le das vueltas al asunto. Bastantes problemas tengo en mi vida personal como para tener que lidiar con todo esto cada vez que levante la persiana. Además —continúa antes de terminar su bebida y yo de empezar la mía—, ¿de qué me serviría ir a la Policía? No tengo cámaras para demostrar lo que ha pasado, no tengo pruebas de nada. Solo tengo el miedo metido en el cuerpo, por si me están vigilando o vete a saber qué.

Proceso con calma la información.

—¿Y por qué está aquí? —Me atrevo a preguntar.

—Este es el bar de mi sobrina. No sé si ellos lo sabrán o si les dará igual, pero aquí me siento a salvo. Al menos, ven que la tienda está cerrada… Aunque me consta que abrirán alguna tienda nueva en breve —asegura con la mirada fija en la puerta del bar, como si, desde aquí, pudiera ver el local del que estamos hablando. Me contengo para no explicarle que yo también sé que han vendido el local y pregunto lo que me parece más obvio:

—¿Y de qué va a vivir?

—Eso es lo más gracioso de todo. —Se ríe sin ganas—. Parece que mi casero está muy contento porque le he pagado por adelantado varios años de alquiler.

Yo abro tanto los ojos que estoy segura de que las cuencas se me han hecho más grandes. Me aclaro la voz antes de hablar para salir de mi estupor.

—Ha dicho que no era usted el único… ¿Le han hecho esto a más personas? —Él asiente—. ¿Cómo lo sabe? ¿Los han amenazado también?

—No sé lo que les ha pasado, pero he visto sus negocios cerrados y a la venta; algunos de ellos ya no tienen ni el cartel, y me parece todo demasiada casualidad, ¿no crees?



Llego a casa de mi prima todavía sin poder creer lo que me ha explicado Fabián. ¿Katana está extorsionando a otros fabricantes? No tiene sentido. Lo único que me ha quedado claro es que, a pesar de haber hablado con él, seguimos con el mismo problema, porque ni el dinero ni las prendas van a aparecer por mi tienda.

Trato de distraerme con el móvil y sonrío ligeramente al ver que tengo un wasap de J. K. Norvi.

J. K. Norvi

Cambiando de tema, no me gustan las personas que no respetan el anonimato y hacen conjeturas sobre quiénes se esconden tras nombres ficticios. No sé, no me gustan los cotilleos.

Sara

A mí tampoco.

J. K. Norvi

Ni la fama.

Sara

Yo no tengo de eso, no puedo opinar.

J. K. Norvi

Pero la has visto y sabes lo que viven esas personas.

Sara

Supongo…

No puedo evitar pensar en Alan y en cómo debe de ser el hecho de que te reconozcan en los sitios. O, al menos, una gran parte de las personas, puesto que a mí me costó caer en la cuenta de quién era. ¿Hubiera actuado diferente si lo hubiera sabido desde un inicio? Quizá me habría dado algo más de vergüenza, aunque, quizá, eso también podría suponer una barrera a la hora de conocer a alguien.

J. K. Norvi

El poder y la fama son los grandes enemigos de las personas, a

pesar de que muchos los ansíen.

Sara

¿Por qué lo dices?

J. K. Norvi

Porque ambos te convierten en esclavos.

Sara

Ya lo decía el tío de Spiderman: «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad».

J. K. Norvi

Por eso me gusta Supermán; me recuerda que todos tenemos nuestra criptonita.

Frunzo el ceño.

Sara

Pensaba que preferías a Batman.

Me quedo mirando cómo escribe y borra un mensaje.

J. K. Norvi

He pensado que llevar máscara siempre debe de ser incómodo.

Y eso ya hace que tenga una imagen de él; la de un hombre que ha vivido en un lugar al que no pertenece, pero que ha luchado por adaptarse en vez de ocultarse, como hace ahora.

49

—Está claro que no puedes luchar contra aquello que se escapa de tu control. —Paula me da un par de palmaditas en la mano—. Esto no es culpa vuestra.

—Pero ¿tú crees que me ha dicho la verdad?

—Pues… —Juega con la lata de Aquarius que tiene delante—. ¿Por qué iba a mentir? Me refiero a que no tiene sentido que deje tan mal a una empresa como Katana por inventarse una escapatoria, por muy loca que me parezca la historia que me acabas de contar.

Me apoyo en la silla de mimbre y me obligo a beber un poco de agua. No he podido comer a causa de los nervios. De hecho, no me apetecía nada salir a tomar algo, pero Paula ha insistido y, además, me ha recomendado arreglarme para subir el ánimo, como suele hacer ella.

Debo reconocer que hacerle caso ha sido un acierto: la camiseta ceñida que llevo, y que deja una franja libre para que mi ombligo se asome al mundo exterior, no hubiera sido un *outfit* —como diría Paula— que escogería para mi día a día; sin embargo, tal y como le he dicho a mi tía, es el momento de empezar a cambiar algunas cosas.

Es cierto que vivo en mi cuerpo y que, si quisiera cambiarlo, tendría muchas opciones a mi alcance, como hacer deporte o planificar una de esas dietas que nunca llego a seguir. Pese a todo, mi mayor problema siempre han sido los demás, que, desde pequeña, no han aceptado cómo soy físicamente y eso me ha

generado unos complejos con los que tengo que convivir. Aunque, de vez en cuando, me den igual y me coma un donut con la mayor tranquilidad del mundo.

—Eva dice que está llegando —comenta Paula, con la vista en su móvil—. Y Dani está al caer.

—¿Has invitado a Dani?

Ella asiente y mi móvil empieza a sonar. El nombre de la persona que aparece en pantalla hace que mis penas se diluyan un poco y, por otro lado, abren la puerta a una idea emergente.

—Justo pensaba en llamarte, Diego —digo cuando respondo a la llamada.

—¿Para invitarme a la quedada? —pregunta, desde el otro lado de la línea—. Dani me ha avisado y estoy por la zona.

—Eso es genial, porque hay algo que quiero explicarte. Te mando la ubicación exacta.

Se despide justo cuando María, jadeante, aparece delante de nosotras y se apoya en la mesa para recuperar el aliento.

—Casi… no llego, pero… tenía que venir —asegura, y se nota que hace un esfuerzo por decir cada una de las palabras—. Me parecen… unos… malnacidos.

—Tampoco sabemos qué los ha motivado a hacer eso —comenta Paula, y María casi la destruye con la mirada.

—¿A parte de ser… unos cabrones? —pregunta, y se desploma en una de las sillas. Yo sonrío—. Tú no te rías… que todavía… no has respondido… a lo de tu noche con Diego.

—¡No me digas que estás celosa!

—¡¿Qué?! —chilla y parece recuperar el aliento de golpe—. ¡Madre mía! ¡Las cosas que te inventas para no soltar prenda!

Se abanica y le pide un Nestea al camarero cuando aparece.

—No hay nada que contar. —Me encojo de hombros—. Solo fue un amigo ayudando a una amiga en un momento de necesidad.

—Eso ha sonado de lo más porno —señala María, y se cruza de brazos.

—Y que lo digas —conviene mi prima—. Ahora has despertado mi curiosidad.

—Pues a ver… —Me acomodo en la silla y mis dos espectadoras analizan cada uno de mis movimientos—. Digamos que la habitación donde dormí era de Alan, pero…

—¡¿De Alan?! —grita otra vez María—. ¿Te has montado un trío? Eso sí que es aprovechar el tiempo…

—¡Qué dices! Diego y yo solo somos amigos.

—Así que reconoces que con Alan no te importaría intimar… —murmura Paula, con diversión.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has dejado caer —secunda María.

—A ver, reconozco que no es tan idiota como pensaba o, al menos, no se comporta así cuando estamos solos, pero…

—¡¿Cuándo estáis solos?! —Paula se lleva las manos a la boca—. ¡Lo sabía! ¡Te gusta! —A pesar de estar sentada, se pone a dar saltitos de alegría. Contengo las ganas de darle un manotazo y me conformo con fulminarla con la mirada.

—Se me olvidaba cuánto te gustan las telenovelas…

—¡Pero si la fanática de la lectura romántica eres tú! —contraataca ella.

—Hablando de lecturas y romances… —Me inclino sobre la mesa —. Tengo que explicaros algo más.

—Eva te va a matar. Lo sabes, ¿verdad? —interrumpe María.

—¿Por qué iba a matarte, querida? —Nuestra amiga hace su

aparición de forma sigilosa y se sienta con elegancia, antes de levantar las gafas de sol hasta acomodarlas sobre su espectacular melena rubia. Todas nos miramos en silencio—. Si es por el evento —anticipa a comentar, sonriente—, ya me ha llegado la invitación.

—¿De verdad? —Mi prima parece más ilusionada que nosotras—. Tenemos que pensar en vuestros vestidos.

Eva asiente y sonríe con ese aire de grandeza que a veces la rodea.

—Contacté con ellos por Instagram —explica, mientras le hace una señal al camarero—. Resulta que me lo habían enviado a un correo antiguo, así que me lo han enviado todo de nuevo.

—Imagino que habrás hecho un directo comentándolo, Evita.

—Por supuesto, María. —Ella asiente con estilo—. Hay que aprovechar para dar envidia con estas cosas. También he contado que —continúa y me mira—, a pesar de que tenías la cuenta bloqueada, asistirás.

—¿Que has dicho qué? —pregunto horrorizada.

—Estábamos hablando varias cuentas —explica—, porque el directo lo ha organizado ese chico de pelo azul que hace entrevistas y, bueno —añade y hace una mueca—, yo no entiendo por qué ha metido a cuentas pequeñas que no están invitadas, pero el caso es que hablábamos de qué cuentas asistirían y de que allí tendremos ocasión de conocer a algunos autores y hacer contactos.

—¿Ya estás buscando otro autor para hacerle de lectora cero con derecho a roce, Evita?

—No seas vulgar —replica la rubia, antes de pedirle un agua con gas al camarero. Espera a que se marche para continuar—. Hay que saber aprovechar las oportunidades que se nos presentan, querida.

María pone los ojos en blanco.

—Yo estoy nerviosa por conocer a J. K. Norvi —reconozco.

—¿Y eso? —inquiere Eva—. Será genial para ti, por todo el *hype* que hay en redes debido al asunto de la entrevista que no ha podido ser todavía.

—Y del que tú te estás haciendo eco —masculla María.

—La cuestión es —reconduzco la conversación— que creo que hablamos de forma demasiado… no sé, íntima.

—A ver si estás sacando de contexto vuestras conversaciones… —comenta Paula.

—En el ascensor, por ejemplo, estuvimos hablando de mi situación sentimental. No creo que eso tenga nada que ver con la entrevista.

—Eso no se sabe nunca, querida.

—Es escritor de *thriller*, no de erótica. No puede ser como tu caso, Evita.

—Quizá esté buscando una musa para cambiar de género. —Paula se acaricia la barbilla.

—De todos modos, es raro. —Juego con el vaso entre las manos—. Hay algo extraño.

—¿A qué te refieres? —inquiere Paula.

—No sé. —Arrugo el entrecejo—. Me siento cómoda hablando con él sin conocerle. Es como si no tuviera que preocuparme por nada más, porque no va a juzgarme.

—Tampoco te va a juzgar cuando te vea —me garantiza María, que creo que intuye por dónde va la línea de mis pensamientos.

—Bueno, no soy el típico prototipo de musa actual. —Me recorro el cuerpo con las manos—. Aunque tampoco pasaría nada, porque no espero gustarle.

—Y si deja de hablarte por tu físico, que le den por culo —indica María.

—No me digas que también te está empezando a gustar el escritor.

—Mi prima ahoga una exclamación y se tapa de nuevo la boca con las manos.

—¿Cómo que «también»? —Eva frunce el ceño ligeramente.

—Perdón por llegar tarde. —La voz de Diego me salva de responder, aunque observo que a María no le ha hecho la misma ilusión que a mí escucharla—. El tráfico está fatal a estas horas y como tampoco tenía pensado hacer un descanso, aunque algunas personas me lo recomienden… —Me regala una sonrisa cómplice—. Bueno —dice a la vez que acerca una silla para colocarse a mi lado—, ¿de qué hablamos?

—De que voy a conocer a J. K. Norvi en el evento de tu editorial —anuncio.

—De que tenemos que preparar los vestidos que van a llevar —comenta Paula.

—De que a Sara le gusta alguien y no lo quiere decir. —Eva frunce los labios.

—De que los de Katana son unos mierdas —apunta María.

Diego eleva las cejas hasta casi la mitad de la frente. Su expresión es un poema.

—Parece que temas no nos van a faltar…

50

—A ver, vayamos por partes. ¿Te ha dicho J. K. Norvi que va al evento? —me pregunta Diego, bastante sorprendido. Yo asiento—. ¿Te han devuelto la cuenta de Instagram, entonces?

—Todavía no —respondo junto con una mueca y él vuelve a fruncir el ceño. No sé por qué, pero me da la impresión de que no entiende la conversación.

—Parece que alguien tiene cierto enchufe con el escritor —canturrea Eva, y María le da un codazo.

—No sé por qué querías ocultarlo, Diego —le digo a mi amigo—. Si, al final, nos vamos a ver todos en el evento. Aunque llevemos máscaras, claro…

—Lo que me sorprende es que te hayas enterado de las cosas antes que yo —confiesa él, a la vez que niega con la cabeza—. Hablaré con él, pero me tienes que revelar tus fuentes.

—Me lo ha dicho él mismo —aseguro, y se queda de piedra.

—Eso sí que no me lo esperaba —masculla.

—Pero si tú…

—Lo que no nos esperábamos ninguna de nosotras es que los de la empresa Katana fueran tan cabrones —me interrumpe María.

—¿Perdona? —espeta Diego, mientras bate sus pestañas kilométricas.

—Verás… —Le hago un gesto de advertencia a María para que me deje hablar—. He ido a hablar con Fabián y me ha asegurado que los de Katana lo han extorsionado para que se vaya del negocio. Primero

querían comprárselo y cuando no aceptó…

—Imposible.

—La verdad es que dicho en voz alta lo parece —admito—, pero te aseguro que ese hombre me lo ha explicado todo.

—Pues se lo ha inventado, Sara.

—A mí también me cuesta creerlo, Diego.

—O quizá te tienen engañado, Darcy —le suelta María con una sonrisa de lo más despiadada, bajo la atenta mirada de Eva y Paula, que no pierden detalle de la conversación—. Quizá no conoces tanto a la gente con la que te rodeas.

—Sara —me agarra la mano por encima de la mesa—, estoy seguro de que debe de tratarse de un error, porque eso no encaja en absoluto con los valores de la empresa.

Me duele ver el *shock* en sus ojos; no es fácil darse cuenta de que las personas en quienes confías no son tan buenas como esperabas. Y, por eso, también entiendo la esperanza que leo en su mirada porque, en el fondo, se niega a que sea verdad. No puedo evitar pensar en Clara. ¿Por qué la sigo echando de menos si no ha estado a mi lado cuando la he necesitado?

—Para seguir unos principios, primero hay que tenerlos —añade María.

—Yo he seguido de cerca el crecimiento de esa empresa y pondría la mano en el fuego por ellos.

—Pues espero que sepas lamerte las heridas. —María se acerca la mano a la boca y finge que le da lengüetazos.

—¿Me lo parece a mí o estás aprovechando la situación para atacarme, Ariel?

—No eres el centro del mundo ni la diana de todos mis dardos, encanto.

—Pues empiezo a pensar que me tienes muy presente cuando intentas desahogarte, preciosa. —La mirada de Diego bien podría haber derretido la coraza de mi amiga—. ¿Hay algo que me quieras contar?

—Un poco de paz, por favor —pide.

—O unas palomitas, porque esto se pone emocionante —le murmura Eva a mi prima, que no puede evitar reír por el comentario.

Mi amigo despacha al camarero que se estaba acercando a nosotros.

—Es imposible que Íngrid haya permitido eso.

—¿Íngrid es la jefa? —le pregunto, con cierta esperanza.

—Íngrid… —Diego hace una pausa y niega con la cabeza—. Hablaré con ella.

—A mí también me gustaría que me diera una explicación.

—Primero tengo que averiguar que lo que te ha dicho ese hombre es cierto —concluye—. Se trata de una acusación muy grave, Sara. Si lo que dice es verdad…

—Si lo que dice es verdad, va a arder Troya —completa María.

—Dani me acaba de decir que ha tenido una urgencia de última hora y que no podrá venir. —La frase de Paula corta la tensión del ambiente.

—Típico de él —masculla Diego poniéndose en pie—. De todos modos, yo ya me voy. Tengo que ver qué hay de cierto en lo que acabáis de decirme.

—¿No puedes darme su contacto o que quedemos los tres?

—Digamos que Íngrid no está al mando ahora mismo y no tiene ni idea de esto. Además, por ella me lanzo de cabeza a las llamas del infierno y sin paracaídas. —Dice lo último retando con la mirada a

María, quien le hace burla con la boca—. Así que prefiero que estemos a solas cuando se entere, por lo que pueda pasar.

—De acuerdo —accedo—. Y si al final resulta que ella no sabe nada del tema, siempre puedo ir a hablar directamente con alguna otra persona y ver si… —Diego me corta al negar enérgicamente con la cabeza.

—Eso sí que no te lo recomiendo. Vamos por partes, Sara —me pide—. Primero averigüemos si es verdad y después… Después veremos cómo arde todo.

Me abraza antes de irse, pero yo me he quedado con la necesidad de investigar por mi cuenta.

—¿Me vas a decir ya quién es la persona que te gusta, querida?

—¿De verdad crees que es el momento de hablar de esto cuando tiene algo más importante entre manos? —María respira hondo y suelta el aire con una calma extrema.

—Hemos hablado de varios temas y creo que todos tienen su importancia…

—Esto no es un cotilleo que puedas subir a tus *stories*, Evita.

Ella ahoga un grito y se lleva la mano al pecho.

—¿Cómo voy a subir eso? Si quisiera subir algo suculento, le haría una foto.

—No estoy para bromas, chicas —aseguro—. Creo que tengo un plan.

—Me gusta tu cara de maquinar —me elogia María, y me arranca una sonrisa.

—Pues yo no sé si confío en ella…

—Que tú no… ¡¿qué?! —le pregunto a Paula, que se echa a reír.

—¿Cuál es el plan, querida?

—Localizar a Alan.

Eva empieza a toser como si se hubiera atragantado con su propia saliva.

—No lo dirás en serio —balbucea, mientras María le da unos golpecitos en la espalda.

—Totalmente.

—¿Quieres aprovechar esto para acercarte a él? —La intensidad con la que me miran sus iris azules me produce un escalofrío.

—Quiero aprovechar que él está cerca de la marca para sacarle información —aseguro, aunque una pequeña parte de mí siente que miento.

María suelta el puñal antes de que pueda advertirlo:

—¿No crees que ya se acercó suficiente a él cuando le metió la lengua hasta la campanilla?

—No tiene gracia, María.

—No pretendo que la tenga, Eva; pero tienes que empezar a asumir que eso ha pasado.

—Eso fue en favor del *show*.

—Eva… —Paula le acaricia el brazo con dulzura—. Todos tenemos *crushes*, pero ya se sabe que no siempre son correspondidos.

—Algunos ni saben que existimos, porque tampoco son reales, como pasa con los protagonistas de los libros —añade María.

—No sé a qué viene toda esta encerrona. —Eva se zafa de la mano de Paula—. Me parece muy fuerte que, sabiendo cuánto me gusta Alan, me estéis diciendo esto.

—Tú puedes tener a cualquiera, Eva —le garantiza mi prima—. Mira el escritor de erótica…

—Pues quiero a Alan.

—Las personas no son caprichos que puedas comprar como esa gente que paga por tener más seguidores en Instagram, Eva —la

reprende María y, acto seguido, relaja los hombros y su tono de voz al volver a hablar resulta más amable—. Lo decimos por tu bien.

—Ya. —Eva se levanta visiblemente molesta—. Por mi bien y por envidia. Será mejor que me vaya; me está esperando una amiga de esas que respeta a los chicos que me gustan —dice antes de irse.

—¿Creéis que le durará mucho el enfado? —pregunta Paula, con preocupación.

—Me sabe fatal que se sienta así… —Me he quedado mirando cómo nuestra amiga se alejaba sin volver la vista atrás…

—Entiendo que le moleste —afirma María—, pero no puede negar que ella está fuera de esa ecuación.

—Es que no hay ninguna ecuación —aseguro.

—Sara… —María apoya los brazos en la mesa—. Eso no te lo crees ni tú.

Me deslizo por la silla hasta descansar la nuca en el borde y dejar que mi mirada se pierda por el cielo azul de Madrid.

—La vida a veces puede ser cruel —murmuro al darme cuenta de que mi amiga tiene razón. No sé en qué momento he decidido jugar a las matemáticas con Alan, pero ahora tengo un problema con una incógnita que resolver.

—Pero incluso de la crueldad debemos aprender a extraer la parte buena —refuerza Paula.

—No creo que ella vea nada positivo en esto. —Entonces, al fijar la vista en una nube, se me ocurre algo. Me incorporo y susurro a modo de confidencia—: Paula… ¿Crees que Dani te diría dónde vive Alan?

51

Ingrid

Entro por el rellano de la que parece mi segunda residencia y ni siquiera me detengo a saludar al señor que pasa por mi lado; ahora mismo no estoy para detenerme por alguien ajeno a mi vida.

—Buenas noches, rubia.

—Buenas serán hasta que os cuente lo que acabo de averiguar —respondo al cruzar la puerta y casi arrollar a mi rubio favorito por el camino.

Diego acude a mi encuentro.

—Íngrid, tengo que hablar contigo.

—Sí, sí —digo con apatía y muevo la cabeza como esos muñecos que viajan dentro de los coches. Me dirijo a la nevera del comedor para buscar una Coca-Cola—. ¿No tienes algo para mezclar con esto?

—¿Pretendes emborracharte? —La voz de Dani se tiñe de sorpresa y sus cejas claras se elevan en un arco perfecto.

—Eso o mato a alguien.

—¿Has tenido un mal día? —pregunta Diego, con una mueca de tristeza. Asiento y me acerco la lata a los labios. No sé la cantidad de gérmenes que tendrá, pero ahora mismo me importan tres mierdas —. Pues creo que lo voy a empeorar.

—Sé que quieres hablar conmigo y por eso me has dicho de vernos, pero resulta que me has leído el pensamiento… —Le doy dos palmadas en el hombro—. Vas a flipar.

—Entonces será mejor que todos vayamos tomando asiento —

sugiere él, antes de dejarse caer en el sofá.

—Empiezas a preocuparme, Íngrid… —Dani me sujeta por el hombro y lo miro a los ojos; su tonalidad azul consigue que me pierda por un segundo en un mar de sensaciones apacibles. Sin embargo, el calor de su contacto impacta contra las emociones que dan vueltas bajo mi piel.

Me aparto con brusquedad.

—Y eso que no sabes nada, cielo —suelto con aspereza. No es el momento de mostrarse vulnerable y cometer errores de los que me pueda volver a arrepentir.

—Quizá sería mejor que no te bebieras eso, ¿no? —Diego ladea la cabeza—. ¿Es sin cafeína?

—¿Me ves con cara de que me importe?

—¡Ey! —Dani se coloca delante de mí y mueve sus manos con calma hacia arriba y hacia abajo—. Baja un poco el nivel, que estamos aquí para ayudarte, no para que descargues tu rabia contra nosotros y acabemos jodidos los tres.

—Tienes razón. —Inhalo aire y lo suelto lentamente, antes de volver la cabeza hacia Diego—. Perdona.

Él asiente sin que la expresión de sus labios haya cambiado ni un ápice. Los tres sabemos cuánto me cuesta pedir perdón, así que sé que no van a reprocharme nada si he conseguido decir la palabra mágica.

—Dame eso. —Dani me quita la lata sin que yo pueda impedirlo y me doy cuenta de que me tiembla la mano; para ser exacta, las dos lo hacen.

Miro a mis amigos y leo la expectación en sus miradas, así que decido volver a respirar hondo y sentarme al lado de Diego en el sofá. Dani se coloca junto a mí.

—Luis es un gilipollas.

—Eso no es nuevo —asegura Dani.

—Déjala hablar —le reprende Diego.

—Hace un tiempo que sospecho que está metiendo la mano en las cuentas de la empresa.

—Eso tampoco me extrañaría. —Diego y yo miramos a Dani, quien se reclina en el respaldo y finge cerrar la boca con una cremallera imaginaria.

—He conseguido meterme en la página del banco y… —Fijo la mirada en el suelo y niego con la cabeza—. He alucinado.

—¿Qué has descubierto? —pregunta Diego y me coloca la mano en la espalda.

—Yo sé que él tiene su nómina por las funciones que realiza y, aunque desconfío de cómo las lleva a cabo, hasta ahí lo puedo entender. —Hago una pausa, porque empiezo a dudar sobre si mis teorías tienen sentido—. Sin embargo, me ha extrañado encontrar una transferencia mensual a una empresa que no me suena de nada, además de otros movimientos sospechosos.

—Puede que haya externalizado algún servicio o que necesiten algún soporte puntual del que no estés informada —comenta Dani, antes de acercarse a mí y apoyar la mano sobre mi muslo. Me he recordado que tengo que seguir respirando y he obligado a mi cerebro a centrarse en los asuntos reales.

—Eso tendría sentido si no fuera porque me he puesto a indagar sobre dicha empresa misteriosa y… ¡pum! —Acompaño la onomatopeya con un golpe al sofá—. No solo no tiene nada que ver con nuestro negocio, sino que Luis es uno de sus socios fundadores.

—Puede que… —Ladeo la cabeza hacia Dani con una expresión de «A ver qué teoría se te ocurre ahora»—. Vale. Es idiota.

—No tiene sentido —comenta Diego.

—Lo que yo he llegado a deducir es que se ha inventado todo eso para llevarse dinero de Katana. —Mi cabeza empieza a atar más cabos sueltos—. Ahora entiendo que no haya dinero para hacer algunas cosas y que siempre tengamos los mismos resultados en las cuentas anuales.

—De todos modos, tiene que justificar esos movimientos, Íngrid —señala Diego—. No puede llevarse dinero de la empresa e irse de rositas.

—Si tiene bajo su mando al Departamento de Contabilidad, es posible que haya conseguido que todo quede cuadrado. Al final, los balances salen bien.

—Pero ¿nadie dice nada? —Dani se ha puesto en pie—. No lo entiendo.

—¿Quién va a decir algo? —Mi voz rebosa incredulidad—. ¿Los del consejo? ¿Sus amiguitos? Porque estoy convencida de que todos salen beneficiados de los trapicheos que hace.

—Eso es muy propio de Luis, aunque de verdad no me esperaba que os fuera a joder la empresa familiar… —Dani fija la mirada en el suelo y contrae los labios.

—¿Dices que destina un importe mensual a trabajos que no existen?

—¿Por qué me da la sensación de que no estás tan sorprendido como nosotros, Diego?

—Porque, por desgracia, creo que tengo que contarte algo que hará que tu cabeza termine de estallar.

52

Retuerzo el asa de mi bolsa de tela. Dios mío, ¿cómo se me ha ocurrido venir aquí? «Ha sido un arrebato», me digo. «¿Un arrebato o una excusa, querida?», pregunta la voz de Eva en mi mente.

Joder. Si se entera de esto ya me puedo dar por muerta, aunque tampoco estoy haciendo nada malo. Sé que Alan le gusta desde hace tiempo, pero entre ellos dos no hay nada. «Y entre nosotros tampoco», me recuerdo. Entonces, ¿por qué estoy tan nerviosa?

—Vaya, vaya… —El sujeto en cuestión aparece en la puerta, vestido con un pantalón de chándal viejo y una camiseta de tirantes que odiaría si estuviera sobre el torso de otra persona—. Mira quién ha decidido dar un paso más en la profesión de ladrona.

—No, yo… —titubeo y se echa a reír a carcajada limpia. Me quedo embelesada por el sonido y me doy cuenta de que no lo había escuchado antes—. Vaya, vaya… —lo imito cuando recupero la compostura—. Si parece que sabes reírte y todo. Espero que no te hayas hecho mucho daño al descubrir cómo se hace.

—¿A qué se debe esta visita?

—Quería comprobar que el localizador que puse en tu ropa funcionaba correctamente. —¿Por qué he dicho eso? Las comisuras de su boca se levantan de forma juguetona y una llamarada me recorre por dentro.

—¿Eso es todo lo que has venido a comprobar?

¡Ay, Dios! Las puertas del infierno acaban de abrirse y el calor que desprenden las llamas me está abrasando.

—Claro. —Mi respuesta es tan escueta que no me sorprende que arquee una ceja.

—Y yo que pensaba que querías comprobar si mi piso tiene medidas de seguridad o si puedes venir a robarme todos los libros que tengo…

—Hablando de libros… —Hurgo en mi bolsa y extraigo su ejemplar de la novela de J. K. Norvi—. No lo he terminado, pero creo que va siendo hora de que te lo devuelva.

—Pensaba que eras una ávida lectora —dice cuando extiendo el libro hacia él.

—Digamos que me estoy encontrando con… obstáculos que me impiden avanzar en la lectura.

—Ajá… —Se cruza de brazos y me observa. Estoy a punto de decirle que mantenerlos en esa posición ahorra cuotas de gimnasio cuando vuelve a hablar—: Quédatelo.

—¡¿Qué?!

Me doy cuenta de que grito porque una señora, que acaba de aparecer con una bolsa de basura en el enorme rellano, se nos queda mirando. Él la saluda con un gesto de la cabeza y la mujer le corresponde antes de dirigirse al ascensor, sin disimular que no nos quita los ojos de encima.

—¿Te está gustando? —Yo asiento—. Pues quédatelo hasta que lo acabes y luego me lo devuelves.

—Vale. —Relajo la expresión y devuelvo el libro a la bolsa—. Por un momento he pensado que me lo ibas a regalar.

—Tampoco nos pasemos, ladronzuela. Eso sería premiar tu robo y no aprenderías que no puedes ir por ahí apropiándote de lo ajeno.

—Te voy a dar la razón, pero debo decir que para dar lecciones de modales tú tienes muy pocos.

—¿Yo? —Separa las piernas y se pone la mano en el pecho, con sorpresa.

—¿Te parece correcto que estemos hablando en el rellano? —susurro, porque o bien estoy en el edificio con el ascensor más lento del mundo o la señora de la bolsa de basura no le ha dado al botón.

—¿Me estás pidiendo que te meta en mi casa? —Ahora su expresión es de tal diversión que me obligo a cerrar los ojos mientras el calor me inunda la cara—. Si te has quedado con ganas de otro momento íntimo conmigo, solo tenías que pedirlo.

Lo miro y hace un ademán de cederme el paso hacia el interior de la vivienda. ¿De verdad voy a meterme en su cueva? Mis pies caminan a pesar de que no recuerdo haberles dado tal orden. A fin de cuentas, soy yo quien ha decidido que esta era una buena carta que jugar, así que es tarde para arrepentirse.

Paso a su lado y no oculta el repaso que me da, por lo que lo miro a los ojos con descaro.

—Bonito modelo. —Sonríe de forma canalla y yo le copio la revisión con la mirada.

—A ti, sin embargo, te quedaba mejor el traje. —Le regalo una mueca—. ¡Qué le vamos a hacer!

Me adentro hacia el interior de su apartamento e intento que no vea mi estupefacción. ¿Aquí vive este hombre? ¡Pero si esto es hasta más grande que el apartamento de Dani!

—¿Estás criticando mi forma de vestir? —pregunta, con sarcasmo —. Porque pensaba que tú, precisamente, lo entenderías. Aunque claro, si me llegas a avisar de que venías o de que íbamos a tener una cita y había que arreglarse…

—No vamos a tener ninguna cita —espeto sin mirarlo, porque estoy embobada analizando el diáfano espacio que se abre ante mí.

Los enormes ventanales de la pared dejan ver copas de árboles que forman una especie de bosque privado, en el que la vivienda parece estar inmersa. Es alucinante. También debo reconocer que la decoración, pese a que podría parecer escasa, resulta perfecta. ¿Por qué dormirá en casa de Dani? Vale, esto está algo alejado de donde vive su amigo, pero el lugar es precioso.

—Entonces, te recuerdo que estoy en mi casa —continúa él—. No sé si tú llevas pijamas de gala en la tuya, pero yo prefiero ir cómodo. De hecho… —da tal portazo al cerrar la puerta que me giro a causa del sobresalto—, has tenido suerte de que no te abriera la puerta en calzoncillos.

Y lo que se abre de par en par es mi boca, aunque vuelve a su lugar cuando Alan ríe de nuevo.

—No me lo digas —replico, a pesar de que él sigue riendo—. ¿Estás haciendo algún cursillo para trabajar de payaso? Porque se te da de fábula.

Avanza un par de pasos hasta quedar frente a mí.

—¿Quieres hablar de lo que se me da de fábula? —murmura, con sensualidad.

—¿Pretendes intimidarme?

—¿Lo estoy consiguiendo?

—No —miento—. Tengo otras prioridades en mente.

—Las prioridades pueden coexistir, solo es cuestión de organizar cómo las vamos a resolver.

—Creo que no me estás entendiendo.

—Y yo creo que todavía no me has explicado qué haces aquí, así que puedo sacar la conclusión que más me convenga.

Trago saliva y su mirada recorre el movimiento de mi garganta. ¿Por qué no llevaré un abanico o un *split* de aire encima?

—¿Tienes hambre?

—¿Cómo dices? —Definitivamente, aquí hace demasiado calor.

—Iba a pedir una *pizza*. —Alan se dirige a la isla que separa la cocina del comedor y agarra su teléfono móvil—. Podría mentirte y decir que estaba preparando la cena, pero la verdad es que ese no es el tipo de tareas que se me da bien; aunque, como en todo, pongo mucho empeño.

—¿Estás intentando que me sienta incómoda?

—Lo que estoy intentando es que sientas algo y, si lo consigo, por poco que sea, me doy por satisfecho.

—¿Por qué haces esto?

—¿Por qué hago qué?

—Ponerme nerviosa.

—¿Te pongo? —sonríe con picardía y empieza a tocar la pantalla del móvil.

—Nerviosa —puntualizo y me aclaro la garganta.

—¿Qué *pizza* te gusta?

—La hawaiana. —Me arrepiento de la respuesta automática en cuanto sale de mi boca.

—No te creo.

—Te lo juro.

—Voy a pedirla. —Se coloca el teléfono en la oreja—. Como no te la comas…

Joder, ¿por qué no me habrá ofrecido agua, en lugar de comida, con el calor que hace aquí? ¿Y por qué he aceptado quedarme a cenar de forma tácita? De repente, tengo la sensación de estar dentro de la boca del lobo, aunque no negaré que es un lugar cálido; cálido y húmedo para ser exacta. Bueno, lo de la humedad creo que no tiene nada que ver con el piso.

—¿Por qué te quedas en casa de Dani teniendo esto?

—Demasiado espacio para uno solo, ¿no crees?

—Dudo de que pases mucho tiempo solo —mascullo entre dientes y él, sonriente, separa los labios para replicar, pero parece que oye algo al otro lado del teléfono porque tapa el auricular.

—Me interesan mucho tus dudas —susurra, antes de sumergirse en la conversación telefónica—. Hola, Carlos, soy Alan.

53

—Empiezo a pensar que venir no ha sido buena idea —digo a mitad del *tour* que Alan encabeza por su piso.

—¿Por qué dices eso? —pregunta, antes de abrir otra puerta—. Y aquí está el baño.

Agradezco que no esté en medio de un pasillo interminable.

—Porque tu casa es muy bonita, pero, en realidad, no sé si podrás ayudarme.

—Así que has venido por interés y no por el localizador…

—¿A qué creías que había venido exactamente?

«¿Y en qué momento se me ocurriría a mí contar con Alan como si se tratase de Diego o Gonzalo?». Aprovecho para hacerme una nota mental y recordarme que debo enviar a este último un mensaje, porque todavía no he contestado a los suyos.

—¿A verificar que tengo casa? —suelta con guasa—. La verdad es que no lo sé, pero parece que te cuesta explicármelo y eso me genera curiosidad.

—Es que ahora mismo tampoco tengo claro que tú… —vacilo—. Que puedas hacer algo, ¿sabes?

—No. —Niega con la cabeza—. No puedo saber a qué te refieres, porque me das la misma información que un libro cerrado.

Resoplo y dejo caer los hombros. Él se apoya contra el marco de la puerta y me mira con recelo. De repente, me sudan las palmas de las manos. ¿Y si la he cagado? ¿Por qué en mi cabeza tenía sentido preguntarle a Alan por la empresa Katana? Que trabaje para ellos no

implica que tenga una relación estrecha con los dueños de la marca, ¿verdad?

—¿Tienes mucha relación con los de Katana? —lanzo la pregunta sin pensar y Alan se pone rígido de forma notable.

—¿Tu problema tiene que ver con ellos? —Sus labios dibujan una línea recta.

—Indirectamente, sí.

—¿Indirectamente? —El tono de su voz se endurece—. O tiene o no tiene que ver, Sara.

Oír mi nombre de sus labios consigue que cuadre los hombros de forma involuntaria. No sé lo que acaba de pasar, pero todo el encanto que estaba desplegando conmigo se ha evaporado de golpe. ¿Por qué ha reaccionado así? ¿He abierto la caja de Pandora sin darme cuenta?

Me observa expectante y me doy cuenta de que, si había alguna posibilidad de eludir el tema, se ha esfumado del todo. Aunque, al fin y al cabo, hablar de esto era el propósito por el que he venido aquí, ¿verdad?

—Digamos que ellos han hecho algo que ha afectado a una persona y eso me repercute a mí. —«Una frase de lo más esclarecedora», me felicito con ironía.

—Digamos que no. Cuéntamelo —exige, y sus ojos hacen que me plantee si existe alguna posibilidad de rebobinar en el tiempo y eliminar las escenas vividas. ¿Dónde está el DeLorean de *Regreso al futuro* cuando lo necesitas?

El timbre suena y, a pesar de que me sobresalta, Alan continúa sosteniéndome la mirada de forma intimidante. Hacen falta dos avisos más para que corte el contacto visual y responda al interfono; esta actitud me recuerda un poco más lo detestable y grosero que me

parecía al principio. Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo y mis músculos se relajan un poco. No estoy segura de si voy a ser capaz de comer ni una porción de *pizza*, por mucha piña que lleve; sí, soy de ese grupo de personas en peligro de extinción que adoran la piña en la *pizza*.

—Gracias —escucho a mi izquierda y me dirijo hacia la puerta, justo cuando Alan la cierra. Miro la hora en el móvil.

—Es imposible que las hayan traído ya.

—Se llama «tener contactos». —Deja las cajas humeantes sobre el mármol—. Y no me cambies de tema. ¿Qué ha pasado?

Después de explicar a Alan, con todo lujo de detalles, mi encuentro con Fabián —y de sentir que, cada vez que cuento esta historia, estoy poniendo en peligro la vida de ese hombre y su familia, como si viviéramos la historia de una novela negra—, nos sentamos en los taburetes altos y damos cuenta de las pizzas, pese a que solo consigo comer dos porciones.

—No tiene sentido —dice, tras un silencio que no he querido romper.

Su mirada está absorta en una de las cortezas que he dejado aislada, dentro de la caja de cartón.

—Tienes razón —coincido, y me esfuerzo por relajar el ambiente, porque desconocía la tensión que produciría comentar el asunto a Alan—. Esto es una merienda, no una cena.

Él parece reparar en mi presencia por primera vez desde hace rato.

—Me refiero a que…

—Te he entendido —aseguro, y dejo el trozo de *pizza* sobre mi servilleta. Él hace lo mismo—. Diego ha reaccionado igual.

—Me has dicho que iba a hablar con alguien. —Frunce el entrecejo ligeramente—. ¿Te ha dicho con quién?

—Con Íngrid.

Esas dos palabras parecen cortarle la respiración.

—Claro. —Asiente con la cabeza y murmura para sí mismo—. ¿Con quién va a hablar si no?

—¿Qué problema hay con esa empresa, Alan? —inquiero, pero él no me mira y yo saco la artillería—. Es decir, ¿por qué han hecho algo así? ¿Por qué tienen que hacer eso a las personas? ¿No es denunciable? ¿Qué clase de monstruos…?

—No —me corta y no entiendo que me responda con ese adverbio.

—¿No…?

—Todo esto debe de tratarse de un error —asegura mientras vuelve a negar con la cabeza con la mirada perdida de nuevo.

—Pues te aseguro que la cara de Fabián y la actitud de su sobrina no dicen lo mismo.

—Quizá lo hayan preparado todo para…

—¿Para dejarnos tiradas a mi madre y a mí? —demando y no espero a que me responda—. ¿Para jodernos la vida? Me parece demasiado rebuscado, Alan. Tú no has visto la cara de ese tipo… —Hago una mueca cercana a una sonrisa irónica—. Menos mal que mi madre ha asimilado que no vamos a tener ni las prendas ni el dinero y que ya está buscando otro proveedor. Lo que no sé es con qué dinero vamos a pagar…

Me sujeto la cabeza con las manos y entierro los dedos en el pelo. Decir todo eso en voz alta duele mucho más de lo que esperaba porque, ahora mismo, empiezo a sentir que las paredes del piso de Alan, por muy lejos que estén, se ciernen sobre mí e impiden que respire con normalidad.

—Perdona, Alan —digo al fin, con un hilo de voz. Me muerdo el labio inferior con fuerza, porque no me apetece que las lágrimas que

se me empiezan a acumular en los ojos terminen por ser públicas—. No pretendía agobiarte con mis problemas y mucho menos teniendo en cuenta que trabajas para Katana, pero… —continúo tras coger aire y soltarlo poco a poco por la boca sin cambiar de postura— esa conexión es la que me ha hecho pensar que acudir a ti era buena idea. Diego me ha dicho que hablará con Íngrid, pero he entendido que ella no es quien lleva la voz cantante en la empresa, así que había pensado que tú… —Cierro los ojos y siento cómo una lágrima me recorre la mejilla con timidez. Espero que la posición de mis brazos le impida ver el estado de mi cara—. Que tú tendrías algún contacto más directo o alguna manera de verificar la información; saber qué ha pasado, por qué y… yo… no sé qué se solucionaría con eso, pero joder. —Me tapo los ojos con las manos—. No entiendo nada y solo quiero que esa parte de mi vida vuelva a la normalidad.

Oigo que se levanta y se sienta a mi lado. Pone la mano sobre mi hombro y noto cierta vacilación en la caricia que, finalmente, se vuelve firme, hasta el punto de abrazarme y dejarme que apoye la cabeza contra su pecho.

—La normalidad es un lujo que no siempre podemos permitirnos —murmura. Su voz suena mucho más calmada, a pesar de que escucho que el corazón le late deprisa—. Lo que quiero decir, Sara, es que no entiendo que hayan hecho algo así, pero está claro que, si todo eso que te ha explicado ese hombre es cierto, hay que ponerle remedio.

—No sé qué remedio puedo poner —mascullo, enterrada entre sus brazos.

—Es probable que tú no puedas hacerlo. —Se queda en silencio un momento y me acaricia el pelo con suavidad—. Pero yo sí.

54

Noto el momento exacto en el que Alan ha dado por zanjado el tema, porque vuelve a hacerme bromas para sacarme una sonrisa. Y, por suerte para ambos, surte efecto. Digo «para ambos» porque empezaba a sentirme algo mal por haber acudido a pedirle ayuda cuando tampoco me debe nada; además de no haber podido controlar mis reacciones al explicarle el problema. Estoy preocupada. Puede que la armadura con la que me enfrento a la vida me haya hecho mostrar una valentía que no siento, en lugar de pararme a pensar en la gravedad del asunto.

Me sorprende la naturalidad con que continuamos hablando y, sobre todo, que me explique que la vida de modelo es algo más dura de lo que se imaginaba.

—Que no encajes no siempre es un error; a veces es una señal —le digo y, automáticamente, me creo una nota mental para tener en cuenta mi propio consejo. Y es cierto, en parte, porque hay lugares que no son para nosotros por mucho que nos empeñemos en forzarlo.

Alan sonríe con socarronería.

—No sé si es peor el trabajo de modelo o acudir a eventos de escritores y que la gente te vea solo como a un trozo de carne, en lugar de como a una persona que también crea historias.

—Hombre, todavía no he leído tu libro, pero como trozo de carne no estás nada mal.

Desconozco quién ha dejado abierta la puerta entre mi cerebro y

mi boca, pero la sonrisa de Alan se acentúa de manera notable y ha conseguido que me repita, mentalmente, que he estado totalmente fuera de lugar. ¿Por qué las conversaciones no se pueden borrar como en WhatsApp? ¡Qué fácil sería todo!

—Vaya, vaya… No sé qué parte de tu comentario encuentro más interesante; si el hecho de que no descartes la opción de leerme o que no deseches la posibilidad de incluirme en tu menú.

—Te equivocas en una cosa —digo, antes de darle un mordisco a un trozo de *pizza*—. No te podría incluir en mi menú.

—Estoy deseoso de conocer el motivo.

—Me he propuesto hacer una dieta equilibrada y lo tuyo —explico, recorriéndolo con la mirada en un arranque de desparpajo— sería un empacho de proteínas.

Que arquee las cejas no es una sorpresa, pero que se apoye sobre la mesa para acercarse a mí y susurrar con voz sensual es demoledor para la poca resistencia que le queda a la coraza que he levantado ante este hombre.

—Pues no sabes las ganas que tengo de empacharme yo.

El remolino de calor infernal que revoluciona todas mis hormonas no es normal. Menos mal que Alan se levanta y me deja un poco de espacio para recuperar el aliento, antes de volver a sentarse junto a mí y rozar, sin ningún reparo, mi pierna con la suya. ¿Cómo es posible que un simple contacto produzca estallidos en mi abdomen? Al menos, no estamos en pleno verano; si no tendría que haberle pedido que pusiera el aire acondicionado. Aunque tampoco descarto hacerlo.

—Toma —coloca un libro sobre la mesa y yo me quedo en *shock*.

Tras fruncir el ceño —porque, seamos sinceros, lo que menos me esperaba es que plantara algo así delante de mí—, me doy cuenta de

qué título se trata.

—No puede ser…

—No hagas que me arrepienta.

Lo miro a los ojos y descifro la vulnerabilidad que reside en ellos. ¿Es posible que alguien que se muestra tan agresivo con los demás pueda tener la suficiente dosis de ternura como para reblandecerte el corazón con un gesto como este?

Sostengo el ejemplar entre las manos y no puedo reprimir una delicada caricia a la cubierta.

—Este sí puedes quedártelo.

—¿Lo dices en serio? —El tono agudo de mi voz delata mi emoción, pero no me importa. Él asiente y yo abrazo su libro antes de abalanzarme, sonriente, a sus brazos.

—Gracias —susurro, con la mirada fija en la novela con la que Alan se dio a conocer como escritor—. Te prometo que la leeré.

—Eso espero —decreta, y la fragilidad se adueña de su voz cuando vuelve a hablar—: Aunque te pido que si subes alguna reseña…

—Alan —le interrumpo y coloco la mano sobre su hombro—. Lo sé.

Tras ayudarle a recoger, salimos en dirección a casa de Dani, ya que mi prima está allí y Alan se ofrece a llevarme con ella.



Hacía mucho que no iba en moto. De hecho, no recuerdo cuándo fue la última vez, pero echaba de menos el impacto invisible que siente el cuerpo al atravesar el aire con agresividad; el grito silencioso que manifiesta que eres dueña de este momento y la libertad para retar incluso a las condiciones atmosféricas.

Me aferro con firmeza a la cintura de Alan y sonrío con timidez al

pensar que estoy sobre la moto de Diego. Lo sé porque es la que aparece de fondo en su foto de perfil y ya me quedó claro el otro día quién era el amigo al que se la había prestado; debe de confiar mucho en él para dejarle a su pequeña.

El trayecto hasta nuestro destino se me hace corto, y eso que sé que el barrio no está precisamente al lado; la cara de pena que se me pone al bajar de la moto me delata.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —miento, y cabeceo para reforzar la afirmación.

Me hubiera gustado que el momento de dejar la mente en blanco hubiera durado algo más, pero ya encontraré la manera de evadirme. Además, tengo el libro de Alan conmigo; sonrío y aprieto la bolsa de tela contra mí, sin que se note. Sé que hay quien no puede empezar una lectura nueva si tiene otra a medias, pero no es mi caso y menos cuando me hace tanta ilusión.

¿Cuántas veces me ha recomendado Eva que lo lea? Sigo sin entender por que, si tanto le gusta, no ha subido nada en redes, aunque empiezo a pensar que es debido a que el libro tuvo mucho *hate* en su día. Después de todo, Eva tiene una cuenta de Bookstagram en la que sube, en exclusiva, las novedades editoriales para estar «al día» y centra su contenido en *reels* y *posts* donde aparecen libros conocidos para asegurarse los *likes* y aumentar el número de seguidores. No entiendo cuál es su objetivo si las editoriales ya la contactan para hacer colaboraciones, pero cada uno que haga lo que quiera con sus redes. Yo, por mi parte, leo lo que me apetece, sea conocido o no, y tengo muchas ganas de descubrir qué sensación me deja la historia de Alan, a pesar de que también me produce algo de respeto publicar una reseña.

Cuando llego al rellano, me encuentro con mi prima, que me da un

achuchón y cuchichea en mi oído un «Cuéntamelo todo, por Dios».

—No hay nada que contar —le aseguro, y su expresión me dice que no me cree—. Bueno… —digo cuando Alan pasa por mi lado y saluda a mi prima con la cabeza—. Me ha dado un ejemplar de su libro.

—¡¿Qué dices?! —exclama ella. Se tapa la boca con la mano y cuchichea—: Qué fuerte me parece… Eva me ha dicho que le gustó, aunque… —vacila— en realidad me dijo que le gusta todo de él, como si de pronto le diera por fabricar lavabos.

—¿Lavabos? —pregunto, incrédula—. Dudo mucho que Eva haya dicho algo así.

—Vaaale. —Pone los ojos en blanco—. Quizá he exagerado un poco.

—Un poco, dice… —murmuro, y me adentro en el piso de Dani.

—Entonces, ¿no ha pasado nada entre vosotros? —Mi prima me sigue de cerca.

—Define «nada».

—Pues que si no… —Junta los dedos índice y corazón de cada mano y empieza a darse golpecitos entre ellos—. Ya sabes.

—Creo que no te entiendo —bromeo, y me cruzo de brazos para disimular y ponerla más nerviosa.

—Pues que si vosotros dos… —Sigue con los movimientos y se me hace difícil aguantar la risa.

—Que si habéis follado, dice. —La voz de María hace que abra los ojos de par en par y Paula ahoga una exclamación.

—¿Pero tú dónde has aprendido estos modales? —pregunto, sorprendida de encontrármela en casa de Dani, al tiempo que doy media vuelta y me la encuentro con cara de satisfacción y sin un ápice de vergüenza.

—Puedo decirte que no fue con Evita.

—Eso ya me lo imaginaba…

—¡No me refería a eso! —grita mi prima.

—Ya lo sé, pero yo sí. —María se encoge de hombros—. ¿Ha pasado algo o no?

—No sabría decirte… —Me pongo a repasar la situación vivida.

—Pues si no lo sabes tú, que estabas ahí… —María se apoya el dedo en la boca y finge meditar algo—. Quizá pueda preguntar a Alan a ver qué me dice. Creo que ha ido a saludar a Dani y…

—¡No! —La retengo por el brazo, porque la veo capaz de llevar a cabo la idea—. No ha pasado nada.

—Entonces, ¿por qué tanto misterio?

—Porque no ha pasado nada de eso, pero hay como un… algo. —Las miro a ambas y María me hace un gesto con la mano para que continúe—. Hay un tonteo, una complicidad, un algo… No sé decirte.

—¡Ay, mi madre! —María niega con la cabeza y se golpea la frente con la mano—. Al final te pillarás de verdad.

—Yo no…

—¡Lo sabía! —Paula empieza a dar palmadas de felicidad y yo no entiendo por qué siempre le hace tanta ilusión todo esto.

—¿Qué sabías, Paulina? —Dani aparece en el comedor.

—Pues que Alan es una persona interesante —concluye ella, con una mirada pícara.

—«Interesante» es un adjetivo que lo define bastante bien —conviene él, y nos dedica una sonrisa deslumbrante—. Por cierto, si quieres algo de beber, Sarita, sírvete lo que quieras de la nevera de invitados. —Señala el electrodoméstico que se encuentra en mitad del comedor. Todavía me sorprende que tenga uno ahí para estas

situaciones—. Después te revisaré el tatuaje a ver cómo lo tienes.

—Gracias. —El «doctor Agujas» apoya los dedos índice y corazón en la frente, por encima de la ceja derecha, y da media vuelta para volver por donde ha venido.

—Este hombre sí que es interesante —comenta María cuando el rubiales ha desaparecido de nuestro campo de visión. Yo le doy un codazo.

—Que te puede oír.

—Pues que lo haga. —María llega la primera a la nevera y la abre —. No me estoy refiriendo a nada sexual, si es lo que piensas —asegura, y saca una botella de agua—. Está muy bien de lo suyo, eso no lo voy a negar, pero ya sabes que no me van los rubios.

—Ya. Lo sé —digo con retintín—. Además estaría feo liarte con él si te gusta su amigo.

—¡Zasca! —suelta mi prima, antes de empezar a reír.

—A la que le gusta su amigo es a ti.

—Claro, claro. —Me pongo a inspeccionar el contenido de la nevera—. Ahora me vas a decir que no te gusta Diego, ¿no?

—No me gustan los presuntuosos.

—No, qué va —respondo, y saco un Aquarius—. No te gustan, te encantan.

María deja escapar un resoplido que podría competir con el de un caballo.

—Es muy guapo —apunta Paula, en un intento de complicidad al que María le responde con una mirada que podría haberla desintegrado—. Claro que si no te gusta… —Levanta las manos y hace una mueca con la boca.

—Me estáis amargando el día libre. —María saca un Nestea y bebe de la botella antes de sentarse en el sofá.

—Ya será menos… —Paula se coloca a su lado.

—¿Cómo has acabado viniendo aquí con mi prima?

—Mira… —María apoya la nuca en el respaldo—. Estaba de camino al restaurante, porque se suponía que hoy cubría a una compañera, cuando he recibido el mensaje de mi jefe para decirme que al final no hacía falta que fuera, así que la he dejado convencerme. —Señala a Paula con el mentón—. No tenía ganas de ir por casa, porque me he peleado con mis padres y se me han quitado las ganas de escribir; aunque cuando llegue quizá me ponga un rato.

Sé que sus padres no la apoyan en lo de ser escritora y Eva y yo hemos insistido en que lo entenderán cuando se den cuenta de que esto es a lo que quiere dedicarse realmente, porque de momento solo lo consideran un «*hobbie* muy caro» y no ven el esfuerzo y el sacrificio que debe hacerse durante el camino.

—¿Cómo está tu hermana? —le pregunto, y ella niega con la cabeza.

—En una edad muy complicada —espeta—. Recuérdame que no tenga hijos.

—Vale. Por si acaso, se lo diré a Diego para que él también lo tenga en cuenta.

María se ha lanzado a hacerme cosquillas cuando la voz que precede a un portazo llena la estancia.

—¿Que tenga en cuenta qué?

55

Mi prima ha conseguido salvar la situación mencionando que Alan me ha regalado su libro, lo que ha implicado que ahora seamos nosotros el centro de la conversación. Ha sido divertidísimo —nótese la ironía—, sobre todo cuando ha aparecido él y todo el mundo ha callado al ver su cara de mala leche. De verdad que no entiendo cómo tiene la facilidad de ir por la vida con esa máscara. ¿Cuál de sus dos personalidades es la verdadera?

He aprovechado el tema del libro para revisar de nuevo mi Instagram y casi me da un infarto cuando he descubierto que por fin he recuperado la cuenta. Ha sido tal el bote que he dado que he golpeado a mi prima y se le ha caído la bebida por encima; Alan ha soltado un comentario para decir que era extraño que no se la hubiera tirado a él.

Me he levantado con la excusa de ir al baño para sumergirme en Instagram. ¿Desde cuándo esta parte de mi vida se ha convertido en algo tan importante? Supongo que, cuando llevas varios días sin hacer algo, es como si te dieran la oportunidad de leer por primera vez una novela que te ha gustado muchísimo. No sé si me explico: es la ocasión de hacerlo todo de nuevo, de investigar, de descubrir… y de darte cuenta de que el resto del mundo sigue, por mucho que el tuyo se detenga.

—Parece que has recuperado tu hábitat —dice Alan cuando me pilla revisando las notificaciones escondida en su habitación; o la de Diego… o de quien sea.

—¿Tú eres consciente de la cantidad de publicaciones en las que sales? —pregunto, porque me he metido en su perfil y he visto las fotos del beso en las que le han etiquetado.

—¿Y qué?

—Y qué, dice… —mascullo y dejo el teléfono sobre la cama—. ¡Madre mía! Cuando la gente se entere de que la de la foto soy yo…

—¿Te avergüenza?

Levanto la vista hacia él, que se ha apoyado contra la pared con los brazos y las piernas cruzados, como el primer día en el que lo vi en esta misma habitación y, al igual que en aquel momento, ha adoptado su fachada impenetrable.

—¿Eso es una pregunta? —Es lo más elocuente que consigo decir.

Él arquea una ceja y su mirada se oscurece. No entiendo su cambio de actitud.

—¿Eso es un sí?

—¿Acaso te preocupa que no quiera que sepan que me has besado?

—Mira, ladronzuela… —Recorre la distancia que nos separa—. Puede que no quieras que sepan que eres tú, pero en el beso estuvimos los dos y, por si no lo recuerdas, hubo muchos —arrastra esta última palabra—, pero muchos testigos.

—No hace falta que le des tanto énfasis. Sé lo que pasó.

—¿Estás segura? —bisbisea—. Porque me da la sensación de que lo estás olvidando.

—No creo que pueda olvidarlo —murmuro, y aparto la mirada cuando me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—De todos modos… —Se acerca un poco más y me coloca un mechón por detrás de la oreja—. Creo que será mejor que estimule tus recuerdos.

—¿Cómo di…? —Sus labios acallan el resto de las palabras que quería articular.

¿En serio esto está pasando? La calidez de su boca contra la mía interrumpe el hilo de mis pensamientos o, al menos, los que están relacionados con todo aquello que es ajeno a este beso.

Alan recorre la parte superior de mis brazos hasta alcanzar el cuello mientras su lengua busca en mi labio inferior una reacción a nuestro contacto, por mi parte. Soy consciente de la respuesta que ha decidido dar mi cuerpo cuando me descubro permitiéndole el acceso a mi boca.

Alan me sujeta por la nuca para acercarme más a él y deja escapar un suave gruñido. Su mano libre viaja por mi espalda y provoca que un fogonazo se desplace a lo largo de mi columna vertebral, mientras aumenta la intensidad con la que se reconocen nuestras lenguas y me abandono al placer que me produce su contacto, sin preocuparme por los ritmos agitados de mi respiración y de mis pulsaciones.

Apoyo las manos sobre su pecho y, a pesar de la prenda que cubre su piel, me deleito en la fortaleza y calidez que desprende esa parte de su cuerpo. Desvío la caricia hacia las clavículas con cierta turbación y avanzo por la musculatura firme de su garganta hasta enterrar las yemas en su pelo. Él emite un leve gemido cuando apreso algunos mechones entre los dedos y aumenta la firmeza con la que me sujeta. Abarca con la mano casi la totalidad de mi cuello mientras la otra desciende con decisión hasta encarcelar una de mis nalgas. Doy un respingo y él aprovecha mi confusión para profundizar el beso y sujetarme la cara con ambas manos mientras me hace retroceder hasta que choco con la pared.

La necesidad con la que su boca devora la mía me embriaga.

Nuestras lenguas juegan a una guerra a la que se suman suaves mordiscos que atrapan labios indefensos. Mis manos se mueven con la misma exigencia que las suyas y recorren el poco espacio libre que hay entre nuestros cuerpos, hasta que Alan apoya totalmente el pecho contra el mío.

Su mano izquierda se desliza por mi cadera, hasta llegar al muslo y, en un gesto rápido, lo sostiene en alto, antes de pegarse más contra mí. Mi cara se enciende tanto o más que la zona en la que nuestras caderas se saludan con timidez.

—Alan… —consigo susurrar cuando su boca se separa de la mía para dejar un reguero de besos sobre mi cuello.

—Joder, Sara… —murmura contra mi piel, antes de morderla con delicadeza, y siento el pulso acelerado.

—Esto… —divago y no sé si me refiero a que no tiene sentido, a que no debería estar pasando o a vete a saber qué.

—¿Esto…? —susurra con picardía en mi oído e intensifica con suavidad la presión que ejerce su entrepierna contra la mía, antes de lamer el lóbulo de mi oreja.

Cierro los ojos y se me escapa un gemido más intenso que los anteriores. Mi coronilla toca la pared cuando elevo la cara al cielo.

—Sara, creo que tus amigas te necesi… —La frase de Dani se queda a medias y nosotros también.

Alan se separa de mí a toda prisa y yo intento colocarme bien el pelo, la ropa, la cara y la vida, en un intento absurdo por fingir que no estaba pasando lo que está claro que estaba pasando.

—Yo no… —titubea Dani, y me doy cuenta de que permanece inmóvil en la entrada de la habitación, con la mano apoyada en el pomo de la puerta y la boca abierta—. Vamos, que no sabía que vosotros… O sea, sospechaba que sí, pero no…

—Lo hemos entendido, Dani —espeta Alan, con una voz que no demuestra ningún tipo de afección porque nos haya pillado haciéndonos un chequeo más profundo que el de los médicos.

—Y yo, y yo —comenta Dani entre risas—. Aunque reconozco que me ha sorprendido.

Me aclaro la garganta.

—¿Qué decías de mis amigas? —pregunto, y soy consciente de que mis labios todavía están inflamados por el beso y mi cara sigue en llamas.

El «doctor Agujas» sonríe.

—Que te necesitan, pero si llego a saber que Alan también te necesitaba con esa… desesperación, no se me hubiera ocurrido interrumpir.

Intento no pensar en la imagen que acaba de presenciar.

—Paso de ti —masculla Alan, y aparta a Dani de su camino antes de salir de la habitación.

—¿Has dicho que me necesitan? —pregunto con el ceño fruncido, y él asiente.

—Ha venido Eva. —Señala con el pulgar hacia atrás, como si desde aquí pudiera indicarme el lugar donde se encuentra—. Estaba un poco alterada y… —Escucho el portazo que parece resonar por toda la vivienda. Dani cierra los ojos y, por su expresión, parece que el golpe se lo haya llevado él—. Sí. Al final se ha ido. Así que ahora solo te queda el tema de la discusión de María con Diego, que parece que van a llegar a las manos en cualquier momento.

—No me fastidies. —Busco mi teléfono y salgo a toda prisa.

—Me refiero a las manos de golpes, no a las que tú y Alan… —Me detengo y lo miro con los ojos abiertos como platos, y él coloca las manos abiertas por delante de su pecho a modo de escudo—. Es

broma, es broma —asegura, sin ocultar la sonrisa, y caminamos juntos hacia el comedor—. Pero vaya, que si hacemos apuestas yo voto por María.

Niego con la cabeza cuando me encuentro a la susodicha descargando su ira contra Diego con un cojín y a él tan tranquilo esquivando todos los golpes; a mi prima intentando calmar a mi amiga, y a Alan buscando algo en la nevera.

—Tranquila. —Dani apoya la mano sobre mi hombro y murmura —. Soy casi médico, así que, si alguien sale herido, lo podemos solucionar.

—No sé si eso me tranquiliza mucho, la verdad —respondo, y él estalla en carcajadas antes de reunirse con el resto.

Suspiro, miro hacia la puerta de entrada y pienso en Eva. ¿Habrá venido para que hagamos las paces? Le envío un mensaje para preguntar cómo está; la verdad es que no se me ocurre otra forma de romper el hielo e iniciar una conversación. Y aprovecho que tengo el teléfono en la mano para tratar el otro tema que tengo pendiente.

Sara

Mamá, sé que es tarde, pero en un rato te llamo. Tengo algo que contarte…

56

Ingrid

El dolor en las palmas de las manos consigue que me dé cuenta de que me estoy clavando las uñas. Aunque eso no consigue que pueda alejar de mi mente lo que me ha explicado Diego…

—¿Me lo puedes repetir? —he preguntado entre dientes.

—No creía que pudiera ser verdad —ha comentado Diego—. Aunque sabemos que la ambición de Luis no tiene límites, pese a todo esperaba algo de compromiso por su parte en el proyecto familiar.

—«Compromiso» y «Luis» no son palabras que acostumbren a ir de la mano —ha dicho Dani mientras caminaba por delante de nosotros—. Creo que te voy a preparar una tila, rubia. Te irá bien.

—Lo que necesito no es una tila, sino explicaciones.

—Yo solo puedo trasladarte la información que tengo, Íngrid. —Diego me ha mirado a través de sus extensas pestañas—. Y, por lo que me ha dicho Sara, han extorsionado a ese hombre desde Katana tras negarse a vender su negocio.

—Pero ¿por qué haría Luis algo así?

—¿Por joder? —pregunta Dani, antes de alejarse hacia el pasillo.

He chasqueado la lengua.

—Puede que lo haga porque tiene miedo —ha señalado Diego, y lo he observado con atención—. Quizá intuye que su puesto peligra porque no está haciendo las cosas del todo bien y se está sacando la posible competencia de encima.

—¿De verdad crees que Luis tiene miedo?

—No sé si «miedo» es la palabra exacta que estoy buscando, pero… —Diego se ha rascado la nuca—. Todo lo que empieza también acaba, así que es posible que vea el fin cerca y quiera sacar la máxima rentabilidad a su posición.

He meditado su respuesta y vuelvo a hacerlo ahora. Luis siempre había querido quedarse con la empresa de la familia, por eso, cuando tuvo la… voy a llamarlo «suerte» de ocupar la posición principal, mi mundo se convirtió en esta pesadilla. Y digo «suerte» porque así llamo yo a que se alineen los astros y acaben haciendo posible lo que no parecía viable.

Si me hubiera quedado yo al mando, otro gallo cantaría. ¿Qué gallo? Pues no sé, uno más actual, más tecnológico y digital, con menos postureo y más feminista —que bastante falta le hace a esta empresa del paleolítico—. He pensado muchas veces en lo que haría con esta empresa si tuviera la posición de Luis y no me pusiera límites como muchas veces ha hecho —a excepción del evento— cuando intento llevar la marca a otro nivel.

Diego se ha dedicado a analizar mi expresión, como si intentase averiguar el rumbo de mis pensamientos.

¿De verdad Luis ha hecho esto porque piensa que va a quedarse fuera? ¿Estaba intentando tener un colchón para el futuro? ¿Quiere, acaso, comprar otro negocio de ropa para hacernos la competencia en un futuro? ¿Le habrá afectado más de la cuenta que haya venido Alan? Las primeras preguntas que me he formulado han conseguido que me reafirme en que es un ser detestable. Sin embargo, la última es la que me ha hecho sonreír.

—Ya ha vuelto Harley Quinn —ha comentado Diego, justo cuando Dani ha aparecido con una taza en la mano—. ¿Qué estás pensando?

—Luis es un completo imbécil.

—¿Todavía seguimos debatiendo ese dato? —me ha interrumpido Dani—. Creía que ya había quedado claro.

—Sí, pero creo que el muy idiota está intentando exprimir todas sus posibilidades y eso solo puede significar que le asusta que haya traído a Alan.

—¿Crees que Alan…? —Dani ha dejado la pregunta a medias y yo he asentido.

Una pequeña llama de esperanza se ha abierto paso en el nudo que se me había formado dentro del pecho.

—Espero que sí.

57

Mi madre se ha plantado en Madrid. Después de la llamada para explicarle el tema de Fabián, la existencia de mi cuenta de Instagram y los eventos, simplemente me ha dicho que era demasiada información para asimilar por teléfono. Y aquí está: haciendo una aparición estelar a las ocho de la mañana con unos churros en la mano —voy a echarlos de menos cuando vuelva a casa— y una sonrisa que me hace pensar que todo se acabará solucionando.

Su hermana se ha emocionado y, una vez les he vuelto a relatar lo que he descubierto —y de teorizar sobre las conspiraciones, maldecir a la empresa Katana y plantearnos varias veces si Fabián lo único que pretende es escurrir el bulto—, mi tía ha anunciado que va a dejarnos parte de sus ahorros para que podamos pedir género a un nuevo proveedor. A mi madre se le han saltado las lágrimas y ha reconocido que ha hablado con varios que pueden encajar con nuestras necesidades, pero que pedían el dinero por adelantado al no ser clientes habituales.

—Es algo normal —asegura mi tía—. Nadie confía a ciegas hoy en día. Todo el mundo prefiere que te metas en una deuda con el banco, por pequeña que sea, y que les pagues cuanto antes.

—Tienes razón, y por eso te agradezco el detalle. —Mi madre agarra la mano de su hermana con fuerza—. Llamé al banco para solicitar un préstamo, pero me dijeron que tendría que esperar a que pasara el análisis de riesgos y no me supo garantizar el tiempo que tardaríamos en hacer el trámite.

—Espero que podáis salvar el mes.

—Algo haremos. —La frase de mi progenitora no suena muy alentadora—. Aunque estamos en plena temporada de BBC y algunas clientas han tenido que buscar vestidos en otros municipios, espero que vuelvan cuando repongamos el género.

—Seguro que sí. Sois la tienda de ropa principal del pueblo. Volverán.

Paula aprovecha que nuestras madres se han fundido en un abrazo para pedirme que la acompañe a la cocina a dejar los platos, en lo que resulta una estrategia para retomar el tema de crear juntas una línea de ropa y complementos literarios. En realidad, acudir al evento de Katana y Read & Fun ha sido una fuente de inspiración para mi prima.

—La imaginación y la felicidad no entienden de tallas —dice, y sabe que me ha cautivado con esa frase.

—Creo que no es el momento… —indico.

—Tonterías.

—Paula, no tenemos dinero —susurro, y lanzo una mirada fugaz en dirección a la puerta que nos separa del comedor.

—Es una tienda *online*. No necesitas pagar local, suministros ni nada.

—¿Y el material? ¿El envío? ¿El dominio web? —pregunto con cierta angustia, porque tengo la impresión de que hay demasiado trabajo detrás que requiere una inversión económica.

—He estado indagando y he encontrado páginas que ponen a tu disposición el material, hacen la impresión bajo demanda y se llevan una parte del beneficio sin que tengas que avanzar nada.

—¿Tan fácil? —Su explicación me ha dejado realmente sorprendida.

—A ver, tengo que acabar de mirar unos detalles, pero he hablado con una amiga que utilizó una de ellas para el *merchandising* de su negocio y, aunque le ha salido menos margen de beneficio que con otro proveedor, dice que es fiable y que la calidad es buena.

—¿Y no hay que pagar nada? —Paula niega con la cabeza y coloca el último vaso dentro del lavaplatos—. Pero ¿y la página web y todo eso?

—Mi hermana estudió Marketing, ¿recuerdas? —Yo asiento—. Pues nos ayudará con eso. Además, el coste del dominio web no es tan elevado y yo podría adelantar esa parte; ya la recuperaremos cuando obtengamos beneficios.

Sopeso sus palabras con atención.

—Me lo pintas demasiado sencillo…

—Habrá de todo, está claro —comenta ella—, pero teniendo en cuenta que has estudiado contabilidad y que tenemos a tu madre, mi hermana y otras personas a quienes podemos pedir consejo y ayuda, yo creo que podríamos hacerlo.

La seguridad que rezuma me sorprende y me tranquiliza. Qué irónico que esta vez no me haya preguntado si confío en ella, porque la respuesta podría sorprenderme incluso a mí. Creo que su dichosa pregunta podría ser el eslogan perfecto para nuestra tienda.

—Tampoco hace falta que sea algo inmediato —divago, con la vista fija en los movimientos de mi prima al introducir la pastilla en el cajetín del electrodoméstico—. Podemos ir poco a poco. No hace falta que tengamos de todo al principio. —Siento la exaltación que me produce pensar que podemos hacerlo realidad—. Así también veremos cómo evoluciona.

—Claro —conviene Paula cuando termina lo que estaba haciendo y nos dirigimos de vuelta al comedor—. Siempre hay un punto

desde el que empezar a construir cualquier proyecto. Además, ambas tenemos amigas con cuentas bastantes potentes que nos podrían ayudar a darle visibilidad a los productos.

Antes de volver al comedor con nuestras madres, comentamos que nos centraremos, inicialmente, en diseños relacionados con la literatura: *tote bags*, tazas, fundas de libros, marcapáginas, camisetas… y que, por supuesto, habrá tallas grandes.

En estos días me estoy dando cuenta de que, a veces, necesitamos un empujón extra para subirnos el ánimo y tanto la ropa como el arreglarse ayudan bastante; y a mí, alguna vez, me ha costado encontrar algo que me guste y que sea de mi talla.

—Por cierto, ¡tengo una sorpresa para ti! —dice Paula, ya en el comedor, antes de salir corriendo en dirección a su habitación.

Observo a mi madre y a mi tía, quienes parecen tan intrigadas como yo.

Mi prima vuelve antes de que podamos preguntarnos qué está pasando y, sin mediar palabra, coloca frente a mí un vestido largo de color azul lapislázuli con mangas tres cuartos.

—No me lo creo. —Los ojos me hacen chiribitas.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que confíes en mí? —sonríe con malicia.

—¿Eso es para el evento que me has dicho? —La pregunta de mi madre hace que se rompa el hechizo del momento. Ayer, prácticamente, le vomité la información y esta mañana no ha mencionado el tema.

—Puede parecer una locura —suelto, porque yo lo hubiera pensado en su lugar—, pero ni te imaginas la ilusión que me hace todo esto.

—Claro que me lo imagino. —Mi madre se levanta y se acerca a

mí. Me pone las manos sobre los hombros—. Tienes la misma expresión que cuando tenías cinco años y te regalamos aquel perro de peluche que te dedicaste a pasear con una correa por la calle.

—Era la única mascota que me dejasteis tener.

—Ya sabes lo que opino de los animales y las jaulas. Además, no teníamos tiempo que dedicar a un perro o a un gato… —responde mi madre, y yo convengo con un gesto de cabeza. Ninguna de las dos soporta a la gente que compra una mascota como si se tratara de un muñeco. Ambas pensamos que tener un animal doméstico y no poder prestarle la atención que necesita no es una actitud responsable—. Pero esto es diferente.

—¿No te molesta que lo de los libros se me haya ido de las manos? —pregunto con sorna y la miro a los ojos. Ella deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo y esboza una cálida sonrisa.

—En absoluto.

—¿En serio? —Enarco una ceja.

—Mira, Sara, lo único por lo que puedes dejarte dominar en esta vida son tus sueños, y si el tuyo se encuentra en medio de una biblioteca enorme o rodeada de millones de historias que te hagan vibrar… a mí me parece perfecto. Yo solo quiero que seas feliz y que elijas un camino que satisfaga tus necesidades.

—Bueno, de momento tengo este evento y me pagan el viaje a Barcelona del que te he hablado…

Mi madre se dirige a mi prima y acaricia la prenda con delicadeza.

—¿Puedo hacerle un par de retoques a ese vestido? —pregunta y, aunque yo conozco el tono de voz con el que ha formulado la pregunta, mi prima me lanza una mirada fugaz—. Creo que le quedaría bien algo de pedrería.

—Por supuesto —convengo sonriente.

—¿Tienes la máquina de coser? —Le pregunta a mi tía, quien asiente mientras se aproxima para examinar el tejido.

—Va a quedar precioso —le asegura.

—Vamos a abrir una tienda *online*. —Las palabras de mi prima me dejan petrificada.

—¿En serio? —La incredulidad en la voz de mi tía es palpable. Tanto ella como mi madre levantan las cejas; sus caras dibujan la misma expresión—. No tenía ni idea.

—Lo sé —confiesa Paula—. No quería asegurar nada hasta tenerlo más o menos controlado y ya he hablado con Marina para el tema del *marketing*.

Mi tía parece no salir de su asombro.

—Estamos trabajando en ello… —aseguro, y atravieso a la chivata de turno con la mirada.

—Queremos mezclar ropa y literatura. —Mi prima se gira hacia mi madre con una disculpa en los ojos—. Jamás se nos ocurriría hacerte la competencia.

—Mmm… —Mi madre junta las cejas y se muerde los labios—. ¿Y si…?

58

Después de la avalancha de información con la que nos deleitó mi prima, mi madre coincidió con ella en que era una buena idea. Sobre todo, porque no había que preocuparse por los proveedores. Aunque lo que más me sorprendió fue que pusiera a nuestra disposición el local de la tienda.

—Allí tengo espacio de sobra por si necesitáis almacenar *stock* en algún momento y también material para que hagáis fotos y demás, como comenta Paula —dijo, bajo la atenta mirada de todas—. Además, ese local será tuyo, Sara, y yo no sé cuánto tiempo me queda para jubilarme.

—Pero si ni siquiera llegas a la edad, mamá —le respondí, junto con un bufido.

—Nunca se sabe, nunca se sabe.

Fue lo único que dijo antes de instarme a que me probase el vestido, murmurar con mi tía algunos comentarios sobre la prenda y encerrarse, ambas, en el cuarto donde estaba la máquina de coser. Paula y yo decidimos dar una vuelta y visitar a María en la zapatería, antes de paramos a comer y llevarles algo también a nuestras madres.

Por la noche, ambas salieron con un brillo de felicidad en el rostro y el vestido en las manos; el resultado es espectacular porque añadieron pedrería en el escote y en la cintura para ensalzar mis curvas.

—Es precioso. —Fue lo único que alcancé a decir y obtuve una

sonrisa de mi madre por respuesta.

—Quiero que seas feliz, Sara. A veces, el camino es difícil, pero debemos disfrutar todo lo que podamos al recorrerlo.

Confieso que lloré con el abrazo que nos dimos.

A la mañana siguiente, se marchó para acabar de gestionar el pedido con el nuevo proveedor.

Después de eso, y tras grabarme a fuego en la retina la imagen que me devolvía el espejo con aquel vestido, me animé a ir de compras con Paula. Escribimos a Eva en varias ocasiones, pero nos dijo que no podía acompañarnos, y yo me contenté con que respondiera. A María es mejor no avisarla para estos planes, porque ya nos advirtió de que la respuesta sería un «No» si volvíamos a proponerle algo así. Además, ha tenido que hacer malabares con los turnos en los trabajos estos últimos días, así que propuse por el grupo de WhatsApp salir de fiesta el día siguiente, viernes —la noche previa al evento—, aprovechando que María libraba ese día. Me sorprendió que todas se animasen, Eva incluida.



—Estoy nerviosa —le confieso a mi prima mientras se da los últimos retoques con el maquillaje.

—Tonterías. —Ella ladea la cabeza y su coleta perfecta cae hacia un extremo—. Seguro que a Eva ya se le ha pasado el enfado.

—¿Tú crees? —pregunto, y me doy cuenta de que estoy retorciendo las manos.

—No puede enfadarse para siempre por algo así, Sara.

—En realidad, puede, porque desde que la conozco profesa su amor por Alan, así que…

—Así que ese hombre es libre de escoger lo que quiera en su vida

—asegura, y yo resoplo.

—Tampoco sé si esto va a alguna parte.

—¿A qué viene eso ahora? —Mi prima sostiene la brocha en el aire y me mira con el ceño fruncido—. ¿Estás preocupada por Gonzalo? —Niego con la cabeza.

—Sé que a Gonzalo no le ha hecho gracia que no estemos juntos, pero me he estado escribiendo con él y coincidimos en que la amistad que nos une continuará, pese a que nos retiremos los derechos. Al fin y al cabo, nos conocemos desde niños, no podemos alejarnos sin más por esto. —Centro la mirada en el armario del fondo y me doy cuenta de lo que acabo de decir—. Es posible que yo misma tuviera miedo de perderlo como amigo y por eso fui la primera en poner algo de distancia.

—Es normal que necesites algo de espacio para situar los sentimientos y las relaciones en su sitio.

—Te noto bastante filosófica y segura de ti misma últimamente.

—Porque por fin me he dado cuenta de que no merece la pena perder energía por una relación que no me conviene.

—Ostras… —suelto, porque no era esa la frase que esperaba—. O sea, ¿que es definitivo definitivo? ¿Seguro?

Paula asiente con la cabeza.

—Creo que me pasaba un poco como a ti. —Vuelve la cara hacia mí y observo la mueca que dibujan sus labios—. Estaba tan acostumbrada a lo que tenía al lado que no me daba cuenta de que no era lo que quería en mi vida y me esforzaba por mantenerlo, como si el mundo no estuviera lleno de otras oportunidades.

—A veces cuesta dejar a un lado la zona de confort y arriesgarse.

—Es cierto, pero creo que me hace falta un tiempo para estar conmigo misma y darme cuenta de qué necesito. —La firmeza con la

que pronuncia esas palabras me llena de orgullo.

—No podría estar más de acuerdo.

—¿Tú sabes lo que necesitas? —Su pregunta me pilla por sorpresa.

—¿Cómo?

—Lo que necesitas, lo que quieres, lo que mereces… —Se encoge de hombros—. Ya sabes.

Lanzo una mirada fugaz a la imagen que me devuelve el espejo.

—Necesito confiar más en mí misma —confieso, y mi prima sonríe con pesar—. Aunque siento que estos días en Madrid me están ayudando a conseguirlo, porque me siento algo mejor con mi cuerpo.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso.

—La ropa, el pelo… —Me toco los mechones lisos que están sujetos en una coleta alta—. Todo ayuda.

—Y Alan.

—Sí. —El rubor calienta mis mejillas—. No voy a negar que el hecho de que alguien se fije en ti también ayuda a que la autoestima aumente, por muy triste que suene.

—A mí no me parece triste —comenta Paula, al tiempo que la puerta de su habitación se abre—. Cuando alguien muestra interés por nosotros, hace que nos demos cuenta de que no estamos tan mal como creíamos.

—¿Quién está mal? —pregunta María desde el umbral. La miramos en silencio y se acerca hasta sentarse en la cama—. Porque, si hablas de ti, te pediré que te mires de arriba abajo para que veas las curvas que tienes.

Mi prima sonríe antes de hablar.

—Hablamos de que estos días la están animando y que Alan ha mostrado interés en ella.

—Todavía no sé qué ha visto en mí, pero sí que ayuda.

—¡¿Que qué ha visto?! —increpa María—. ¿Te has parado a pensar que toda tú, en conjunto, es lo que hace que se la pongas más dura que una barra de pan de hace cinco días?

—¿Cómo eres tan bruta, tía?

—Realista, Sara; realista. Deja ya de pensar que la gente solo puede fijarse en mujeres delgadas o al borde de la anorexia.

—Algunas de esas personas también acarrean complejos —indica Paula, y me ofrece una barra de labios—. Incluso muchas de ellas tienen problemas porque no pueden engordar y nadie se para a pensar en ello.

—Eso es verdad. —Asiente María—. Poco nos ponemos en la piel de los demás, pero el tema que nos ocupa es tu prima y que le gusta a un chico que muchas quisieran tener entre sus piernas.

—Eres incorregible, María —le recrimina Paula y se gira, aunque su cuerpo se sacude por la risa contenida.

—Supongo que habrá gustos para todo —digo, y me aplico en los labios la tonalidad roja.

—No es que haya gustos para todo —expone María—. Es que es un «todo» lo que atrae, no solo un físico. Claro que ayuda, pero por suerte los gustos no están generalizados; si no, se irían a la mierda los yogures de sabores.

—Tu argumento es irrebatible —bromea Paula.

—De todos modos, si no te gusta tu físico, cámbialo —continúa mi amiga—, pero no tiene sentido quejarse si no pones remedio para mejorar lo que está en tus manos.

—Gracias por el ataque gratuito, María. —Me levanto y dejo el carmín sobre la mesa—. Precisamente decía que estoy algo mejor, pero tienes razón: en gran parte, es cuestión de actitud. No puedo

cambiar de un día para otro, pero sí puedo dar pequeños pasos. —Y así me siento, como si estuviera equilibrándome en una balanza para encontrar mi felicidad.

María se levanta y me abraza desde atrás. Sus ojos se encuentran con los míos en el espejo.

—Me alegra que estés haciendo un pacto de amor con tu cuerpo.

—Era eso o la guerra —digo con sorna, y ella me besa la mejilla antes de separarse.

—La guerra es mejor hacerla en la cama —replica mi amiga, y las tres reímos—.Y hablando de camas… —Su tono me pone en alerta—. Hemos tocado el tema de Alan, pero ¿qué pasa con J. K. Norvi?

Las mejillas se me tiñen del color de los labios al recordar todas las conversaciones que continuamos manteniendo por WhatsApp. No sé en qué momento hemos llegado a hablar de temas personales, pero ha pasado. Es como si hubiera encontrado un verdadero confidente —como dijo en broma cuando me quedé atrapada en el ascensor— y creo que es posible que me haya abierto a él porque, al igual que yo, es una persona que prefiere esconder su identidad y tenemos muchas cosas en común. ¿Quién me iba a decir que es tan fan de Bon Jovi como yo? ¿O que su vida también dio un giro enorme cuando falleció su padre?

Lo único de lo que no hemos vuelto a hablar, después del día del ascensor, es del tema sentimental, aunque ha habido alguna pregunta enfocada a lo que nos gusta o no de una pareja. Supongo que ninguno de los dos ha querido adentrarse en un terreno tan pantanoso; yo, la verdad, no sabría qué decir. En la primera conversación le expliqué, más o menos, mi situación con Gonzalo, pero ahora… ¿Estoy conociendo a alguien? ¿Me he liado con alguien, pero la cosa acaba ahí? ¿Tengo una relación pasajera? ¿Todas son

correctas?

Me aclaro la garganta bajo la atenta mirada de las dos mujeres que tengo delante y me dispongo a ponerlas al día.

—Pues veréis…

59

Ninguna de las dos ha querido entrar en un debate sobre la «repentina amistad» que tengo con J. K. Norvi, como lo ha llamado María.

—Yo solo te voy a decir que eso me recuerda a Evita y ya sabes cómo acaban estas cosas.

—Pero si no es ni amistad. —Intento arreglarlo, puede que demasiado tarde.

—No sé tú —responde mi amiga—, pero yo no voy por ahí contándole mi vida a la gente.

—¡Pero si a ti te conocí por Instagram! —digo entre risas—. No tiene sentido que me sueltes algo así.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

—No tiene nada de malo que os hagáis amigos —señala Paula—. La clave está en conocer los límites de cada relación.

—Los límites se los ha pasado por el papo —espeta María—. Porque hay alguna frasecilla, ahí, que telita.

Pongo los ojos en blanco.

—No le estoy dando pie a nada.

—Pero todo se puede malinterpretar. —Me advierte María—. Y si te gusta Alan…

—¿Has hablado con él? —pregunta mi prima.

—¡Si ni siquiera tengo su número!

—¿En serio? —Por el tono de voz de María, sé que no se cree lo que acabo de decir.

—En serio.

—Joder, ¿y qué esperas? ¿Ir encontrándotelo por casualidad como hasta ahora? —Debo admitir que a mi amiga no le falta razón.

—A no ser… —Paula saca su teléfono del bolsillo.

Mientras continuamos nuestro trayecto hasta la discoteca, la conversación se desvía hacia el asunto con Alan de una forma inevitable y da paso a que hablemos de que, a veces, hay que forzar la casualidad.

—Llegáis un poco tarde —comenta Eva cuando nos la encontramos dentro del local, en la zona del otro día.

Parece que ella ha tenido tiempo, incluso, de pedir una bebida y, por la rigidez que veo en sus labios pintados de rosa, no parece que esté de muy buen humor. Menos mal que Paula ha escrito a Dani y nos ha incluido en la lista VIP; así no hemos tenido que hacer cola.

—Dichosos los ojos, Evita. —María se sienta en uno de los sofás—. No me digas que sigues enfadada.

—No estoy enfadada, querida. —Esboza una sonrisa que podría igualar a la de la *Mona Lisa* y me siento un poco incómoda—. Al final cada una tiene que buscarse la vida.

—¿Tú sabes hacer eso? Pensaba que te lo daban todo hecho en casa.

—Pues resulta que sí y que, por haberme buscado la vida, no he perdido mi invitación y puedo ir a ese evento del que tanto se habla en redes que, mira por dónde, es mañana —dice con retintín, al tiempo que toma asiento en el sofá de enfrente—. Además, os anuncio que ya estoy pactando con las editoriales el cobro de mis publicaciones.

—Eres cara de ver, pero no esperaba que facturases por existir —comenta María, y yo me remuevo en el sofá.

—¿Vas a cobrar por hacer reseñas? —pregunto con cautela.

—Buscarse la vida, querida. Buscarse la vida.

No respondo, porque ella sabe lo que opino sobre el tema. Es cierto que estar activa en redes y publicar contenido supone tiempo, pero creo que los libros son los que hacen que tenga algo que mostrar.

—Tampoco es tan descabellado —indica mi prima, para echarle un cable—. No será la primera ni la última persona que cobre por hacer una colaboración.

—Yo no pienso pagarte —indica María—. Con lo que me ha costado autopublicarme, como para tener que desembolsar más dinero aparte del coste que me supone la corrección, maquetación, diseño de cubierta… El beneficio que me queda con Amazon no da para más. Y si, además, le añades pedir ejemplares para cuando puedo asistir a algún evento presencial… —Mueve la cabeza—. Me niego.

—Mi trabajo, mis tarifas. Y entiendo que lo mires desde tu punto de vista, María, pero todo es cuestión de oferta y demanda. Además —añade Eva mientras remueve el contenido de su copa con la cañita —, no me pagarían si no creyeran que vale la pena hacerlo, ¿no crees?

—En eso tiene razón —conviene Paula—. Todo es *marketing* y hay muchas personas que se dedican a esto.

María hace una mueca de disgusto.

—A mí me daría pena cobrar porque supondría dejar a algunos autores fuera de mi lista de lecturas —reconozco, al tiempo que un camarero se acerca a nosotras—. No todo el mundo tiene los medios, sobre todo los autopublicados, y ya voy acotando las colaboraciones que hago porque no me da la vida.

—Si lo piensas bien —dice Eva, después de que nos hayan tomado

nota de las bebidas—, es una forma de hacer criba.

—Una especie de selección natural, ¿no? —comenta con fiereza María—. Los pobres autoeditados se quedan fuera. Menos mal que hay cuentas que, aunque no sean muy grandes, sí nos ayudan…

—Nunca llueve a gusto de todos. —Eva se encoge de hombros.

—Al final, hacer una colaboración también es un trabajo y requiere invertir mucho tiempo —señala Paula—. No veo mal que Eva decida cobrar por darle publicidad a un libro cuando también hay quien cobra por enseñar un artículo de una marca…

María apoya las manos sobre el asiento y está a punto de levantarse cuando una voz familiar interrumpe nuestra conversación.

—Buenas noches, señoritas. —Diego nos dedica una de sus radiantes sonrisas.

—¿Y este qué hace aquí? —ruge María con un desprecio que me petrifica. Sin embargo, entiendo que está algo resentida con él, porque me ha comentado que, a pesar de la conversación que mantuvieron en el restaurante el otro día, le han enviado un correo de lo más impersonal descartando su obra. Es cierto que ella le dijo que no quería caridad ni ningún trato especial, pero creo que, en el fondo, esperaba que Diego leyera su manuscrito.

—Yo también me alegro de verte, Ariel. —Mi amiga lo fulmina con la mirada, en tanto Dani y Alan aparecen en escena. Observo a Eva de reojo y me tenso; no sé si estoy preparada para esta situación porque, al tenerlos a los dos en el mismo espacio-tiempo, me siento un poco culpable.

—Bueno… —Eva deja la copa vacía sobre la mesa y se pone en pie —. Como ya os he dicho, me tengo que ir pronto, que me esperan en otro lado.

Ante nuestra mirada atónita, se despide de nosotras y se marcha con un contoneo más acentuado de lo habitual cuando pasa junto a Alan. Un momento, ¿se acaba de rozar contra él «accidentalmente»?

—¿Ha dicho algo por el grupo? —bisbisea María, cerca de mi oído. Yo niego con la cabeza—. Eso me temía.

Todavía no he salido de mi estupor cuando Alan me sujeta la mano y tira de mí para que lo acompañe a la barra.

—Acabo de pedir una bebida —le indico.

—Pero yo no. —Percibo un brillo de diversión en su mirada.

—Me he dado cuenta de que no tengo tu número.

—Vaya, vaya… Así que al final sí querías poder localizarme, ladronzuela. —Sonríe de tal forma que me hace olvidar la incomodidad. Es más, si fuera un cubito de hielo, ya me habría derretido.

—Bueno, es posible que tuviera ganas de volver a verte.

Coloca una de sus manos en la parte baja de mi espalda y una oleada de calor me sacude desde la punta de los pies. Acerca sus labios a los míos y su aliento mentolado me acaricia la boca cuando pregunta:

—¿Cómo de posible?

60

El barman se acerca a nosotros y me apresuro en apartar la mano de Alan de mi cuerpo; él me mira extrañado y pide un *gin-tonic*.

—Que nos pueden ver… —le advierto.

—No sabía que era tu secreto.

—Mi secreto dice… —Hago una mueca—. Lo que no quiero es que mi cara salga en ningún sitio más.

—¿Te avergüenzas de mí? —Arquea una ceja y sonríe—. No me digas que ya te has leído mi libro.

—Muy gracioso.

—¿Quién es gracioso? —pregunta Diego a mi espalda.

—Tu amigo.

—¿Alan? —Por el tono de voz y la forma en la que lo mira Diego, juraría que al aludido le han crecido tres cabezas más de la cuenta—. ¿Gracioso? ¿Tú?

—Seguro que no se refiere a ti —replica él.

—¡Oye! —exclamo—. Que yo me divierto mucho con Diego.

—¿Tan engañada la tienes? —se burla Alan.

—Sabes perfectamente que la sinceridad es uno de mis puntos fuertes y que yo no soy quien va ocultando cosas por ahí.

Sus miradas se encuentran y tengo la sensación de que se están lanzando mensajes cifrados de forma telepática. Sacudo la cabeza.

—¿Por qué me da la impresión de que hemos cambiado de tema y no conozco el actual?

—Como tú siempre dices, Dieguito: cada cosa requiere su

momento.

—Claro, claro. Y los momentos nunca son propicios, hasta que nos explotan en la cara y no tenemos más remedio que hacerles frente, ¿verdad?

—Vale, chicos. —Coloco una mano en el pecho de cada uno—. ¿Se puede saber qué os pasa?

Ellos continúan mirándose en silencio, como si yo no acabase de lanzar la pregunta. Algo me dice que, si quisieran que supiera de qué se trata, me lo habrían contado, y eso no me gusta.

El ambiente recupera cierta normalidad cuando el camarero deja la bebida de Alan sobre la barra y este la sujeta para darle un largo trago. Diego aprovecha la ocasión para carraspear, respirar profundamente y dirigirse hacia mí, como si hubiera corrido un tupido velo y la escena que acabo de presenciar no hubiese sucedido.

—Mañana haremos la entrevista. —Sé que habla de la que todavía tengo que hacerle a J. K. Norvi, pero mañana es el evento…

—¿Cuándo?

—Después de las presentaciones de los autores —responde Diego, y mira de reojo a Alan. Si no fuera un ser pacífico, juraría que quiere darle un puñetazo—. Creo que será buena idea aprovechar el tema de las máscaras que llevaréis todos. —Ese detalle me recuerda que Paula también se ha encargado de eso. Un día de estos tendré que ascenderla de prima a hada madrina—. Además, ahora que has recuperado la cuenta, podréis estar en directo desde la de la editorial y de la tuya a la vez. No te preocupes por los aros de luz y todo eso. Lo tengo controlado.

—No esperaba menos —aseguro con una sonrisa.

—¿Qué te parece la idea?

—Suena original y me gusta no tener que desvelar mi identidad

secreta delante de un montón de desconocidos. Aunque me gustaría poder hacerlo sentada o de forma que no se me viera en exceso… —titubeo. Pese a que he ganado confianza en mí misma, tampoco voy a ponerme delante de la cámara como si la modelo fuera yo en lugar de Alan.

—Bueno, seguro que acuden personas que llevan cuentas que conoces, pero mi idea es esa: que ambos podáis preservar el anonimato.

—Ya me ha explicado Eva que también irá —suelto antes de darme cuenta de lo que estoy diciendo, pero no puedo quitarme sus palabras de la cabeza. Diego asiente—. Pensaba que el cupo estaba lleno.

—Su plaza estaba reservada y creo que solo hubo un fallo de algo. —Se encoge de hombros—. La verdad es que esos temas no los gestiono yo. Solo me he encargado de lo tuyo.

—Qué considerado —interviene Alan, y se bebe el contenido de su copa de un trago, antes de dejarla sobre la barra.

—Parece que tenías sed —le pincha Diego.

—Siempre hay conversaciones que dejan un regusto amargo y nada mejor que un *gin-tonic* para aliviar esa sensación, ¿no?

—A mí el *gin-tonic* me parece amargo —comento con una mueca en los labios—. En realidad, me gustaría poder pedirlo con 7up en lugar de tónica…

—¿Has probado el *gin-lemon*? —pregunta Diego, y niego con la cabeza.

—Sacrilegio —decreta Alan, y se coloca la mano sobre la cara con dramatismo—. 7up, piña… ¿qué será lo siguiente?

No puedo evitar sonreír y me acerco a su oído en un arrebato de impulsividad.

—Estoy deseando que lo descubras.

Cuando me separo de él, noto que me arden las mejillas. Los preciosos ojos de Alan brillan de diversión y curiosidad.

—¡Voy al baño! —exclamo, y me alejo de allí.

¡Madre mía! Me tapo los ojos con los dedos e intento controlar la risa. Me siento genial, como si me hubiera quitado un peso de encima. Supongo que, al final, si estás bien contigo misma, los demás también lo notan. «Quizá ese sea el verdadero secreto de la belleza», medito.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —Estoy cruzando la puerta del baño cuando la pregunta, con ese veneno familiar incluido, casi me borra la sonrisa de golpe—. Ten cuidado no te cargues la taza del váter cuando mees.

Respiro con calma y saco pecho. Hoy no.

—Mira, Eli, si necesitas hacer sentir mal a los demás para levantar tu autoestima, vete a deprimir más a los animales del zoo.

—Yo no tengo ningún problema, foca —espeta con toda la rabia que es capaz de acumular. Yo me acerco a un cubículo vacío, pensando en lo infantil que sigue siendo y en que no hace daño quien quiere, sino quien puede—. Utilizo una talla treinta y seis y me acuesto con quien me da la gana.

—Sinceramente, ni me lo creo ni me importa.

—Que no te lo… —refunfuña—. ¡Serás…!

El empujón que me propina hace que golpee la puerta de madera. Por unos segundos, me quedo en *shock*, pero me recompongo y se lo devuelvo. Por desgracia para ella la doblo en tamaño, mi masa corporal es superior a la suya, y el impacto hace que se caiga de culo.

—Que sea la última vez en tu vida que me tocas —rujo y ella parpadea a toda velocidad—. ¿Me oyes?

—¿Pero de qué coño vas?

—¿Yo? —Me pongo la mano en el pecho y ella empieza a levantarse del suelo.

—¿Y vosotras por qué no me ayudáis?

Solo cuando brama la pregunta me doy cuenta de que no estamos solas. Hay dos chicas que iban a clase con nosotras, pero con las que ya no tengo relación, y también encuentro a Clara. Las tres nos observan con atención. Las dos primeras se apresuran a ayudar a Eli a levantarse, pero la que fue mi mejor amiga se coloca a mi lado.

—Ya basta, Elisabeth. —Jamás había escuchado ese tono tan autoritario por parte de Clara. Ella es más de risitas, susurros y florecitas en el campo—. Te he dicho mil veces que acabes con esto. ¿A qué estás jugando?

—¡Me acaba de tirar al suelo! —grita la aludida—. ¡La voy a denunciar!

—No vas a hacer nada de eso —expone Clara—. Estoy cansada de la actitud hipócrita con la que ocultas la envidia insana que te produce Sara, porque ella siempre ha sido la favorita de Gonzalo y a ti nunca te ha mirado igual.

Alzo las cejas y observo a Eli, pero ella no hace lo mismo. ¿Envidia? ¿Toda mi infancia jodida y haciéndome *bullying* por mi físico, porque un chico se fijaba en mí? No me lo puedo creer…

—Maldita foca… —murmura quien fue la mala de mi cuento, antes de salir por la puerta.

Clara se queda a mi lado, pero las otras dos chicas la siguen al exterior del baño.

—Lamento por lo que has pasado, Sara. De verdad.

—No sabía que me defendías desde el interior —suelto por decir algo, y me siento como una tonta por lo absurdo del comentario. Sin

embargo, ella sonríe como cuando teníamos aquella complicidad que lo hacía todo tan fácil.

—Cuando vuelvas a casa me gustaría que hablásemos. —Voy a decir algo y Clara levanta la mano para detenerme—. Sé que últimamente te cuesta sacar tiempo para mí, pero, por favor, hagamos el esfuerzo.

Asiento y ella sale del baño con un mohín en los labios.

Me quedo sola en el aseo y mi cabeza intenta digerir todo lo que acaba de pasar, pero la puerta se entreabre y veo asomarse la cabeza de Alan.

—¿Estás bien? —pregunta cuando mi mirada se encuentra con la suya. Yo asiento como un robot—. Es que tardabas mucho y me preguntaba si te había pasado algo… Pero tampoco quería molestar o parecer un maleducado o, peor aún, un psicópata que se cuela en baños de mujeres para verlas orinar.

No puedo evitar sonreír.

—Dame dos minutos y salgo.

—Perfecto. Te espero aquí fuera. —La puerta está a punto de cerrarse cuando escucho que vuelve a hablar—. Y nada de escaparte por la ventana, ladronzuela. Tenemos una conversación a medias.

61

Ingrid

Estoy en mi casa y continúo con la mente saturada por la conversación mantenida en la de Dani esta tarde, antes de que se fueran a cenar a no sé qué restaurante de moda:

—No creo que sea buena idea. —No sé cuántas veces ha repetido Diego la misma frase.

—¿Por qué no? —he preguntado—. Y no me digas otra vez lo de que no tengo pruebas suficientes.

—Si no me refiero a eso, Harley Quinn. —Su expresión me habría conmovido si no hubiese estado tan enfadada—. Ambos sabemos que ir de frente no siempre es la mejor estrategia, y menos con Luis.

He resoplado.

—Tonterías.

—Tengo que darle la razón, rubia.

—¿Te pones de su parte? —he preguntado con voz más chillona de lo normal porque, para qué negarlo, me ha sentado mal que Dani no me apoyara.

—No estoy de parte de nadie y lo sabes.

—Pues deberías ponerte de la mía.

—¿Y eso por qué? —Ha arqueado una de sus cejas y me ha regalado una sonrisa ladeada.

—Porque sabes que soy más atrevida que él. —Diego ha puesto los ojos en blanco cuando lo he señalado con la mano.

—No te falta razón en eso, pero debes admitir que, por esta vez,

deberías hacerle caso. Es mejor que busquemos la paz por la que luchar en cada batalla.

He vuelto a resoplar.

—¿De qué me sirve esperar a que todo esto caiga por su propio peso?

—Te sirve para evitar una confrontación innecesaria —ha respondido Diego.

—¿Innecesaria para quién?

—Para ti, rubia. Para ti.

Me he sentado en el sofá de casa de Dani, con muy poca elegancia, y he apoyado la cabeza en el respaldo. Con los ojos cerrados he respirado hondo. No quería admitir que estaban en lo cierto y que, si me dedicaba a airear lo que sabía, era posible que Luis se las ingeniase para crear una estrategia que cubriera sus huellas.

Sé cómo es Luis. Los tres lo sabemos.

—¿Cuál es el plan? —he dicho cuando he conseguido calmarme un poco.

—No hay plan. —Diego se ha sentado a mi lado y se ha dado cuenta de que estoy a punto de replicar porque se ha apresurado a añadir—: Solo puedo decirte que todo esto va a llegar a la persona adecuada más pronto que tarde.

—No sé cómo puedes estar tan seguro de que llegue —he comentado más para mí que para él—. Además, ¿quién me dice a mí que, cuando llegue, pasará algo? ¿Crees que van a quitar a Luis de su puesto sin más? —He negado con la cabeza—. Sabes tan bien como yo que solo hay una forma de hacer eso y, si no hago nada, no sucederá jamás. Además, tengo muchas ideas acerca de cómo reparar el daño causado y…

—Lo sé, Ingrid. —Diego me ha sujetado la mano entre las suyas y,

en ese momento, no he podido evitar sentir ese aura de protección que desprende cuando está conmigo—. El problema es que a veces la forma que tenemos de llevar a cabo los planes puede fastidiar por completo los objetivos.

He mirado a Dani para ver si él se ha enterado de algo y se ha encogido de hombros antes de hablar.

—Yo hubiera dicho que todo se podría ir a la mierda, porque te pierde un poco el carácter según con qué temas y que no estoy seguro de que puedas controlar tus emociones en este caso, pero… —Me he quedado boquiabierta y él ha sonreído con malicia—. Don Perfecto tiene razón.

—¿Vas a encargarte tú? —he preguntado a Diego, y él ha asentido —. ¿De verdad vas a meterte en medio de este berenjenal?

—Creo que has excavado lo suficiente como para que todos sepamos que este «berenjenal» —ha dicho mientras hacía unas comillas con los dedos— tiene que terminar ya. Además, ahora tenemos datos suficientes para que todo cambie.

Yo he asentido y he guardado silencio.

—Qué ganas tengo de que esto estalle de una vez y recuperar la normalidad. —Dani ha colocado las manos en la parte posterior de su cabeza y se ha reclinado en el sofá.

—Normalidad… —he repetido en un susurro.

Y yo me he planteado que quizá existe una posibilidad de que eso se haga realidad…

62

A medias. Una conversación a medias, ha dicho. La verdad es que, si llego a saber cómo iban a cambiar los planes cuando saliera del baño, me habría sentido tentada de poner en práctica la idea de Alan y escapar por la ventana. Pero no, ahora es demasiado tarde y estamos todos en casa del modelo.

—Todavía no me creo que hayas convencido a María para venir aquí estando Diego —le confieso cuando coincidimos a solas en la cocina.

—En realidad, lo único que he hecho es decirle que tenía dos opciones —comenta, antes de cerrar la nevera.

Me lo quedo mirando, a la espera de que continúe con su explicación; sin embargo, Alan acerca la lata de Coca-Cola que acaba de sacar a los labios y yo me embobo observando cómo se le marcan los músculos del brazo, en la camiseta, con ese gesto.

¿Desde cuándo tiene ese efecto hipnótico en mí? O, mejor aún, ¿en qué momento me he dejado atrapar por sus redes y cuánto puede doler la caída desde esta nube?

Dejo escapar el aire de forma sonora y sacudo la cabeza.

—¿Y bien? —pregunto con sequedad.

—Y bien ¿qué?

—¿Cuáles eran esas dos opciones?

—Ah, eso. —Deja la lata sobre el mármol y se acerca hasta quedar a escasos centímetros de mí—. Podía venir con nosotros o dejarte entrar sola en la boca del lobo.

Arqueo una ceja.

—¿Es ahí donde estamos? ¿En la boca del lobo?

Él clava sus penetrantes ojos en mis labios y me regala una sonrisa ladeada. Yo trago con dificultad y tengo la sensación de que un relámpago me recorre la columna vertebral y deja mi cuerpo lleno de calor a su paso.

—Y… —titubeo— ¿cuál era el objetivo de traerme aquí?

—Me apetecía tener algo de tranquilidad para que pudiéramos hablar y, por qué no decirlo, también para tener ventaja.

—¿Para qué nece…?

—¡Me voy! —El estruendo que produce María al irrumpir en la cocina me sobresalta—. No tengo ganas de estar en la misma habitación que ese mentiroso.

«Ya me extrañaba a mí…», pienso.

Alan y yo abrimos la boca a la vez para decir algo, pero la voz de Diego se anticipa a la nuestra.

—Te vuelvo a repetir que yo no llevo esa parte, Ariel.

—¡Deja de llamarme «Ariel»! Mi nombre es María. Ya me ha quedado claro que ni siquiera te has leído el archivo de mi obra, pero al menos finge que has aprendido cómo me llamo por todas las veces que he tenido la mala suerte de coincidir contigo.

—María, ¿qué pasa? —Ella me dedica una mirada asesina que me advierte de que es mejor que no me acerque.

—Sé cómo te llamas —replica Diego—. El problema es que pareces no entender que yo no lo gestiono todo en la editorial.

—¡¿Ahora vas a decirme que no llevas los contratos editoriales?! —grita mi amiga—. Porque todos sabemos perfectamente que los temas de autores como J. K. Norvi los llevas tú. —Diego lanza un vistazo fugaz hacia la zona en la que estamos Alan y yo—. A mí no

me la das con queso. Yo soy más de croquetas y, si hubieras tenido la decencia de leer mi manuscrito, después de decir que lo harías, lo sabrías.

—Pero no lo he hecho y por eso no puedo saber de qué va tu historia, María. ¿Por qué no me escuchas?

—Porque me parece lamentable que me hayas rechazado sin habértelo leído. ¡Y encima dos veces! —María se dirige a la puerta de la entrada a paso veloz—. Qué poca vergüenza, joder. —Se aferra al pomo con fuerza—. Si no vas a darle la oportunidad a la gente, por lo menos no juegues con los sentimientos de las personas y no anuncies en tus eventos que se abre el plazo de recepción de manuscritos.

—Te vuelvo a decir que a mí no me ha…

—Que me da igual —lo corta ella—. Pienso seguir autopublicando y llegaré hasta donde tenga que llegar. No te necesito para que la gente valore mi trabajo, ¿me oyes? ¡No te necesito!

El portazo que deja tras de sí mi amiga consigue que todos permanezcamos inmóviles.

—¿Qué has hecho, Diego? —La pregunta se me escapa de los labios.

—El problema es que yo no he hecho nada, Sara. —Se pasa la mano por la nuca—. Se ve que ha recibido un correo en el que le daban las gracias por enviarnos el manuscrito, pero lo rechazaban, y, no me preguntes por qué, pero cree que he sido yo.

—¿Los manuscritos recibidos en el evento los llevabas tú? —interroga Alan.

Diego niega con la cabeza.

—No, y así se lo recordé el otro día, cuando fuimos a cenar al restaurante en el que ella trabaja. —Me mira, buscando que yo lo

certifique, y asiento, porque es verdad—. Pero también le dije que haría una excepción con el suyo y, aunque ella dijo que no quería ningún trato de favor, yo contaba con leérmelo. Lo que pasa es que no pensé en pedírselo a mi equipo; ellos lo leyeron, lo descartaron y… y ella se empeña en decir que le he mentido. En fin. —Suelta un suspiro—. Intentaré ver qué ha pasado, pero tengo que decir que esta mujer me saca de mis casillas.

—¿A ti? —Se burla Dani, que aparece apoyado en el marco de la puerta en una pose que bien podría ser de Alan. Mi prima se encuentra a su lado, en silencio. Diego aprieta los puños y el «doctor Agujas» parece darse cuenta del detalle, porque sonríe abiertamente. Giro la cabeza a la izquierda para comprobar que no es el único—. Pues si ha nacido la mujer que te saque de tus impenetrables casillas, hagámosle un monumento.

—Serás… —Antes de que mi amigo alcance a Dani, Paula se planta en medio de ambos con una sonrisa reconciliadora.

—¿Por qué no me sigues explicando eso tan emocionante que nos estabas contando, Diego? —pregunta en un tono angelical.

Dani nos observa con atención y, sin dejar de sonreír, añade:

—Sí, mejor deléitanos con tus adicciones al trabajo y dejemos que las cosas sigan el curso que deban seguir.

¿Se está refiriendo a nosotros? Noto que el calor de mis mejillas aumenta cuando mi prima y Diego nos miran y, tras una disculpa, se alejan de nuevo.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunto, atónita, mientras asimilo la información.

—Creo que nuestros amigos tienen algunas tensiones no resueltas.

—Pues como no se resuelvan puede estallar una bomba entre ellos —comento, y me apresuro en sacar el teléfono del bolsillo y llamar a

María.

—Todo acaba detonando tarde o temprano.

—¿Eso qué significa?

Alan sacude la cabeza. Definitivamente, hay algo que se me escapa.

Mi amiga rechaza la llamada y me voy directa a WhatsApp. Recuerdo que es mucho más rápida que yo escribiendo porque, al entrar en la aplicación, ya me aparece un mensaje.

María

Estoy bien.

Sara

¿Seguro? ¿Te esperas y nos vamos las tres juntas?

María

Seguro. Ahora mismo no me apetece hablar, ya sabes cómo soy. Acabo de pillar un taxi. No te preocupes por mí ni dejes que mi rallada afecte a tu noche. Disfruta como si solo existiera hoy. Estará bien. Te quiero.

«Sabes cómo soy». Sí, lo sé. A veces todos tenemos momentos en los que necesitamos encerrarnos en nosotros mismos para canalizar las emociones que sentimos. María es de esas personas que requieren espacio cuando están en caliente o su enfado puede salpicar a cualquiera. Sonrío porque, a pesar de su cabreo, mi amiga derrocha empatía, pese a que ahora mismo parezca que no quiere escuchar a Diego.

—¿Está bien? —Miro a Alan y asiento—. ¿Quieres que le pida un taxi?

—No hace falta. Ya ha pedido uno, gracias.

—Me alegro. A veces estos enfados pueden hacernos cometer locuras de las que luego nos arrepentimos —dice, creo que más para sí mismo que para mí—. Así que, si necesita poner distancia de por medio, espero que sea capaz de ver la situación desde otra perspectiva.

—Yo también.

Sé que Diego no jugaría con la ilusión de nadie, pero entiendo que María se haya enfadado, porque este es un tema muy delicado para ella y que le está costando muchos esfuerzos y tensiones familiares. Además, creo que le ha dolido el rechazo más de lo que quiere admitir.

—Todos nos equivocamos y no siempre es fácil reconducir las situaciones, disculparse o arreglar los daños… —comenta Alan, y lo observo en silencio. Él me mira a los ojos antes de sonreír—. Perdona, estaba dándole vueltas a todo en general.

—Ya veo… —Me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos y mi piel se eriza con el contacto—. Todavía no me has dicho para qué.

—Para qué ¿qué?

—¿Para qué necesitas una posición ventajosa?

El cuerpo de Alan borra el espacio que nos separaba y sus labios están tan cerca que casi pueden rozar los míos.

—¿De verdad no lo sabes? —Niego con la cabeza y sus dedos recorren la línea de mi mandíbula, hasta escalar por la nuca—. Para poder lidiar con todo lo que me haces sentir.

—Yo… —murmuro, antes de sentir el roce de su boca.

Su lengua tarda menos de un segundo en hacerse con el control de la situación y, cuando se encuentra con la mía, me pierdo en el contacto de nuestros cuerpos. Sus manos me acarician con delicadeza hasta que me apresan las caderas y me empujan contra él;

se me escapa un gemido al sentir la dureza de sus músculos.

63

Dejo de pensar. O, al menos, la conexión neuronal que existía en mi cerebro hasta hace unos instantes se ha dado a la fuga. Todavía besándonos, empezamos a caminar sin rumbo por la cocina y chocamos con varios objetos en nuestro avance.

—Tenemos una conversación a medias —digo cuando separa su boca de la mía unos milímetros.

—Tendré que recordar que andas muy bien de memoria —expone, sonriente, y sus manos descansan en mi cintura.

—No me digas que todo esto era solo una artimaña para traerme a tu guarida.

—En realidad quería estar contigo sin ruidos ni distracciones.

—Es lo mismo, aunque creo que es de las frases más bonitas que te he escuchado decir.

—¿En serio?

—No, pero quería ver la cara que pondrías. —Le saco la lengua y él achina los ojos.

—Eres de lo más cruel, ladronzuela.

—¿Lo dice el que me ha traído engañada?

—Yo no te he engañado. Estamos hablando, ¿verdad? —Se ríe cuando me quedo boquiabierta—. Aunque me falta algo de intimidad…

Me sujeta de la mano con determinación.

—¿Adónde vamos?

—Adonde no nos molesten.

—¿Y los demás? —pregunto cuando vuelvo a ser consciente de que no estamos solos en su casa.

—Hay espacio de sobra para que vayan a lo suyo y saben dónde está todo.

Entramos en su habitación y una luz sin mucha intensidad inunda la estancia. Noto el subidón de adrenalina que atraviesa mi interior cuando mis ojos van directos a la cama de matrimonio, que parece de exposición y ocupa gran parte del dormitorio.

Suspiro con fuerza. ¿De verdad voy a hacer esto? Alan parece percibir mi agitación y me sujeta por la cintura con suavidad.

—¿Estás bien? —Afirmo con un movimiento de cabeza—. No sé si ha sido buena idea traerte aquí… —Yo parpadeo, perpleja—. Ahora sabes dónde oculto mi ropa interior y podrás ponerme el localizador del que tanto alardeas.

Estallo en carcajadas.

—Me parece que quieres que te ponga ese localizador y no sabes cómo decírmelo.

Se acerca a mí y se muerde la sonrisa.

—Creo que has descubierto todos mis trucos —susurra, antes de adueñarse de mis labios y besarlos con ternura.

Las manos de Alan recorren el contorno de mi cuerpo como si este le proporcionara el aire que necesita para vivir. Yo respondo a sus caricias con exigencia y necesidad, lo mismo que hace su boca contra la mía.

—Joder…

—¿Qué pasa? —bisbiseo, pero él no responde; al contrario, pone todo su empeño en que nuestros labios no se separen de nuevo.

—Me vuelves loco, Sara.

—Me encanta cuando dices mi nombre.

Alan me aprisiona la cara entre sus manos.

—Sara. Sara. Sara —murmura y me da un beso tras cada palabra.

—Parece que me estés invocando.

—Si pudiera hacerlo, estarías aquí más veces de las que te imaginas.

—¿Ah, sí? —pregunto, coqueta. Él asiente—. Pensaba que no querías que te localizara.

—Para que veas cómo cambian las cosas.

—¿Y qué me pedirías?

—¿Seguro que quieres saberlo? —Su voz ronca cerca de mi oído me hace estremecer.

—Me muero de ganas…

Alan esparce mordiscos por mi cuello y deja escapar un gruñido que me eriza la piel de esa zona. Con delicadeza, apoya la frente sobre la mía.

—Te pediría que me dejaras recorrer cada rincón de tu cuerpo desnudo, hasta que me dolieran las manos de tanto tocarte. —Sus pupilas se clavan en las mías y el remolino eléctrico que no dejaba de crecer en la parte baja de mi abdomen consigue ascender hasta mis pechos con fuerza. Cierro los ojos y respiro lentamente mientras paso la lengua por el labio inferior. Creo que mi ropa interior también ha sufrido las consecuencias de la reacción que han producido sus palabras—. Como sigas haciendo eso con el labio voy a dejar de contenerme.

Abro los ojos de golpe.

—¿Te estabas conteniendo? —inquiero, porque sus caricias podrían haber calcinado tanto mi camiseta como mi pantalón. Él asiente despacio y yo me debato entre si lanzarme directa al vacío o ponerme un paracaídas para frenar la velocidad con la que esto me

está arrastrando. Opto por lo primero—. Pues deja de hacerlo.

De forma casi imperceptible, sus pupilas se agrandan hasta ocupar prácticamente todo sus iris y su boca se apodera de la mía sin miramientos. Me besa, me toca, me aprisiona contra la primera pared que se interpone a nuestro paso y siento que vuelo hacia algún lugar inexplorado.

—¿Estás segura? —susurra al cabo de varios minutos.

—Sí.

—¿Eres consciente de lo que estamos hablando?

Se aparta de mí para mirarme de frente. Su ceño, un tanto fruncido, me hace sonreír; si tenía alguna duda acerca de dar este paso, acaba de desaparecer por completo. Puede que Alan parezca un tipo insensible, pero me he dado cuenta de que todo eso es una coraza que, por algún motivo, ha querido construirse para que los demás no se cuelen en su interior.

—Soy consciente —respondo—. Aunque, si tardas tanto, harás que cambie de opinión.

No sé de dónde estoy sacando el arrojo, pero me encanta. Y parece que a él también, porque no pierde el tiempo y vuelve a besarme.

—Sara —pronuncia mi nombre, con la voz entrecortada—, no haremos nada que tú no quieras.

Me abrazo a su cuello y centro mi atención en sus carnosos labios. El beso es pausado y soy yo quien, lentamente, nos conduce hasta el borde del colchón. Alan se sienta y, con un leve apretón en las nalgas, me insta a sentarme a horcajadas sobre él. Dudo un instante y él gruñe de impaciencia y vuelve a tirar de mí, hasta que acabo cediendo. Mis pantalones elásticos son una barrera insignificante cuando nuestros cuerpos se juntan a la altura de las caderas. Puedo sentir su erección y sus manos consiguen que arda solo con el

contacto a través de la ropa.

Con una dulzura extrema, se deshace de mi camiseta y se apresura en dejar un reguero de besos que van desde mi cuello hasta la clavícula.

—Eres preciosa —susurra contra la piel de mi pecho, a pocos centímetros del sujetador.

No sé si es la forma en la que pronuncia las palabras o la devoción que leo en su mirada cuando la eleva hacia mí, pero me hace sentir tan cómoda que empiezo a moverme sobre él.

Alan ahoga un gruñido y yo sonrío. Me apresuro en desnudarle el torso y apoyo la mano sobre su pecho.

—Y tú pareces esculpido en piedra —murmuro, y acaricio sus pectorales antes de divagar—: Debería estar prohibido ser así.

Me contagio de la risa gutural que se le escapa y el brillo en su mirada me conmueve. Recorro con calma cada músculo hasta llegar al ombligo y él contrae el abdomen.

—Como sigas acariciándome así, voy a volver a dejar de contenerme.

—¿Y por qué has vuelto a hacerlo?

En menos de un segundo, Alan me sujeta por la cintura y nos hace rodar hasta quedar sobre mí, entre mis piernas abiertas.

—Tú lo has querido —susurra contra mi boca, antes de empezar a rozar su entrepierna contra la mía.

—Joder… —Tiro la cabeza hacia atrás, contra el colchón. No sé si son las ganas, el tiempo que hace que no tengo sexo de ningún tipo o una mezcla de ambas, pero mi cuerpo está disfrutando de la experiencia.

El resto de la ropa desaparece en medio de una guerra de besos y caricias. Alan se incorpora para despojarse de los calzoncillos.

—Madre de Dios… —murmuro cuando veo su anatomía de pie delante de mí y me sonrojo cuando me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—¿Ahora eres tú quien me invoca, ladronzuela? —Sonríe con picardía y se coloca de rodillas en el suelo.

En un movimiento rápido, tira de mis piernas hasta que las rodillas quedan en el borde de la cama. Me aferro a la colcha cuando empiezo a sentir los besos que deja por la cara interna de mis muslos. Siento cómo apoya las manos sobre el colchón, a ambos lados de mi cintura y se detiene. Cuando abro los ojos, que no me había dado cuenta de que tenía cerrados, me percato de que Alan me observa en silencio. El repentino parón de sus caricias sobre mi piel, sumado al silencio que nos rodea, consigue que parte de la excitación se convierta en nervios y algunas dudas acudan de nuevo a mi mente.

—¿Qué haces? —pregunto, al tiempo que cubro parte de mi desnudez con las manos, por instinto.

—Memorizar tu cuerpo para cuando no estés. —Me sujeta las manos y se las lleva a los labios—. Eres perfecta, Sara. Cada curva de tu cuerpo lo es —declara, antes de que sus dedos recorran mi piel y provoquen que se erice allá por donde pasa.

Me doy cuenta de que, a veces, la vergüenza es un obstáculo; aun así, no puedo evitar sentirla y cierro los ojos.

El contacto húmedo de su lengua en mi abdomen me obliga a contener la respiración. La caricia desciende con la lentitud de quien no tiene prisa por llegar y estrangulo la colcha con los dedos, mientras mi cuerpo se agita por la anticipación. Su boca se acerca y se aleja, dejando un rastro de besos en algunos puntos de mi piel, como si quisiera enseñarme el camino que desea recorrer.

Aprieto con fuerza las manos contra la cama cuando siento las suyas separando todavía más mis piernas. Su boca se posa en mi intimidad y su lengua explora sin pudor cada rincón. Me arqueo pidiendo más y él se aferra a mis muslos e intensifica la caricia, como si le fuera la vida en ello.

Se separa de mí lo justo para que una de sus manos se abra paso entre mis pliegues y siento los movimientos de sus dedos dentro de mí. Localiza mi clítoris con el pulgar y empieza a acariciarlo con destreza.

—Si sigues así… —murmuro entre gemidos—. Yo…

—Déjate llevar, Sara —dice en voz baja, al tiempo que introduce otro de sus dedos en mi interior.

—¡Alan! —grito, y él se incorpora para ahogar con besos los gemidos que ya no puedo contener.

Me relajo y lo miro a los ojos sin pronunciar palabra. Él sonríe y se levanta para buscar algo en un cajón.

—¿Estás preparada?

—¿Preparada? —repito, con la mente obnubilada.

—Esto era el aperitivo, ladronzuela… —susurra con malicia y me doy cuenta de que se está colocando un preservativo.

Asiento y me pregunto cómo será tenerlo dentro de mí. Alan se apresura en darme la respuesta y acaricia mi cavidad con su glande. A pesar de la sensibilidad que siento en la zona, su contacto me enciende de nuevo. Él aprovecha que levanto las caderas para introducir la punta de su miembro en mi interior.

—Madre mía… —musito al sentir como se abre paso con calma y mis paredes parecen abrazarlo con ganas. Mi cuerpo se arquea un poco más para facilitarle el acceso.

—No tengo ninguna prisa —ronronea en mi oído.

Sus palabras me excitan y un nuevo mar de fuego líquido crece en mi interior a medida que Alan se mueve dentro de mí. Su cuerpo marca el compás y el mío le sigue el ritmo. Con una calma que me hace enloquecer, entra y sale de mi humedad. Siento que se toma su tiempo para explorar todos mis recovecos y me remuevo porque necesito más.

—¿Te gusta, Sara? —sisea sobre mis labios.

Yo solo puedo quejarme entre gemidos y él responde profundizando más sus embestidas.

Atrapo los labios de Alan y lo beso a la misma velocidad con la que nuestros cuerpos se mecen. Mis manos acarician su espalda, hasta llegar a la cintura, y lo estrecho contra mí consiguiendo que me penetre un poco más.

—Qué tramposa —susurra de forma entrecortada.

—¿Yo? —pregunto con fingida inocencia y elevo mis caderas al tiempo que vuelvo a apretarme contra las suyas.

Alan cierra los ojos y puedo leer la expresión de autocontrol en su rostro.

—Como sigas así, yo…

—Déjate llevar, Alan —repito sus palabras en un murmuro y me muerdo el labio.

Él deja escapar el aire que estaba conteniendo.

—Si insistes…

El repentino aumento de sus acometidas me pilla con la guardia baja, sobre todo porque alcanza un punto mágico en mi interior que me hace gemir con mayor intensidad. Alan empieza a besarme de nuevo y desconecto de mis pensamientos.

Mi cuerpo tiembla al ritmo de sus embistes y le clavo las uñas en la espalda. No sé cómo ha conseguido dar con la tecla tan rápido, pero

siento que su miembro roza esa parte dentro de mí que activa de nuevo el volcán que está a punto de entrar en erupción.

Alan introduce una de sus manos entre nosotros y acaricia con ella mi clítoris. Los movimientos circulares consiguen darme el último empujón que, sumado al suyo, logran que ambos perdamos el control por completo.

64

Miro el móvil y descubro que son las diez de la mañana. ¡Madre mía! Las diez de la mañana y estoy en la cama de Alan. «De Alan y con Alan», me digo, al tiempo que me giro para encontrarme con su sonrisa.

—Buenos días, ladronzuela.

—Buenos días —respondo en voz baja mientras me tapo la boca con la mano.

Desconozco cómo ha conseguido el aliento a menta por la mañana, pero yo no me fío del mío y no quiero romper la magia del momento.

Me dispongo a levantarme cuando recuerdo que estoy desnuda. Alan se incorpora sin que ese hecho lo moleste y yo busco a toda prisa mi camiseta con la mirada, hasta que noto que algo cae sobre mi regazo.

—Me muero de ganas por verte pasear por mi casa con esto puesto —dice desde la puerta de su armario.

Es una camisa. No una cualquiera, no. Me ha dejado «la» camisa; la que llevó en el desfile del evento, donde manché su ropa de café. Lo miro con recelo y veo que sonríe.

—¿Katana os regala la ropa con la que desfiláis?

Él se encoge de hombros.

—Es lo bueno de tener enchufe.

Eso me recuerda a Fabián y la historia de que esa empresa ha sido la causante de todo lo que nos ha pasado a ambos. Frunzo el ceño y

alejo ese pensamiento de mi cabeza lo más rápido que puedo. No es el momento y, por lo que estuve hablando con mi madre, me di cuenta de que no vamos a solucionar nada ahora mismo peleándonos con ellos; lo que no quiere decir que vaya a olvidar el asunto.

Con disimulo, escudriño el cuello de la prenda para verificar si la talla me serviría. Recupero mi ropa interior del suelo y, tras ponérmela, me atrevo con la camisa que me ha dejado Alan. Cuando compruebo que de brazos me queda bien, decido no abotonarla —para evitar tentar a la suerte y que acabe transformando la camisa en un arma «sacaojos»—, y me dirijo a la cocina.

¿Quién me iba a decir que me pasearía semidesnuda por casa de Alan, cuando al principio todo era rechazo? Claro que si me pongo a pensar en todos los escenarios que han cambiado en las últimas semanas…

—Qué paz —susurro al llegar a mi destino.

Es increíble la calma que me transmite este sitio. Una nota sobre la encimera llama mi atención. Sobre todo porque la letra me resulta familiar. No me lo pienso dos veces y la leo:

Pásalo bien y sé feliz. Te empezaré a llamar a partir de las 10:30 para darte margen. Si no me coges el teléfono, avisaré a María y seguro que me propone incendiar el piso de Alan antes de llamar a la Policía.

Te quiere,
Paula.

Estallo en carcajadas. La verdad es que ayer perdí la noción del tiempo y ni siquiera volví a pensar en si había más personas

rondando por la casa; también es cierto que el hecho de que mi prima conozca a Dani y que Diego me inspire confianza ayudó a que no me preocupara por su seguridad. Ahora que lo pienso, ¿nos habrán escuchado mientras…? El rubor empieza a trepar por mis mejillas cuando Alan aparece a mi lado y revisa el papel.

—Solo le ha faltado poner: «Quedas avisado, chaval» —comento tras ver que pone los ojos en blanco.

—Eso de «chaval» es más propio de ti.

—Ahí tienes razón.

—De todos modos, me preocupa más esta. —Me muestra otro trozo de papel escrito y se lo quito para poder leerlo en voz alta.

—«Si le haces daño, te mato. Diego». —Abro los ojos como platos y alzo la mirada—. Un mensaje de lo más sutil.

Alan se encoge de hombros y sonríe.

—¿Un colacao?



Tengo los nervios en modo ciclón. De hecho, si tuviera que repasar la cantidad de veces que me he puesto nerviosa durante estos días, creo que superaría el récord de mi vida.

Paula, después de hacerme un interrogatorio que la mafia envidiaría, me está ayudando con el *look* para el evento.

—Te ha quedado increíble —le aseguro cuando veo la máscara con los adornos del mismo color que el vestido.

—Vas a estar radiante.

—No quiero hacer el ridículo —confieso.

—El ridículo solamente existe en la cabeza de quien lo siente.

Después de que mi prima haga su magia con el peinado y el maquillaje, me animo a subir algún *story* a Instagram y un vídeo a

TikTok para mostrar parte del antifaz que llevaré a la fiesta. Creo que habrá muchos similares, pero no me la quiero jugar subiendo el vestido y que me reconozcan enseguida.

Diego me ha llamado poco después de que llegara a casa de Paula, para confirmar que me encontraba bien —lo que me ha hecho reír, al recordar su nota—, y se ha prestado voluntario para recogerme y llevarme al evento —aunque, en el fondo, sospecho que lo ha hecho para asegurarse de que me presentaré—, pero he acabado declinando su oferta; prefiero ir a mi ritmo ya que él me ha explicado que tiene que llegar al recinto con antelación.

A pesar de que el apoyo de Paula me ha ayudado a gestionar las emociones y me encuentro más tranquila cuando subo al taxi que hemos pedido, hay un tema que sigue dando vueltas en mi cabeza.

Sara

No sé cómo actuar cuando vea a Eva.

Le he enviado el mensaje a María, porque necesitaba desahogarme. He iniciado varias veces la conversación con mi prima, pero lo único que ha hecho es pretender que entienda cómo se siente la que supongo que sigue siendo mi amiga. No digo que Eva no tenga razones para estar molesta, pero la tensión que noto entre nosotras, a pesar de que he intentado un puñado de acercamientos por teléfono, me afecta. Sobre todo, porque le he enviado más de un mensaje de disculpa, cuando no ha contestado a mis llamadas, para decirle que valoro su amistad por encima de cualquier chico y que no pensaba que esto acabaría por llegar tan lejos, pero que, si realmente le afecta tanto como me da la impresión, me gustaría quedar con ella para hablarlo.

¿Sería capaz de dejar a Alan por Eva? ¿Es eso lo que se supone que

haría una amiga? No sé hasta qué punto dejar de lado tu felicidad para contentar a otra persona se incluye en la definición de amistad.

María

Tranquila, si te muerde me avisas y me planto allí.

Su comentario me hace sonreír y decido aprovechar para azuzarla un poco.

Sara

¿Aunque eso suponga ver a Diego?

María

Sería la excusa perfecta para borrarle esa sonrisa que tiene, de forma perenne.

Ya veríamos si reiría igual cuando le jodiera todo el *show*.

Sara

Te sale una vena de lo más agresiva cuando tocamos ese asunto.

Ya hablaremos, porque creo que ha habido un malentendido.

María

Si vas a hablarme de él, es mejor que no lo hagas. No me apetece.

Y lo mismo deberías pensar con lo de Eva.

Si no te apetece estar con ella, trata de ser cordial y punto.

Entiendo que a ti no te interesa montar una escena (otra vez) en un sitio público, así que no te compliques, pero recuerda que nadie te obliga a estar con ella.

Sara

En realidad sí quiero estar con ella, porque me gustaría arreglar las cosas.

Por no hablar de que no conozco a nadie más… aparte de Diego, claro.

María

¿Intentas tentar a la suerte para ver si dejo de hablarte de verdad?

Porque te recuerdo que tu querido Alan irá por ser escritor de la editorial y, obviamente, estará tu nuevo amiguito.

En realidad, podrías pasarme ya la dirección. Me muero de ganas de ver la situación que se creará cuando estés con los dos.

Releo el mensaje tres veces. ¿Cómo he podido ser tan tonta? ¿Cómo he podido obviar el detalle de que Alan también irá al evento? «Porque, por extraño que parezca, no ha salido el tema cuando estábamos juntos», me respondo. Por otro lado, no es que haya hablado de nada muy extraño con J. K. Norvi, pero… «No, claro que no. Solo he contado detalles que se explican a los amigos y he soltado alguna respuesta, de las que se dan en la fase de tonteo inicial con alguien. Nada más», me digo, aunque lo cierto es que en estos días me he mostrado un poco más distante. Genial.

El retortijón que produce mi cuerpo, a unos decibelios comparables a los de un trueno, consigue que el taxista me mire por el espejo retrovisor. Por suerte, llegamos a destino antes de que le dé por preguntarme si necesito una bolsa de papel para vomitar.

Ni siquiera me detengo a echar un vistazo a la decoración exterior.

Lo primero que hago, al cruzar la entrada del chalet donde se organiza el evento, es cotillear los *stories* de Eva y confirmo que está ya dentro.

Miro a todos lados y, a pesar de que veo siluetas y medias caras de personas que me suenan, tampoco sé a ciencia cierta quién es quién. La situación es extraña: yo no sé si acercarme y ellos no conocen mi físico. «Empezamos bien». Sin embargo, noto miradas que me recorren y me recuerdo que he subido una foto del vestido.

—¡Hola! —me saluda la primera chica que se acerca. Lleva un vestido rojo y la máscara a juego. La sonrisa le llega a los ojos—. Eres Sara, de Querido Bookstagram, ¿verdad? —Asiento porque no me salen las palabras—. Te he reconocido por la foto del trocito de antifaz —dice, señalando mi cara—. Yo soy Vane, de Vanessa Books. Y ella —añade antes de volverse a mirar a una chica que aparece a su lado, vestida de azul marino— es Luisi, de Mi Pequeño Rincón Blog.

Con la mano algo temblorosa, saco el móvil del bolso y busco sus perfiles.

—Creo que os sigo, ¿verdad? Que a veces con los nombres me hago un lío…

—Es normal —dice la segunda—. A veces nos ponemos unos nombres complicados y luego no sabes cómo salir de ahí. Yo soy la del flamenco.

Empezamos a hablar de lo emocionante que es estar aquí, de los últimos libros leídos de autores que asisten al evento y de que se rumorea que nos harán algún regalo como detalle.

—¿Hoy haces la entrevista a J. K. Norvi? —pregunta Luisi.

—Eso se supone, aunque todavía no sé cómo lo haremos.

—Me encanta ese escritor —confiesa Vane—. Hemos leído todos sus libros en mi club de lectura de *thrillers*.

Antes de que me dé cuenta, se suman más personas a nosotras y, tras las «desvirtualizaciones», sacan sus teléfonos para inmortalizar el momento y compartirlo en sus redes sociales.

—Si no os importa, la hago yo, que prefiero no salir —digo cuando proponen que nos hagamos una foto todos juntos.

—Tranquila, si no sacas la cara por Instagram es normal que no quieras que subamos fotos tuyas los demás —comenta Vane.

Y, mientras todos suben *stories* de sí mismos, yo me pregunto varias veces si esto ha sido una buena idea y dirijo mis pensamientos hacia la entrevista que voy a hacer a J. K. Norvi y el papel con las preguntas que tengo guardado en el bolso. Lo único que me calma en estos momentos es saber que él también quiere mantener su anonimato. De todos modos, prefiero mostrarme por redes por primera vez haciendo algo tan potente como esto que en algunas fotos.

Reviso mis mensajes de Instagram y encuentro varios de las personas que acaban de presentarse y que me decían con entusiasmo que, finalmente, nos conoceríamos en persona. El que me saca una sonrisa es el que me envía J. K. Norvi, con una reacción a mi *story* y un «Hoy nos *vemos*. Bonita máscara. Yo he conseguido una de Batman perfecta para la ocasión».

Frunzo el ceño.

¿Batman o Supermán, en qué quedamos? Estoy a punto de escribir la pregunta cuando alguien me agarra por el brazo y me obliga a dar media vuelta.

—Estás preciosa, Sara.

65

Ingrid

—Me cago en mi puta vida, Diego. —Estoy dando vueltas en el que fuera el despacho de mi padre, como un pobre león enjaulado.

—No te enfades, Íngrid. Si lo he hecho por tu bien.

—Lo que has hecho es que quede como una pobre damisela en apuros que no sabe salvarse el puto culo por sí misma, joder. —Me detengo y golpeo el aire con fuerza, antes de dejar caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo—. ¡Que no tengo trece años!

Diego coloca las manos por delante de su pecho, como si fueran un escudo ante mis palabras.

—¡Pero si es lo que estabas buscando!

—¡Pero no así!

—¿Así cómo?

—Pues, pues… —balbuceo, porque la rabia no me deja pensar con claridad—. Pues así, Diego. Así. Se supone que era yo quien tenía que hacer frente a esto. Si tu plan era chivarte de todo y…

—¿Chivarme? —repite él, con un tono agudo—. ¿Consideras que es chivarme ir con la verdad por delante y pretender echarte una mano para que tu empresa familiar no se vaya a la mierda?

Aprieto los puños con fuerza y me muerdo la lengua. «Respira, Íngrid. Tiene razón, te ha hecho un favor y lo sabes».

—Quería ser yo.

—¿Y cuáles hubieran sido tus formas? —Diego se cruza de brazos —. ¿Echarle en cara que todo esto es culpa suya?

Me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—Puede que no sea la persona más educada del mundo cuando me tocan los ovarios, Diego, pero no pensaba que fueras a ocuparte de «esto» —me burlo mientras hago unas comillas con los dedos— así.

—¿Qué esperabas, que utilizara una varita mágica? —Diego chista y se dirige a la puerta—. De nada por solucionarlo, Íngrid.

Me quedo mirando cómo mi amigo cruza la puerta y desaparece de mi vista.

—Menuda mierda —mascullo.

Lo peor de todo es que tiene razón: es un hecho innegable que Diego es el mejor mediador que conozco y que ha sabido tocar las teclas como era necesario para que, en lugar de aparecer como una persona despechada, la verdad haya salido a la luz y se hayan tomado las acciones oportunas para que Luis cese de su cargo. Ahora solo queda ver qué impacto tendrá el cambio.

—Sabía que te encontraría aquí, pedazo de zorra. —Luis abre la puerta del despacho y entra tambaleándose. Lleva puesto el mismo traje que en la reunión de hace unas horas y sostiene una botella en la mano que, estoy convencida, no contiene agua.

—¿Qué haces aquí? —Elevo el mentón y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Este es mi despacho. —Abre los brazos para intentar alcanzar toda la estancia y derrama parte del líquido sobre el suelo. Me esfuerzo por aparentar que no me afecta su conducta—. O lo era hasta que tú lo jodiste todo.

—¿Yo? —pregunto y exagero una mueca de sorpresa, a la vez que apoyo la mano sobre mi esternón—. Lo que has conseguido te lo has ganado a pulso.

—No te gustaba mi forma de liderar, ¿verdad? Tenías que tocarme los cojones cuando todo se estaba poniendo más interesante.

—¿Llamas «interesante» a joderle la vida a los demás? Porque entonces, sí. Creo que ha sido justo ahí.

—¿Desde cuándo te importa el resto del mundo?

—Desde que tus malditas acciones afectan a mi empresa.

—¡Ja! —Se carcajea sin ganas—. Tu empresa, dices. Sabes que Katana jamás será tuya.

—Eso ya lo veremos. Bueno… Tú ya no. —Observo que Luis aprieta la mandíbula y la mano con la que sujeta la botella se le está poniendo blanca—. Es mejor que te vayas.

—¿O qué? —dice, al tiempo que da unos pasos en mi dirección—. Te doy asco, ¿verdad?

—No quiero volver a hablar contigo, así que márchate.

—¿Y si no lo hago? —pregunta, sin dejar de avanzar hacia mí, y percibo la peste a alcohol que desprende. Empiezo a ponerme nerviosa y creo que se da cuenta, porque esboza una sonrisa de lo más macabra.

—Todo hubiera ido mejor si tú y yo…

—Eres un cerdo —replico, porque sé por dónde van los tiros y se me revuelve el estómago solo con pensarlo.

—La sangre no es problema —expone y ensancha esa sonrisa que empieza a ponerme el vello de punta—. Además, nadie dice que debamos tener hijos.

—Estás borracho, Luis. Será mejor que te vayas —suelto, antes de apartarme de su camino, porque ya está demasiado cerca y su sola presencia en estos momentos me da repelús.

—No tan deprisa. —Me sujeta con rabia por el pelo y me llevo las manos directas a la cabeza. El tirón que me propina hace que caiga al

suelo antes de que me dé cuenta de lo que está pasando—. Vas a tener que compensarme por daños y perjuicios.

—¡Suéltame!

—Ni lo sueñes, cariño. —Me arrastra tirándome del cabello hasta la mesa y deja la botella sobre la madera, antes de empezar a bajarse la cremallera con la mano libre—. Se me ocurren varias formas para irme más tranquilo a la cama por ahora.

—¡Estás mal de la cabeza! —exclamo, y empiezo a patalear en un intento por alcanzarle las espinillas mientras le araño los brazos.

Él me tira del pelo con más fuerza y consigue, incluso, levantarme un poco del suelo, por lo que vuelvo a sujetarme la cabeza. Aprieto la mandíbula para retener las lágrimas.

—Si te pones tonta va a ser peor para ti. No creo que te quede bien la cara morada, pero tú misma.

El miedo se adueña de mi cuerpo, pero no dejo de dar patadas al aire. No está en mis planes rendirme ante este gilipollas, por muy borracho que esté. Sin que lo vea venir, Luis se abalanza sobre mí y me aplasta contra el suelo, para inmovilizarme con su peso.

—Vamos a ver qué tienes aquí —farfulla mientras, con un gesto brusco, me rasga la camisa y deja expuesto mi sujetador.

Forcejeo y lo empujo tanto como puedo, le araño la cara y empiezo a gritar hasta que siento su mano golpearme la cara y un pitido ensordecedor se instala en mi oído izquierdo, que me deja unos segundos fuera de juego. Luis aprovecha ese momento de debilidad para sujetarme las manos por encima de la cabeza y yo intento golpearle la entrepierna con las rodillas, hasta que coloca sus muslos encima de los míos y aprieta contra el suelo.

—Te vas a hacer daño… —susurra cerca de mi oído, antes de lamerme el cuello y dejarme la piel impregnada de su asquerosa

saliva con olor a alcohol.

—¡Que te jodan, Luis!

—A quien van a joder es a ti, Íngrid. Y voy a ser yo.

Levanto la cabeza en un gesto rápido para intentar propinarle un golpe en la frente, pero consigue esquivarlo. ¿Cómo cojones tiene tantos reflejos? Se ríe con una carcajada tan espeluznante que un escalofrío me recorre la espalda.

—Tranquila, te aseguro que va a ser rápido —señala—. Aunque tenemos la confianza suficiente como para que se repita cuando queramos, ¿verdad?

—¡Ojalá te mueras, hijo de puta! —grito con todas mis fuerzas. Él finge un puchero.

—Eso de hijo de puta es muy feo y poco apropiado, ¿no crees?

—Pero ¿qué cojones…? —Es lo único que oigo antes de que Luis salga despedido de encima de mí y Diego empiece a propinarle puñetazos en la cara, sin dar lugar a una tregua.

Aprovecho la ocasión para ponerme de pie. Me duelen varios puntos del cuerpo, pero no es el momento de pensar en ello. Luis parece que acaba de entender lo que está pasando y devuelve alguno de los golpes. Miro a mi alrededor en busca de cualquier objeto que pueda ser de utilidad.

Agarro la botella que traía y la estrello sobre la cabeza de Luis, al tiempo que el puño de Diego golpea su mandíbula. Saco toda la furia que siento en forma de grito mientras los cristales salen despedidos por todas partes.

El cuerpo trajeado y a medio desvestir cae al suelo y ambos lo observamos antes de buscarnos con la mirada.

—¿Estás bien? —me pregunta Diego y yo asiento, haciendo un sobreesfuerzo por contener las lágrimas que se me acumulan en los

ojos—. Estaba al teléfono, al colgar me ha parecido escuchar gritos y… —Se agacha con cautela para comprobar si Luis tiene pulso—. Sobrevivirá el muy cabrón.

Se pone en pie y se acerca a mí tan deprisa como yo corro a su lado. Nos fundimos en un abrazo que transmite el mismo sentimiento que cuando llegas a casa y te reúnes con la familia o con los amigos, pero, sobre todo, que irradia paz. Toda la tensión acumulada de los últimos tiempos y por lo que acaba de ocurrir explota en mi interior y el llanto es inevitable.

—Lo siento —lloriqueo—. Tenías razón en que tus formas son…

—Shhh. —Diego se separa de mí y seca mis lágrimas con los dedos —. Ni se te ocurra pedirme perdón por ser una cabezota. —Sonríe y yo imito su gesto, a pesar de que no puedo controlar el puchero—. Te queremos tal y como eres, Harley Quinn.

—Yo también te quiero muchísimo, Diego —digo y vuelvo a abrazarlo con ganas.

—Vamos a llamar para que se lleven de aquí a este energúmeno, ¿vale? —Asiento—. Y tú y yo nos vamos a la Policía a poner una denuncia ahora mismo.

Lo miro fijamente a los ojos durante un instante. Debería hacerlo; sé que debería hacerlo, y no solo por el hecho de que se hundiría más en la mierda, sino porque no se merece quedar impune de algo así. Sin embargo, ahora mismo no tengo fuerzas; siento que me tiembla todo el cuerpo y las piernas amenazan con dejar de sostenerme, así que niego con la cabeza.

—Creo que prefiero un baño con agua muy caliente.

Él me sujeta por los hombros con la mano libre y agacho la cabeza. Me sostiene el mentón entre su dedo índice y pulgar para que vuelva a mirarlo a los ojos.

—Íngrid… —Pese a que siento que se va a poner paternal conmigo, su voz es casi una súplica—. No puede quedar así y lo sabes. —Guardo silencio porque sé que tiene razón y centro la mirada en la parte de su chaqueta que he mojado con las lágrimas—. Deja que me ocupe de esto y te acompañe en el proceso. No nos llevará mucho tiempo y luego puedes darte ese merecido baño. —Espera, paciente, hasta que dejo escapar un largo suspiro y asiento. Una leve sonrisa se dibuja en sus labios al tiempo que se coloca el teléfono en la oreja—. Y si más tarde te apetece dejar de darle vueltas a todo, sabes que eres más que bienvenida al evento de esta noche.

Vuelvo a asentir, aunque, en estos momentos, no me apetece nada el plan que me propone.

Observo la escena y todavía no lo asimilo. ¿Qué acaba de pasar? Estoy en *shock*, pero no puedo evitar preguntarme a cuántas mujeres les habrá ocurrido algo parecido y cuántas de ellas no han tenido la misma suerte que yo. Solo con pensar lo que hubiese sucedido si Diego no hubiera estado aquí se me pone la piel de gallina.

Mi amigo guarda el teléfono en el bolsillo y me mira con cariño. Al rato, un par de hombres vestidos de negro aparecen en la estancia y, tras saludarnos con un gesto de cabeza, se acercan a Luis.

—Gracias —murmuro cuando Diego me abraza por los hombros y nos dirigimos, así, hacia la puerta.

—No tienes por qué dármelas. —Me besa la sien con dulzura.

—No es solo por esto —confieso, y hago memoria de todos los momentos en los que ha actuado como si también fuera mi hermano —. Creo que nunca te he dado las gracias por estar en mi vida.

—Los amigos están para eso. —Sonríe.

—Tú eres casi un hermano, Diego. No sabes cuánto me alegro de que mi madre se ofreciera a ser tu madrina.

Sé que el comentario lo pilla por sorpresa, por la expresión que leo en sus ojos; jamás tocamos ese tema.

—Y yo, Íngrid. Y yo.

66

Diego lleva un pantalón tejano negro, una camiseta del mismo color y una chaqueta que parece de cuero en la misma tonalidad. Me impacta verlo así, en lugar de con sus típicos trajes, pero lo que más me sorprende son los calcetines negros con topos blancos que sobresalen por encima de sus deportivas. La máscara, en su caso, no es más que un pequeño antifaz que le cubre, escasamente, los ojos.

—Pensaba que llevarías algo más… recargado —digo, después de que nos demos dos besos en las mejillas.

—Necesito que la gente sea capaz de reconocerme. ¿Ves a esas mujeres de ahí? —Apunta a las dos que están en medio de un corrillo y que van de negro, con un atuendo sencillo parecido al de él —. Son mis compañeras y ahora mismo están hablando con autores que después te presentaré. Piensa que tenemos mucho trabajo que hacer hoy.

—Eso es cierto —convengo—. Imagino que estarás disfrutando entonces.

Él enarca una ceja.

—¿Acabas de aprovechar la ocasión para volver a echarme en cara que soy un adicto al trabajo?

—Creo que todos debemos reconocer nuestros defectos tarde o temprano.

—Y yo creo que has coincidido demasiado con Dani últimamente. —Sonríe—. Es más, si no fuera porque creo que es imposible, diría que también has estado viendo a Ingrid.

—¿La de Katana? —No puedo ocultar mi sorpresa.

Su expresión cambia por completo.

—Sí, pero ella no tiene nada que ver con lo que ha pasado. —Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos—. Te lo digo en serio; el que está detrás de todo es Luis.

—¿Y quién es Luis?

—Un gilipollas.

—¿Tú insultando a alguien en lugar de intentar hacer de mediador? Debes de tenerle mucho aprecio —digo con sorna.

—Digamos que me encantaría apretar el nudo de su corbata hasta que llegue a acariciarle las cervicales —murmura entre dientes—. Sobre todo, después de la que ha liado hoy, pero espero que todo se acabe solucionando.

La forma en la que agacha la cabeza me lleva a no preguntar sobre lo que ha podido pasar. Me da la impresión de que es algo que mejor no comentar ahora.

—¿Se solucionará de forma positiva para todos? —Me limito a preguntar.

Diego me observa durante unos segundos, como si analizara algo más allá de nosotros dos.

—Espero que sí, porque me pienso encargar personalmente de varios puntos.

—¿Me estás evitando, ladronzuela?

Un calambre mezcla de excitación y sofoco sacude mi espalda cuando la mano de Alan me roza con suavidad. Me muerdo el labio inferior y me vuelvo hacia él.

—¿Sabes que es una fiesta de máscaras? —pregunto cuando descubro que va con la cara al descubierto.

Me dedica una sonrisa y retira la mano de mi cuerpo. Siento una

punzada de frío en la zona, pero es lo mejor. No quiero que la gente pueda hacer especulaciones sobre nosotros si nos ven juntos en público. No tengo necesidad de más espectáculos por ahora.

—¡Madre mía! ¿Cómo se me habrá podido pasar ese detalle? —pregunta mientras se palpa la cara de forma sobreactuada. Reprimo una mueca de diversión.

—¿Siempre tienes que dar la nota?

—Alan es un cabezón —comenta Diego—. Mira que te dije que te pusieras algo, por pequeño que fuera. —Da un par de toques a su propio antifaz—. A ver qué me invento para cubrirte hoy.

—Puedes decir que me produce urticaria taparme la cara —responde Alan, y se encoge de hombros—. Seguro que alguien le saca el morbo suficiente como para hacer un comentario sobre mi vida sexual.

Una oleada de calor asciende desde mi abdomen hasta mi cara, y me guiña un ojo.

—Muy gracioso… —Diego elige un aperitivo de una de las bandejas que llevan los camareros—. Ambos sabemos que hoy las miradas tienen que estar centradas en otra dirección y tú estás chupando demasiada cámara.

—No me digas que te molesta que me hagan algunas fotos. —Alan se lleva la mano al pecho, en un gesto de fingida preocupación—. Si todos sabemos que van a hacer comentarios acerca de mi falta de dotes literarias, ¿para qué esconderme?

—Eso es porque no saben lo que se viene.

—Ni lo van a saber… por ahora.

—¿Y qué se viene? —pregunto.

—Proyectos secretos que van a dejar a más de uno con la boca abierta —comenta Diego.

—Ya vale de hablar en clave delante de mí —me quejo—. Al final, me voy a tener que comprar un decodificador para estar con vosotros dos.

—Todo a su debido tiempo; sabes que me gusta tomarme las cosas con calma —susurra Alan cerca de mi oído, y siento un cálido oleaje crecer en mi interior.

Las ganas de besarlo luchan contra las barreras de mi control. Sin embargo, cuando creo que están a punto de ganar la batalla, algo llama mi atención a lo lejos y me centro en la máscara rosa que me observa desde la distancia. Apenas consigo ver una parte del vestido color vino, pero sé quién es: Eva.

Yergo la espalda y carraspeo.

—¿Estás bien? —Diego tiene el ceño fruncido.

—Sí, sí. Es solo que estoy algo nerviosa. —Vuelvo la mirada al punto donde estaba mi amiga, pero ha desaparecido.

—Bueno, es normal —responde Diego—. Ahora están haciendo presentaciones en otra de las salas, por eso hay bastantes menos personas aquí. —Miro a mi alrededor y veo que el grupo con el que estaba hablando hace un rato se ha dispersado—. Ya solo queda hacer la gran aparición y después, la entrevista.

—Eso no me relaja.

—Creo que Diego estaba hablando consigo mismo, en lugar de pretender calmarte —dice Alan, y me acaricia el brazo con los dedos.

Mi mente aleja las preocupaciones y se centra en ese punto. ¿Cómo es posible que despierte tantas emociones en mí con un simple contacto?

—Me parece muy feo que, sabiendo cuánto se preocupa Diego por los detalles, lo pongas en un compromiso y no lleves máscara, Alan —le reprendo para meterme con él.

—¿Y dejar que el mundo pierda la oportunidad de verme la cara? —bromea, y me dedica una sonrisa canalla—. En realidad, he estado tentado de ponerme el disfraz de Supermán, ya que tú eres mi criptonita, pero me he acordado de que Clark Kent solo llevaba unas gafas para camuflarse, así que lo de esconderse os lo dejo a los profesionales. Llevar máscara todo el tiempo debe de ser incómodo.

Ladeo la cabeza. ¿A qué me recuerda lo que acaba de decir? Noto que mi cerebro sube de revoluciones al intentar dar con el motivo.

—Voy a… —balbucea Diego, con la vista fija en el fondo de la sala —. Creo que ya está todo listo. Luego nos vemos.

Se marcha sin mirarnos y sin decir nada más.

—Se toma muy en serio su trabajo —expone Alan.

—La verdad es que es admirable.

—Y estresante —murmura, con tono jocoso.

—Sí, eso también.

—Al final, según qué trabajos no dejan de ser una jaula. A veces, se puede salir de ellas y otras tienes que decorarla para que sea lo más cómoda posible.

Escudriño el rostro de Alan con curiosidad.

—¿Eso te pasa con la vida de modelo?

—Eso me pasa con mi propia vida. —La expresión de tristeza de sus ojos me sorprende—. Por eso hay que aprovechar los escasos rayos de sol cuando llegan; te dan fuerzas para afrontar las futuras borrascas.

—Todos necesitamos fortalecernos de vez en cuando —digo, y pienso en que eso mismo estoy haciendo yo en Madrid para salir del agujero en el que estaba metida, porque ya no quiero estar ahí.

—Sobre todo cuando tenemos que enfrentarnos a la realidad.

—¿Qué te preocupa de tu realidad? —Su repentina sonrisa me

descoloca—. ¿Qué te resulta tan gracioso?

—Pues que no siempre somos la fachada que queremos mostrar al mundo. El problema son las consecuencias que tenemos que enfrentar cuando permitimos a las personas colarse en nuestro interior y descubrir lo que escondemos en realidad.

—¿Insinúas que eres una fachada y hay algo de ti que no me va a gustar?

Él asiente y, a pesar de que no deja de sonreír, la expresión de sus labios se convierte en una mueca de aflicción. Acaricia mi mejilla con el dorso de la mano.

—No insinúo, Sara. Pero, a pesar de que pueda no gustarte todo de mí, por favor, quédate con lo que sí te gusta y yo me encargaré de compensar el resto.

—Me estás asustando, Alan.

—Lo siento.

—¿Qué?

—Todo.

—No te entiendo…

—Ya te lo explicaré. Aunque quizá sea demasiado tarde.

La voz de Diego se escucha a través de unos altavoces y pide que le prestemos atención.

—¿Alan?

Él se queda en silencio. Con la vista fija en su amigo.

Tengo una sensación extraña; como si presintiera que se avecina algo malo y no pudiera concretar qué es ni prevenirme.

—Sé que hoy contamos con la presencia de muchos de nuestros escritores —continúa Diego— y os quiero agradecer a todos la oportunidad que le dais a Read & Fun de compartir vuestras historias con el mundo. Sois increíbles. —La gente empieza a

aplaudir—. Y ahora me gustaría anunciar a la persona homenajeada hoy, que consiguió vender más de cien mil ejemplares en la primera semana de publicación de su última novela.

Ese es J. K. Norvi. Lo sé porque Diego me dio el dato el otro día y… Se me corta la respiración. ¡Fue él quien me mandó el mensaje de la criptonita y la incomodidad de llevar máscara por WhatsApp!

Me cubro la boca con las manos y, pese a que me doy cuenta de que no soy la única, estoy segura de que nadie está cortocircuitando como yo en estos momentos.

Doy media vuelta a toda velocidad para enfrentar a Alan, pero ya no está a mi lado.

—No me lo puedo creer —mascullo de forma inaudible para el resto de los invitados.

Me pongo la mano sobre el pecho y compruebo que el corazón me late a mil por hora. Siento que el estómago me da un vuelco y la boca se me seca mientras me doy de nuevo la vuelta y procuro mantener la calma.

—¡Con todos ustedes…! —grita Diego, y simula un redoble de tambores con las manos mientras la música acompaña su gesto—. ¡J. K. Norvi!

Una oleada de aplausos se inicia de nuevo y yo aprieto los puños y los dientes al tiempo que miro hacia la escalera que señala mi amigo.

¿Por eso no me daba su teléfono el muy idiota, porque ya estaba hablando con él? Niego con la cabeza y me debato entre ir y ponerle la zancadilla, buscar un objeto punzante para lanzarle mientras baja o, mejor aún, pagar a alguien para que lo asesine durante el evento y que un compañero suyo resuelva el crimen en uno de sus libros. Sí, estoy exagerando, pero es que no puedo creerme lo que está pasando y no sé si es él quien ha jugado conmigo o si yo he estado jugando a

dos bandas.

Una información se ilumina en mi mente como una alarma: tengo que entrevistar a J. K. Norvi en un rato.

Respiro hondo, en un intento por estabilizar mis emociones. La estupefacción sigue creciendo por mi interior a medida que J. K. Norvi desciende. Cuando está a dos peldaños del final, esa persona se pone a saludar como si fuera parte de la realeza. Y digo «persona» porque siento como si me hubieran tirado un cubo de agua fría por encima y mis pies se hubiesen convertido en hormigón, ya que me doy cuenta de que, a pesar de la máscara, ese chico no se parece físicamente a Alan ni de lejos.

67

Me he quedado de piedra. Sí. Pero ¿quién es ese chico? Parpadeo varias veces y en ninguna de ellas cambia la imagen del cuerpo que tengo a varios metros para convertirlo en el de Alan.

¿Cómo ha podido hacerse pasar por alguien que no era? No entiendo nada.

«¿Estás segura de que era él el de los mensajes?», me pregunto, porque ya dudo hasta de mis propias sospechas; pero ¿por qué hacer esa referencia a la criptonita si no? Reviso los mensajes y aprieto los labios cuando leo la frase sobre las máscaras. Es exactamente lo que ha dicho Alan; eso no puede ser casualidad. Además, lo de pedirme perdón hace un momento… ¿A qué se debe?

Mientras la multitud se aglomera en el inicio de la escalera y alaba al homenajeado, yo voy en busca de mi propio J. K. Norvi.

Repaso mentalmente las conversaciones que hemos mantenido. Me ha explicado algunas de sus inseguridades, aunque haya sido a modo de reflexiones y sin poner nombre a todo lo que le preocupa. Sin embargo, si enlazo conceptos…

—Aquí estás. —La voz de Diego me sobresalta—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Es solo que…

—Estás nerviosa —concluye él por mí—. Pues tenía intención de presentarte a algunos de los autores que has leído. ¿Te ves con ganas?

—Por supuesto —respondo, sin pensarlo siquiera.

Estoy en un evento literario rodeada de escritores a los que admiro; sería absurdo por mi parte no aprovechar este momento por muchas ganas que tenga de hablar con Alan. Nuestra conversación puede esperar unos minutos, pero el día de hoy tiene fecha de caducidad.

—Vamos.



Los minutos se convierten en una hora de charla y conversaciones con autores, en la que hablamos sobre sus libros, comentamos algunas escenas con todo tipo de *spoilers* y nos descubren varias curiosidades sobre el momento en el que las escribieron.

—Que es en serio —dice una de mis autoras favoritas—. Cuando empecé a escribir *Habitación 501*, yo solo quería hacer un relato…

Las risas llenan el ambiente y Diego aprovecha la distracción para agarrarme del brazo y llevarme de forma discreta a un sitio apartado.

—¿Qué te pasa? —dice, y su tono es muy parecido a la exigencia.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara.

—¿Tú crees que Alan se hace pasar por J. K. Norvi?

—¿Qué?

Después de explicar la situación —ahorrándome algunos detalles personales, pero dando la información necesaria—, Diego se pasa las manos por la nuca y respira hondo varias veces.

—Por eso respondió a mi llamada aquel día… —murmura.

—¿Cuándo?

—El del evento. Cuando te quedaste encerrada en el ascensor, me dijo que le dejara llamar desde mi móvil para ver si así los del

servicio técnico le cogían el teléfono. Y yo estaba tan agobiado con la organización que se lo dejé y, por supuesto, no se me pasó por la cabeza que su plan fuera hacerse con tu número, porque en aquel momento yo ni siquiera sabía que eras tú la que estaba allí encerrada.

—La verdad es que dejarme la batería externa fue un detallazo y agradezco que se quedara a darme conversación, porque lo estaba pasando muy mal, pero ¿por qué jugar a ser alguien que no es?

—A mí me sorprendió la repentina muestra de amabilidad hacia ti cuando se suponía que le caías mal, pese a que en el fondo sabía que le habías llamado la atención. —Hago una mueca y él eleva una de las comisuras de los labios—. Y me quedó clarísimo el interés que tenía por ti cuando te besó en público.

Suelto un bufido nada elegante.

—Seguro que le gustó mi forma de mancharle la ropa con café.

—Eres una persona increíble, Sara. Que se fijara en ti no me sorprende. De hecho, hablé con él en varias ocasiones sobre el tema, porque noté que existía bastante tensión y mal rollo entre vosotros y no entendía nada. Después del beso ya vi que la situación había cambiado y no quise inmiscuirme.

El calor se instala en mis mejillas.

—Sí, bueno… Yo… Nosotros… —titubeo y me muerdo el labio inferior, para detener mi falta de elocuencia—. No sé en qué punto el rechazo se convirtió en esto, aunque ahora me siento un poco engañada.

—No tengo ni idea de por qué se ha comportado así. —Diego niega con la cabeza—. Es cierto que tenía ciertas dudas porque eres *bookstagrammer* y ese mundillo le genera desconfianza… Supongo que ya sabes que no lleva bien el tema de las reseñas. —Yo asiento

con la cabeza—. No es que sea una excusa, pero creo que deberíais hablar y aclarar las cosas. Al final él también podría llegar a sentir cierta «traición» —dice mientras hace unas comillas con los dedos— por tus conversaciones de WhatsApp con quien creías que era J. K. Norvi.

—No han sido nada del otro mundo, pero está claro que había un tonteo al principio —confieso, más para interiorizarlo yo que para que Diego lo sepa—. Aunque me he ido distanciando un poco desde que… —Carraspeo—. Lo que no tengo tan claro es si Alan estaba intentando conocerme de otra forma. Todo esto empezó antes de nuestro acercamiento y no sé si quería saber más de mí y alguna barrera se lo impedía.

—Alan tiene varias barreras, sí.

—¿Crees que lo ha hecho por eso o para jugar conmigo?

—Como haya jugado contigo lo mataré —sentencia.

—Puedo matarlo yo llegado el caso, pero gracias. Y, si me disculpas, voy a buscarlo.

—Recuerda que tenemos la entrevista con J. K. Norvi en veinte minutos.

—Tranquilo, será una ejecución rápida. —Le guiño un ojo.

Miro la hora en mi móvil para controlar que no se me pase el tiempo. El aviso de un nuevo mensaje de WhatsApp provoca que mi estado de nervios se incremente.

J. K. Norvi

Lo siento.

Y deduzco que se ha esfumado de repente, porque sabe que he atado cabos con lo de los superhéroes antes de que el auténtico J. K. Norvi bajase por la escalera. ¿Era eso lo que quería decirme?

Supongo que, al final, todos somos esclavos de lo que decimos y dueños de lo que callamos.

Sara

¿Te refieres a haberte hecho pasar por J. K. Norvi o a no decirme la verdad?

J. K. Norvi

Hasta donde yo recuerdo, jamás te dije de forma explícita quién era.

Repaso la conversación y me molesta tener que darle la razón mentalmente, al comprobar que nunca dijo si era Alan o J. K. Norvi. Sin embargo…

Sara

Ya. Pero dejaste que lo imaginara.

Porque con el tema de «entrevistadora», la cuenta de Instagram, el anonimato… sabías en quién pensaría.

Le cambio el nombre a su contacto, porque es absurdo que continúe con uno que no es real.

Alan

¿Me hubieras respondido al mensaje de saber que era yo?

Sara

Lo que me resulta curioso es que me escribieras si tanto me odiabas.

¿Qué pretendías?

PD: Te estoy buscando y puede ser que te estés escondiendo muy

bien o que esto sea enorme.

Alan

No me estoy escondiendo, estoy en la puerta de la biblioteca y lo que me apetecía era conocerte, porque después del momento del ascensor me quedé bastante intrigado contigo.

Puede que no fueran las mejores maneras, pero no niegues que fue más fácil así.

Además, parece que a ti también te estaba gustando el juego…

Pongo los ojos en blanco a pesar de que no puede verme.

Sara

Lo que no voy a negar es que me parece bastante sucio que me estuvieras conociendo por dos medios diferentes sin yo saberlo.

Eso sí es jugar con ventaja.

Alan

Ya te dije ayer que la necesitaba.

Me sonrojo al recordar la noche que hemos pasado juntos y, a la vez, me enfado porque siento que me ha tomado el pelo.

Sara

No sé por qué la necesitabas, pero no me parece bien, Alan.

Estoy de camino a la biblioteca, espérame ahí.

Alan

A sus órdenes, ladronzuela.

Camino lo más rápido que puedo, dejando que los sentimientos negativos dominen un poco mi estado de calma. En realidad, no me parece bien cómo ha jugado sus cartas. Es cierto que yo di por hecho quién era, pero está claro que me despistó a propósito. ¿Le pareció interesante la conversación del ascensor? Y, ahora que lo pienso, cuando se dio cuenta de que era yo quien estaba atrapada, ¿por qué se comportó tan bien si se suponía que le caía mal?

«Porque nadie puede dejar de ser como es», me respondo, y estos días me he dado cuenta de que Alan se entrega por completo; quizá le salió la vena altruista y por eso también me dejó el cargador. Niego con la cabeza; todo eso no compensa que me haya tenido con una venda en los ojos, ¿o sí? ¿Y qué pretendía al tontear conmigo con mensajes? ¿Acaso quería ver si soy de fiar para confirmar sus teorías de las reseñas? Tampoco teníamos nada como para que me pidiera exclusividad cuando empezamos a hablar y he reconducido las últimas conversaciones de WhatsApp para marcar distancia, así que no tendría por qué enfadarse… ¿no?

Estoy demasiado confundida para sacar una conclusión sin hablarlo con él primero.

Tras preguntar a varias personas por la ubicación de la biblioteca —tengo que decirle a Diego que, en el próximo evento, regalen un mapa dentro de la bolsita que reparten, con un libro y otros detalles —, llego al pasillo que precede a nuestro lugar de encuentro. Alan está hablando con una mujer rubia que parece bastante alterada y… ¿se están besando?

Detengo mi avance y observo la escena. Él la sujeta por los brazos y, tras separarla de él, le dice algo. Estoy a una distancia desde la cual no puedo escuchar la conversación, pero la mujer parece disconforme con algo y sale corriendo sin que pueda verle la cara.

No pierdo el tiempo y me dirijo hacia él a toda prisa.

—Eres un cabrón —espeto cuando llego a su lado.

Él frunce el ceño y abre la boca cuando parece darse cuenta de que he presenciado la escena.

—No es lo que piensas.

—¿Qué es lo que pienso y qué es en realidad? Porque yo ya empiezo a despistarme contigo, Alan.

—No me he liado con ella. —Se gira y señala en la dirección por la que ha salido corriendo la mujer—. Se ha lanzado sobre mí, como si fuera un vampiro, y…

—Y tienes un magnetismo que atrapa tanto como una buena historia, ¿no? —Niego con la cabeza, aunque en el fondo es así como definiría a Alan. Suspiro con fuerza—. Lo he visto. Y me ha dado la impresión de que ha salido corriendo porque no ha obtenido lo que quería. —Él asiente en silencio—. Tu sangre supongo… —bromeo, para apaciguar la tensión que siento, y sonríe.

Creo que es mejor hablar con calma que montar un espectáculo.

—Quiero que sepas que me parece fatal lo que acaba de pasar. Le he dejado claro que estoy contigo y no me van estas mierdas raras.

«Estoy contigo». Las dos palabras resuenan en mi cabeza y el corazón se me acelera. ¿Está conmigo? ¿Estamos juntos? Espera… ¿Le ha dicho que existo?

—¿Le has dicho que existo?

Él frunce el ceño.

—¿Que existes? —pregunta, con el ceño fruncido—. Lo que le he dicho es que no estoy interesado en nadie más y que no me parece bien que siend…

—Vale. —Levanto la mano y cierro los ojos. Él se queda callado y yo respiro hondo, antes de volver a mirarlo—. Tendremos esa

conversación, pero primero me gustaría que me explicaras por qué no me dijiste que…

Detengo la frase, porque la vista se me va al cuello de la camisa de Alan. Rosa. Pero no un rosa cualquiera, no; una tonalidad de carmín que reconocería en cualquier parte.

¿Cómo he sido tan tonta? Definitivamente hoy no sería un buen día para buscar empleo como detective. Vuelvo la cabeza hacia la izquierda, para ver el vestido color vino alejarse escalera abajo y entonces caigo en la cuenta de a quién pertenece.

Lo que me faltaba. Aprieto los puños a ambos lados del cuerpo y empiezo a rechinar los dientes.

—¿Te encuentras bien, Sara? —pregunta Alan, con calidez. Por mucho que pretendo controlar mis emociones, ahora mismo nada puede hacerlo—. Reconozco que lo de los mensajes no ha sido la mejor forma de hablar contigo, pero fue la idea que se me ocurrió para romper la distan…

—Ahora vengo —le interrumpo y sigo a toda prisa el camino que ha tomado Eva.

68

—¿Dónde te habías metido? —Diego me intercepta al final de la escalera—. La entrevista es dentro de tres minutos y J. K. Norvi ya está esperándonos.

—Deja que arregle algo primero, por favor —respondo, sin detenerme a observar su gesto de súplica porque la sangre me hierve.

Mi amigo agarra uno de mis puños cerrados.

—Parece que está siendo una noche intensa.

—Y que lo digas.

—¿Has hablado con Alan?

—Vengo de ahí, pero ha aparecido otro… asunto, que tengo que cerrar primero —mascullo entre dientes y suelto un suspiro.

—Si te siguen creciendo los enanos, al final tendrás que plantearte montar un circo.

Me giro hacia Diego y su sonrisa ladeada. Es increíble que, a pesar de toda la tensión que debe de estar sintiendo en este momento, tenga ánimo para intentar hacerme sonreír; no me lo pienso dos veces y lo abrazo.

—Gracias.

—No me las des y espabila que te quedan unos segundos —dice mientras me devuelve el abrazo—. ¿Va a ser rápido? —Me separo de él y hago una mueca apretando los labios, a la vez que empiezo a buscar con la mirada a la que era mi amiga—. No sé por qué me empeño… —musita antes de alejarse.

Sé a qué se refiere: Diego necesita tenerlo todo bajo control; especialmente en lo que al trabajo se refiere. Lo hemos hablado alguna vez y ya le he comentado que parece que la empresa sea suya, pero él lo atribuye a que le encanta su profesión y, al final, seguir ahí depende también de su implicación y de que todo salga bien. «La típica excusa de un *workaholic*», me digo mientras sigo con mi búsqueda.

El vestido color vino aparece ante mis ojos junto a dos personas que se encuentran próximas a la entrada y no dudo en acercarme al trío. Aprovecho que ella está de espaldas a mí y busco el valor que necesito para afrontar esta situación.

—Todavía no lo he leído. —Oigo que comenta la chica que no reconozco.

—Es de sus mejores libros —responde el chico—, pero espérate a que saque la tercera parte, porque te aseguro que te quedas con ganas de más.

—¿Sabemos cuándo sale?

—Ni idea —dice él.

—¡Cuánto odio que hagan eso!

—Yo me los leería —dice Eva—. De esa manera, puedes subir la reseña, crear *hype* y, cuando vaya a salir la tercera parte, petas los *stories* con tus comentarios y te aseguras de que la editorial te envíe el último libro cuando salga. Es todo cuestión de estrategia.

—La verdad es que visto así…

Observo la calma con la que hablan; como si Eva no acabara de lanzarse al cuello de Alan. Como si no me estuviera ignorando toda la noche mientras me espía por los rincones, como si nuestra amistad no estuviera pendiente de un hilo y ella se empeñara en jugar con una tijera.

¿En serio hemos acabado así? Respiro hondo varias veces.

—¿Tienes un momento? —pregunto cuando estoy algo más calmada.

Eva se mantiene impasible, pero los otros dos nos miran alternativamente.

—¿Tú no eres Querido Bookstagram? —me pregunta el chico con efusividad y yo me esfuerzo por sonreír—. He visto tu máscara por *stories*. —Me mira de arriba abajo y sonríe—. Y el vestido me tiene *in love* total.

—Muchas gracias. —Es lo único que respondo, porque sigo con la mirada fija en la espalda del vestido carmín. ¿De verdad no se va a dar la vuelta?

La chica carraspea.

—Creo que no es momento de presentaciones, cariño —le dice a su amigo con suavidad—. Y me parece que te busca a ti —le comenta a Eva, que se gira con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Qué necesitas?

—Que hablemos.

—Estoy ocupada ahora.

—Con qué velocidad reemplazas tus ocupaciones, ¿no? —digo, con más hostilidad de la que me gustaría.

—Nosotros vamos a por una bebida —dice la chica, y le da un codazo a su amigo, que no parece muy de acuerdo con alejarse y perderse la distracción, porque se marcha sin dejar de mirarnos.

—Estarás contenta, querida.

—Pero ¿tú de qué vas? —espeto, y no puedo evitar preguntarme si la vena agresiva que me está saliendo últimamente se debe a los años de represión y a las emociones enquistadas.

—¿Perdona?

—No, Eva. No te perdono. —Niego con la cabeza—. Lo siento, pero no sé cómo hacerlo. Entiendo que lo de Alan te ha jodido, pero que vayas detrás de él, ignorando que estoy en medio, me parece de lo más rastrero.

—¿Más rastrero que el hecho de que tu amiga se líe con el chico que te gusta desde hace años?

—¡Pero si estás con Pedro!

—No estoy con él y sabes lo que siento por Alan.

—¿Y qué tendría que haber hecho, Eva? ¿Alejarme? ¿Dejar de sentir?

—Decírmelo, Sara. Decírmelo.

Touché.

—En eso tienes razón, no he hecho las cosas bien, pero no creo que sea motivo para que me castigues de esta manera.

—¿Castigarte? —Sus cejas rubias se elevan hasta casi la mitad de la frente—. ¡Ja! No seas egocéntrica, querida. —Se recoloca un mechón por detrás de la oreja—. Lo que estoy haciendo es buscarme la vida y aprovechar las oportunidades que me brinda.

—¿Llamas «aprovechar una oportunidad» a acercarte al chico de otra? —pregunto perpleja.

—Vaaaya. —Suelta una risita sardónica—. Así que ahora es tu chico. Pues sí que han cambiado las cosas. Pues nada. —Hace una mueca con los labios—. Ya me avisarás para la boda.

—Por Dios, Eva. No seas peliculera.

—En realidad, Sara, parece que a quien le gustan las películas y el drama es a ti.

—¿A mí?

—Sí. A ti —responde con petulancia—. ¿Por qué no te quitas ya la máscara y enseñas a todo el mundo quién eres y con quién estás? Si

tan orgullosa te sientes…

Antes de que me dé cuenta, Eva atrapa mi antifaz y da un tirón, con tan mala suerte que cede el lazo que la sujeta. Intento reaccionar con rapidez, pero el trozo de cartón con plumas cae sobre mis manos mientras que las de Eva viajan hasta su boca para taparla, como si acabaran de cometer un pecado.

—Lo… lo siento… Yo…

Me quedo mirando el objeto y todo mi mundo se detiene durante unos segundos.

Me coloco la máscara lo más rápido que puedo.

—¿Se ha roto? —pregunta Eva, y observo que tiene la vista fija en mi antifaz mientras me lo anudo por detrás de la cabeza.

—Creo que la cuerda estaba floja.

Examino el par de ojos azules que tengo delante y me doy cuenta de que la expresión de pena se desvanece.

—Mira el lado positivo; puedes aprovechar la ocasión y dejar de fingir.

—¿Fingir qué?

—Me refiero a que no tendrás que esconderte y podrás mostrar la cara por las redes.

—No quiero mostrar la cara por las redes. Ya lo sabes.

—¿Qué más da? —Niega con la cabeza—. Ahora ya se ha resuelto el misterio de quién eres, no tiene sentido que sigas creando *hype*.

—¿Crees que estaba haciendo todo esto por alguna estrategia de *marketing*? —Alzo las cejas tanto como puedo.

—Ya hemos hablado alguna vez de que te estabas convirtiendo en La Vecina Rubia de Bookstagram.

—Yo no soy como tú, Eva. Y, si realmente crees que lo de ocultarme formaba parte de un plan, acabas de dejarme claro que no me

conoces.

—¿No te das cuenta del bombo que puede tener esto?

—Si de verdad fueras mi amiga, entenderías lo incómoda que me siento solo con pensarlo.

—Parece que tú tampoco me conoces a mí —declara Eva, y la miro con expectación—. Porque, si lo hicieras, sabrías que lo único que estoy intentando es que veas el contrapunto para que aproveches la oportunidad. —Deja escapar un suspiro sonoro.

—Eso no es lo que quiero.

—¿Y qué quieres, Sara? —Una mueca de incomprensión aparece en su rostro—. ¿No tienes suficiente?

—Quiero que mi amiga me explique por qué ha cambiado tanto.

—La amistad consiste en respetar, Sara —apuntilla ella—. Respetar los sentimientos de tus amigas. ¿Acaso no entiendes que yo me he sentido decepcionada?

—¿Y la forma que has encontrado para solucionarlo ha sido actuando como una arpía?

—Yo no soy la que se ha ido con el chico que le gustaba a mi amiga.

—Te he pedido perdón por eso.

—Pedir perdón no enmienda los errores; solo limpia el sentimiento de culpa.

Sus pupilas, rodeadas por el hielo de sus iris, me observan con detenimiento y yo me siento fatal, porque sé que tiene parte de razón. Sin embargo, creo que hemos entrado en un bucle que únicamente puede conducirnos a un punto sin retorno, porque ¿qué pasa cuando dos personas heridas se enfrentan? ¿Quién tiene razón? Está claro que ella también ha sufrido y, aunque al principio todas ocultábamos que habíamos conocido a Alan, porque conocíamos la

obsesión que tenía Eva con él, no creí que esto fuera a llegar tan lejos ni que se convertiría en un desencadenante que arruinaría nuestra amistad de esta forma.

Me encuentro en medio de un torbellino de sentimientos encontrados.

Qué ironía: buscábamos al villano perfecto de nuestra historia y al final hemos sido nosotras mismas. Niego con la cabeza y el cordón de mi máscara cede de nuevo. Esta vez, me doy cuenta de lo que está pasando cuando un *flash* me deslumbra por unos instantes, y soy consciente de que es demasiado tarde para reaccionar a tiempo: la revelación ya está hecha.

Mierda.

Nuestra conversación, un tanto acalorada, ha llamado la atención de varias personas. Por desgracia, Bookstagram es una comunidad que refleja —como todas— lo que hay en la sociedad, y estoy convencida de que algunas de las «cuentas» aquí presentes aprovecharán para anunciar quién soy, a pesar de que se haga en contra de mi voluntad.

¿Por qué en todas partes tiene que haber quien siempre busca salseo? Lo único que me consuela, medianamente y mientras intento ver qué le pasa al cordón de mi máscara, es escuchar a varias personas cuchicheando acerca de que es una pena que se sepa quién soy si yo no quería que fuese revelado. Unas voces comentan que hubiera sido un bombazo hacerlo por *stories*, otras culpan a Eva de la tragedia y un último grupo empieza a murmurar acerca de otro tema bastante diferente: «¿Esa no es la chica a la que besó Alan Vidal?». Después de esa frase, y de las afirmaciones posteriores, la expresión de la muchacha que tengo delante cambia por completo, hasta el punto de llegar a preocuparme.

—¿Te encuentras bien? —digo y, por un momento, me olvido de cómo me siento yo y lo que estaba haciendo.

—Sssí… —titubea y sé que miente.

—¿Podemos hacernos una foto? —La pregunta proviene de un chico que se ha materializado a mi lado sin que me diera cuenta.

—Yo voy primero —decreta Eva, y no me da tiempo a reaccionar antes de que se levante el antifaz y, con el mío todavía en la mano, nos tome una fotografía juntas—. La exclusiva es mía.

Y en ese momento me doy cuenta de que, por encima del dolor y la rabia, hay un mundo de egocentrismo que siempre será más fuerte que todo lo demás.

—Estás de broma, ¿verdad, Eva? —pregunto de forma retórica, porque ella está abstraída con la vista fija en el móvil—. Ni se te ocurra subir eso o te aseguro que yo misma te denuncio la cuenta —comento mientras me ato la máscara como puedo y un barullo de gente me rodea y empieza a bombardearme con preguntas.

Un par de segundos después, pierdo de vista a Eva, que se ha alejado sin responder. Me da pavor ponerme a revisar el móvil.

—¿Estás saliendo con Alan? —pregunta una voz que no me suena para nada.

—¿Desde cuándo?

—¿Has leído su libro?

—¿Vivís juntos?

—¿Estás leyendo el manuscrito de su nueva obra?

No he sido capaz de procesar la velocidad del interrogatorio cuando el sujeto de mis principales problemas aparece entre la multitud.

—Esto es un evento literario —expone con la seriedad y la brusquedad propias del Alan que conocí al principio—. No un

programa del corazón.

—En los libros de romance también hay salseo —comenta alguien en voz baja.

—Pues imagino que en Read & Fun tendrán muchos títulos entre los que escoger para que leas uno.

—Esta breve salvación no te hace ganar puntos —murmuro, para que solo Alan pueda escucharme.

—Me has dejado con la palabra en la boca hace un rato, así que creo que eres tú la que tiene que sumarlos —concluye él, y estoy a punto de replicar cuando noto que alguien me sujeta por el brazo.

—Sara, vamos muy tarde —señala Diego, y me arrastra fuera de escena.

Con una mano sobre la máscara para asegurarme de que está en el lugar que le corresponde, sigo a mi amigo lo más rápido que puedo. De fondo, escucho a Alan lidiar con el torbellino de preguntas sobre nosotros y sonrío con perversidad al recordar que, cuando fingía ser J. K. Norvi, me confesó lo poco que le gustan los cotilleos y la fama.

Y recordar que he estado hablando con él y no con el auténtico autor —salvo un par de frases por Instagram—, me conduce a darme cuenta de que no tengo ni idea de cómo es la persona a quien voy a entrevistar.

69

—El evento acabará en una hora y J. K. Norvi tiene que marcharse —comenta Diego cuando nos detenemos delante de una puerta—. ¿Estás lista?

—Nací para este momento —declaro, para enfundarme en una seguridad inventada.

A mi amigo parece gustarle la respuesta, porque sonríe antes de precederme al interior de la estancia. Entramos en el pequeño despacho y el hombre que he visto antes —y que creía que era Alan — abandona su lugar tras la mesa de madera y se acerca a nosotros.

—Norvi, te presento a Sara, de Querido Bookstagram.

—Estoy de los nervios. Me hacía mucha ilusión conocerte —suelto a toda velocidad a causa de la excitación, y estrecho con demasiada efusividad la mano que me tiende.

Unas cejas doradas aparecen por encima del antifaz como respuesta y miro a Diego, porque no sé si he dicho algo inapropiado, pero él no parece prestarnos atención.

—Sentaos allí. —Señala el lugar que ocupaba J. K. Norvi. Sobre la mesa distingo su último libro y un par de botellas de agua—. Voy poniendo el móvil en el trípode y, Sara, puedes poner el tuyo en este aro de luz si quieres.

Señala un aro que está sobre la mesa, imagino que escondido del ángulo de su móvil para que no se vea. Preparamos todo y saco la lista de preguntas. Ahora mismo no sé si estoy más nerviosa por quedarme en blanco o por que nadie se conecte para vernos.

—Vale, chicos. Todo listo —anuncia Diego—. Si os parece bien, empezamos. Sara, saluda y presenta tal y como quedamos, ¿vale?

—Perfecto.

—Tres… Dos… Uno… ¡Vamos!

Esa cuenta regresiva es la que da paso a todo. Mi tembloroso dedo índice pulsa sobre el icono para iniciar el directo en la aplicación y leo el mensaje de Instagram en el que me informa de que está avisando a mis seguidores de la retransmisión. Me sudan las palmas de las manos y me abstengo de tocar el papel. Respiro hondo varias veces antes de hablar y saludar a ambos dispositivos.

—Buenas noches, soy Sara de la cuenta de *bookstagram* Querido Bookstagram. Muy original, lo sé —digo con una risa nerviosa, y oigo que se suman las de mis acompañantes—. Tengo el honor de que mi primer directo sea una entrevista al famoso escritor J. K. Norvi, al que estoy segura de que todos conocéis. —Los mensajes con saludos, emoticonos y otras frases empiezan a llenar la pantalla y me relajo un poco al ser consciente de que no estoy sola, hablándole a un teléfono, sin que haya gente al otro lado. Con algo más de confianza, levanto el libro y lo acerco a mi teléfono y luego lo encaro hacia donde se encuentra mi amigo—. Por si no sabéis de quién hablo, me refiero al autor de esta obra de arte, que espero que hayáis leído o esté en vuestra lista de próximas lecturas. También está conmigo Diego, de la editorial Read & Fun, que ha sido quien ha organizado todo esto y quería agradecerle el haber contado conmigo para la entrevista. No sé si ellos querrán decirnos algo también… —El aludido, que está sentado a mi izquierda, y queda fuera de plano, deja sobre su regazo el móvil con el que está revisando el directo y me hace gestos de negación con los dedos.

La seguridad que estaba consiguiendo empieza a mermar, porque

creo que acabo de meter la pata. Él parece darse cuenta, porque enseguida indica a viva voz:

—Podéis hacernos las preguntas que queráis sobre la novela. —Con un toque de humor, añade—: Si ellos se vienen arriba con su conversación, no os preocupéis que yo las iré leyendo. Saciaremos todas vuestras curiosidades sobre el autor y su obra siempre y cuando no sean *spoiler* o rocen la violación a su intimidad… A no ser que J. K. Norvi esté dispuesto a dar esos detalles, claro.

El chat se llena de corazones y yo respiro un poco más tranquila.

—Voy a empezar con una de mis mayores curiosidades, como dice Diego —señalo y me vuelvo hacia mi entrevistado, quien todavía no ha pronunciado palabra alguna—: ¿Cómo se te ocurrió esta trama y la idea de sus personajes? Necesito saberlo todo sobre la bibliotecaria —especifico, porque es uno de mis personajes favoritos, ya que me siento muy identificada con ella.

Él ladea la cabeza y sonríe. Tras una breve pausa, que aprovecho para leer comentarios de «Me ha encantado» y «Necesito saberlo ya» en la pantalla, responde en un tono suave:

—Verás, Sara. Todo empezó hace años, cuando iba al colegio. Por aquel entonces, yo no era más que un chico corriente que conoció a una persona especial, cuyo amor por los libros era mucho mayor que el de cualquier niña de ocho año. Y esa, además de otras peculiaridades fascinantes, me llevaron a imaginar a la bibliotecaria de la historia que hoy presentamos, ya que…

Desconecto. Mi cerebro se apaga y se detiene en el aquí y el ahora, para trasladarse a otra realidad; a una que vive en mis recuerdos… No puede ser. Y ya no solo porque conozco detalles de la historia que me está explicando la persona que gesticula delante de mí, sino porque en el momento en el que mi nombre ha salido de su boca,

una sensación de desconcierto me ha invadido por completo.

Fingiría que me lo estoy inventando todo, pero en el fondo sé la verdad y no la asimilo. Está claro que se trata de una broma de mal gusto.

Miro a Diego, pero él tiene la vista fija en el chat y parece que no detecta nada fuera de lo común. ¿Es posible que tu interior emita un ruido ensordecedor y nadie más que tú lo escuche?

—… para mí es uno de los mejores personajes que he creado, aunque supongo que es por el cariño que le tengo. —Y, sin dejar de sonreír, concluye—: Por eso me alegra que te guste.

No digo nada. Y no es por falta de preguntas, argumentos o frases, que giran a toda velocidad dentro de mi cabeza, no; es porque le devuelvo la mirada a esos iris que ahora reconozco como familiares y siento que esto es surrealista. ¿Cómo me ha pasado inadvertida esa faceta de la vida de Gonzalo?

El mensaje implícito en las palabras que acaba de formular flota en el aire y no me pasa desapercibido. «Me alegra que te guste». ¿Cómo no me va a gustar? ¿Cómo no me voy a sentir identificada con ella? Mi mente, mi corazón y mi estómago parecen conectarse en medio de una agitación y mandan señales erróneas a mi cuerpo, por lo que acabo abriendo y cerrando la boca, como un pez fuera del agua. Y pensar que casi creía que había hablado con J. K. Norvi cuando le expliqué mi situación sentimental…

—Creo que nadie ha explicado con tanta emoción y detalle la creación de una historia y su protagonista, ¿no creéis? —apunta Diego, y puedo sentir su vista fija en mí, pero no consigo reaccionar.

—¿Qué decís vosotros? —pregunta J. K. Norvi directamente a cámara—. ¿Hay algún otro personaje del que os gustaría saber más?

Recupero la compostura, carraspeo, respiro, cuento los latidos de

mi corazón y procuro mantener la calma. Me recuerdo que estoy en directo, que esto es importante para mí y que debo actuar con profesionalidad.

—Ha sido… —comienzo, y me detengo para buscar la palabra adecuada— conmovedor.

—Gracias. —Lo miro de nuevo a los ojos. Está claro que este no es el lugar ni el momento para hablar de otro tema que no sea la entrevista, y eso es lo que me transmite la suave palmada con la que me acaricia el muslo por debajo de la mesa, así que decido proseguir con las preguntas y simular que no pasa nada.

—Creo que es mi turno de preguntar. —Me sonríe con confianza—. ¿Cómo fueron tus inicios en Bookstagram y por qué decidiste ocultar tu identidad?

—Verás… —Fijo la vista en mis manos, que estoy retorciendo sin darme cuenta, y las apoyo sobre la mesa. No lo puedo contar todo y sé que la pregunta va mucho más allá de Instagram: él quiere saber por qué nadie de mi entorno conocía de su existencia; quiere saber por qué nunca se lo conté a él—. Todo empezó con mi prima, que me animó a crearme la cuenta para que compartiera mis opiniones con otras personas y acabé descubriendo toda esta comunidad. —Se me escapa una sonrisita al recordar mis inicios—. De hecho, todavía recuerdo mi primera colaboración, en la que no sabía a ciencia cierta qué tenía que hacer y acabé subiendo una reseña en todas las plataformas que conocía.

—Eso nos ayuda mucho a los escritores —conviene.

—Sobre todo a los autoeditados. —Es inevitable que piense en María. Los tres permanecemos en silencio y la expresión que se oculta tras la máscara de J. K. Norvi me obliga a recordar que mi respuesta está incompleta—. Y lo de ser anónima… Digamos que la

gente de tu alrededor no siempre entiende tus pasiones y es difícil tener empatía cuando no compartes aficiones. Tampoco quería que nadie supiera qué estaba haciendo con mi tiempo o que pudieran criticarme…

—A veces —comenta él, con voz dulce, cuando dejo la frase a medio construir—, compartir estos secretos con las personas que nos rodean hace que nos demos cuenta de que son más afines a nosotros de lo que creíamos.

La sonrisa se me dibuja sola.

—Chicos —interrumpe Diego—, desde el chat nos preguntan cómo has hecho para compaginar el *thriller* con la romántica.

—Esa me gusta —convengo—. Cuéntanos, ¿cómo has conseguido mezclar con tanta delicadeza la parte romántica con la de un *thriller* de un ritmo tan imparable?

—Me halaga ese comentario. En realidad, lo tuve claro desde el principio, porque siempre he querido escribir una historia que…

El tiempo pasa muy rápido cuando me relajo. Las preguntas y respuestas se dan con una facilidad y una complicidad que me hubiera sorprendido hace unos días. Sin embargo, la naturalidad y la comodidad que siento me empujan a indagar, incluso, sobre algunos puntos que no tenía previstos y me olvido de que estamos en directo, ya que ni siquiera leo los mensajes, porque Diego se encarga de eso.

—Muchísimas gracias por estar hoy con nosotros —concluye Diego cuando respondemos a las preguntas que nos han dejado y doy por finalizada la entrevista—. ¿Queréis que hagamos más directos como este? —Veo en la pantalla las respuestas afirmativas y sonrío—. ¿Y queréis que Sara presente alguno más?

Lo mato. Vuelvo la cabeza hacia él con cierto odio en la mirada, del que no es consciente, pero la repentina desaparición de su sonrisa

me lleva a devolver la vista al chat. Ahí es cuando empiezo a leer los comentarios acerca de Alan; de si voy a entrevistarlo a él también; acerca del motivo por el que he hecho la entrevista con máscara, si ya se me ha visto la cara por las redes, y las preguntas sobre otros asuntos que distan mucho del ámbito literario.

Eso no me lo esperaba. A pesar de que tenía la esperanza de que Eva no subiera la foto, sospechaba que mi rostro acabaría apareciendo de alguna forma, pero no pensé que las noticias volaran a tanta velocidad.

Gonzalo me sujeta la mano con la que agarro la silla con fuerza y le devuelvo el apretón. Está claro que él sabe lo del beso con Alan y me alegro de que nuestra amistad siga prevaleciendo ante todo. Supongo que siempre hemos sido dos almas solitarias en medio de un océano de incomprensión.

—Tendremos en cuenta todas vuestras peticiones. ¡Gracias por participar! —exclama Diego, antes de finalizar el directo desde la cuenta de la editorial y, con los mismos temblores que al principio, toco el botón de mi pantalla para cerrar el mío—. Ha sido perfecta, chicos. Menuda complicidad.

—Si yo te contara… —balbuceo, y niego con la cabeza porque tengo demasiado que asimilar. Diego se aleja con los bártulos y los guarda en su maletín.

Me giro al escuchar un susurro a mi derecha.

—Sara, estoy alucinando. Me parece increíble que…

La puerta de la habitación se abre de par en par y un hombre trajeado entra sin pedir permiso. Lleva la americana mal colocada, el pelo revuelto y su cara tiene una expresión que es mezcla de cólera e indignación. El hedor de su presencia llega a mis fosas nasales y arrugo la nariz.

—¿Dónde demonios está el condenado de mi primo? —brama en cuanto su mirada se posa sobre Diego.

—¿Qué haces aquí, Luis? —Mi amigo se tensa y aprieta la mandíbula.

—Si crees que tienes más autoridad que yo, es que no sabes con quién estás hablando. Tengo demasiados contactos como para que podáis joderme con tanta facilidad. No te pienses que una estúpida denuncia va a hundirme.

Dos hombres de seguridad aparecen para sujetar al tipo por los brazos.

¿Ha dicho Luis? ¿Ese no era el nombre de la persona a la que Diego culpaba de todo? ¿Este es el hombre que me ha jodido tanto? Aprieto los puños por debajo de la mesa.

—¡Soltadme, idiotas! —El hombre se zarandea y empieza a retorcerse como un gusano alrededor de un palo—. ¡A ver si el imbécil de Alan tiene huevos para encararse conmigo ahora que vuelve a ser el dueño de la empresa!

Me quedo petrificada y agradezco estar sentada, porque me habría caído de culo.

Diego se gira para mirarme, al tiempo que un par de personas más entran en la habitación. Cuando me doy cuenta de quiénes son, solo soy capaz de negar con la cabeza y murmurar maldiciones.

70

No puedo más. Salgo de la habitación como alma que lleva el diablo y no miro atrás.

—¡Sara, espera! —La voz de Gonzalo me alcanza, pero no me detiene—. Sara, por Dios…

—No. —Me detengo en seco—. Ahora mismo lo que menos me apetece es hablar de que mi mejor amigo, y expareja, es mi escritor favorito.

—¿Prefieres que hablemos del evento al que te fuiste cuando te propuse que fuéramos de fin de semana juntos? Porque, sinceramente, creo que ahora ya podemos discutir sin tapujos de todo.

—¿Sabes quiénes son esas personas que están ahí dentro, Gonzalo? —casi grito la pregunta mientras señalo la puerta que permanece cerrada—. Son las que han conseguido que la tienda de mi madre se vaya a la mierda; que este mes, en lugar de facturar y ahorrar para la época de vacas flacas, tengamos que hacer nuevas inversiones para buscarnos la vida en otra parte. ¿Entiendes qué significa eso? —inquiero con lágrimas en los ojos— ¿Eres capaz de ver que lo demás es secundario?

—Lo que entiendo, Sara, es que acabas de darte cuenta de que la persona que te gusta es la causante de tus desgracias, pero los demás no tenemos la culpa de eso y solo queremos ayudarte.

—No puedes ayudar a quien no quiere ser ayudado. —Niego con la cabeza—. Y yo, ahora mismo, necesito estar a solas.

Me recojo la falda y bajo las escaleras a toda prisa, dejando a mi amigo atrás.

Quiero salir de aquí. «Necesito» salir de aquí. Llamo a un taxi para que venga a buscarme y veo, de pasada, un mensaje de María en el que alucina porque una foto de mi cara está colgada en *stories* de Instagram, pero no tengo tiempo para eso ahora. Estoy a punto de alcanzar la puerta de salida cuando una mano me detiene.

—Aquí estabas, querida. —Eva me sujeta con fuerza e intenta acercarme a ella y al grupo de personas que la acompañan—. Les estaba comentando el tiempo que hace que somos amigas y que nos conocimos al principio de crear las cuentas y que hemos subido de seguidores casi a la par y…

—No, Eva. —Me libero de su mano con un tirón. Creo que esto es lo último a lo que tengo ganas de enfrentarme, pero estoy demasiado cansada para ser políticamente correcta—. Dilo bien: «éramos» amigas —arrastro las palabras y transformo la ira que siento en calma envenenada—. Porque las amigas no se traicionan; la verdadera amistad entiende de conversaciones, de empatía y de perdonar lo inevitable. Por desgracia, entre nosotras ha quedado claro que eso no existe. —Eva me observa con la boca abierta y la mano todavía flotando en el aire—. Y ahora, si me disculpas, se me hace tarde.

Doy media vuelta sin despedirme, pero siendo consciente de la cara de estupor que se les ha quedado a las personas que han presenciado la conversación. Podría haber fingido cordialidad. Hubiera podido, incluso, saludar y presentarme, pero entonces no habría sido fiel a mis emociones y a la necesidad que tengo de salir de aquí cuanto antes.

Me subo al coche y le doy la dirección de mi prima. Mañana será

otro día. Uno en el que me iré a casa, descansaré en mi cama y meditaré sobre todo lo que acaba de pasar.

«Demasiada información», se queja mi cerebro, y tengo que darle la razón.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el asiento. Paz mental, eso es lo que me hace falta en estos momentos. Llegar junto a Paula, explicarle todo y dormir, aunque creo que se nos hará de madrugada como empecemos a hablar de esto.

Consulto mi teléfono móvil para avisarla de que estoy de regreso e ignoro todos los mensajes, salvo uno.

Gonzalo

Recuerda que eres mi amiga y que nos prometimos que nada cambiaría eso. Entiendo que tienes mucha información que digerir ahora mismo, pero me gustaría que habláramos, por favor.

Definitivamente, creo que dormir esta noche no será posible.

71

Alan

Todos tenemos un pasado. En el mío, hubo un padre que me obligaba a seguir sus pasos, por mucho que eso supusiera alejarme de cumplir mis sueños.

Sé que esconder quiénes somos no implica que desaparezcan nuestras cicatrices ni nuestros defectos, pero todos, alguna vez, hemos sentido la necesidad de protegernos de aquello que puede dañarnos. Y eso es lo que he hecho yo: esconder mi vida para evitar que me juzguen por lo que tengo, en lugar de por la persona en la que he querido convertirme.

Lo que no tuve en cuenta fue que ocultar quién soy me obligó a caminar sobre una mentira. Por eso entiendo que Sara esté enfadada conmigo y no haya dado señales de vida en estos dos días.

—¿Otra vez con el puto móvil en la mano? —Íngrid pone los ojos en blanco y se acomoda en el sillón que queda a mi lado—. Te estás volviendo tan adicto al teléfono como Diego al trabajo.

—¡Eh! —exclama el aludido desde la mesa de mi comedor, lugar en el que ha instalado su centro de operaciones esta mañana.

—La rubia tiene razón —conviene Dani, y le da una Coca-Cola a mi hermana, antes de hacerse un hueco detrás de ella, en el mismo sillón.

—Tienes un sofá enorme ahí mismo. —Señalo el mueble que está a su izquierda—. Así que, que corra el aire. No hagas que me levante.

—Pues sí que te ha afectado esto, ¿no? —dice mi amigo, sonriente,

mientras se incorpora y toma asiento donde le indico—. Estás de peor humor que de costumbre.

—Déjalo, es idiota —Íngrid niega con la cabeza.

—¿Por librarte de un depravado como Dani?

—Puedo apartarme sola a los moscones en caso de que me molesten, gracias. —Me saca la lengua—. Pero eres idiota porque solo a ti se te ocurriría hacer lo que has hecho. ¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando?

—No es en qué, sino con qué, rubia.

—Iba a agradeceros que hayáis venido a hacerme compañía, pero si me vais a fustigar…

—Reconoce que te lo mereces mazo. —Dani le quita la lata a mi hermana y le da un trago a la bebida sin dejar de mirarme. Yo aprieto los dientes, porque sé que lo hace para que mi enfado se acreciente.

—Le he escrito un montón de mensajes, pero no le llegan.

—¿No te salen los dos tics? —Mi hermana levanta las cejas y recupera su bebida. Yo niego con la cabeza y ella concluye—: ¡Te ha bloqueado!

—No le veo la gracia, Íngrid —replico cuando se empieza a reír—. Tampoco me responde a las llamadas.

Ladeo la cabeza hacia Diego en busca de un cómplice y carraspeo. Él nos observa por encima de la pantalla.

—A mí no me mires, ¿eh? —Vuelve a concentrarse en su ordenador mientras refunfuña—: Ya me ha costado bastante que confiara en que yo no estaba detrás de todo eso y que entendiera que no podía hacer nada con lo de Katana, como para llenarme de mierda porque seas un capullo. Vamos, es que si lo llego a saber… —Baja la tapa del portátil con fuerza—. En serio, Alan. ¿Qué se te pasó por la cabeza?

Suspiro con fuerza.

—Básicamente, me di cuenta de que me había portado como un capullo con ella, solo porque se dedica a hacer reseñas y tuvimos un mal inicio, así que quería ver más allá. Quería saber si lo que sentía era solo esa atracción extraña mezclada con odio, que me estaba volviendo loco, o si realmente valía tanto la pena como tú me habías explicado. Y cuando hablé con ella en el ascensor… —Me quedo pensando en ese momento, en cómo cambiaron mis sentimientos sin que me diera cuenta y en la facilidad con la que se puede tomar una mala decisión—. No pensé. Solo quería darle un voto de confianza y actué.

—Un voto de confianza engañándola y ocultándole que la empresa era tuya cuando fue a explicarte el problema. —Diego arroja la frase con aversión—. Eso no tiene sentido.

—¿Quieres que Íngrid repita lo de que soy idiota?

—No estaría de más —se burla Dani—. A mí me gusta oírlo. Creo que lo grabaré y te lo pondré de tono de aviso.

—Eres un imbécil.

—Ahora entiendo qué es lo que nos une como amigos —replica él, y vuelve a quitarle la bebida a Íngrid para darle un trago mientras me mira con socarronería.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar de compartir babas con mi hermana? —rujo, y aprieto los puños.

—¿Vas a dejar las gilipolleces y explicarnos por qué seguiste con el jueguecito? —espeta ella—. Porque el hecho de que cometas una estupidez lo puedo llegar a entender, pero que no le explicaras todo cuando tuviste ocasión… Eso es ser un capullo y un cobarde.

—Tienes razón —convengo—. Cuando me di cuenta de que la

estaba cagando, ya era demasiado tarde. Me enganché a esos mensajes, a ella, a tirarle un poco de la lengua a la vez que la iba conociendo mientras era yo, a descubrir todas sus facetas…

—Y te pillaste —afirma Diego, y yo asiento.

—Pues sí que eres idiota, sí —azuza Dani—. Para una cosa que haces bien, vas y la cagas.

—Ese es su don, cielo —comenta Íngrid—. No lo subestimes.

—¿Este grupo es de ayuda o de terapia de choque? —pregunto con indignación—. Porque me estoy cabreando.

—Pues yo te podría dar terapia de choque con el puño ahora mismo, si te apetece —comenta Diego, y pongo las manos en posición de defensa.

—Tú mejor relájate, Diego, que no te pega nada tanta agresividad —espeta Íngrid.

—Es verdad, estás de un humor maravilloso últimamente, Zape —señala Dani, y Diego le lanza un bolígrafo.

—No entraba en mis planes hacerle daño —apunto—. Sé lo importante que es para ti, Diego, y estoy intentando arreglar las cosas.

—Dudo de que ella quiera escucharte —repone él, tras lo que suelta un bufido.

—Yo no lo haría —comenta Íngrid con frialdad—. Lo que no querías era sufrir tú, maldito egoísta. Lo que no pretendías era que algo te importase tanto como para quedarte aquí, como para dejar todo ese mundo de aparente libertad en el que vivías, por algo que realmente vale la pena. Prefieres poner una barrera de indiferencia que acaba haciendo daño a los que te queremos en lugar de reconocer que, en el fondo, quieres regresar, porque eso significa ocupar el sitio que te corresponde y te aterra.

El silencio se instala entre nosotros y todos miramos a mi hermana.

—Íngrid, habíamos quedado en que… —interrumpe Diego, con repentina suavidad.

—Pero ¿sabes una cosa? —prosigue ella, sin escucharlo—. Eres muy bueno en todo lo que haces. Mírate —dice, y me señala con ambas manos—, quisiste darle una lección a papá y te metiste a modelo para asegurarte de que estaría informado de tus avances. Ahora eres uno muy conocido y con una gran carrera por delante con la que puedes seguir si ese es el camino que quieres recorrer. También quisiste escribir un libro y, a pesar de todo, has conseguido ser un escritor que…, bueno, aunque tuviste un inicio difícil, estoy convencida de que tu nueva novela, que saldrá en breve, será un éxito.

—Doy fe de ello —asegura Diego, y murmura más para sí que para el resto—: Ha valido la pena la espera y me fastidia que estés en boca de todos por otro asunto ahora mismo, pero no creo que se esperen esto.

—No siempre es fácil alcanzar los sueños —interviene Dani—. Lo importante es que arregles todo lo que has estropeado y que luches por lo que quieres.

—Esa frase parece robada de una taza —me burlo, para fingir que esta conversación no me está afectando más de la cuenta.

—Siempre has sido bueno en todo lo que te has propuesto, Alan —continúa Íngrid—. Los seis meses que estuviste al mando de la empresa fueron de los mejores que tuvimos, así que, ¿qué te hace pensar que fracasarás? Solamente tienes que intentarlo y tú, con intentos, tienes experiencia de sobra.

—Ella y sus puñales —masculla Diego—. Si de verdad quieres arreglarlo, Alan, creo que vas a tener que hacer malabares, porque lo

que hizo Luis con su tienda no va a ser fácil de reparar.

—Yo creo que, si no fuera por eso, tendrías posibilidades —anuncia Dani, y apoya los pies en el reposabrazos de mi hermana—. Lo de la tienda es una putada. El resto es un malentendido por aquí y una explicación sincera por allá, por parte de ambos. —Se encoge de hombros.

Los observo de uno en uno. Ellos son mi familia, mi apoyo.

—La verdad es que lo primero que hice al tomar el mando fue encargarme de ese punto y, si todo sale según lo previsto —digo, y lanzo una mirada fugaz a la pantalla de mi teléfono—, debería estar a punto de resolverse.

—Perfecto, porque no queda nada para Sant Jordi y tenemos mucho trabajo que hacer —comenta Diego, y vuelve a teclear a toda velocidad en su ordenador.

—Tienes razón —murmuro, y me pongo en pie—. Solucionemos los problemas de uno en uno. Y yo tengo que irme para arreglar el siguiente.

—¿Adónde vas? —Íngrid arquea una ceja.

—A hacer un viaje exprés.

—¡¿Que te vas?! —grita mi hermana con voz aguda, y se incorpora a la velocidad de la luz—. No me jodas, Alan. Tenemos que ocuparnos de muchas cosas.

En mi cabeza se cuela la imagen de Sara, esa chica que parecía salida de una novela y llegó para cambiar la forma en la que se iba a escribir mi historia. Sonrío ante las ironías de la vida.

—Exacto, hermanita. —Sujeto a Íngrid por los brazos con fuerza y ensancho mi sonrisa ante su expresión de desconcierto—. Y tengo grandes planes para ti.

72

—Sigo sin entender nada. —María está sentada sobre mi cama, con la vista fija en la pantalla de su teléfono, y niega con la cabeza.

Ha juntado vacaciones y horas que le debían para pedir días libres y venir a mi casa. Paula se ha sumado al plan.

—La parte positiva es que has subido bastante de seguidores y eso te va a beneficiar, prima.

—Ese comentario podría ser de Eva —refunfuña mi amiga, y Paula cesa el movimiento de la lima sobre su uña.

—Solo intento buscar el lado bueno; uno que no intente hundirla más, porque seguir machacándola con el mismo tema no ayuda.

—Haya paz —digo cuando empieza a crecer la tensión en el ambiente.

Me reclino sobre el respaldo de la silla.

—¡Pero que Eva subió un *post* con vuestra foto y la frase «La fama nos persigue»! —María se pone en pie—. Un tortazo tenías que haberle dado antes de irte. Ahí sí que se convierte en famosa de golpe.

—Claro que sí, María —digo con tosquedad—. Tendría que haber puesto en práctica todo lo que aprendí viendo *Kung Fu Panda*.

—Pues al menos haberle agarrado de los pelos para deshacerle el peinado.

—¿Desde cuándo la agresividad soluciona algo? —interviene Paula.

—No soluciona, pero reduce el estrés y alivia un poco la ira.

—Y te da más motivos para arrepentirte después. No creo que a mi prima le hagan falta más asuntos en los que pensar ahora mismo.

—Es que no entiendo esa necesidad que tienen algunas personas de sentir que están por encima de los demás. —María se deja caer sobre la cama de nuevo y Paula cambia de posición sin moverse del sitio.

—No justifico lo que ha hecho y menos teniendo en cuenta que ha sido testigo de que entre Alan y tú, finalmente, había algo —indica Paula y yo asiento, mientras ella parece meditar sobre sus propias palabras—. Quizá creyera que era solo un lío y haya intentado buscar su oportunidad con él al tenerlo a su alcance.

—¿Desde cuándo tengo líos? —la interrumpo.

—Desde nunca, por eso mismo me ha sorprendido tu historia con el modelo incluso a mí, pero deberíamos tener en cuenta que Eva lleva pillada por Alan desde hace años.

—Sí —conviene María—. Seguramente tenga alguna foto suya en pañales y esas cosas *random*.

—Eso es verdad. No lo de los pañales. —Me apresuro a rectificar y procuro quitarme de la cabeza la idea de un Alan con ellos—. Vamos, de eso no tengo ni idea, pero sí es verdad que Eva siempre ha estado obsesionada con él.

—Ninguna de nosotras le preguntó cómo la había afectado. —La afirmación de Paula me obliga a darle la razón en silencio.

—Eso es cierto —reconoce María—, pero no elimina el hecho de que haya intentado liarse con el chico con el que estaba su amiga.

—Puede que pensara que no llegaría a nada —señala mi prima—. Él es modelo y se pasa la vida viajando de un lado para otro… No sé. —Se encoge de hombros—. Puede que estuviera dolida o que tampoco supiera con seguridad lo que estaba pasando.

Nos quedamos en silencio unos segundos y analizo las palabras de Paula. Pienso en todos los momentos que hemos compartido Eva, María y yo; nuestras videollamadas, las lecturas conjuntas, comentar libros a las tantas de la mañana, las risas, las confidencias… Suspiro con fuerza. Qué fácil es convertirse en la mala del cuento de alguien.

—Es cierto que no tendría que habérselo ocultado —reconozco—. Sobre todo, teniendo en cuenta que a ella le gustaba, pero tampoco sabía cómo decírselo…

—Se hubiera montado un buen *show.* Si, al principio, ya pensamos que era mejor no decirle que Alan había aparecido en nuestras vidas hasta que se encontrase directamente con él … —María se ha colocado delante de una de mis estanterías e inspecciona lo que hay en ella—. De todos modos, tampoco lo hiciste queriendo. Si no recuerdo mal, tú detestabas a Alan tanto como él a ti. Que haya pasado esto nos ha pillado a todos por sorpresa.

—Quizá no tendría que haber…

—Así es la vida, Sara. —María se vuelve hacia mí—. Siempre tenemos que vivir con las consecuencias de lo que decidimos. De nada sirve pensar en qué podríamos haber cambiado. Eva también se podría haber comportado de otra forma y evitar esta brecha. No digo que estés totalmente libre de culpa, pero está claro cuándo alguien actúa para hacer daño y cuándo no.

—Supongo. De todos modos, es una pena que hayamos acabado así para nada.

—¿A qué te refieres? —Paula frunce el ceño.

—A que es irónico que nuestra relación se haya ido a tomar viento por culpa de un chico con el que ninguna de las dos ha terminado estando.

—¿Lo vas a dejar escapar? —inquiere mi prima, atónita.

—¿Escapar? —repito con la voz más aguda de lo habitual—. Me ocultó su relación con Katana cuando yo le expliqué todo lo de la tienda. —Centro mi atención en reordenar unos bolígrafos que hay encima de mi escritorio para controlar mis emociones—. Primero se comportaba de forma arisca y parecía ser un estirado, inalcanzable y que me odiaba. Después del beso… —noto cómo se me incendian las mejillas al recordar ese momento y otros más— comenzaron las muestras de interés; el hacerse pasar por otra persona y dejar que lo nuestro llegara todo lo lejos que pudiera, pese a que él escondía quién era en realidad.

—Yo creo que no quería que pensaras que estaba detrás de todo lo que había pasado —apunta Paula—. Es que, a ver, ¿cómo le dices a alguien que la empresa que se ha cargado su negocio pertenece a tu familia? —Niega con la cabeza—. Tiene que ser complicado. Y mucho más si esa persona te gusta y tienes algo con ella, ¿no?

—Yo creo que estaba cagado de miedo y cargado de culpabilidad. —María no tarda ni un segundo en responder—. Está claro.

—De culpabilidad y arrepentimiento, sí. O, al menos, eso me ha dicho Diego por mensaje —comento, y María pone los ojos en blanco —. Él también está enfadado por cómo ha actuado Alan.

—Sí, claro… —murmura mi amiga.

—¿Qué te ha dicho? —Paula se sienta en el borde de la cama.

—No he querido que me hablara mucho de eso. —Aparto la mirada. La verdad es que he sido yo quien ha sacado el tema sutilmente porque, en el fondo, sí quiero saber—. Solo me ha explicado que Alan está arrepentido y que está intentando enmendar los errores que no cometió, pero que ahora son suyos.

—¡Lo sabía! —Paula da saltitos de emoción sobre el colchón.

—Me da absolutamente igual —sentencio—. No puede hacer nada

para arreglar todo el desastre, así que, por mí, que se meta la empresa por donde le quepa. Puedo llegar a entender que se hiciera pasar por otra persona para «conocerme» —añado y hago unas comillas con los dedos, al tiempo que no oculto una mueca sardónica — y que se le escapara de las manos, porque, al final, yo también fui parte de ese juego y los dos tenemos cierta culpa, pero que me viera sufrir y no hiciera nada por impedirlo…

—¿Te has parado a pensar en que, quizá, él no podía hacer nada? —pregunta mi prima.

—¡Esa es mi chica! —María ignora el comentario de Paula y se acerca para darme una palmada en la espalda—. Si vuelves a esa actitud tan pesimista del pasado, te juro que mato a un personaje adorable en mi próximo libro.

—¿Se puede saber por qué hacéis eso los escritores?

—Porque la vida no es de color de rosa y nos encanta remover las emociones de los lectores para que nuestras historias se les graben en la piel.

Pongo los ojos en blanco antes de cambiar de tema.

—Hablando de historias… Diego me ha preguntado por el premio que gané.

—¿Lo de Sant Jordi? —María arruga el gesto y yo asiento—. ¿Vas a ir?

—No lo sé.

—Tienes que ir. —Paula se pone en pie—. Es una oportunidad única y será inolvidable.

—Ya, pero allí me voy a encontrar con Alan y estoy ignorando sus mensajes y sus llamadas. Eso no puedo hacerlo en persona. —Una marabunta de dudas se instala en mi mente—. No sé si estoy preparada para verlo.

—Sara. —Paula se acomoda hasta que su cara queda a la altura de la mía—. Tienes que pensar más allá y no dejar que esto te hunda. Además, es una oportunidad brutal y no puedes desaprovecharla.

—Ahí le tengo que dar la razón a tu prima. —María se sienta al lado de Paula—. Vivir ese día en Barcelona tiene que ser increíble.

Sonrío y reprimo las ganas de reír.

—¿Qué pasa? —Mi amiga ladea la cabeza.

—Nada, nada…

—Suéltalo ya.

—¿Te gustaría ir a Barcelona?

—¿Es una broma? —Mira a Paula en busca de explicaciones, pero mi prima se muestra igual de sorprendida que ella.

—Es que se me ha ocurrido una cosa…

La puerta de mi habitación se abre de golpe y mi madre aparece en el hueco. Luce una sonrisa que me desconcierta y que provoca que las tres la miremos con expectación.

—Sara, no te vas a creer lo que acaba de pasar.

73

Paso el trapo algo humedecido por la estantería, para limpiar el polvo. Con calma, les doy un sitio nuevo a mis Funkos, entre tantos libros alineados por colores. Ordenar puede ser una tarea aburrida y tediosa, pero a mí me sirve para relajarme y pensar.

Dejo escapar un suspiro cuando Eva se cuela en mi mente. Ha abandonado los grupos de WhatsApp que teníamos, sin ni siquiera despedirse y no puedo evitar que me dé pena…

—Creo que hacéis bien en daros un tiempo —me ha comentado mi prima, antes de salir con María a dar una vuelta por mi pueblo. Yo me he quedado porque necesitaba estar un rato a solas—. Nadie garantiza que la amistad dure para siempre. Hay relaciones que, después de romperse, no vuelven a ser lo mismo.

Paula me ha confesado que se siente culpable porque ella ha hablado con Eva por privado, aunque no han tocado el tema directamente.

—Sé que encajaste muy bien con ella cuando la conociste —le he dicho y ella ha asentido.

—Me sabe mal que estéis así. No sé hasta qué punto hay un malentendido o si realmente es una brecha irreparable. De todos modos, creo que no era ella misma cuando actuó de esa manera.

—No podemos saber cómo reaccionarán las personas.

—Lo sé. —Ha hecho una mueca—. De todos modos, sabes que estoy de tu lado. Aunque crea que ella tuvo sus motivos para enfadarse, tampoco le veo sentido a lo que ha hecho.

He sabido interpretar las palabras de mi prima y su mensaje entre líneas. Ella es de las que da infinidad de oportunidades a las personas, como hizo con su ex.

—No me molesta que sigas en contacto con ella. —Paula ha abierto mucho los ojos—. Es solo que no estoy convencida de que nosotras dos podamos soldar esta… brecha, como la llamas. Al menos, por ahora.

—Nadie te pide que lo hagas —ha convenido ella con seriedad—. De hecho, si ninguna de las dos está dando el paso, es porque tampoco es el momento. Lo que está claro es que tenéis un mundo en común y debéis actuar con cordialidad, a pesar de todo.

—Eso es cierto.

No puedo sacar a Eva de mi vida, a pesar de que ya no se encuentre entre mi círculo de amigos. Lidiar con ello será extraño, pero el mundo funciona así. A veces tenemos que aceptar que haya situaciones que no podemos cambiar y que no siempre podemos mantener en el presente aquello que nos gusta de nuestro pasado. Igual que las parejas, las amistades también vienen y van.

Dejo el trapo sobre el escritorio y me siento en la silla. Repaso con la yema de los dedos el tatuaje de mi muñeca; esa marca de una amistad tan profunda como reciente.

Cuando mi madre ha entrado en la habitación para explicarnos que un señor trajeado se ha presentado en la tienda, acompañado por otros dos hombres, y asegurando que tenían un «cargamento» para ella, todas nos hemos quedado pasmadas.

—No sé si me ha sorprendido más a mí o a Antonia, que se estaba probando una camisa y que no parecía querer irse hasta enterarse bien de qué iba la cosa —nos ha explicado, sonriente—. Me han dicho que Katana nos hace llegar unas prendas de la última

colección con la propuesta de que seamos una tienda colaboradora en la que ofrecer sus productos; que están llevando a cabo una nueva estrategia de *marketing* y quieren contar con nosotras. Me he quedado de piedra.

Y yo también. A pesar de que para mí está muy claro que Alan ha intentado redimir el daño que su empresa nos ha causado, no pensaba que fuera a tener una idea como esta.

—Tengo que reconocer que me ha pillado por sorpresa —ha murmurado mi madre, después de que yo le dijera que no me parecía buena idea aceptarlo—. Si se supone que son los de la propia compañía quienes hicieron esto a Fabián…, ¿cómo es posible que vengan a proponernos algo así? No tiene sentido.

—Hasta donde yo sé, Katana nunca ha tenido tiendas colaboradoras —ha señalado mi prima, que es la más entendida de las cuatro en ese asunto—. Me parece que os puede dar mucho caché y atraer nuevos clientes, Carmen.

—En eso tienes razón, Paula. Además, el margen de beneficio es muy interesante —ha asegurado mi madre mientras daba pequeños pasos por el cuarto—. El hombre está esperando en el bar a que le dé una respuesta. No tenemos que pagar nada por adelantado y se hará un inventario de los productos quincenalmente, para la reposición y las comisiones. —Se ha acercado a mí—. He leído el contrato tres veces y parece un regalo. No me lo puedo creer.

—Yo sí que no me lo puedo creer… —he mascullado con rabia.

A mi madre le ha ilusionado la situación y no es para menos. La tensión que ha sufrido estos días es muy grande. Los gastos siguen ahí y las facturas e impuestos se tienen que pagar por mucho que los ingresos disminuyan; así funciona la vida cuando eres una empresa. La acción de Katana podría hacer que vendiéramos más y

recuperásemos parte de lo perdido. Sé que es lo más sensato. Sin embargo, mi orgullo me ha obligado a rechazar esa propuesta, aunque la frase de María ha conseguido que dejase a un lado el egocentrismo.

—Vosotras coméis de esto y con la comida no se juega. —La serenidad con la que ha pronunciado la frase me ha empujado a recordar la realidad que viven en su casa—. Os están ofreciendo la posibilidad de beneficiaros de una marca que está en auge, lo que supondría ingresos que no teníais en mente. —Con la mirada perdida en algún punto de mi habitación, ha negado con la cabeza—. Darle la espalda a una ocasión como esta sería una completa estupidez.

—No quiero que piensen que me están comprando —he alegado sin pensar.

—¿Por qué te iban a comprar? —Mi madre ha fruncido el ceño y ninguna de las tres hemos respondido a su pregunta.

—Lo que están haciendo es pedir perdón e intentar enmendar el daño causado —ha señalado Paula—. Tienes que reconocer que el hecho de que Alan esté haciendo esto por ti dice mucho de cuánto le importas, Sara.

—Le doy la razón a tu prima, Sara —ha afirmado María—. Puedes cabrearte todo lo que quieras, pero ese chico lo primero en lo que ha pensado cuando ha vuelto a ocuparse de la empresa es en ayudarte. ¿A cuántas personas conoces que harían algo así?

—No me digas que el tal Alan es el chico que te besó en el evento y tiene que ver con Katana. —No sé quién se ha quedado más boquiabierta, si mi madre tras su comentario o yo al escucharlo.

—¿Cómo sabes…?

—A ver si piensas que las noticias no vuelan, Sara. Que una cosa es

que no me meta en tu vida y otra muy diferente que no sepa lo que está pasando.

—Si yo te contara… —he farfullado con desánimo y me he arrepentido al instante.

—Cuando quieras puedes empezar.



Exponer todo a mi madre me ha hecho ver que la realidad siempre depende de quién la esté mirando. «Tú también te escondías. No lo juzgues por ir con miedo», me ha dicho, y no le falta razón.

Es muy fácil pedir al mundo que tenga empatía con nosotros y no tenerla con los demás; lo difícil es borrar de golpe el dolor, y más cuando no se tienen todas las piezas del rompecabezas. ¿Por qué no formaba parte de la empresa en esos momentos? ¿Por qué me lo ocultó? Es cierto que echo la vista atrás y recuerdo que, cuando le expliqué lo que me había pasado, se enfadó. Sí. Estaba molesto y me intentó convencer de que no era posible. Está claro que él no estaba al corriente de lo que hacía Luis. ¿Implica eso que tampoco estaba en su mano solucionarlo? Quizá no podía hacer nada desde su posición, por mucho que fuera su marca…

Retomo la tarea de organizar mis libros, no sin antes enviar un mensaje.

Sara

¿Sabes lo que ha hecho Alan?

Diego

¿Qué ha hecho ahora?

Sara

Ha traído un camión con ropa de Katana y nos ha ofrecido una colaboración en la tienda para vender sus productos.

Diego

¡Eso suena maravilloso, Sara! ¿Estás contenta?

Releo la pregunta y desconozco la respuesta.

Mi madre ha acabado firmando el contrato y, por mucho que yo tenga mis reticencias, debo reconocer que es lo mejor que podíamos hacer. Incluso me ha enviado un mensaje para decirme que la clienta que estaba atendiendo no ha dudado en volver a la tienda para ver cuál era la novedad —y no me extrañaría que, al final del día, todo el pueblo se haya hecho eco de la noticia—. Por otro lado, no puedo quitarme de la cabeza que Alan está detrás de todo esto y tengo sentimientos encontrados.

Sara

Supongo que sí…

Diego

¿Supones?

Sara

Claro que es un alivio, pero no sé qué pensar. ¿No te ha dicho nada?

Diego

Dijo que desde el primer día se estaba ocupando de unos asuntos importantes.

Por lo visto, Luis constituyó una empresa para comprar tiendas y locales, y están mirándolo con abogados, pero no sabes cuánto

me alegro de que también se haya ocupado de eso.

Paula y María entran en mi habitación riéndose y dejo el móvil sobre la mesa.

—¡Aquí tenéis unos paisajes preciosos para ambientar una de mis novelas! —exclama María, con la ilusión brillando en sus ojos—. He hecho miles de fotos y vídeos para no perder detalle.

—De verdad parece que no haya visto un pueblo en su vida —se mofa Paula.

—Es una pena que tenga que irme ya, pero tengo que estar también en casa y más todavía si hacemos eso el fin de semana. —María me guiña un ojo.

—Todavía no está confirmado, pero…

—¡Sin peros! —exclama Paula—. Todo va a salir bien. ¿Confías en mí?

—¿Sabes que cada vez que me lo preguntas mi cuerpo tiembla de miedo?

Mi prima estalla en carcajadas.

—Pues no debería, porque sabes que lo tengo todo bajo control.

—Creo que por eso tiene miedo, precisamente. —María saca la lengua en mi dirección y no puedo contener la risa.

—¡Sara! —La voz de mi madre nos llega desde la planta baja—. ¿Puedes bajar?

74

Bajo las escaleras y me encuentro a mi madre frente a la puerta abierta y un repartidor de *pizza* al otro lado.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando llego junto a ella.

—Pues que si no querías estofado podrías habérmelo dicho.

—¿Quién ha dicho que no quiera? —Frunzo el ceño antes de lanzar una rápida mirada al chico que está delante de nosotras. Lleva una gorra que casi le cubre toda la cara y la caja de cartón de mi pizzería favorita sobre las manos.

—Pues este chico trae una *pizza* a tu nombre y encima pagada. —Niega con la cabeza—. Que entiendo que os apetezca, pero avisa, hija, avisa.

—Pero mamá…

—¿Por qué estáis discutiendo? —Paula aparece detrás de mí con voz apaciguadora.

—Tu prima, que ha pedido *pizza* —responde mi madre, a la vez que se aleja—. Pues mañana comes estofado, ¿eh? No pienso tirar la comida.

—¡Pero es que yo no he pedido nada! —grito a su espalda.

—¿De qué es? —pregunta Paula, y el repartidor entreabre la caja—. ¿Eso es piña?

—¿Ves cómo la ha pedido tu prima? —brama mi madre, desde algún lugar de la casa.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué os pasa a todos con la *pizza* con piña?

—No confío en la gente que la come.

—¿Que tú no qué? —inquiero, con una entonación más aguda de lo normal.

Paula estalla en carcajadas.

—Es asqueroso, Sara —dice con una mueca de repulsión—. Pero bueno, la apartaré a ver si no se ha quedado el sabor impregnado por todas partes —comenta, antes de arrebatarle la caja al chico—. ¡Gracias!

—Tendrás morro… Si ni siquiera sabemos de dónde ha salido esto.

—Lo importante es que ha venido. —Se encoge de hombros—. Creo que tienes que darle propina al chico; no seas maleducada.

—Habló la que sabe de protocolos.

—Creo que un poco más que tú. —Paula abre la caja por completo y se queda boquiabierta. Con esa expresión, me mira a mí y luego al repartidor.

Mi prima le da la vuelta al cartón y leo el mensaje escrito en la cara interna de la tapa:

«Perdóname, Sara. Quiero volver a comerme el mundo contigo».

Me quedo sin palabras.

—¿Por qué tardáis tanto? —María se asoma desde la planta de arriba.

—No puede ser… —bisbiseo.

—En realidad no me he quedado por la propina.

La voz, que reconozco de sobra, me deja paralizada frente al marco de la puerta. Doy media vuelta y el chico se quita la gorra que le cubre la cara. ¿Cómo no me he dado cuenta?

Paula ahoga una exclamación.

—¿Me lo vais a explicar o tengo que bajar?

—¡Ya subo yo! —exclama Paula.

—Traidora… —Es lo único que consigo murmurar, antes de que desaparezca como un espectro. Respiro hondo y me centro en la persona que tengo delante—. ¿Qué haces aquí, Alan?

—Pedirte perdón. Pensaba que te gustaba leer y serías capaz de descifrar el mensaje de la caja —afirma con travesura y una media sonrisa. Tanto el comentario como la forma en la que me lo dice me hubieran hecho sonreír, pero me contengo y opto por cruzarme de brazos—. Pero no te preocupes, que no me importa decírtelo mil veces, si consigo que me perdones.

Me pierdo en la oscuridad de sus iris. Sé que sus palabras son sinceras, lo que desconozco es cuánto daño pueden borrar.

—¿Me vas a explicar por qué lo has hecho?

Él sacude la cabeza y se apoya contra la pared exterior. Agarro las llaves del cuenco, salgo y cierro la puerta para que no puedan escucharnos.

—Mi vida no ha sido fácil, Sara.

—La mía tampoco, Alan. —Tiene la mirada fija en el suelo y se revuelve el pelo con la mano—. Aunque eso ya lo sabes.

Sonríe con tristeza. Estoy tentada de hacer más hincapié en que hemos intercambiado detalles personales por WhatsApp cuando yo creía que él era J. K. Norvi, aun así, reprimo las ganas al ver su expresión afligida.

—Vale, merezco algunos puñales.

—Espero que hayas traído una armadura adecuada.

—Traía una *pizza* con piña. —Alan me mira de reojo—. Eso es mejor que cualquier escudo o armadura.

—No voy a negar que el detalle ha sido bonito. —En realidad, todavía sigo en *shock,* por el gesto de haber sido capaz de traerme una *pizza* personalmente, pero intento aparentar calma—. Gracias.

—Me alegro de que te haya gustado. —La sonrisa que me dedica no le llega a los ojos—. ¿Te acuerdas de que te expliqué que mi vida había sufrido un cambio enorme cuando mi padre falleció? —Asiento; es cierto que lo mencionó de forma superficial en una de nuestras conversaciones—. Pues ahí fue cuando creí que podía salir de mi jaula y supongo que en el proceso me creé una coraza para protegerme, sin darme cuenta de lo que conllevaba.

—¿Qué pasó? —pregunto con cautela, después de unos segundos de silencio.

—Mi padre siempre fue una persona muy ambiciosa y competitiva. No entendía que su hijo no fuera el mejor en lo que él consideraba que tenía que serlo. —Inhala aire y lo deja escapar con fuerza—. Se pasó toda la vida dirigiendo mi camino hacia Katana y enseñándome cómo se debía gestionar todo. Fue bastante duro. Incluso me llevaba los sábados y domingos, sin importarle si yo había salido con mis amigos o si tenía planes, para explicarme lo que había pasado durante la semana y cómo se debían hacer las cosas.

—Yo también he trabajado codo con codo con mi madre —reconozco, y recuerdo los momentos en los que empezaba a aprender el funcionamiento de la tienda y yo me escaqueaba, de vez en cuando, para salir con Clara y Gonzalo—, pero ella respetaba mi vida social. Debió de ser agotador que os hiciera algo así.

—Solo era a mí —puntualiza—. A mi hermana nunca le prestó la misma atención. Mi madre la animó a estudiar una carrera con la que pudiera trabajar en la empresa, a pesar de que ambas sabían que jamás estaría en sus manos.

—¿Por qué no?

Alan ladea la cabeza en mi dirección.

—Porque la empresa siempre quiso dármela a mí.

—¿A tu hermana no le dejó nada del negocio? —Niega con la cabeza—. Pero ¿cómo pudo hacer eso?

—Le dejó otras propiedades y tonterías. —Se encoge de hombros —. Supongo que pensó que con eso ya le solucionaba la vida y no se daba cuenta de cuánto valor aportaba Íngrid a Katana. Por si fuera poco, la junta directiva siempre ha estado formada por hombres y solo «toleraban» —remarca la palabra haciendo unas comillas con los dedos— que uno estuviera al mando, por lo que nadie se planteó otra posibilidad. Ni siquiera yo.

Pobre Íngrid. Por un momento, me pongo en sus zapatos e imagino a una niña queriendo encajar en un mundo masculino que jamás tuvo en mente abrirle las puertas. De repente, las últimas palabras que ha pronunciado Alan resuenan en mi cabeza.

—¿A qué te refieres?

Él suspira con ganas y deja caer los hombros.

—Cuando mi padre falleció, toda la responsabilidad cayó sobre mí. Pero, lejos de aceptarla, lo único que hice fue ver la oportunidad de ser libre y de salir de esa cárcel de hormigón. Me había pasado toda la vida intentando hacer carrera en otros ámbitos profesionales y él se dedicaba a machacarme y decirme que eso no eran trabajos de verdad, sino estupideces. —Aprieta la mandíbula y me doy cuenta de que tiene los dedos blancos por la fuerza con la que sujeta la gorra—. Le jodió muchísimo que se me diera bien el modelaje. Intenté ayudar a la empresa con mi trabajo y aprovechar la fama que me estaba forjando para dar un empujón a la marca al posar con nuestros productos. Él no era tonto y supo ver las ventajas para nosotros. Sin embargo, y por suerte para mí, se avergonzaba de lo que yo hacía y no quiso que mi nombre se relacionara con los fundadores de la empresa, así que jamás se hizo público que yo era

su hijo; de ese modo no podrían relacionarme con Katana directamente. Hicimos una campaña de *marketing* para el proyecto final de carrera de mi hermana, que funcionó y nos dio beneficios. Mi padre aceptó lo que hacíamos como lo que él creía que era: un juego de dos niños caprichosos.

Alan permanece en silencio y yo asimilo lo que me acaba de explicar. No es fácil que otras personas decidan cuál será el curso de los acontecimientos de tu vida y, mucho menos, que no te permitan escoger ninguno de los detalles.

—¿Por qué no quería que fueras modelo? —pregunto, afable—. ¿Por si te distraías de tus obligaciones?

—Mi padre creía que era un trabajo basura —sentencia, y cruza la mirada conmigo por primera vez en todo el rato. Sus ojos revelan sinceridad—. Siempre pensó que me encontraba en una etapa rebelde de mi vida y que se trataba de algo temporal. Se enteró cuando yo ya estaba metido en el mundillo, pero no le importó cuando vio los beneficios de la idea de mi hermana. Incluso aceptó crear el Departamento de Marketing, porque le pareció una buena inversión, pero cuando empecé con el tema de la escritura… —Alan aprieta los labios hasta que forman una delgada línea en su rostro—. No le gustó y ahora sé que se encargó de hundir mi carrera. Jamás entendí qué pasó para que la gente especulara tanto sobre mi libro. Llegaron a decir que no lo había escrito yo, que era otro famoso queriendo vender un producto por su cara bonita y varias burradas más que provocaron que la gente no quisiera leerlo o realizara comentarios dañinos cuando lo hacía. Tuvo una repercusión muy negativa. —Apoya la cabeza contra la pared y suspira sonoramente —. Sentí mucha frustración y empecé a encerrarme en mí mismo y a desconfiar de las personas que me rodeaban.

—Y de las que nos dedicamos a hacer reseñas —señalo, y pienso en su rechazo inicial hacia mí.

Me dedica una sonrisa agridulce.

—Me afectó tanto, Sara, que dejé de escribir. Bueno, de publicar, para ser exactos. Por suerte, Diego siempre estuvo a mi lado y me animó para que no abandonara mi pasión por completo.

—¿Y por eso te ocultabas tras la fachada de modelo y renegabas tanto de tu libro como de tu empresa?

—No quería tener nada que ver con todo lo que mi padre representaba —reconoce, y se gira para apoyar el hombro sobre la pared y quedar frente a mí—. Para que te hagas una idea, Íngrid se marchó a estudiar fuera de Madrid y mi padre aprovechaba cualquier ocasión para decirme que era una malcriada y una caprichosa. Por ejemplo, le regaló un Mercedes y me dijo que se lo había pedido ella para estar al mismo nivel que sus compañeras.

—¿Por qué haría algo así?

—Mi hermana estaba interesada en formar parte de la dirección de la empresa y mi padre sabía que yo era el único que la apoyaría. Así que intentó hacerme creer que no era merecedora del puesto por su carácter superficial. Yo acabé creyéndome sus mentiras. —Juega con la gorra en sus manos—. Por eso, cuando mi padre falleció, decidí alejarme y ni siquiera pensé en qué pasaría con ella cuando me fuera. Solo dejé al mando a mi primo, puesto que parecía la mejor opción: siempre había trabajado con nosotros y se había interesado por el negocio. Tras una discusión con Íngrid, acabé accediendo a una petición que me hizo: volvería en caso de que hiciera falta, para una campaña de *marketing* tan fuerte como la que habíamos hecho con su proyecto de final de carrera. Con un límite de veces, claro.

—Y por eso acudiste al evento —concluyo, y él asiente.

—Por desgracia, la mayor parte de las veces nos damos cuenta de que cometemos un error cuando ya solo podemos buscar soluciones. —El modo en el que me mira me lleva a pensar que su frase también va por mí—. Después del enfado con mi hermana, también tuve un momento de lucidez, así que dejé a Luis al mando durante unos años, con la condición de que se revocaría su situación y yo volvería a estar al mando si algo malo ocurría con la empresa.

—¿Por eso no querías creer que ellos estaban detrás de lo que me había pasado? ¿Porque te obligaba a volver?

—Si lo que me decías era cierto, significaba que tenía que encerrarme en ese mundo otra vez. Además, tampoco creí que Luis fuera capaz de hacer algo así.

—Imagino que te costó aceptar que era verdad, pero al final…

—Que mi hermana me llamara para representar la marca Katana, cuando jamás había hecho uso de nuestro acuerdo para traerme de vuelta, significaba que algo pasaba. Así que, aunque no quería verlo, en el fondo sospechaba que podía ser verdad.

—No tiene que ser fácil dejar la vida que quieres para vivir la vida que debes.

—No lo es. Sin embargo, soy de las personas que creen que puede conseguirse todo, aunque no sea al cien por cien.

Medito sobre su respuesta y todo lo que dejamos de hacer por lograr más de lo que esperamos obtener. Quizá deberíamos reflexionar acerca de que la vida es cuestión de porcentajes y podemos abarcar muchos aspectos aunque no con la misma intensidad.

—¿Cuándo te diste cuenta de lo que había pasado?

—Cuando Diego vino a mi casa y me lo contó todo. A veces actúa con una frialdad que acojona. —Deja escapar una risa amarga—. Me

explicó todo lo que mi hermana había averiguado y solo tuve que atar cabos. Le pedí perdón y tomé cartas en el asunto.

Yo junto las cejas.

—¿Y eso significa que…?

—Eso significa que voy a continuar con lo que me gusta, sin abandonar lo que tengo que hacer. Al fin y al cabo, quiero dedicarme al modelaje y a la escritura. ¿Por qué debería elegir otra cosa si puedo hacerlo?

—¿Vas a poder con todo?

—Tengo un buen equipo y una mejor presidenta. —Sonríe abiertamente y yo abro los ojos como dos naranjas al pensar en lo que significa eso—. No sabes la cara que se les ha quedado a todos cuando han visto a mi hermana al mando. Ha sido difícil ponerlos en su sitio. Ha habido alguna dimisión, pero ninguna pérdida que sea irremplazable.

Sonrío con melancolía. Me alegra saber que se ha ocupado de todos los detalles. Sin embargo, todavía puedo sentir la espinita clavada en el pecho.

—¿Por qué no me lo explicaste, Alan?

—Me volví tan estricto con la separación de mis mundos que a veces se me olvidaba dónde pertenecía en realidad. Y cuando me explicaste lo que te había pasado… Primero no lo creí, pero después pensé que dejarías de hablarme si sabías que estaba relacionado con ellos. Tampoco podíamos estar seguros de si todo había sucedido como te explicó aquel hombre, así que decidí ser precavido y evitar que me odiaras sin motivo.

—Y mentirme.

—No estaba liderando la empresa ni sabía qué pasaba dentro para poder impedir el daño. Tenía que verificar si era cierto y quitarle el

mando a Luis. No ha sido tan fácil, Sara. —Alan me roza las manos y clava su mirada en la mía—. En cuanto he podido, te he ayudado. —Hace una pausa y ladea la cabeza—. ¿Crees que podrás perdonarme?

Dejo escapar un suspiro y me aparto un paso de él.

—Entiendo que tuvieras miedo y actuaras así, aunque no me parezca lo más valiente, pero tengo dudas. Todo esto no hace que deje de sentir que me has engañado, Alan. —Frunzo los labios—. No sé. Son muchas cosas.

—Sé que fui un cobarde y que también aproveché los mensajes para que nos conociéramos de otra forma, pero es difícil detener un desastre que ya va a gran velocidad.

—Me gustaron esas conversaciones, no te voy a mentir —reconozco, y esquivo su mirada—. Solo que me han dejado con una sensación extraña.

—Ya imagino. —Me levanta la barbilla con los dedos, hasta que nuestros ojos se encuentran—. A mí también me gustaron, por eso me enganché a ellas. —Niega con la cabeza—. Te aseguro que llevo días sin dormir dándole vueltas a esto.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. —La intensidad de su mirada me inmoviliza—. A que estaba empezando a sentir por ti emociones que no podía controlar. A que quiero estar contigo, Sara. A que estos días pensando en que te había perdido y no volvería a verte han sido una auténtica tortura. —Se acerca hasta quedar a unos centímetros de mí. Contengo la respiración cuando me sujeta la cara con las manos y apoya su frente en la mía—. No recuerdo cuándo fue la última vez que sentí algo así por alguien.

Trago con dificultad y ordeno a mis pulmones que sigan respirando. Siento que mi corazón acelera los latidos y golpea con

fuerza contra el tórax. Las palabras y las emociones se me juntan en la garganta y me impiden hablar. Una parte de mí quiere lanzarse a sus brazos y besar esos labios que me llaman a gritos, pero también tengo una extraña sensación dando vueltas por el pecho.

—Sara, yo… —murmura contra mis labios y el calor que recorre todo mi cuerpo promete derretir las dudas que puedan quedar— voy a besarte.

A pesar del aviso, no lo veo venir. El movimiento me pilla tan desprevenida que me doy cuenta de que su boca está rozando la mía cuando siento que se me dispara el pulso y su olor me invade las fosas nasales. Cierro los ojos, respiro hondo y me dejo llevar. Su lengua avanza con cautela, como si tratara de averiguar si tiene permiso para hacerlo. Le devuelvo el beso y el abrazo, sin permitir que mi mente interrumpa el momento con estupideces.

No sé el tiempo que permanecemos atrapados el uno en el otro, con la promesa de una posibilidad en el aire. Solo el sonido de la puerta, al abrirse detrás de nosotros, consigue hacerme regresar de la nube a la que se ha fugado mi cerebro.

—¿Va todo bien? —pregunta Paula, con un hilo de voz.

—Sí, sí. —Me separo de Alan y me golpea de realidad.

—Imagino que lo tienes que pensar, pero necesitaba darte una explicación —susurra Alan, antes de alejarse—. Espero que disfrutéis de la *pizza*.

75

Es imposible quitarme a Alan de la cabeza. Todas mis emociones parecen haberse alistado en una guerra contra mí misma y le dan la razón a él y a sus actos.

Cierro los ojos y pienso en nuestro encuentro de ayer; en el beso, su olor, su sonrisa y la forma que tiene de mirarme. Suelto una bocanada de aire y abrazo la almohada con fuerza.

María y Paula se han marchado esta mañana. Han coincidido en que Alan ha hecho de todo para reparar los daños, así que no es el malo del cuento, sino —y en todo caso— el villano perfecto.

Si lo pienso en frío, lo único por lo que podría culparlo es por haber fingido ser otra persona, directa o indirectamente. Sin embargo, y aunque no me parece del todo ético, eso me ha servido para conocerlo mejor.

En unos minutos, el verdadero J. K. Norvi vendrá a verme. Gonzalo y yo hemos intercambiado algún mensaje por WhatsApp, pero le dije que tenía visita y quedamos en que le avisaría cuando estuviera sola para hablar cara a cara. Todavía no me creo que una persona que lleva tanto tiempo en mi vida sea la misma que se ha convertido en uno de mis autores favoritos; es alucinante.

—¿Se puede? —La pregunta viene acompañada de unos golpes en la puerta.

Me levanto a toda prisa.

—Claro.

Gonzalo entra en mi habitación y lo miro con detenimiento. Por

más que intento asimilar que tiene una doble vida, me parece imposible no haberme dado cuenta.

—¿Tengo algo? —Se pasa la mano por la cara, como si pretendiera quitarse una telaraña invisible.

—Tienes un secreto enorme que me ha dejado sin palabras.

—Lo dices como si fuera el único que esconde misterios. —Se acerca hasta mí con una sonrisa—. Señorita *bookstagrammer*.

Muevo la cabeza y se me contagia su expresión de felicidad.

—¿De dónde sacaste ese nombre de artista?

—Veo que todavía te quedan algunas preguntas pendientes de la entrevista. —Se sienta sobre mi cama, como tantas veces lo ha hecho a lo largo de los años.

—Algunas me las había guardado para cuando estuviéramos a solas.

—¿Y esa es la que más te intriga? —Yo asiento—. ¿Cómo se llaman mis padres, Sara?

Elevo las cejas hasta la mitad de la frente.

—¿Tus padres? —Él imita mi expresión de sorpresa—. Pues… Norma y Vicente. ¿Por qué lo…? —Me llevo las manos a la boca cuando ato cabos—. ¿No me digas que lo has sacado de ahí?

—¿De dónde si no? Lo único que tuve que hacer fue juntarlos con algo de gracia.

—¿Y lo de J. K.?

—¿Cuál es mi saga favorita y quién la ha escrito?

Sé que la respuesta es Harry Potter, por lo que solo puedo menear la cabeza.

—Me dan ganas de tirarte un Funko a la cara.

Gonzalo se desternilla de risa.

—Tú jamás harías eso.

—No me pongas a prueba… —Le lanzo una mirada de advertencia y acaricio una de las figuras de mi estantería.

—Deja eso, anda…

Le saco la lengua y me acerco a él.

—¿Te has planteado salir del anonimato? —pregunto mientras tomo asiento a su lado.

—Me lo he planteado alguna vez y…

—¿Y…?

—Y me lo estoy pensando seriamente, pero supongo que me da un poco de vergüenza.

—No digas tonterías. —Lo empujo con suavidad—. La gente te valora por lo que escribes. Tienes una capacidad increíble para hacer que las personas se metan en una historia y se evadan del mundo.

—Gracias. No sabes cuánto me alegra que te gusten.

—Deberías estar orgulloso de lo que haces.

—¿Sabes una cosa? —Ladea la cabeza y su gesto despierta mi curiosidad—. Estuve tentado de explicártelo varias veces, porque era algo que… —Sus ojos brillan—. Es tan grande que quieres compartirlo con alguien. Sobre todo con alguien importante. No sé si me explico.

Las comisuras de mis labios se elevan sin que me dé cuenta. Entiendo lo que quiere decir, porque así es como me sentía yo con mi cuenta: tenía la necesidad de compartir cada pequeño avance: la primera colaboración, los primeros mil seguidores, la primera vez que una editorial me envió un ejemplar para que hiciera la reseña, las personas increíbles que conocía a través de las redes sociales…

Hincho los pulmones y los vacío por completo.

—Te explicas.

—Imagino que tú has debido de vivir algo similar, ¿no? —Sus

labios dibujan una sonrisa cómplice.

—Más o menos, aunque a otro nivel, claro.

—Al final no deja de ser un mundo diferente en el que adquirimos cientos de aprendizajes. —Levanta los hombros y los deja caer—. En mi caso, la última vez que quise decírtelo, me di cuenta de que llevabas mi libro contigo y… simplemente aluciné de que ya lo tuvieras cuando acababa de salir.

—Espera, ¿ese no fue el día en el que Eli me tiró la bebida encima? —Él se muerde el labio inferior y afirma con la cabeza—. No puede ser…

—No te haces una idea de cómo me quedé.

—Con razón te enfadaste tanto con ella. —Se me escapa la risa—. Menudo ultraje hacia tu persona.

—No me enfadé por eso; fue por ti. Porque estoy cansado de la actitud que tiene contigo. —Sacude la cabeza—. En cualquier caso, me alegro de que pudieras acabar de leerlo.

—Sí… Aunque fuera porque cogí el libro prestado a Alan. —Juego con mis dedos y fijo la vista en ellos.

—Sara. —Gonzalo coloca la mano sobre las mías y las aprieta con fuerza—. Lo sientes con él, ¿verdad?

—¿Qué?

—Ya sabes a lo que me refiero. —Me reprende con la mirada—. Las mariposas, las emociones que se suben a una noria, tu cerebro y tu corazón jugando a ver quién gana la partida por no querer lanzarse sin paracaídas…

Me dejo caer sobre el colchón. Sí, lo siento. No puedo mentirle ni puedo engañarme a mí misma.

—¿Crees que es pronto para sentir algo así?

—El tiempo nunca determina cuánto puedes llegar a sentir. —

Gonzalo se reclina sobre el brazo y reduce la distancia que hay entre nuestras cabezas—. ¿Quién decide el momento exacto en el que se convierte en amor? ¿Cuál es el tiempo exacto para que se considere así? ¿Un mes? ¿Un año? Nadie puede saber lo que sientes, salvo tú.

Busco su mirada en medio del silencio en el que nos sumergimos. Cuando nuestros ojos se encuentran, leo en ellos toda la complicidad de los instantes vividos; algunos más personales que otros. Ojalá hubiera podido controlar mis sentimientos y haberme enamorado de él. Mi corazón da un vuelco y me avisa de que ya hay otra persona ocupando ese espacio. Puede que sea pronto para llamarlo «enamoramiento», pero de lo que sí estoy segura es de que es el principio de algo muy grande.

—Gracias por estar a mi lado —comento en voz baja, y él sonríe. Me incorporo y lo abrazo—. Me alegro de que sigamos siendo amigos.

—Eso es algo que siempre seremos, Sara —murmura mientras me devuelve el apretón con fuerza—. Lo sabes de sobra.

76

Ingrid

Detengo el coche frente a la casa número cinco y retiro la llave del contacto.

—Todavía no sé por qué he venido —murmuro, a pesar de estar sola en el vehículo.

«A intentar echarle un cable», me digo, antes de agarrar el bolso y acercarme a la entrada. Me ha costado que Diego me diera la dirección; ya está bastante cabreado con Alan por haberle mentido.

—Me dijiste que ibas a enviarle un detalle, no que te presentarías en su casa —le recriminó mi amigo, después de que Sara le enviase un mensaje preguntándole si sabía lo que había pasado—. Que al final me van a denunciar por violar la Ley de Protección de Datos Personales.

Dani y yo contuvimos las ganas de reír ante su comentario. Si bien es cierto que no puede facilitar los datos de las personas con las que colabora —ni los de los autores, claro está—, Sara fue la primera en ir a casa de mi hermano gracias a Dani.

Al final, creo que estos dos han intentado acercarse el uno al otro desde que se conocieron.

Pongo los ojos en blanco y pulso el botón del timbre. No escucho ningún ruido en el interior de la vivienda. «Quizá estén trabajando», advierto, y me doy cuenta de que no sé dónde buscarla si no está aquí.

—Pues voy apañada… —refunfuño, y suelto un resoplido.

La puerta se abre y la persona que me recibe es la última que esperaba encontrarme.

—Menuda sorpresa —indica Gonzalo.

—Lo mismo digo.

—¿Os conocéis? —pregunta Sara cuando hace su aparición.

—Hemos coincidido alguna vez, sí. Parece que el mundo es demasiado pequeño.

—Por eso es mejor no esconderse. —Gonzalo lanza una mirada hacia Sara y percibo que me falta parte del mensaje que hay detrás de esas palabras.

—¿Puedo hablar contigo, Sara? —Quizá la pregunta suena demasiado directa, porque los dos muestran expresión de no comprender.

—Sí, claro…

—Mejor me quedo y te espero arriba —dice Gonzalo, antes de desaparecer en el interior de la casa.

—¿Quieres pasar?

—No, gracias. Es una visita rápida.

—¿Rápida? Pues es un rato en coche… —Me mira con escepticismo. Supongo que es consciente de que he tardado más de dos horas y media en llegar.

—Me va bien conducir para despejar la mente de todo el ajetreo.

—Ya imagino.

Y algo me dice que sí, que se lo imagina. Seguramente mi hermano se haya ido de la lengua y le ha explicado que me ha cedido la presidencia de Katana y que estamos en trámites con abogados para que me traspase la mitad de la empresa. O quizá sea porque ella también tiene un negocio y, a pesar de que la escala de trabajo y complicaciones puede ser diferente, el tipo de problemas con los que

te encuentras son parecidos.

Carraspeo para reconducir la conversación y camuflar mi divagación mental.

—Quiero darte algo.

—¿A mí? —pregunta con la mano sobre el pecho. Abro mi enorme bolso y extraigo el sobre acolchado que hay en su interior.

—Toma. —Se lo tiendo y me mira con el ceño fruncido. Tras unos segundos de duda lo acepta—. La idea es que lo abras. —Parece que mi frase le da el empujón que necesita para llevar a cabo la hazaña y, por fin, extrae el objeto que guarda—. Sé que mi hermano puede llegar a ser un idiota. Yo misma lo he sufrido durante estos años. Ha sido narcisista, egocéntrico, infantil, egoísta, inmaduro, irresponsable…

Sara saca el libro y frunce el ceño.

—¿Esto es…? —Deja la frase sin concluir y sus ojos se agrandan.

Chasqueo la lengua y doy un par de golpes con los dedos sobre la cubierta.

—Puede que no lo esté vendiendo bien, pero no puedes negar lo que siente por ti, Sara. Nunca lo he visto comportarse de manera tan altruista como contigo.

Ella fija su mirada en mí.

—¿Hablas de lo que ha hecho con la tienda?

—Me refiero a todo —concluyo con severidad—. Mi hermano es una persona bastante desconfiada a causa de su pasado y se ha tragado todo su orgullo al venir a hablar contigo. No te pido que lo perdones, porque solo puede contar tu decisión, pero sí espero que lo ponderes todo. A mí me ha costado años que Alan viera que se estaba equivocando.

Asiente y hace una mueca con los labios antes de desviar la mirada

hacia el ejemplar que tiene en la mano.

—Así que esto es lo que tramaban… —murmura lo que creo que es un pensamiento en voz alta.

—Sale a la venta este fin de semana, por el día del libro. —Ella me mira boquiabierta—. Han hecho publicidad sin decir el autor, pero lo van a anunciar a partir de mañana con una campaña bastante potente en la que he tenido la ocasión de aportar algunas ideas. Me ha parecido interesante que fueras la primera en tenerlo. —Sara abre la boca, pero levanto la palma de la mano en su dirección—. Antes de que me lo preguntes: no. Diego no sabe que te lo acabo de dar y Alan tampoco. Se lo diré cuando vuelva, aunque imagino que pensaba enviarte un ejemplar, de todos modos, en algún momento.

Observa la cubierta del próximo libro de mi hermano. Me doy cuenta de que le da la vuelta rápido, pero no se detiene a leer la sinopsis.

—¿Por qué me lo das, Íngrid?

—Porque te recuerdo que ganaste un premio para viajar a Barcelona por Sant Jordi. Mañana te llegará toda la documentación por correo electrónico. Sería una lástima que lo dejaras escapar. —Puedo notar el nerviosismo recorriendo su cuerpo—. He creído que esto podría ayudarte a tomar la decisión, si todavía no lo habías hecho.

—Te agradezco el detalle.

—No lo hagas —digo, antes de dar media vuelta—. Solo ábrelo.

Arquea una ceja y yo me encojo de hombros. Doy media vuelta para asegurarme de que no puede verme la cara y sonrío al escuchar el inconfundible sonido del papel cuando se está hojeando un libro, seguido de un grito ahogado.

—¡Hasta el sábado! —grito, y me alejo a toda prisa, sin detenerme

a escuchar su réplica.

No quiero que me haga preguntas para las que no tengo respuestas. Puede que lo que acabo de hacer no sea la mejor ayuda del mundo, pero no podía quedarme de brazos cruzados y con la incertidumbre de saber si Sara acudiría a Barcelona por Sant Jordi.

Pongo el coche en marcha con la certeza de que, si de verdad siente algo por mi hermano, nos veremos este fin de semana.

77

Cierro el libro de Alan y paso la mano por la cubierta como si pudiera despedirme de las emociones que me ha despertado. La lectura me ha durado menos de veinticuatro horas; apenas he dormido y ahora no sé si subir una reseña, hacer un vídeo para recomendarlo o ir a buscar a su autor. Puede que sea una de esas personas con coraza, pero está claro que se ha dejado la piel y el alma entre estas páginas.

Gonzalo se quedó tan sorprendido como yo cuando le expliqué lo que Íngrid me había entregado.

Ahora que lo he finalizado, me permito mirar el breve texto que aparece en la contracubierta. Todavía no puedo creer que Alan haya escrito una historia autobiográfica camuflada en un *thriller*.

El libro cuenta la historia de un hombre que huye de sus obligaciones familiares y, para costear su sueño de ser escritor, empieza a trabajar como modelo; sin embargo, su vida da un vuelco cuando asesinan a su padre y tiene que hacerse cargo de la empresa familiar.

Releo la dedicatoria y contengo el aliento por enésima vez.

«A Sara. Porque me enseñó que la vida es una historia que debemos leer, por mucho que duelan las consecuencias de avanzar entre sus páginas».

Una tímida lágrima resbala por mi mejilla. La aparto con la mano y levanto la vista hacia mi estantería, en busca de un puesto de honor

en el que, sin duda, colocaré este tesoro. Sé que tengo pendiente leer el primer libro de Alan, pero, si soy sincera conmigo misma, no quería empezarlo por miedo a que mis emociones me llevaran a ser demasiado crítica o porque no pudiera concentrarme en la historia. Pero este… Era imposible resistirme a ello.

Recuerdo la expresión de Íngrid al dármelo; es evidente que ella sabía que me afectaría. A pesar de que una pequeña parte de mí está incómoda porque, de forma involuntaria, se pregunta cómo va a reaccionar Eva cuando se entere de esto, me nace una sonrisa.

Reviso en mi móvil los datos del viaje a Barcelona y el hotel donde me voy a hospedar, pero una notificación de WhatsApp llama mi atención.

Diego

Íngrid me ha explicado lo que ha hecho. Espero que disfrutes de la historia.

Sara

Ha sido espectacular.

Diego

¿Ya la has terminado?

Sara

Sí. Creo que es una historia de esas que enganchan y me ha sorprendido la forma de narrar.

Diego

Me alegra leer eso.

Sara

Además, con esa dedicatoria era imposible resistirme.

Diego

Cuando la leí confirmé lo que Alan sentía por ti, pero no podía decirte nada.

Una sonrisa se dibuja en mis labios de forma automática. ¿En qué momento se le ocurrió dedicarme la novela? Hace años, las dedicatorias y los agradecimientos no me decían nada, pero María me enseñó que todas esas personas que se mencionan forman parte de la historia de una u otra manera y son importantes para los autores. Desde entonces, no puedo evitar imaginarme cuál será la conexión.

Termino de leer el mensaje, justo cuando una llamada entrante ocupa la pantalla.

Si no fuera por quien es, probablemente no respondería. Debe de ser una de las pocas personas que siguen llamando sin avisar hoy en día.

—Hola, Clara. ¿Cómo estás?

—Pues bastante bien, porque me he quitado un peso de encima. —Hago una mueca, aunque ella no esté presente para verla. Antes de que pueda preguntar, añade—: Pero te llamaba para saber cómo estás tú.

—Pues creo que bien —reconozco, después de una breve meditación.

—¿Sí? —inquiere, con efusividad—. Me he enterado de lo que ha pasado…

—Las noticias vuelan.

—Aquí todo se sabe, pero la gente no se detiene a pensar en cómo lo viven las personas afectadas. Les gustan los chismorreos y que salgas en una foto besando a un modelo se convierte en la comidilla

del pueblo.

—Ya imagino. Muchos conocidos cotillean mis *stories* de Instagram, ahora que se ha hecho público mi nombre y mis redes sociales.

—Que seas una amante de los libros no es novedad —señala ella —, aunque ahora te has convertido en lo más parecido a una famosa por la zona.

Reflexiono sobre sus palabras.

—No lo había visto así —me limito a decir, y me muerdo la lengua para no hablar de Gonzalo.

—De todos modos, me alegra que hayas encontrado la forma de compartir con el mundo tu pasión por la lectura. Imagino que es bonito encontrar a otras personas tan sedientas de historias como tú.

—Es algo que me ha sorprendido para bien, aunque hay de todo —respondo, y pienso en la cantidad de gente que, cuando tenía mil seguidores, no respondía a los mensajes y que ahora no paran de escribirme.

—Como en todas partes, pero lo que cuenta es que permanezcan a tu lado, aunque no siempre compartan el mismo tramo del camino.

Una parte de mí sabe que lo dice por nosotras. Ambas hemos tenido momentos en los que, tanto ella como yo, hemos estado pendientes de nuestras inquietudes y otros en los que hemos desaparecido. En esta última temporada estábamos más distantes porque yo notaba que no conectaba con ella —ni con las demás— como lo hacía con María y con Eva, por ejemplo. Sin embargo, tengo que darle la razón, porque la amistad va más allá de las aficiones en común. A veces nos olvidamos de alimentar esa relación y de preocuparnos por la otra persona.

—¿Qué te ha pasado a ti? —pregunto cuando me viene a la cabeza

la frase con la que ha empezado la conversación.

—¿Te acuerdas de Eli?

—¿Eli? —repito, porque no sé si lo he entendido bien.

—Sí.

—Claro que me acuerdo… —digo con cautela.

—Pues a partir de ahora va a ser solo eso. Un recuerdo. —Suelta un bufido—. Después de los últimos encontronazos… —Escucho cómo chasquea la lengua—. Una cosa es que tenga envidia y otra que se dedique a malmeter. Y a mí ya se me ha acabado la paciencia y la esperanza de que sea buena persona. El otro día empezó a decir que el modelo te había besado por pena. Le solté que pena es que las personas no tengan una vida interesante, sino que la dediquen a criticar a los demás. —Me quedo callada, porque Clara es una persona pacífica y me alegra que haya sacado ese arranque de valentía para defenderme—. No sé por qué me he juntado con ella todo este tiempo, supongo que empecé a sentirme sola y… no sé.

No puedo criticarla por eso. Sé que me alejé de su lado poco a poco y todos necesitamos a alguien con quien hacer vida social de vez en cuando.

—No debería haberte apartado de mi lado, Clara —digo con resignación—. Es cierto que a veces me sentía un poco incomprendida. Lo siento.

—No te culpo. Todos tenemos prioridades y no siempre nos apetecen los planes que nos proponen. Pero yo siempre he seguido aquí y quiero que sepas que si necesitas hablar, distraerte o, simplemente, estar con alguien sabes que siempre puedes contar conmigo.

Pienso en cómo a veces nos separamos de las personas de nuestro entorno por malentendidos o por rutinas y, de golpe, reaparecen a

nuestro lado cuando ya creíamos que estaba todo perdido. Clara me conoce y me quiere tal y como soy, igual que yo a ella. ¿Acaso se le puede pedir algo más a la amistad que el respeto y la comprensión? A fin de cuentas, todos tenemos nuestros defectos y rarezas… Quizá vaya siendo hora de reavivar esta relación, a la que yo también estaba dando la espalda al creer que ya no encajaba conmigo.

—Oye, Clara.

—Dime.

—¿Tienes planes para comer? —Sé que sigue ahí porque la oigo respirar, pero el silencio al otro lado me indica que no se esperaba la pregunta—. Me gustaría explicarte lo que voy a hacer mañana…

78

Querido Bookstagram:

Esta soy yo. Con mis kilos de más, mis redondeces, mis tobillos y cuello casi inexistentes, mi celulitis y mis estrías. Así. Sin filtro alguno, salvo un poco de máscara en las pestañas, colorete y el pelo algo arreglado.

Yo no creé mi cuenta de Instagram para exponerme al mundo. Lo hice para compartir mi pasión por la lectura y conectar con otras personas que tuviesen el mismo interés. Y jamás pensé que, en tan poco tiempo, conseguiría una comunidad como la que somos hoy.

No quería dejar a un lado esa «zona de confort» que me proporcionaba ser anónima, pero creo que todo en la vida tiene su momento y las circunstancias me han llevado a abandonarlo. Estoy segura de que muchos de nosotros no nos sentimos cómodos con algunas partes de nuestro cuerpo y esta publicación es para deciros que, a pesar de todo, no perdáis nunca la sonrisa y el ánimo, porque existen personas que no van a dedicarse a juzgarnos solo por nuestra cubierta.

Me he sentido hada, bruja, dragón, heroína y princesa. Todo dentro de un mismo cuento: el de mi vida. Una vida en la que me encanta llenar estanterías de libros, Funkos y objetos relacionados con novelas que me apasionan. Una en la que puedo sentir que vivo mil historias y viajo a millones de lugares sin moverme del sillón. Si algo he aprendido en estas últimas

semanas es que el sueño de encontrar al villano perfecto se puede hacer realidad, aunque lo único que de verdad necesitemos para ser felices sea atravesar las limitaciones que nos hemos impuesto.

Dedicamos mucho tiempo a cada post, *reel*, foto y reseña; a leer de forma conjunta o independiente. A veces, incluso no dormimos lo suficiente y vamos al trabajo con ojeras kilométricas por habernos enganchado a una historia de la que no queríamos despedirnos. Pero somos felices porque somos la mente que escogemos dentro del cuerpo que nos ha tocado.

No olvidéis disfrutar de cada lectura como si pudierais descubrir en ella el mejor lugar del universo. A eso hemos venido a esta comunidad; recordemos que compartir todas esas emociones fue el motivo para crear nuestras cuentas.

Os quiere,
Sara Galán.

79

Sant Jordi en Barcelona es un espectáculo para los sentidos: las calles se llenan de puestos de rosas y, en las zonas más transitadas, encuentras casetas y paradas en las que venden libros.

María se ha costeado el billete con las propinas que ha ido ahorrando en el restaurante durante los últimos meses, y sus padres no se han opuesto a «ese derroche», ya que les ha dicho que mi viaje era para dos personas; es una pena que tenga que actuar así, pero entiendo que su situación económica es delicada y todo se puede interpretar como un capricho innecesario.

María y yo tenemos una amiga en común, de Bookstagram, que trabaja en una librería. Hace tiempo comentó que los escritores autopublicados que estuvieran interesados en firmar sus ejemplares allí contactaran con ella, porque organizaría presentaciones a diferentes horas en las que hablaría de las obras de esos autores no tan conocidos, y eso hicimos.

—Has estado genial —aseguro cuando acaba el turno de mi amiga.

—He vendido más ejemplares de los que esperaba y eso me viene genial. —Sé que se refiere a que así recupera el dinero que ha invertido en este fin de semana—. Además, una chica me ha dicho que ya me conocía y que mi novela le encantó y la ayudó a superar un bloqueo lector. —Sus ojos brillan de emoción—. Esto es un subidón de la hostia.

—Ojalá algún día tengas el reconocimiento que mereces, María —comenta Paula.

Mi prima no ha dudado en sumarse a nuestro plan de fin de semana y aprovechar para dormir en casa de su hermana, que por lo visto está de congreso, así que va a ser difícil coincidir con ella.

—No todos tenemos esa suerte. —Mi amiga se encoge de hombros —. Yo, con que me lean, me dejen sus reseñas en Amazon, Goodreads, etcétera, y no me pirateen el libro… soy feliz.

—Sobre todo eso último. —Fuerzo una sonrisa.

—Hablando de escritores… —Mi prima mira su móvil y me enseña la pantalla donde aparece la hora que es—. ¿Cuándo tenías que estar en plaza Cataluña?

—Mierda.



Llegamos al lugar en el que se encuentra la carpa de Read & Fun en tiempo récord. Me dispongo a escribir a Diego cuando María me da un codazo y señala con la cabeza en dirección a mi amigo. Sonrío al ver que está de pie, con uno de esos trajes que le quedan como un guante, dando vueltas al lado de una de las mesas.

—¡Por fin llegas! —exclama Íngrid cuando ve que me acerco al puesto de la editorial—. Ya empezaba a pensar que te echarías atrás.

—Pues yo creo que estabas muy segura de que vendría —garantizo cuando me apoya la mano en la espalda y me dirige hacia la zona donde están los autores. Paula y María se despiden de mí, poniendo morritos y agitando las manos.

—En realidad, sabía que lo harías —confiesa, antes de llegar junto a Diego—. Toda tuya.

—Joder, Sara. —Él se rasca la nuca—. Me estaba poniendo nervioso ya. Tenemos que hacer varias fotos para confirmar por redes que has llegado. Si quieres podemos hacerlas de espaldas o…

—Se detiene cuando me ve negar con la cabeza.

—No hará falta.

Él asiente con un único movimiento.

—¿Ya has decidido con qué autor quieres estar? Puedes elegir a quien quieras.

Echo un rápido vistazo a los escritores que están firmando ejemplares sentados tras mesas de plástico mientras colas kilométricas de personas esperan su turno para llegar hasta ellos. A unos metros de distancia, descubro a Alan de pie al lado de… ¿Ese es Gonzalo? No puedo evitar la sonrisa. El muy canalla me había dicho que tenía una sorpresa, pero no que estaría aquí. Y sé que es él porque lleva la misma máscara que utilizó en el evento y me saluda con la mano de forma sutil.

Los dos están mirando en mi dirección, como si supiera que la elección entre ellos es la duda que tengo.

—Los puedo sentar juntos si eso te ayuda —susurra Diego, casi en mi oído—, pero tienes que hacer público a quién escoges.

—A quién escojo… —Inspiro profundamente mientras Diego hace señas al aire con los brazos y me acerco a la zona donde una chica les está indicando a Gonzalo y a Alan que se sienten.

—Lleváis hasta cartelitos —digo con nerviosismo cuando llego hasta ellos y descubro las chapas que tienen en el pecho—. Qué original.

—Así nos tienen localizados por si nos perdemos. —La sonrisa de Gonzalo queda expuesta por debajo del antifaz que le cubre el rostro hasta la nariz.

Alan, por el contrario, me mira sin mostrar ningún tipo de expresión. No lo culpo. Ingrid me dijo que lo avisaría de que me entregaba su libro y yo no me he dignado a decirle nada después de

que apareciera en mi casa.

—¿Estás preparada, Sara? —pregunta Diego, después de que un chico coloque ejemplares de las obras de los dos escritores sobre unos caballetes de madera.

Respiro hondo antes de asentir. Puedo notar los ojos de Alan clavados en mi costado cuando me ubico entre él y Gonzalo.

—Como ya sabéis, Sara, de la cuenta Querido Bookstagram, fue la ganadora del evento que organizamos junto con la empresa de moda Katana. Hoy estamos firmando ejemplares en Barcelona y ella tiene que escoger al autor o autora con quien pasará el día, además de llevarse un ejemplar firmado de su último libro. —Hace una calculada pausa—. Cuéntanos, Sara, ¿a quién has decidido acompañar?

Nos quedamos en silencio y solo se escuchan los gritos de las personas que están esperando en la cola.

Me tiemblan las piernas y el corazón se me acelera. Mi mente me sugiere la posibilidad de escoger a una de las nuevas autoras que ha fichado la editorial y salir de la tesitura en la que me encuentro, pero sé dónde quiero estar.

—Es una decisión difícil, Diego —respondo, tras respirar hondo varias veces—. Los últimos fichajes que habéis hecho me llaman muchísimo la atención, pero tenéis al enigmático J. K. Norvi y sus fascinantes obras. —Apoyo la mano sobre su hombro y sonrío con malicia—. Quien podríamos decir que se ha convertido en uno de mis mejores amigos. Pero no podemos obviar un detalle. —Ladeo la cabeza para enfrentar la mirada oscura y desafiante de Alan—. Y es que entre vuestros autores se encuentra la persona que me ha robado el corazón. —Más silencio alrededor y chillidos a lo lejos. Trago saliva para intentar eliminar la sensación de sequedad que se me ha

instalado en la garganta—. Así que creo que debería quedarme con los dos, ¿no os parece?

La gente aplaude y la cabeza de Diego aparece tras su teléfono con una mueca que refleja claramente que sabe que he hecho trampas. Gonzalo se desternilla de risa y se levanta para abrazarme. Observo al tercero en discordia. Las pupilas de Alan se dilatan hasta casi ocupar todo su iris y se mueve tan rápido que no me doy cuenta de que se ha levantado, hasta que las patas de la silla resuenan en el suelo.

—Pequeña ladronzuela… —murmura, y niega con la cabeza antes de sujetarme la cara entre las manos.

Su boca aprisiona la mía con urgencia y yo ni puedo ni quiero detenerlo.

—Me robaste el libro —dice contra mis labios—, te colaste en mi vida, en mi cabeza… —Se separa unos centímetros de mí—. Y al final te he acabado perteneciendo.

—Espero que no sea el final —murmuro sobre su boca—, sino el principio de todo lo que vamos a vivir.

Su sonrisa se acerca de nuevo y nos fundimos en un beso que contiene la promesa de un futuro repleto de millones de páginas en blanco, a la espera de que las escribamos juntos.

EPÍLOGO

Unas semanas después.

Paso la última página y cierro el libro.

Tengo el cuerpo lleno de emociones y la que predomina, por encima de todas, es no querer despedirme de los personajes que he encontrado en esta historia.

—¿Y bien? —pregunta Alan.

Elevo la mirada hacia él y veo que me observa con una ceja arqueada. Alguien que no lo conociera negaría verlo nervioso, pero yo sé que lo está. Vaya si lo está.

No me ha preguntado nada desde que le dije que empezaría su primer libro, aunque sé que ha estado observando mis reacciones. Acordamos que solo lo leería cuando estuviéramos juntos —lo que reduce mi tiempo a los fines de semana largos que, gracias a que mi madre ha contratado personal para la tienda, puedo pasar en Madrid —, y ayer estuvo todo el día merodeando a mi alrededor, porque me quedaba poco para terminar.

—Pues verás… —digo en tono serio.

—Dispara de una vez.

Le mantengo la mirada en silencio y él pone los ojos en blanco. Me encanta exasperarlo.

—Es mejor de lo que pensaba —confieso, para terminar con la agonía.

Él me dedica una sonrisa ladeada de lo más sensual y se pone en pie.

—Ven.

Sigo a Alan y niego en silencio cuando fijo la vista en su culo. Lleva unos pantalones de pijama a cuadros verdes y lilas —muy en su línea de no tener sentido— y su preciosa y musculada espalda al aire. Adoro esa piel bronceada casi tanto como la prenda que llevo puesta: una de las camisetas que hemos diseñado entre Paula y yo.

Esta es mi favorita. Tiene una tonalidad gris y marca las curvas sin necesidad de ir embutida. Además, aparece la frase: «Leer es lo más. ¿Por qué conformarte con menos?».

Entre la tienda *online* y lo fructífero que se ha vuelto nuestro negocio familiar desde que Katana puso mi pueblo en el mapa al hacernos tienda colaboradora, la pobre de mi madre ya se ha hecho a la idea de que va a tardar bastante más de lo que pensaba en jubilarse.

—Para tu información, ladronzuela. —Alan se vuelve hacia mí con una mueca de diversión y continúa caminando. Por mucho que sepa que no robaría ni en una tienda de chuches, no consigo que deje de llamarme así—. Es posible que mientras tú leías ese libro tan maravilloso, yo estuviera escribiendo la última parte de mi próxima novela.

—Vaya, vaya… —Copio su muletilla y su sonrisa se ensancha—. ¿Me explicarás ahora de qué trata?

Alan se detiene al llegar a la cocina y se gira hacia mí. Cuando estoy lo suficientemente cerca, introduce las manos en los bolsillos de mis pantalones de chándal —que en realidad son suyos— y me acerca a él, hasta que nuestros torsos se tocan.

—Verás… —Sus ojos brillan por toda la emoción contenida—. Trata de una mujer que se oculta tras una pantalla y, cuando descubren quién es en realidad, se da cuenta de lo increíble que es

porque…

—Esa historia me suena —interrumpo, y humedezco mi labio inferior con la lengua—. No será un plagio, ¿verdad?

—Tonterías. —Alan niega con la cabeza—. Es imposible que la hayas leído, porque justo acabo de escribir la última frase.

—¿Y puedo saber cuál es?

—¿De verdad no lo sabes? —dice con su boca rozando la mía.

Una descarga eléctrica me recorre la espina dorsal y ralentiza la velocidad a la que niego con la cabeza.

—Solamente hay una última frase con la que puede acabar una historia de amor.

—Sorpréndeme.

Se separa de mí abruptamente y abre las manos imitando el tamaño de un cartel.

—Y vivieron felices para siempre.

Mi cara debe de ser lo más parecido a un cuadro abstracto en estos momentos.

—¿En serio? —Suelto un bufido—. Y luego la de las utopías románticas soy yo.

—Tienes razón. —Se rasca la barbilla—. Quizá debería poner algo más del tipo… «Combatieron juntos contra la horda de croquetas zombis que se proponía invadir el mundo».

—Has leído el manuscrito de María, ¿verdad?

—No he podido evitarlo después de que me lo enviase, y ahora no paro de imaginar a la gente vestida de croqueta. —Se encoge de hombros en un gesto inocente, pero sus ojos desprenden fuego cuando acerca los labios a mi mejilla y susurra—: Salvo a ti… —Sus manos empiezan a recorrer mi cuerpo de forma rítmica—. Que, por mucho que me gusten las prendas que diseñas, te prefiero sin ellas.

—¿Ves? —Ladeo la cabeza para dejar libre el acceso a mi cuello—. Esa idea está mucho mejor para el final de una historia.

Alan inicia un recorrido de besos por la piel expuesta y cierro los ojos. Su lengua traza un camino húmedo mientras me sujeta por la cintura y me apoya contra la encimera. Me aferro a él por la nuca y me adueño de su boca, sin dejarle opción a llevar el control de la situación. Un gemido gutural sale de su garganta y presiona su erección contra mi entrepierna.

Me separo de él lo justo para mirarlo a los ojos y advierto que sus pupilas casi eclipsan toda la oscuridad de sus iris. Sonrío. Sonrío ampliamente, porque es la única forma de canalizar toda la felicidad que siento ahora mismo.

Alan me regala una sonrisa traviesa en respuesta y se acerca a mi oído mientras una de sus manos se cuela lentamente por debajo de mi ropa interior, y murmura:

—Tienes razón, ladronzuela. Este final es muchísimo mejor…



#SíSoyRomántica